

*Biblioteca
clásicos cristianos*

Diario del alma

Juan XVIII

Diario del alma

Juan XXIII

Introducción

La mejor lección espiritual de Juan XXIII, un Papa inolvidablemente bondadoso, es la evocación de su vida tal como resulta de su Diario del alma, documento excepcionalmente auténtico. Hay una razón importante y fundamental. El lector capta rápidamente que, bajo pensamientos tan henchidos de serenidad espiritual, sigue latiendo el alma de un Papa cuyo recuerdo permanece vivo.

La elección del hasta entonces conocido como Ángel José Roncalli (1881-1963) como Sumo Pontífice fue una sorpresa para muchos. Su pontificado (1958-1963) aún lo sigue siendo para todos por el inagotable mensaje de su bondad y por el milagro de su sencillez evangélica, que lo convirtió en uno de los Papas más queridos del siglo XX y de la historia de la cristiandad. Juan XXIII necesita pocas presentaciones. Pero quien se disponga a escribir sobre el Papa bueno y su actividad, es obvio que deberá tener en cuenta sus escritos, especialmente los más íntimos, sobre todo su diario. Diario del alma se publicó por primera vez a los pocos meses de su muerte, ofreciéndonos en todas sus páginas, íntimas y transparentes, toda una serie de notas espirituales, más aún, la vida entera de un sacerdote llegado a Papa.

1. Breve biografía

Ángel José Roncalli nació el 25 de noviembre de 1881 en Sotto il Monte, localidad cercana a Bérgamo. Tercero de diez hijos de Juan Bautista Roncalli y Ana María Mazzoli, matrimonio de campesinos humildes y de sólida piedad popular, que transmitieron a sus hijos. Ángel comenzó su formación en la escuela elemental de su

localidad, y continuó como pupilo del párroco de Carvico y alumno del colegio episcopal de Celana. A los doce años, en 1892, fue admitido en el seminario de Bérgamo. Dos años después, a una edad insólita incluso para su época, recibió la tonsura. A los quince años anotó en un diario su evolución espiritual, algo que casi nunca interrumpió, y cuya lectura permite conocer su evolución espiritual a lo largo de toda su vida. En septiembre de 1900 se trasladó a Roma, donde continuó su formación sacerdotal, interrumpida entre 1901 y 1902 por el servicio militar. El 13 de junio de 1903 obtuvo el doctorado en teología, grado que alcanzó con la presencia en el tribunal de E. Pacelli, futuro Pío XII. El 10 de agosto de 1904 fue ordenado sacerdote.

El joven sacerdote Roncalli fue designado, en 1905, secretario del obispo de Bérgamo, Mons. Giacomo RadiniTedeschi, con el que permaneció hasta su muerte, en 1914. En Radini encontró un pastor comprometido sin reservas con los más desfavorecidos que impulsó la participación de los católicos en la vida política de su país. Durante varios años, Roncalli simultaneó su labor de secretario con la de profesor de historia eclesiástica en el seminario de Bérgamo. Al estallar la I Guerra mundial, se incorporó y estuvo en el frente, primero como sargento en el cuerpo de sanidad militar, y como capellán castrense, con el grado de teniente, a partir de marzo de 1916. Después de la guerra regresó a Bérgamo, donde fundó la Casa del Estudiante, para acoger a muchachos provenientes del medio rural que acudían a la ciudad para estudiar, y se encarga de la dirección espiritual del seminario. En diciembre de 1920 fue llamado a Roma por la Congregación de Propaganda fide, presidida por el cardenal Von Rossum, quien le nombró secretario de la Congregación para Italia. En 1921 fue nombrado prelado doméstico por Benedicto XV. Por motivo de su cargo, tenía que visitar a todos los obispos italianos, lo que le proporcionó un profundo conocimiento de la situación de la Iglesia en Italia.

El 19 de marzo de 1924 Pío XI le consagró obispo y le nombró visitador apostólico en Bulgaria, país de mayoría ortodoxa, en la que tuvo que dirimir varios asuntos bastante conflictivos. En noviembre

de 1934 fue nombrado administrador apostólico del Vicariato de Constantinopla y Estambul, en un contexto islámico en vías de laicización, y regente de la delegación apostólica para Grecia, un país en conflicto permanente con Turquía por cuestiones territoriales y con pésimas relaciones con la Iglesia católica, y en el que tuvo ocasión de ahondar en su conocimiento del mundo ortodoxo. En estos dos países logró acortar en cierto modo las enormes distancias existentes entre el Vaticano y las jerarquías ortodoxa y musulmana.

El 6 de diciembre de 1944, cuando contaba sesenta y tres años, Pío XII lo nombró nuncio apostólico en París, cargo que hubo de ocupar inmediatamente. Sucedió a Mons. Valeri, rechazado por De Gaulle por haber colaborado con el gobierno de Vichy. Otra vez tuvo que hacer frente a situaciones delicadas, que supo resolver con su peculiar estilo, lleno de humanidad y en ocasiones alejado del protocolo diplomático. Su intervención hizo que, de los ochenta y siete preladados acusados de colaboracionismo por el gobierno, finalmente sólo tres fueran removidos de sus sedes. En 1953 Roncalli recibió el birrete cardenalicio y el nombramiento de patriarca de la diócesis de Venecia. Durante los seis años que permaneció en la diócesis, ejerció fielmente como pastor: bendijo templos, celebró la visita pastoral a toda la diócesis, impulsó el sínodo diocesano, presidió varias peregrinaciones diocesanas. Una de ellas, a Lourdes, celebrada en julio de 1954, le llevó también a algunos de los centros de espiritualidad y peregrinación más importantes de la geografía española: Loyola, Javier, Begoña, Comillas, Covadonga, Mondoñedo, Santiago de Compostela, Salamanca, Alba de Tormes, Zaragoza y Montserrat. Volvió a Lourdes en marzo de 1958 para consagrar el templo de San Pío X, y viajó también a Fátima, en mayo de 1956, para representar al Papa en la celebración del XXV aniversario de la consagración de Portugal al Corazón Inmaculado de María; a Beirut, Líbano, como legado pontificio para presidir el Congreso Nacional Mariano, y a otros centros de peregrinación marianos, como Einsiedeln, Mariazell

o Czestochowa. Solía pasar sus vacaciones en Sotto il Monte, su tierra natal y en la que sus hermanos seguían trabajando.

2. Bibliografía

Benigni M.Zanchi G., Juan XXIII, San Pablo, Madrid 2000.

Capovilla L. F. (ed.), Juan XXIII: Cartas a sus familiares, San Pablo, Madrid 1978.

Dacio J. (dir.), Diccionario de los Papas, Destino, Barcelona 1963, 249-253.

Elliot L.Loose H. N., Juan XXIII, Sal Terrae, Santander 1980.

Gelmi J. (dir.), Los Papas. Retratos y semblanzas, Herder, Barcelona 1986, 233-237.

Gligora F.Catanzaro B. (dirs.), Storia dei Papi II, Panda, Padua 1989, 1118-1130;

GonzálezBalado J. L., Vida de Juan XXIII, San Pablo, Madrid 20002;

Id., Juan XXIII: Orar, su pensamiento espiritual, Planeta, Barcelona 2000;

Greschat M.Guerriero E., Storia dei Papi, San Paolo, Cinisello Balsamo (Milán) 1994, 858-897;

Juan XXIII, Il giornale dell'anima e altri scritti di pietà, San Paolo, Milán 2000;

Laboa J. M., Edad contemporánea, en B. LlorcaR. GarcíaVilloslada J. M. Laboa, Historia de la Iglesia católica V, BAC, Madrid 1999, 467-479;

Laboa J. M., Los Papas del siglo XX, BAC, Madrid 1998, 77-87;

Paredes J. (dir.), Diccionario de los Papas y Concilios, Ariel, Barcelona 1998, 527-547;

Prieto M., Un joven de 80 años, San Pablo, Madrid 19982;

Roncalli M., Giovanni XIII. Nel ricordo del segretario Loris F. Capovilla, San Paolo, Cinisello Balsamo (Milán) 1994;

Santos A., Juan XXIII, en Diccionario de los santos II, San Pablo, Madrid 2000;

Zagheni G., La edad contemporánea. Curso de historia de la Iglesia IV, San Pablo, Madrid 1998;

Zambarbieri A., Los concilios del Vaticano, San Pablo, Madrid 1996.

3. Juan XXIII

Al morir Pío XII, el cardenal Roncalli se desplazó a Roma para participar en el cónclave. El cuarto día del mismo, el 28 de octubre de 1958, a los setenta y siete años de edad, fue elegido Papa. Adoptó enseguida el nombre de Juan, el más común entre los Papas, un nombre muy querido por él, ya que así se llamaba su padre. Su edad hacía pensar en un Papa de transición y presagiaba un pontificado breve. No obstante, su pontificado fue intenso y renovador, supuso el tránsito hacia una Iglesia más abierta a la humanidad y sensible a los signos de los tiempos, y trazó senderos que sus sucesores ya no podrían ignorar. Ya en la encíclica inaugural de su pontificado dibuja las líneas maestras del mismo, proponiendo al mundo la búsqueda de la verdad, la unidad y la paz.

La iniciativa fundamental de Juan XXIII fue, sin duda, la convocatoria de un concilio ecuménico, idea que anunció el 25 de enero de 1959. Pero ya antes había sorprendido a todos con una serie de medidas que preparaban el concilio y suponían una renovación de la Iglesia. El 17 de noviembre de 1958 nombró Secretario de Estado, cargo que llevaba vacante catorce años, al cardenal Tardini. El 15 de diciembre de 1958 elevó al rango cardenalicio a veintitrés nuevos cardenales, trece de ellos italianos,

superando el número de setenta que Sixto V había establecido en 1586. Entre los nuevos cardenales estaba su sucesor en Venecia y el arzobispo de Milán, Juan Bautista Montini, que sería su sucesor en el pontificado. Al año siguiente nombró ocho cardenales más, y otros diez en 1960, entre ellos, por primera vez en la historia de la Iglesia, un japonés, Peter Tatsuo Doi, un filipino, Rufino J. Santos, y un africano, el cardenal de Tanzania, Mons. L. Rugambwa. El Papa, consciente de los nuevos y graves asuntos en el gobierno de la Iglesia, quiso con esto demostrar su universalidad y testimoniar su juventud y su vitalidad.

El anuncio del concilio en 1959 había sido acogido con frialdad por parte de la curia, que daba por sentado que la época de los concilios había pasado, sobre todo desde la declaración de la infalibilidad del Papa. La diversidad de matices en el enfoque del Concilio entre la curia romana y los obispos se confirmó en 1962, cuando comenzó la primera sesión. Los debates desembocaron en la conclusión de que el tema central tenía que ser la Iglesia, y de que había de tratarse también de la Iglesia en el mundo. Algo que coincidía con lo que había señalado Juan XXIII en el discurso de apertura del Concilio: una orientación abierta y optimista, en desacuerdo con los profetas de calamidades, que manifestaba más el deseo de no condenar, de ayudar a los hombres con una exposición más actualizada y comprensible de la doctrina de Jesucristo. Una semana antes, Juan XXIII sorprendía a todos con una peregrinación a Loreto y a Asís, para orar allí por el éxito del concilio. Era la primera vez, desde Pío IX, que un Papa salía de la ciudad de Roma.

El 13 de mayo de 1961 promulgó su primera encíclica, *Mater et magistra*, uno de los más importantes documentos de la doctrina social de la Iglesia. En este documento el Papa clarificó la misión de la Iglesia, que no es sólo atender a los fieles, sino también pronunciarse en favor de la evolución de los pueblos. Con referencias específicas a la encíclica *Rerum novarum*, de León XIII, el Papa indicaba las urgentes necesidades espirituales y materiales

de un mundo transformado económica y socialmente, caracterizado por los desequilibrios, las discriminaciones y las injusticias.

El ecumenismo es otra de sus grandes líneas de acción. El anuncio de la convocatoria del Concilio coincidió en el tiempo, y no de una manera casual, con la semana de oración por la unidad de los cristianos. La acogida entre las iglesias cristianas fue muy favorable, a juzgar por la cantidad e importancia de las delegaciones enviadas al Concilio como observadoras. Pero ya había obtenido buenos frutos antes de la inauguración del Concilio: el 1 de diciembre 1960 Juan XXIII recibió una visita que despertó gran interés y avivó no pocas esperanzas, habida cuenta de que era la primera que se producía desde la separación: el arzobispo anglicano de Canterbury, G. F. Fisher. El encuentro, a pesar de su sencillez y de la ausencia de contenidos de particular interés, supuso la transición de una era de hostilidad hacia una etapa de convergencia.

A esta visita siguieron otras: seis meses después, el 5 de mayo de 1961, recibía en visita oficial a la reina Isabel II y a su esposo, el duque de Edimburgo. El moderador de la Iglesia presbiteriana de Escocia, Archibald C. Craig, fue recibido por el Papa en 1962; también recibió en audiencia al presidente de la Iglesia episcopaliana de Estados Unidos. La creación de un Secretariado para la Unión de los Cristianos fue, sin duda, un paso importantísimo en favor del ecumenismo. Al frente del Secretariado puso al cardenal Bea, jesuita, antiguo rector del Instituto Bíblico y confesor de Pío XII. Sin duda su actividad fue clave en el acercamiento entre las Iglesias e influyó decisivamente en el desarrollo del Concilio.

En su relación con el judaísmo, Juan XXIII suprimió, en los oficios del Viernes Santo de 1959, el adjetivo perfidis atribuido a los judíos: pro perfidis Iudeis. Este simple hecho suscitó en el corazón de los judíos nuevas esperanzas para una era de comprensión y tolerancia. En junio de 1960 recibió en audiencia al representante

judío Jules Isaac, al que el Papa invitó a ponerse en contacto con el cardenal Bea para futuras colaboraciones.

El 11 de abril de 1963, Jueves Santo, Juan XXIII publicó la última y más famosa de sus encíclicas, *Pacem in terris*. Tenía la novedad de estar dirigida no sólo a los obispos, al clero y a los fieles católicos, sino también, y por primera vez, a todos los hombres de buena voluntad. La encíclica era una invitación a no escudarse en los egoísmos nacionales y en las rígidas posiciones y a afrontar, en un espíritu de colaboración, los problemas cruciales del hambre, de la justicia y de la paz. En la primavera de ese mismo año, y en reconocimiento a su actividad a favor de la fraternidad entre los hombres y entre todos los pueblos y por sus recientes intervenciones en el plano diplomático, le fue concedido el Premio Balzan de la Paz. El Papa donó inmediatamente la cuantía económica del premio, ciento cincuenta millones de liras, a la Fundación Premio Internacional de la Paz Juan XXIII, constituida ese mismo año con el deseo de que se establezca entre los hombres la paz con la convivencia en la verdad, la justicia, el amor y la libertad.

La idea de la puesta al día, del aggiornamento, el propósito más claro del Concilio, está presente en todas sus actuaciones y enseñanzas. Favoreció una nueva visión de la Iglesia, visión que la dotó de un empuje y una vitalidad renovados, como servidora y amiga de los hombres, atenta a los signos de los tiempos, administradora de la misericordia divina, inspirada para su ministerio pastoral en la fraternidad y en la comunión. Hizo de la Iglesia presencia y servicio en el mundo de hoy, y acertó a hacer también de su misma persona presencia y servicio. En todos los actos de su gobierno se mostró un hombre lleno de fe y de inteligencia cristianas. Practicó siempre las obras de misericordia y afirmó, con energía y claridad, el derecho a la propiedad, al trabajo, a la educación, a la seguridad social, a la igualdad racial y al mantenimiento de la propia individualidad étnica, elementos todos de la dignidad del hombre. Testigo de dos guerras mundiales, fue un

entusiasta defensor de la paz como valor supremo, de la libertad y de la independencia de los hombres y de los pueblos.

4. Diario del alma

Loris Francesco Capovilla, su secretario, editó y prologó, pocos meses después de su fallecimiento, *Il giornale dell'anima e altri scritti di pietà*, recopiló las Cartas a sus familiares y publicó la biografía de Juan XXIII. Él ha sido sin duda alguna quien más ha contribuido a conocer la persona y la espiritualidad de uno de los hombres más importantes de la historia de la Iglesia del siglo XX. Trece ediciones ha publicado San Paolo Italia de *Il giornale dell'anima*, la mejor lección, la más íntima y personal, del Papa bueno.

La presente edición de *Diario del alma* reproduce básicamente, con pequeños retoques y ligeras reducciones de algunos párrafos, el texto original italiano, reeditado ahora por SAN PAOLO, Milán, con motivo de la beatificación de Juan XXIII en el Gran Año Jubilar. Nuestra edición, con el deseo de que un libro de tan formidable testimonio espiritual se lea con facilidad y siga haciendo gran bien a las nuevas generaciones que meditan y oran en castellano, se ha permitido modernizar un poco su lenguaje, suprimir la mayor parte de las citas y referencias en latín, procurando que se pueda seguir con facilidad el pensamiento del seminarista, del sacerdote, del obispo, del cardenal y también del papa Juan XXIII.

La revisión del texto original italiano y la modernización del lenguaje se han hecho procurando no atentar para nada contra el contenido de lo que Juan XXIII quiso transmitir en sus cuadernos de apuntes, no siempre fáciles de leer e interpretar. La otra novedad que lleva esta edición es la división de toda la obra en nueve partes, proponiéndole al libro unos títulos más breves y una división en partes, epígrafes y subepígrafes, que dejen ver la trama del discurso autobiográfico.

Los últimos meses de la vida de Juan XXIII, minada ya por un mal incurable y doloroso, fueron los más intensos de su actividad y testimonio. Tras una larga y penosa agonía, murió el 3 de junio de 1963. Ningún Papa ha sido tan llorado al morir: multitud de banderas ondearon a media asta, entre ellas la de la ONU y la del palacio primado anglicano; la jerarquía de las distintas iglesias cristianas, así como del judaísmo, el islam y el budismo, hicieron sentidas declaraciones; el luto fue generalizado en Italia. Juan XXIII fue sepultado en las grutas vaticanas, cerca de la tumba de Pío XII. En 1965 Pablo VI introdujo su causa de beatificación, definitivamente fijada por Juan Pablo II para el 3 de septiembre de 2000.

Los lectores de lengua española disponen ya, ahora en la colección MAESTROS, de un documento excepcionalmente auténtico. Al leer Diario del alma se capta que, bajo pensamientos tan henchidos de serenidad espiritual, sigue latiendo el alma de un gran Papa cuyo recuerdo permanece vivo en los albores del Tercer Milenio de la cristiandad.

Juan Antonio Carrera, SSP

Madrid, 29 de junio de 2000
Solemnidad de los santos apóstoles
Pedro y Pablo

Diario del alma

Ejercicios y notas espirituales
(1895-1963)

1 En el seminario de Bérgamo (1895-1900)

1895

Reglas de vida que deben observar los jóvenes que desean hacer progresos en la vida de piedad y de estudio

Bueno es para el hombre soportar el yugo desde su juventud. El primer y principal fundamento radica en escoger un director espiritual de los más ejemplares, prudentes y doctos, tener con él una confianza total y depender en todo de él, de sus consejos y su dirección con plena confianza.

Todos los días: 1. Hacer al menos un cuarto de hora de oración mental por la mañana, inmediatamente después de levantarse; 2. Oír, o mejor ayudar, la santa misa; 3. Hacer un cuarto de hora de lectura espiritual; 4. Por la noche, antes de acostarse, hacer examen general de conciencia, con el acto de contrición, y preparar los puntos para la meditación del día siguiente; 5. Antes de la comida o de la cena, o al menos antes del examen general de la noche, hacer otro examen particular sobre algún vicio o defecto para corregirlo, o sobre alguna virtud para adquirirla; 6. Ser diligente en la Congregación los días de fiesta, en clase y en los círculos los días de trabajo, y dar siempre el tiempo conveniente al estudio en casa; 7. Visitar al Santísimo Sacramento, así como alguna iglesia o capilla dedicada a la Santísima Virgen, al menos una vez; 8. Rezar cinco padrenuestros y avemarías a las llagas de nuestro Señor Jesucristo entre las dieciocho y las veintiuna horas, y hacer al menos tres actos de mortificación en honor de la Virgen María; 9. Rezar las demás oraciones vocales y otras devociones ordinarias a la Virgen María, a san José, a los santos patronos y a las almas del purgatorio; pero estas devociones deberán ser aprobadas por el director, lo mismo que los libros para la meditación y la lectura espiritual; 10. Leer con atención y reflexión un capítulo entero, o al menos una parte, del devotísimo libro de Tomás de Kempis en latín; 11. Para perseverar en la observancia de estas reglas, hacerse una distribución de las horas del día asignando un tiempo determinado a la oración, al estudio, a las otras devociones, al recreo y al sueño, consultando de

antemano al director; 12. Acostumbrarse a elevar con frecuencia la mente a Dios, con breves, pero fervorosas jaculatorias.

Cada semana: 1. Confesar y comulgar; 2. Ayunar el viernes y el sábado; 3 En dicho día hacer alguna penitencia, con el consejo del padre espiritual; 4. El mismo día hacer un cuarto de hora de oración o lectura espiritual además de la acostumbrada, y esto, si es posible, retirándose a alguna iglesia. Esto podrá suplirse asistiendo a alguna plática espiritual, o con otra obra de piedad sustituida por el director, según su juicio; 5. Hablar, sentado o dando un paseo con uno o más compañeros, de cosas buenas y espirituales. El tema de la conversación podrá tomarse de la meditación hecha por la mañana, o de la lectura espiritual, o de alguna de estas reglas, comunicándose mutuamente los buenos sentimientos tenidos, o que sean sugeridos entonces por el Señor, a modo de plática familiar; 6. Todos los sábados contar, u oír contar, algún ejemplo o milagro de María Santísima, haciendo sobre él alguna reflexión moral y devota; 7. Presentar siempre las excusas sinceras al director si se falta a alguna de estas reglas; manifestarle también la culpa propia cuando hayan dejado de cumplirse, y pedir alguna penitencia.

Cada mes: 1. Escoger un día de mayor retiro y examinarse con mayor atención sobre la enmienda de los defectos y el aprovechamiento en la virtud y la observancia de estas reglas; 2. Elegir un joven de los más ejemplares y celosos y pedirle que observe bien nuestra conducta, y nos advierta, con sincera caridad, los defectos que vea en nosotros, determinando para ello el día citado o uno de los más próximos; 3. Hecho esto, visitar al padre espiritual y hablar con él sobre esto y otras particularidades que puedan surgir; recibir sus consejos y ser puntual en ponerlos por obra; 4. Tener empeño en que el director conozca las propias faltas; 5. Tener un santo patrono cada mes, además de los otros.

Cada año: 1. Hacer los EE. EE. aquí en el seminario, durante el carnaval o en otro tiempo y lugar, aunque no sea necesario para las órdenes; en caso de existir legítimo impedimento, consultar con el director; 2. En dicho tiempo, o en otro más cómodo, hacer confesión

general o anual; 3. Hablar con el director antes de ir de vacaciones y para saber cómo comportarse en ellas; 4. Antes de las mencionadas vacaciones dar a los compañeros y recibir de ellos algún recuerdo, para pasarlas bien en el Señor.

En todo tiempo: 1. Guardarse más que de cualquier gran mal, de los compañeros malos o poco buenos, como son, según se dice, el que tiene en la boca equívocos impuros, palabras sucias, mordaces y groseras; el que se muestra aficionado a tratar con personas de distinto sexo y a hablar de amoríos; el que entra con frecuencia en las tabernas y es inmoderado, principalmente en el beber; el que quiere adquirir fama de hombre vengativo, pendenciero y camorrista; el que pasea o vaga ocioso por plazas y tiendas; el que acude a locales de juego o juega también en privado a las cartas o a los dados, y en general el que da pruebas de ser un joven contrario a la buena disciplina, enemigo del estudio y que sólo piensa en pasatiempos; 2. No tratar nunca, o jugar, o bromear, o permitirse en cualquier otro sentido demasiada familiaridad con mujeres sea cual fuere su condición, edad o parentesco; y no darles nunca la mínima confianza que pudiera ser de alguna manera peligrosa o sospechosa; 3. No jugar nunca a juegos prohibidos ni tampoco a los lícitos, principalmente de cartas o dados, y menos aún en público y donde se reúne toda clase de gentes, ni asistir a ellos como espectador; 4. Por ningún título o pretexto tutear, echar las manos encima, perseguir, dar empujones, golpear a los otros, ni siquiera en broma, ni permitirse otros actos o palabras o gestos de ligereza que engendren desprecio u otro mayor peligro.

5. Tener sumo cuidado en conservar el hermoso lirio de la pureza, y para ello vigilar bien los sentimientos, y especialmente los ojos, no fijándolos nunca en el rostro de las mujeres o en otros objetos peligrosos; y guardarse de comer o beber demasiado o fuera de las comidas, y evitar el ocio; 6. Hacer particular profesión de humildad y para ello reflexionar a menudo en que, por nuestra parte, sólo tenemos podredumbre en cuanto al cuerpo; ignorancia y pecados en cuanto al alma; y que si hay en nosotros alguna cosa buena de naturaleza, fortuna y gracia, es una limosna que Dios nos

da. Guardarse, por tanto, de decir palabras en alabanza propia y de desear ser estimados más o igual que los otros; 7. A estas dos virtudes ha de seguir siempre la reina de todas, la caridad; y para el ejercicio de esta virtud servirá principalmente el soportar las injurias y ser fácil y pronto a perdonarlas de todo corazón; ser afable con los pobres; guardarse sobre todo del interés y el deseo de cosas materiales o del excesivo apego al dinero; 8. Pedir al Señor la conversión de los pecadores en general y en particular, y especialmente de los de la Congregación del seminario, si hubiera alguno; y emplear todos los medios que pudieran ayudar a ello, pidiendo consejo, si fuera preciso, en casos particulares a personas discretas y prudentes y al propio director, para corregir con la mayor suavidad y discreción posibles, quitando el mal y el escándalo, sin infamia del malhechor; 9. Antes de salir del seminario, acabados los estudios, pedir consejo al director sobre los cargos y las reglas que habrán de seguirse en el resto de la vida.

Reglas particulares para los jóvenes que visten hábito eclesiástico: 1. El que ha recibido ya el hábito eclesiástico deberá atender con mayor esfuerzo a su propio provecho y a procurar el bien y la salvación del prójimo, como obligación indispensable de este estado.

2. En la ciudad y en el pueblo llevará siempre el hábito largo; en el campo y en los viajes, la sotana corta ha de ser siempre totalmente sinodal y modesta; y también en casa estará siempre con decencia y con su distintivo de eclesiástico.

3. Será limpio, pero sin vanidad en el vestir y en el arreglo de la persona; amará la modestia, la gravedad, el decoro en las funciones sagradas, en las iglesias y sacristías; y para ello procurará conocer bien los sagrados ritos; observará las constituciones eclesiásticas propias de su estado, y profesará particular obediencia a su obispo.

4. Prestará especial atención al estudio, y no saldrá del seminario sin haber terminado los cursos, a fin de hacerse lo más hábil posible para el servicio de Dios y la salvación del prójimo,

mediante la predicación, al ministerio del confesonario y otras santas ocupaciones semejantes, a medida de su talento.

5. Nunca ambicionaré ni pretenderé puestos o beneficios más honrosos o más pingües o lucrativos, sino que en cosa de tanto relieve y peligro se mantendrá siempre con indiferencia resignado a la voluntad de Dios, al juicio de los superiores y al consejo de su director espiritual. Por eso nunca deberá tener ese fin y esa intención en sus estudios y en las buenas obras, pues perdería todo el mérito y nunca alcanzaría virtud sólida ni esa paz y tranquilidad de ánimo: La paz de Dios que sobrepasa toda inteligencia (Flp 4,7). Paz y misericordia a todos los que vivan conforme a esta regla y al Israel de Dios (Gál 6,16).

Advertencias (al Director). Se recomendará a los eclesiásticos, especialmente a los in sacris, el uso del fajín, advirtiéndoles que este contribuye mucho a la perseverancia y al buen ejemplo; y que es parte del hábito sinodal; antiguamente lo usaban todos, y también hoy lo usan los más ejemplares y observantes, como deben ser todos.

Adiciones: 1. Con ocasión de alguna necesidad particular de alguno, todos deberán orar por él y aplicar una comunión; 2. Cada uno deberá también, al hacer la visita a la Santísima Virgen o en otro tiempo, rezar todos los días por los demás tres avemarías a la Inmaculada Concepción, a fin de obtener y conservar el don importantísimo de la santa y amabilísima pureza, es decir, la castidad; 3. Deberá, incluso el que no es sacerdote, ofrecer una vez al mes la comunión por todos los demás, para que perseveren firmes en la observancia de las santas reglas, en una verdadera devoción para sí mismos, y celo ardiente e incansable por el bien de los demás. Los sacerdotes, por su parte, aplicarán cada año una misa en el día que se les señale para este fin, especialmente por la conservación y buenos progresos, en satisfacción por las culpas de todos y para alcanzar a todos una verdadera contrición de los propios pecados y la salvación eterna; 4. En caso de muerte de alguno, el que no sea sacerdote deberá rezar un oficio de difuntos,

oír una misa, rezar una tercera parte del rosario, ayunar un sábado u otro día y ofrecer una comunión, aplicando también una misa lo antes que pueda, y alguna indulgencia.

Triduo a san Francisco Javier, 30 de noviembre: 1. Imitarlo en su profundísima humildad, en el esfuerzo por llegar al conocimiento de nosotros mismos, de nuestras miserias en cuanto al alma y en cuanto al cuerpo; buscando en nuestros estudios y obras buenas no la estima, el honor, la reputación de los hombres, sino solamente a Dios, su gloria, y nuestro bien y el de las almas; 2. Imitarlo en su mortificación, contrariando cuanto sea posible nuestra voluntad, nuestros caprichos y también mortificándonos un poco externamente, evitando al sentarse o arrodillarse la postura más cómoda y contentándonos con la escogida en un principio, frenando el desenfrenado afán de mirar, saber, hablar, etc.; 3. A imitación de su celo, por la gloria de Dios y la salvación de las almas, asistir con particular y extraordinaria penetración interna y fe a la santa misa, ofreciéndola por la salud, prosperidad e incolumidad del Sumo Pontífice, por el triunfo de la Iglesia, por la conversión de los infieles y para obtener también nosotros el espíritu de ardor, de piedad, de humildad, de sacrificio, de desprecio de todo lo que es mundo, del que nuestros padres nos dieron tan grandes y luminosos ejemplos.

Cuatriduo en honor de san Francisco de Sales, 25 de enero. Honremos a este santo: 1. Imitándolo en su dulzura, tratando a todos con jovialidad, amabilidad, buen humor, pero todo esto unido siempre a la gravedad y modestia, especialmente a los que nos han dado algún disgusto, a los que nos resultan antipáticos, a los atribulados y tentados, angustiados, etc., procurando, si el caso lo exige, llevarlos a Dios; 2. Imitándolo en la severidad que usó siempre consigo mismo, pisoteando, quebrantando, negando en la mayor medida posible nuestra voluntad y nuestro juicio; 3. En su amor a Dios imitémoslo ofreciéndonos con frecuencia a Dios mediante actos de ofrecimiento de nosotros mismos, y confesándonos prontos y dispuestos a hacer todo cuanto en estos santos Ejercicios se digne hacernos ver qué quiere de nosotros, orando mientras devotamente para que aprovechemos de veras

nosotros y los demás; 4. Finalmente imitémoslo en su caridad con el prójimo, pidiendo por los pecadores, por el éxito de las misiones católicas, por el Sumo Pontífice y por el triunfo de la Iglesia.

Oración. Concédeme, benignísimo Jesús, tu gracia, para que esté conmigo y obre conmigo, y perseverare hasta el fin. Dame que desee y quiera siempre lo que es más acepto y agradable a ti. Tu voluntad sea la mía y mi voluntad siga siempre la tuya, y se conforme perfectamente con ella. Tenga un querer y no querer contigo, y no pueda querer ni no querer sino lo que tú quieres y no quieres. Dame que muera a todo lo que hay en el mundo, y que por ti desee ser despreciado y olvidado en este siglo. Dame que, sobre todo lo deseado, descansa en ti y aquiete mi corazón en ti. Tú eres la verdadera paz del corazón; tú el único descanso; fuera de ti, todas las cosas son molestas e inquietas. En esta paz, esto es, en ti, Sumo y Eterno Bien, dormiré y descansaré.

1896

Propósitos hechos en los EE. EE. de 1896 y confirmados en 1897 y 1898

Para mayor gloria de Dios: 1. Propongo y prometo no acercarme nunca a los santos sacramentos por rutina o con frialdad y no emplear nunca menos de un cuarto de hora en prepararme.

2. Propongo también perseverar en hacer todos los días, y especialmente en vacaciones, la meditación, el examen particular y general, rezar el rosario, hacer la lectura espiritual y la visita y las demás oraciones que suelen rezarse en el seminario, y con devoción y según mi horario, al que prometo atenerme con el mayor rigor posible, en el seminario y en vacaciones.

3. Cuando me sea posible rezaré también en honor de María Santísima el Salterio y los Salmos, y además, todos los días, tres avemarías por la santa pureza.

4. Vigilaré con todo cuidado sobre mí mismo, procurando no caer en distracciones en las oraciones, y especialmente en la meditación, en los ocho padrenuestros después de la comida, en vísperas y en

el rosario. Y para esto, tanto al rezar como en cualquier otra ocasión, pensaré en la presencia de Jesús, imaginándome que me hallo ante alguna escena de su vida, en el Cenáculo, en el Calvario, etc.

5. Sobre todo estaré en guardia sobre mí mismo para que no brote en mí la planta de la soberbia; estaré en guardia considerándome inferior y más mezquino que todos, tanto en la piedad como en el estudio.

6. En cuanto al estudio, me aplicaré a él con todo amor y ardor y con todas mis fuerzas, estudiando sobre todo las materias sin distinción ninguna, sin que me retraiga de ello la excusa de que no me gustan. Mi único fin en el estudio será la mayor gloria de Dios, el honor de la Iglesia, la salvación de las almas, y no mi honor ni el afán de sobresalir entre todos los demás, y recordaré con frecuencia que el Señor me pedirá cuentas también del talento que he malgastado no en otra cosa que en procurarme gloria a mí mismo.

7. Pondré especial empeño en mortificarme a mí mismo, en castigar por encima de todo y siempre el amor propio, mi vicio dominante, evitando todas las ocasiones en que este pueda aumentar. No presumiré de sabio en las conversaciones, no disculparé nunca alguna acción mía, considerando siempre el comportamiento de los demás mejor que el mío. No emplearé gestos o palabras que me den aire de sabihondo. Esquivaré todo género de alabanza y me guardaré muchísimo de querer sacar a relucir siempre mis actos, buscando que los admire el que escucha, así como de darme la menor importancia.

8. No me concederé nunca paz mientras no haya conseguido un amor y una devoción grande al Santísimo Sacramento, que constituirá siempre el objeto más querido de mis afectos, de mis pensamientos, en una palabra, de toda mi vida de seminarista y, si él me quiere, de sacerdote.

9. Prometo y juro a María Santísima, que será siempre mi madre amadísima, guardarme en cuanto me sea posible

escrupulosísimamente de todo pensamiento consentido o acto que pueda simplemente empañar la virtud celeste de la santa pureza; y con este fin invoco ahora y siempre a esta Reina de las vírgenes, para que me ayude a tener alejadas de mí todas las tentaciones que el demonio trae contra mí con este propósito.

10. Procuraré inspirar a los otros, especialmente a los niños, hablando con gusto de ella, la devoción al Santísimo Sacramento y al Sagrado Corazón de Jesús, de la que ante todo he de ser modelo yo mismo; lo mismo haré por lo que se refiere a la devoción a la Virgen Santísima.

11. Nunca me olvidaré de san José, elevándole todos los días una oración, por mí, por los moribundos, por la Iglesia.

12. En las novenas, en los meses de marzo, mayo, junio y octubre, y siempre, practicaré una especial mortificación de mis sentimientos, negando a mis apetitos lo que ellos querrían, y en vacaciones, especialmente donde puede haber gente, me comportaré con una modestia especial, no tanto para servir de ejemplo a los otros, cuanto para evitarme ocasiones que quizá pudieran resultarme dañosas.

13. Pediré en mi oración, y haré que otros pidan, al Santísimo Sacramento, a la Virgen y a los santos por la conversión del Oriente y, antes que nada, por la unión de las Iglesias disidentes. Jamás me olvidaré de rezar por el Sumo Pontífice, por el triunfo de la Iglesia, por mi amadísimo obispo, por mis parientes y bienhechores, en especial por aquellos con los que tengo mayor obligación.

14. Resumiendo, haré que todas mis obras confirmen la tan repetida expresión de san Ignacio de Loyola: Para mayor gloria de Dios.

1897

De la santa pureza

Convencido, por la gracia de Dios y de mi madre María Santísima, del inestimable tesoro de la santa pureza y de la

necesidad grandísima que de ella tengo por haber sido llamado al angélico ministerio del sacerdocio, para conservar siempre terso este espejo resplandeciente, en estos santos Ejercicios he hecho, con la aprobación de mi padre espiritual, y he propuesto cumplir escrupulosamente estos propósitos, que consagro a la Virgen de las vírgenes por mediación de los tres angelicales jóvenes, Luis Gonzaga, Estanislao de Kostka, Juan Berchmans, mis especiales protectores, para que ella, en atención a los méritos de estos tres amados lirios suyos, quiera bendecírmelos y concederme la gracia de ponerlos en práctica.

1. En primer lugar, íntimamente persuadido de que la santa pureza es gracia de Dios, sin la cual y sólo con mis fuerzas sería capaz de violarla, pondré también aquí la gran base de la humildad, desconfiando de mí mismo y poniendo toda mi confianza en Dios y en María Santísima. Por lo cual todos los días pediré al Señor la virtud de la santa pureza y especialmente me encomendaré a él en la santa comunión. Con la Reina de las vírgenes, además, seré tiernísimo; aplicaré siempre la hora de prima del oficio parvo, la primera avemaría del Angelus, el primer misterio del rosario por la consecución y conservación de la santa pureza. Aseguraré también la ayuda de san José, esposo castísimo de María, rezándole dos veces al día la oración O virginum custos, y seré devoto de los tres santos jóvenes citados, cuya pureza me esforzaré por copiar.

2. Cuidaré de mortificar severamente mis sentimientos manteniéndolos dentro de los límites de la modestia cristiana; y haré ayunar especialmente a los ojos, llamados por san Ambrosio redes insidiosas y por san Antonio de Padua ladrones del alma, rehuyendo cuanto pueda las aglomeraciones de gente en fiestas, etc.; y cuando me vea obligado a intervenir, comportándome de modo que nada que pueda simplemente evocar el vicio contrario a la santa pureza hiera mis ojos, los cuales para esto, en tales ocasiones, estarán siempre fijos en el suelo.

3. Con suma modestia me comportaré también cuando deba pasar por ciudades u otros lugares populosos, no mirando nunca a

anuncios, grabados, comercios donde pueda haber algo indecente, según el dicho de Sirácida: No pasees tus ojos por las calles de la ciudad, ni andes dando vueltas por sus calles desiertas (9,7). Incluso en las iglesias, aparte una modestia edificante en las funciones sagradas, no fijaré los ojos en bellezas de ninguna clase, como cuadros, tallas, imágenes u otros objetos de arte en que sea, aunque poco, violada la ley del decoro, de modo especial en el caso de pinturas.

4. Con mujeres de cualquier condición, aunque sean parientes o santas, tendré un cuidado especial, huyendo de su familiaridad, compañía o conversación, particularmente si se trata de jóvenes; jamás fijaré mis ojos en su rostro. Jamás les daré la mínima confianza, y cuando por necesidad deba hablar con ellas procuraré ser breve y prudente.

5. Jamás tendré en mis manos o miraré con los ojos, libros de frivolidades o figuras que ofendan el pudor, y todos los objetos peligrosos de esta clase que encuentre los romperé o arrojaré al fuego, aunque se hallen en las manos de mis compañeros, a no ser que por hacer esto resulten más graves inconvenientes.

6. Además de dar ejemplo de suma modestia al hablar, en familia procuraré apartar de las conversaciones temas poco convenientes a la santa pureza, no permitiendo nunca que, sobre todo en mi presencia, se hable de amoríos, se empleen palabras poco honestas y decentes o se canten canciones amorosas. Corregiré siempre con caridad cualquier inmodestia que otros cometan, y si persisten me alejaré mostrando el más vivo desagrado. A este respecto, en el seminario seré escrupuloso y todo ojos para alejar genialidades, simpatías entre los compañeros y todos los actos o palabras que, si en el mundo pueden pasar, son indecentes en los eclesiásticos.

7. En la mesa, al hablar y al comer, no me mostraré glotón o intemperante; haré siempre alguna pequeña mortificación; y en cuanto a beber vino seré más que moderado, porque en el vino hay

el mismo peligro que en las mujeres: El vino y las mujeres hacen perder la cabeza a los sensatos (Si 19,2).

8. Observaré también conmigo mismo, por lo que se refiere a mi cuerpo, una suma modestia, en cualquier ocasión y para cualquier acto, de los ojos, de las manos, de la mente, etc., tanto en público como en privado. Y para esto quitaré la ocasión de tales actos, aunque inculpables; por la noche, antes de dormirme, después de ponerme al cuello el rosario, colocaré los brazos sobre el pecho en forma de cruz, procurando despertar por la mañana en esta postura.

9. En todo recordaré siempre que debo ser puro como un ángel, y me comportaré de modo que de todo mi ser, de mis ojos, de mis palabras, de mis gestos emane ese santo rubor tan propio de los santos Luis, Estanislao y Juan, rubor que tanto agrada, causa reverencia y es la expresión de un corazón, de un alma casta, amada de Dios.

10. Jamás olvidaré que nunca estoy solo, incluso cuando lo estoy: que me ve Dios, María y mi ángel de la guarda; que siempre soy seminarista. Y cuando me vea en ocasiones de ofender a la santa pureza, entonces más que nunca me volveré a Dios, al ángel de la guarda, a María, repitiendo con frecuencia la jaculatoria: María Inmaculada, ayúdame. Pensaré entonces en la flagelación de Jesucristo y en los novísimos, recordando lo que dice el Espíritu Santo: En todas tus obras acuérdate del final, y no pecarás jamás (Si 7,36).

1898

Notas espirituales

27 de febrero de 1898. Para ser esta la primera semana desde que salí de los santos Ejercicios, la he pasado muy mal por la continua distracción en que he caído en las oraciones. Aunque me parece que por mi parte he sido diligente en esto, no puedo negar que a veces he podido ser causa de las distracciones, por conservar poco el recogimiento en las demás cosas. De todos modos he pasado una semana floja. Lo peor es que yo, en lugar de hacer un

acto de humildad cuando me daba cuenta de estar distraído, me entristecía, me inquietaba. Basta. Dios me perdone. Se ve que él ha querido desengañarme, me ha sometido a prueba, me ha hecho ver qué miserable soy. Bendito sea. Ahora me esforzaré por ser más recogido, con la ayuda de la Virgen Santísima, de mi ángel de la guarda, de mi san Juan Berchmans. Dios sabe que, incluso en medio de todas mis miserias, lo amo de verdad y deseo que todos lo amen. Que él me bendiga y no quiera rechazarme, por muy pecador que sea. Señor, tú sabes que te quiero.

Domingo, 6 de marzo de 1898. He estado menos distraído en las oraciones, pero no del todo y siempre recogido. En estos últimos días he hecho poco uso de jaculatorias, y por eso no he vivido tan unido a Jesús como anteriormente. A medida que avanzo más me doy cuenta de lo que me falta. En adelante observaré un recogimiento especial por la mañana y por la noche, en el dormitorio; pronunciaré infinitas jaculatorias durante la jornada, especialmente en el recreo y en el estudio. Seré menos charlatán en el recreo, y no me dejaré llevar por una desmesurada alegría. Me portaré de modo que Jesús pueda decirme también a mí las palabras que dijo a santa Teresa: Yo me llamo Jesús de Teresa. Pero antes es necesario que sea un Ángel de Jesús. Así sea. Que san José me ayude y me dé su recogimiento. Jesús mío, misericordia.

Domingo, 13 de marzo de 1898. Cuántas faltas también esta semana. En clase he dejado escapar alguna palabra inútil y tonta, el examen de conciencia lo he hecho muy de prisa, y no he conservado el debido recogimiento por la mañana al levantarme, con perjuicio del fruto de la meditación. Tampoco las jaculatorias han sido infinitas como había prometido que serían. Sobre estos tres puntos tendré que vigilar especialmente en esta semana. No me dejaré caer en la melancolía, pensando en el estado presente de mi familia; cuando me venga semejante pensamiento, pediré al buen Jesús que se digne socorrerla, que le conceda resignación, y perdone a los que le hacen mal, para que nada suceda que sea ofensa de Dios. Encomendaré el asunto a María y a José, para que

sean conocidas la verdad y la inocencia. Para mí esto es una prueba grandísima. De todos modos, suceda, lo que suceda, Dios sea bendito, hágase su santísima voluntad.

Domingo, 20 de marzo de 1898, retiro. Hace ya un mes que salí de los santos Ejercicios. ¿En qué punto me hallo en el camino de la virtud? Pobre de mí. Al hacer un examen general sobre mis acciones en estos días pasados he encontrado de qué avergonzarme y humillarme. He encontrado que en todas mis acciones falta siempre algo para la perfección: no he hecho demasiado bien la meditación, no he oído bien la santa misa, porque me he dejado distraer apenas levantado de la cama, durante el aseo; no he hecho con todo el fervor que antes sentía la visita al Santísimo Sacramento; he hecho con poco o ningún fruto el examen general, he caído en distracciones, especialmente en el rezo de vísperas; me he dejado llevar de la desgana que trae consigo el calor; he encontrado, en una palabra, que estoy todavía en los comienzos del viaje que he emprendido. Qué confusión. Me había creído que a estas horas sería un santo, y veo que sigo siendo un miserable como antes.

Viendo esto debo humillarme profundamente y pensar que no soy capaz de nada. Humildad, humildad, humildad. Pero en medio de todas estas miserias debo dar gracias al Señor porque no me ha abandonado, como merecía. Conservo todavía, gracias a Dios, el deseo de ser bueno, y con esto debo seguir adelante. Pero, ¿qué ir adelante? Es preciso comenzar de nuevo. Pues bien, comenzaré de nuevo. ¿Qué hace falta? En el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo, bajo la protección de la Virgen María y de san José, iniciemos la marcha. Los puntos sobre los que debo permanecer vigilante son los contrarios a las faltas que acabo de señalar. Basta. En el próximo retiro veremos en qué punto estamos. Mientras tanto, que Dios me bendiga.

Lunes, 28 de marzo de 1898. ¿En qué vienen a parar todas mis promesas? Pobre de mí, ya lo había olvidado. Pero si sigo a este paso, las cosas van a acabar mal. Continúo en las mismas. Y si

busco la causa, la encuentro en no haber conservado siempre el recogimiento. De ahí que mis prácticas de piedad dejen siempre algo que desear; en una palabra, a esa meditación, a esas visitas, a esas vísperas, a esas benditas vísperas, a esos exámenes, a todo, le falta siempre algo. Lo curioso es que me afano por recomendar el recogimiento a los otros. Qué vergüenza para mí, yo que debía dar ejemplo, dejarme preceder por los otros en hacer el bien. Antes debo poner en práctica el recogimiento, en todo. Esta mañana he hecho la meditación sobre los medios que el Señor me ha dado para salvarme, y he encontrado mucho de qué avergonzarme. Acabemos de una vez. Hasta ahora he jugado siempre con Dios, pero con Dios no se juega. En adelante haré las cosas bien de verdad. Observaré un especial recogimiento en toda mi jornada, no me dejaré distraer por el pensamiento de los exámenes semestrales, sobre todo me guardaré de quebrantar las reglas comunes, y señaladamente la del silencio. Estaré unido con Jesús en el Sacramento, mi amigo y aliento, y todo resultará bien. Jesús mío, misericordia.

Lunes, 4 de abril de 1898. En esta semana me parece que las cosas han ido un poco mejor, pero no del todo; en alguna cosa me he dejado arrastrar por el ambiente general del tiempo de exámenes. Me queda todavía mucho, mucho por hacer, especialmente por lo que se refiere al recogimiento en las oraciones. Debo sacrificarme y despreciarme. Este sacrificio, en esta semana santa, me lo pide Jesús que sufre. ¿Puedo negárselo? No, Jesús, jamás.

Viernes, 22 de abril de 1898. Ha pasado la Semana Santa, han pasado también las vacaciones, y en vez de mejorar he seguido retrocediendo. ¿Es posible, después de tantas promesas? El hecho es que me encuentro en este estado, ni más ni menos. Y lo curioso es que no he escrito nada, como había venido haciendo cada ocho días después de los santos Ejercicios, y he dejado pasar así dieciocho días. Jesús mío, misericordia.

No sé cómo explicarlo. Me parece que siento en mí un poco de amor a Jesús, tengo deseos de portarme bien, y sin embargo hago

bastante mal las prácticas de piedad, nunca tengo la cabeza en lo que hago, raras veces pronuncio una jaculatoria. Por otra parte no sé si el Señor estará contento de estas vacaciones; no estoy del todo descontento, pero esperaba más, una mayor puntualidad en la asistencia a las prácticas de piedad, mayor exactitud en todo. Hay una cosa en la que he faltado más, porque estaba más en la línea de mi carácter: el querer presumir de sabio, juzgar, cortar alocadamente por lo sano. Pobre de mí, soberbia, soberbia, soberbia; es el viejo amor propio que ha salido a relucir. Esto bastará para tenerme sobre aviso en las próximas vacaciones. Pero, en fin de cuentas, todo ha pasado; no creo haber perdido la cabeza en estas vacaciones, y doy por ello las gracias a Jesucristo. Mañana comienzo otro semestre. Qué alegría. El Señor se dispone también a concederme un sinfín de gracias en el mes de mayo y de junio. Los disgustos de la familia me atormentan; pero en fin, hay que animarse. Todo en Jesús y por Jesús, y luego que venga lo que quiera.

Domingo, 1 de mayo de 1898. Oh, qué hermoso día, qué día de paraíso tras una semana de escaso fervor, más bien de disipación y casi de tibieza. El buen Jesús me ha concedido también este año la gracia de hacer el mes de mayo; me ha presentado una nueva ocasión preciosísima para poderlo amar más procurando honrar a la Virgen Santísima. Espero mucho, en este mes, de mi madre María; si ella me ayuda, estoy seguro de dar algunos pasos adelante. Dos son las virtudes que en este mes pediré principalmente a la Virgen para mí: 1) una gran humildad, es decir, conocimiento y desconfianza de mí mismo; 2) un gran amor a Jesús en el Sacramento; y esta segunda gracia será la que más veces pediré también para mis compañeros. Además pediré siempre a Jesús una gran devoción a María, madre suya y madre mía. Así los objetos de mi corazón, mis anhelos, mis oraciones llegan a Jesús por María y a María por Jesús. San Juan Berchmans me ayudará en este mes e intercederá por mí, estoy seguro de ello, él que era tan devoto de la Virgen. Me esforzaré sobre todo por conservar el máximo recogimiento, para poder así vigilarme y dominar poco a poco mis

pasiones, especialmente el amor propio. Seré escrupuloso en el cumplimiento puntual del reglamento, luchando contra mi propia voluntad. De manera especial guardaré el silencio en clase, no dejando que se escape de mi boca la mínima palabra. Las jaculatorias no tendrán número, y procuraré inculcar en las conciencias esta verdad: para ir derechos a Jesús es preciso pasar por María. En una palabra, me haré todo de María, para ser todo de Jesús. En todas las cosas me atenderé a las prácticas para el mes de mayo que tengo consignadas por escrito. En este mes seré verdaderamente como decidí ser en los santos Ejercicios. Mi ángel de la guarda me servirá de despertador cuando me olvide. Mientras tanto, que Jesús y María me bendigan, me ayuden, me den cuanto necesito, incluso los buenos deseos, y seré santo.

Domingo, 15 de mayo de 1898, retiro. A poco que me he examinado he podido comprobar en este mes que estoy lleno de mí mismo, y mucho más me lo ha dado a conocer mi director espiritual cuando me he presentado a él. Quién sabe lo que saldrá de aquí. Jesús ve que no deseo otra cosa que servirle, y me esfuerzo por sofocar los movimientos de mi amor propio. Pero caigo tantas veces. Quizá María esperaba de mí algo más, y me doy cuenta de ello, porque hasta ahora sólo he hecho consistir la devoción en superficialidades, y las faltas cometidas han sido todavía muchas, y muchas veces he estado distraído en las oraciones. Si llegase a conseguir al menos un verdadero recogimiento.

Debo esperarlo, quedan todavía quince días y espero conseguir algo. Mientras tanto no haré otra cosa que pedir a Jesús y María que me hagan humilde, y mi más preciosa jaculatoria será esta: Humildísima María, hazme semejante a ti. Humildad pediré a Jesús en el Sacramento, humildad ejercitaré sobre todo en las cosas adversas, humildad con los otros, humildad en los pensamientos: aquí es donde caigo de manera especial, y aquí cayeron los ángeles. Jesús y María, ya sabéis que os amo. Jesús mío, misericordia.

Jueves, 26 de mayo de 1898. Con gran confusión mía debo confesar que he hecho poco bien esta novena de Pentecostés. Si continúo así, destruiré lo poco bueno que me parece haber hecho antes. No puedo hacer otra cosa que humillarme y confiar. Faltan todavía tres días para las fiestas solemnes de Pentecostés; haré, por tanto, un triduo de reparación, esforzándome de modo especial, por ser perfecto en las prácticas de piedad, y vivir siempre muy recogido en Dios, en María, con muy frecuentes jaculatorias. Rezaré de modo especial por los ordenandos y por la conversión de los pecadores y por la unión de las Iglesias disidentes. Este será también el modo más hermoso de cerrar el mes de mayo, y será la aurora de ese otro mes, muy querido también para mí, el mes del Sagrado Corazón de Jesús. Como confirmación de todo esto observaré la máxima atención, el máximo silencio en clase. María, mi única confianza, aceptad mis propósitos, enviadme el Espíritu Santo que me haga conocer mi miseria y me haga amar a Jesús.

Domingo de la Santísima Trinidad, 3 de junio de 1898. Para mayor gloria de Dios. Alabado sea Jesucristo. En el mes de mayo y en la novena del Espíritu Santo he pedido a Jesús y a María la virtud de la humildad, y parece que he tenido buenas ocasiones de ejercitarla. Parece que han contado a los superiores cosas, a mi parecer, exageradas sobre mí, sobre mi soberbia demostrada en las vacaciones, y he recibido la debida reprimenda. He debido de humillarme sin quererlo, pero en el fondo no deja de haber un poco de razón. En este caso, si los superiores vinieran a mirarme con malos ojos, ¿qué debo hacer?

Dejaré hacer, que las cosas sigan su curso; espero que se llegue a saber qué hay de verdadero y qué de falso en lo que se me ha imputado. De todos modos ha sido un buen golpe que me ha hecho pensar y llorar; y quizá he ido demasiado lejos con el pensamiento. Y todo esto porque, aunque no llegase, gracias a Dios, a los excesos que se me han imputado, la soberbia existe, y esta soberbia ha dado ocasión a semejantes acusaciones. Ahora, por fin, comienzo a abrir los ojos y a aprender algo. Basta, he recibido la lección. Pero ahora supongamos que todo es verdad y pongamos

una losa encima, no pensemos en el que ha informado, sino que recemos por él que fue quizá instrumento en las manos de Dios para hacerme entrar en el camino recto.

Humildad, por tanto, de nuevo humildad, y sobre todo ojo a esos puntos especialmente en los que se dice —y en parte debo estar de acuerdo— que he faltado. Para esto repasaré a menudo mis propósitos que parecen hechos aposta. En ello me ayudará un poco más de unión con Jesús, porque, a decir verdad, en estos días he estado flojo; mayor cuidado en los exámenes y en la visita.

Es el mes del Sagrado Corazón, mi mes, y por tanto debo dar algún paso en la humildad, y al mismo tiempo en el amor, así me prepararé mejor para esas malditas vacaciones, y no daré más ocasiones de las que se puedan formar nuevos castillos sobre mí.

Por ahora doy gracias a Jesucristo que me concede al menos la disposición a hacerme humilde. Por lo demás Jesús ve mi corazón; sabe cuánto deseo amarlo. Por ahora, pues, fervor, ya que estamos en el mes del amor.

Domingo, 12 de junio de 1898. Esta semana me parece no haberla pasado demasiado mal. Pero tengo aún que reprocharme de haber prestado poca atención en clase en ciertas horas especiales, es decir, en las de letras, y de haber querido a veces hacer el gracioso, dejando escapar alguna palabra inútil o tonta; a veces en el rosario un poco distraído, mucho en el examen general, y un poco también en la meditación. Ay de mí, así, bonitamente, vengo a estar lo mismo que antes. De nuevo, pues, hace falta aliento, hace falta atención, hace falta humildad. Un pecado que llevo encima es el no ser nunca ordenado, ni siquiera en las cosas espirituales; y lo curioso es que estoy recomendando siempre el orden, incluso a los otros.

Lo que debo hacer es esto: no decir nunca a otros algo que luego no me esfuerce por poner en práctica, pues hasta ahora ha sucedido lo contrario. Por ejemplo: aquellos a quienes hablo del amor a Jesús Sacramentado podrán, quizá, formarse un buen

concepto de mí a este respecto, porque me parece que hablo con el mayor calor que puedo. Puedo decir, en cambio, que estoy aún muy atrás, sin duda más que todos mis compañeros. Es preciso, por tanto, que atienda a mí mismo con orden. Para ello, en mis exámenes, me fijaré siempre en un defecto mío particular y a él dedicaré una especial atención. Ahora, en esta semana, seré un poquito escrupuloso en la clase de letras, observaré un recogimiento especial en la meditación, rosario y examen general; y por lo demás, humildad siempre en todo, especialmente con los otros, no hablando nunca de mí mismo en los corrillos, procurando no poner o dar ocasión de que se pongan en público los defectos de los demás, en lugar de cubrirlos.

Domingo, 19 de junio de 1898, retiro mensual. Si en la pasada semana he estado un poco más unido con Jesús, si por su gracia he tenido buenas inspiraciones, buenos sentimientos, en una palabra, si he gozado en el Corazón de Jesús, especialmente en la comunión de la solemnidad del viernes, a pesar de ello no puedo decir que he agradado al Corazón de Jesús, pues he caído de nuevo en casi todas las faltas de que me acusaba la otra vez. Por ejemplo, decir alguna palabra inútil durante la clase, estar poco recogido como es verdaderamente mi deber al rezar el rosario, sacar poco provecho de la meditación y ninguno del examen general. Pobre de mí, cuántas espinas para el Corazón de Jesús. ¿Qué quiere decir todo esto? Quiere decir que no lo amo como digo, lo amo sólo con palabras, no con hechos. Sobre todo tengo que reprocharme una inconstancia en mis continuos propósitos, especialmente en lo que se refiere al no hablar nunca de mí mismo, ni siquiera en mal sentido; no hablar de los otros sino para alabarlos.

Fiesta de san Luis, 21 de junio de 1898. El domingo, al sonar la campanilla al final del retiro, interrumpí mis notas para volver a ellas en este día, día hermosísimo por estar consagrado a san Luis Gonzaga. Decía la otra vez que faltaba con frecuencia a la humildad. En este sentido me es necesario un gran recogimiento, pues estoy tan amasado de soberbia que falto incluso cuando no pienso en ello, incluso cuando me parece que obro bien, que

practico la caridad. Afortunadamente no me faltan las ocasiones humillantes.

Hoy, por ejemplo, he actuado por primera vez de turiferario en las vísperas solemnes, y he hecho la figura que merecía, que tan inclinado soy a criticar a los otros. Todos se han reído de mí, y me está bien; así otra vez seré más humilde, y me controlaré más. Y más aún teniendo en cuenta que, por ser prefecto, he dado también escándalo a los otros. En fin, que esta humillación será también para mayor honra y gloria de san Luis. Pero no se volverá a repetir, porque hago propósito de estudiar las ceremonias en estas vacaciones. Por lo demás, aparte este cuidado en las palabras, necesito un mayor recogimiento en todo, y especialmente en la piedad, mucho más frecuentes jaculatorias, etc. San Luis es testigo de mi promesa de observar todas estas cosas; él me ayudará a cumplirla.

Domingo, 10 de julio de 1898. Por fin, después de mucho tiempo de distracción, vuelvo a mí mismo. Qué malos días he pasado, qué poco he demostrado mi amor al Señor. He recibido otra gracia, las dos órdenes menores, el ostiariado y el lectorado, y sin embargo sigo siendo el mismo. En la mitad justa del año he hecho los exámenes finales. Me he dejado llevar del cansancio en las prácticas de piedad, y particularmente en la visita y en los exámenes. Ahora ya no tengo tantos quebraderos de cabeza y quiero entrar de nuevo en el carril, y más aún al estar inminentes las vacaciones. Basta, he ofendido demasiado al buen Jesús. Que él me ayude, estoy con él para siempre.

Martes, 19 de julio de 1898. Señor, sálvanos, que perecemos (Mt 8,25). Llevo tres días de vacaciones y ya estoy cansado de ellas. Al ver tanta miseria, en medio de tantas desconfianzas, oprimido por tantos temores, con frecuencia suspiro, a veces lloro. Cuántas humillaciones. Mi única preocupación es hacer el bien, amar sinceramente incluso a los que me parece que no me quieren demasiado bien, y quizá a sus ojos soy una mala pieza. A veces me parece que incluso los que se interesaban por mí, aquellos a

quienes confiaba todo, ahora me miran con ojos de recelo, no tocan ciertos puntos, ciertos temas. Qué pena. Quizá sea una aprensión mía. Así lo espero, quisiera estar seguro de ello; pero entre tanto me toca sufrir; sufro, cuando esperaba gozar.

Oh cómo me deja el mundo, en el instante mismo en que procuro agradarle. Nadie ve mis sufrimientos, sólo Jesús los conoce. Sólo él los conoce, porque sólo a él se los he contado, a él solo he querido encomendar el cuidado de ocuparse de ellos, no para que cesen por lo que a mí respecta, sino para que acaben de una vez todas esas historias que los preceden, y con las cuales no se hace ningún bien. Que el buen Jesús me dé al menos el consuelo de poderlo amar todo lo que deseo, de poderme humillar todo lo que necesito y de saber alegrarme sólo en mis humillaciones. Por mi parte, sólo quiero presumir de la cruz de nuestro Señor Jesucristo (Gál 6,14).

Humildad y amor, estas son las dos virtudes que me esforzaré por adquirir en estas vacaciones. Humildad sobre todo en los pensamientos, porque ciertamente, si por mi parte hubiera habido más humildad o, mejor dicho, menos soberbia, quizá no hubiera sucedido lo que ha sucedido; a medida que avanzo, más me convenzo de que necesito humildad. La humildad será la que aligerará mis sufrimientos que, por muchos que sean, no son tantos como los de Jesucristo, de María y de muchísimos santos. Amor que se muestre, se encienda, especialmente cuando me encuentro en la iglesia y hago mis ejercicios de piedad.

En las vacaciones no tengo clase de ciencias, de letras, pero en el Sacramento Eucarístico tengo abierta una clase celestial, donde enseña el mejor maestro que se puede imaginar, Jesucristo en persona. Y las dos ciencias principales que aquí se enseñan son estas: humildad y amor. Iré, pues, a la clase de Jesús; allí aprenderé a humillarme siempre y a amar siempre. Que Dios y la Virgen Santísima me ayuden, me hagan digno de escuchar esas divinas lecciones, de sacar provecho de ellas; los antiguos alumnos, mis modelos, son los santos; mis condiscípulos son esas almas justas

que no viven sino para procurar el honor de Dios, para ensanchar las fronteras del reino de Jesucristo.

Pero como en mí es mayor la necesidad de la humildad que del amor, en cuanto que la humildad es el camino más seguro del amor, trabajaré especialmente por conseguir esta virtud. Por tanto, como propuse en los santos Ejercicios, todas las noches pondré por escrito todas mis faltas, y especialmente las que se refieren a esta virtud, para poner remedio al día siguiente. Basta: humildad y amor, y de lo demás sea lo que Dios quiera; si Jesús quiere que mis sufrimientos continúen, hágase su voluntad; y por lo que a mí se refiere, que me haga digno de gracia tan grande, es decir, de poder sufrir con él y por él.

Por lo demás, debo ser fuerte en las tribulaciones, porque estas son sólo un ridículo preludio de las que sufriré cuando sea sacerdote, cuando sea un sacerdote todo de Jesucristo. Que la Virgen me ayude, que me sostenga mi ángel de la guarda, que me acompañe mi san Juan Berchmans y conserve en mí aquella paz, aquella calma, aquella exactitud en todo, de la que fue tan raro ejemplo. La recompensa que debo esperar de Jesucristo por mis obras ha de ser siempre la que quería san Camilo de Lelis: Padecer y sufrir por ti. Amén.

Martes noche, 19 de julio de 1898. En general necesito mayor atención en el rezo del oficio de la Virgen y del rosario en casa. Por otra parte, aunque me sienta unido a Jesús Eucaristía, quizá sea un poco deficiente en jaculatorias. Mañana procuraré hacer todo esto con exactitud. Además así no perderé el tiempo con charlas inútiles en la cocina. Por lo que se refiere al amigo, debo confesar que esta semana se ha dejado sentir un poco dentro de mí, cuando volvía de Baccanello después de visitar a aquella excelente persona de la que me parece haber recibido una acogida seca. Se ha hecho sentir, al pensar en las pasadas vicisitudes de Pentecostés y en la parte que dicha persona, según creo, había tenido en ellas. Basta, estas ocasiones me deben servir cada vez más para humillarme, y cuando me vuelvan a ocurrir encuentros semejantes, procuraré frenar

inmediatamente el amor propio diciendo: te está bien; lo que te ha sucedido, merecido lo tenías; todas las acogidas que te dispensen, incluso las más mezquinas, deben ser para ti un honor, pues no eres más que podredumbre y gusanos, ignorancia y pecado.

Miércoles noche, 20 de julio de 1898. Todavía necesito una mayor atención en el rezo de mis oraciones, un poco menos de sueño durante la meditación, un mayor número de jaculatorias, porque hoy he faltado contra estas tres cosas. Por lo demás, en cuanto al amigo, hoy ha sido discreto; ha hecho poco ruido. Basta, veremos mañana. Que Dios me ayude. Señor, tú sabes que te quiero.

Jueves, 21 de julio de 1898. También hoy he faltado discretamente al recogimiento, en el rosario. Con este proceder ciertamente no agrado a María, ¿entonces? Ahora que han pasado algunos días desde que vine de vacaciones, es preciso que me aplique a un poco de estudio serio; por tanto empezaré mañana. Igualmente, desde mañana en adelante, haré una visita más al Santísimo Sacramento, hacia el mediodía; porque hoy Jesús me ha dado a entender expresamente, en la lectura de la visita de san Alfonso, que él encuentra sus delicias entre los hombres. Ahora mi pobre iglesia está abandonada, nadie va a visitarlo. Él y yo nos vemos dos o tres veces en total; es justo, por tanto, ya que puedo hacerlo, que vaya alguna vez más a visitarlo, al menos a saludarlo. Qué contento se pondrá. Cómo me lo pagará.

Viernes, 22 de julio de 1898. ¿Es posible que no logre guardar el recogimiento en el rosario? Veremos qué pasa mañana. Es preciso que de algún modo me defienda contra el sueño que me asalta cuando estudio. También es necesario que tenga cuidado de no hablar demasiado en las conversaciones, como comenzaba a hacer hoy; porque, aunque por hoy pueda estar seguro, siempre es verdad el proverbio: En el mucho hablar no falta el pecado (Prov 10,19). También con los pensamientos buenos de por sí, que a veces me sorprenden y entusiasman, conviene estar alerta para no caer en otras distracciones; y para conseguir esto: jaculatorias, jaculatorias.

Sábado, 23 de julio de 1898. A pesar de todo, hoy he vuelto a caer en lo mismo: charlas aquí y allá, como si fuera el mayor charlista del mundo. Después me doy cuenta en seguida y me arrepiento, pero es preciso pensarlo antes. No tengo conciencia de haber hablado mal de otros, pero hay que estar siempre alerta. Todo eso es amor propio que sale a relucir, todo afán de aparentar. Conócete a ti mismo, amigo mío, y charlarás menos y en cambio estarás más recogido en las oraciones, las jaculatorias serán más frecuentes. Jesús, ten misericordia de mí.

Domingo, 24 de julio de 1898. En conjunto me queda todavía por hacer una obra un poco perfecta. Por ejemplo, un rezo recogido del santo rosario, etc.; hoy incluso ha sufrido algún menoscabo la visita al Santísimo Sacramento. Qué ocasiones de humillarme. En el punto en que estoy no merezco gracia alguna. Mañana seré un poco escrupuloso en procurar exactitud en todo, especialmente en la piedad: meditación, oficio, rosario y visita. Por lo demás, humildad siempre, pues cuando se es humilde Dios ayuda. Me guardaré, por tanto, de proferir incluso la más pequeña palabra de resentimiento con los míos, por cualquier ofensa que se me haga. Jesús, cuida tú de ello.

Lunes, 25 de julio de 1898. También esta tarde he llorado delante del párroco y delante de Jesús. Oh Jesús, acoged mis penas, mis lágrimas, para lavar mis pecados, y por ellas concededme humildad a mí y a mis parientes. María, ayúdame tú.

Martes, 26 de julio de 1898, retiro mensual. Dirigiendo una mirada al mes pasado he visto que he faltado al recogimiento y a la humildad; recogimiento durante los días que pasé en el seminario, humildad en los días de vacaciones. Y ahora, ya que me encuentro menos enfermo en el recogimiento (aunque no esté curado del todo), prestaré más atención a la humildad, procurando mantenerme firme en todas las ocasiones, y son muchísimas, que se me presentan para ejercitarla. Y para ello me ayudará inmensamente una unión de pensamientos y de afectos con Jesús en el Sacramento, mi amigo, pues así habrá entre ambos verdadero

amor, y el amor a Jesús lleva consigo la humildad. Con él, por tanto, me desahogaré siempre, le manifestaré mis miserias, mis afanes, y él me dará la paciencia que necesito en las continuas adversidades en que me encuentro. Él me ayudará a cumplir la misión de paz en medio de mi familia hondamente angustiada. Él me enseñará a amar al prójimo, a perdonarlo, a excusar sus defectos. Así también, si lloro, si me veo ofendido o abandonado, me consolaré pensando que me parezco a Jesús que también, y más que yo, es ofendido y abandonado, y nunca cesa de amar. De esta manera mis lágrimas serán tanto más meritorias, más preciosas, cuanto más amargas sean, y no me desalentaré, sino que me consideraré honrado de padecer algo por Jesús que murió en la cruz por mí; y por mí está continuamente encerrado en el sagrario.

Así conoceré cada vez mejor la dignidad del sacerdocio, ministerio de caridad; y en esto ¿cómo no humillarme? ¿Cómo no callar en todo? Dios mío, Dios mío, haz que te ame y seré humilde, haz que te ame mucho y seré muy humilde.

Es preciso que no me deje sorprender por el sueño antes de mediodía, como ha sucedido esta semana. Igualmente mañana, en obsequio a la Virgen, procuraré rezar el rosario menos atolondradamente que hoy. ¿Por qué no lo he de conseguir? Para ejercitarme en lo último me esforzaré por poner especialísimamente en práctica aquel propósito que hice en los santos Ejercicios: que mis palabras lleguen antes a la lima que a la lengua, guardándome de entrar en ciertas cuestiones, o de poner de manifiesto mi parecer sobre ciertas cuestiones totalmente inútiles como, por ejemplo, empezaba a suceder hoy. Por lo demás, unión con Jesús y jaculatorias. Dios mío, mira cuántos pecados, pero ten misericordia de mí: te amo.

Miércoles, 27 de julio de 1898. Y dale que dale, no acabo de entender que debo callar con ese bendito cura, cuando se entra en ciertas cuestiones que no me convienen; no faltará quizá, pero entre tanto se muestra mi natural de querer decidir dándomelas de sabio. Lo cierto es que, cuando he acabado, incluso después de poner

todas las máximas cautelas, me doy cuenta siempre de que he hablado demasiado. Y esto es soberbia. Además, me entretengo demasiado en la cocina charlando inútilmente; es preciso que mortifique un poco también la curiosidad de querer saber cosas que no me importan. Me guardaré también de dormitar en la meditación, como esta mañana. Por lo demás, jaculatorias poquitas, y en cuanto al rosario debo repetir lo que dije anoche, porque el rezarlo debo hacerlo simplemente como cristiano. Oh Dios, cuántos pecados. Humíllate una vez; mira qué eres capaz de hacer con tu habilidad. Jesús mío, misericordia.

Jueves, 28 de julio de 1898. Necesito más recogimiento en el rezo de mis oraciones, especialmente en el oficio de la Virgen. Además, no debo volver, ni por inadvertencia, como hoy, a salir del pueblo e ir a Carvico sin sombrero. En general me falta verdaderamente esa íntima unión con Jesús que santifica toda la jornada, por tanto recurriré con más frecuencia a las jaculatorias.

Viernes, 29 de julio de 1898. Pobre de mí, me voy enfriando poco a poco en el amor al Señor. Así hago la visita apenas media hora antes del rosario, y a lo largo del día rara vez pienso en Jesús. En cuanto al oficio, estoy en las mismas. Qué vergüenza para mí, retroceder en lugar de avanzar. Oh buen Jesús, enciende en mi corazón un poco de tu ardientísimo amor.

Sábado, 30 de julio de 1898. Es preciso a toda costa que me humille conociendo mi poquedad. Si al menos supiera hacer esto. Me creo un serafín, y no soy más que un lucifer soberbio y demás. Hoy, por ejemplo, he hecho mal la visita, distraído; y cuando se hace mal la visita, la barca no va bien. El rosario lo rezo también un poco con la cabeza vagando por los aires; del oficio no hablemos. Y entre tanto Jesús me llama desde su sagrario, y huyo, huyo como todos los demás cristianos del mundo. Oh qué corazón, qué corazón. Si consiguiera al menos estar unido a Jesús con más frecuentes jaculatorias. Lo he prometido mil veces y nunca lo he hecho. Por tanto es preciso hacerlo, y con la ayuda de Dios lo haré. Señor, si quieres, puedes limpiarme (Lc 5,12).

Domingo, 31 de julio de 1898. Estoy de nuevo en los mismos pasos de antes; es más, por añadidura hoy no he hecho más que una sombra de examen particular, he omitido del todo el rezo de los tres padrenuestros y del Angelus a mediodía. Acabemos, pues, mientras el Señor me sigue concediendo misericordia. Hoy acaba el mes de julio y empieza otro. También lo acabo pidiendo a Jesús perdón por mis infidelidades y comenzando mañana una vida nueva. Precisamente mañana se abre el jubileo de Asís; por tanto, me limpio y purifico enteramente, y pediré al buen Jesús que, después, me dé la pureza, el amor, la humildad profunda del seráfico Francisco. Jesús, no me abandones.

Lunes, 1 de agosto de 1898. Recogimiento, jaculatorias y atención especialmente en el rosario. Guerra a ciertos pensamientos entusiastas que, aunque óptimos en sí mismos, en ciertos tiempos son nocivos porque distraen demasiado la mente. Oh Dios.

Martes, 2 de agosto de 1898. Hoy, en conjunto, no he agradado a Jesús. He estado lejos de él; además, la visita la he hecho, o mejor, no la he hecho. Oh Dios, humilladme cada vez más, hacedme conocer mi verdadera nada, estrechad esa unión íntima de mente y de corazón con vos, de lo contrario, si continúo como en estos últimos días, me veo reducido a malos pasos. Que esto no suceda nunca, Señor; protesto desde ahora que quiero amarte siempre. Jesús, caridad y perdón.

Miércoles, 3 de agosto de 1898. Bueno va esto. Es hora ya de acabar de estar jugando con el Señor. Jesús me llama durante el día, me llama todas las noches, me suplica, me conjura, y lo dejo solo. Hasta ahora hemos ido tirando por las buenas, pero ahora pasamos a las malas. Pregunto yo. Todas las noches: Jesús mío, misericordia, y por el día, en cambio, pecados y demás. ¿Es este un proceder de seminarista? Hoy además, aparte todas las restantes faltas, distracciones, disipaciones en que había caído los días pasados, he omitido la lectura espiritual. No he ido allí a hacer nada, es verdad, pero las cosas de piedad deben siempre ser preferidas a las otras. Por tanto, las cosas claras. Comencemos por eliminar las

faltas más frecuentes y más llamativas; luego, paso a paso, vendremos a las otras. Son testigos en este momento de esta resolución mía, mi buen ángel de la guarda y mi san Juan Berchmans. O mañana hago la visita y rezo el santo rosario como se debe, y entonces todo va bien; o continúo portándome como en estos últimos días, y entonces el viernes no comeré nada hasta mediodía y haré dos horas de meditación. Hagamos las cuentas; quiero ganar de las dos maneras. Jesús, guárdame también tú un poquito.

Jueves, 4 de agosto de 1898. He ganado un poquito, aunque con todo no he hecho aún todo lo que debía; la visita, por ejemplo, no ha sido de las más fervorosas que he hecho; en el rosario todavía alguna distraccioncilla; pero vamos, por hoy contentémonos; el resto para mañana. Mientras tanto la pena en caso de transgresión sigue en pie; es más, al rosario y a la visita añadiré el rezo del oficio de la Virgen María. Deberé guardarme más de discutir, a veces innecesariamente, con el cura defendiendo a ciertas personas o acciones, que por otra parte son reprobables; aunque a mí me parezca que no lo sean; porque, si bien todos pueden darse cuenta de que hablo así por broma, o presento la cuestión en broma aunque la tome en serio, no obstante el excederse es siempre demasiado, y hasta la cosa más pequeña puede ser cimiento de un gran castillo. Basta, nos entendemos, seamos humildes y así nadie saldrá perjudicado. Oh Jesús.

Viernes, 5 de agosto de 1898. Hoy he faltado en primer lugar a mi principal deber: hacer rezar las oraciones a mis hermanitos. Prometo, como obsequio a María en esta novena que empieza, que no volverá a suceder; seré puntual también en esto. He adquirido también el vicio de dormir algo más de la cuenta después de mediodía; por tanto pondré el reloj para que me despierte no después de tres cuartos de hora, que pueden bastar. Mañana comienza la novena de la Asunción; por tanto, nuevo fervor en todo y unión con Jesús y María por medio de jaculatorias, que tanto necesito. Jesús y María, sed siempre mi único amor.

Lunes, 8 de agosto de 1898. En las dos noches pasadas no he podido escribir nada debido al fuerte dolor de muelas. Este incidente, si por una parte me ha dado ocasión de padecer algo por Jesús, por otra me ha distraído. Si estuviera un poco sereno, mañana debería aplicarme los castigos que me he propuesto, ya que no he hecho demasiado bien los dos principales ejercicios de piedad: visita y rosario. Y además, hablando claro, parece que no estoy en la novena, tan poco es el bien que hago. Por tanto, más fervor; no cosas grandes y extraordinarias, sino gran perfección en las de costumbre y sobre todo unión con Jesús, con el pensamiento en María, como sugería esta mañana en carta a Carminati. Oh María.

Martes, 9 de agosto de 1898. Antes de comenzar mis prácticas de piedad debo recordar aquellas palabras: Antes de la oración prepara tu alma. Debo procurar llegar al estado que alcanzaron los santos: poder pasar, con la máxima facilidad y no con distracciones como hago, del estudio u otras ocupaciones, a la oración. Por lo demás debo repetir lo que escribía anoche. Me siento casi desalentado, me encuentro siempre en los mismos pasos. Jesús y María, dadme un poco más de fervor, de lo contrario me domina la sequedad.

Viernes, 12 de agosto de 1898. La otra noche no tenía vela; anoche no tenía tinta; por eso he pasado dos noches sin escribir nada. Echando una ojeada general, debo decir que, si no tengo que lamentar grandes faltas, tampoco encuentro virtudes. Sigo en el mismo punto, sin dar un paso adelante. Y creo que todo depende de pensar poco, de no comparar un día con otro y ver la diferencia, como requiere el examen particular, que, entre paréntesis, debería hacer mucho mejor. En una palabra, hay ciertas cositas que nunca salen perfectas o, mejor dicho, nunca las hago bien; por ejemplo, el rosario, un poquito también la visita, y mucho más la práctica de las jaculatorias. Ciertamente la buena voluntad no me falta, y por ella no puedo por menos de dar gracias al Señor, pues es totalmente gracia suya. Pero debo pensar que el infierno está lleno de buenas voluntades. Oh si supiera cuánto necesito ser bueno y santo. Pues

bien, rompamos con esta rutina. Mañana me confieso y comienzo una vida de mayor atención y fervor en honor de la Virgen Santísima, que tanto merece mi amor; y comenzaré por no hablar nunca con nadie, ni siquiera en confianza, de los pequeños defectos que quizá sólo yo veo y que encuentro en otras personas. Oh María.

Sábado, 13 de agosto de 1898. En general hoy me he portado mejor que los otros días. Pero me falta aún toda esa unión con Jesús y María mediante jaculatorias, como se debe hacer, y además también el rosario y el oficio han sido un poquito descuidados. Debo también cuidar con ciertas personas de no tocar ciertas cosas que las irritan, porque de este modo se viene a ser causa de impacencias sobre cosas que no tienen nada de virtud. María, madre mía, si no me ayudas ahora que tanto lo necesito, ¿qué seminarista, qué sacerdote seré?

Lunes, 15 de agosto de 1898. Hoy todo por los suelos: meditación, lectura espiritual, examen particular, visita, etc., todo, todo. Pero era casi imposible proceder de otro modo. María me lo perdonará, ya que por otra parte no he hecho más que colaborar de algún modo a la querida fiesta de la Asunción que aquí, en mi pobre pueblo, se solemniza anualmente con pompa.

Martes noche, 16 de agosto de 1898. Hoy, por mi culpa, he caído, o al menos he estado en grave peligro de caer, en aquella falta que estuvo a punto de ganarme una reprimenda en la última Pentecostés: querer discutir de cosas que no importan a seminaristas. No obstante, es verdad que por mi parte me parece que he procedido con la máxima cautela, que sólo he hablado de la sencillez, obediencia, cariño a los superiores, deseo del verdadero bien que se exigen en un sacerdote; es verdad que sólo he hablado de ello con el cura y únicamente cuando él inició la discusión, a pesar de que antes había propuesto callar; pero no soy el juez de mí mismo; estas cosas van contra el deseo de los superiores y basta, por tanto debo procurar mantenerme al margen de estas cuestiones todo lo más que pueda, y rezar sólo para que las acciones de los sacerdotes sirvan todas a la gloria de Dios.

Ciertamente, es siempre la comida en casa del señor cura, la reunión de sacerdotes en la Asunción lo que despierta en mí este fuego; pero más que todo es la soberbia; por tanto, fuera. Y más aún teniendo en cuenta que estas cosas crean un desconcierto en las prácticas de piedad, como me ha sucedido hoy: parte las he omitido (lectura espiritual) y parte (meditación, visita, rosario) las he hecho de cualquier modo. Jesús, ¿cuándo comenzaré a contentarte de veras?

Miércoles, 17 de agosto de 1898. Menos mal. Por fin hoy me parece que he pasado una jornada discretamente tranquila. Gracias a Dios. El dolor de muelas que me sobrevino antes de mediodía la hizo todavía más hermosa. Sin embargo, no me veo sin faltas: por ejemplo, he hecho la meditación con sueño; he rezado vísperas un poco de prisa y atropelladamente, por no decir nada de las jaculatorias que han sido todavía pocas. Esta tarde, al conocer la muerte de ese comparroquiano mío, me vino una inspiración. En aquel momento, ¿me encontraré contento o descontento de mi vida? Si me encontrase como ahora, poco tendría de qué consolarme. Oh sí. Tenga yo la muerte de los justos (Núm 23,10); pero, para esto, antes tenga la vida de los justos.

Jueves, 18 de agosto de 1898. Debo recordar que no sólo tengo el deber de evitar el mal, sino también de hacer el bien. Aunque, por otra parte, hoy no puedo decir que he estado totalmente exento de mal, pues la visita y el rosario los he hecho todavía un poco distraído; y, además, siempre dejo la visita para el último momento. Con Jesús no se hace así: dejarlo siempre para lo último. Jesús mío, ¿cuándo tendré un poco más de fervor?

Viernes, 19 de agosto de 1898. Menos charlas inútiles durante el día, como he hecho esta mañana en la cocina, y mayor atención a las prácticas de piedad y al estudio, especialmente al rezo del oficio de la Virgen y del rosario, porque, pobre Madre, todavía estoy por contentarla una vez. Este será mi obsequio de mañana, sábado consagrado a ella. Dios mío, qué vergüenza pensar que con las

gracias que el Señor me ha dado debería ser un santo, y soy por el contrario un gran pecador.

Sábado, 20 de agosto de 1898. También hoy jornada floja. Antes de mediodía casi siempre con el señor cura, después con el médico, y en resumidas cuentas he hecho poco o nada bueno. Noto sólo dos cosas: 1. Necesito mayor fervor y poner más atención en prepararme para los Santos Sacramentos, en especial la eucaristía; 2. Permanecer en la penumbra, todo lo más que pueda, y no nombrar ni siquiera por accidente ciertas cuestiones que no me atañen, como he dicho otras veces; ni tampoco presumir de sabio con fulano o mengano, exponiendo el camino que parece debiera seguirse en tales circunstancias. Hagamos este pequeño sacrificio que tanto desea mi buen Jesús. Jesús, sácame de esta tibieza.

Domingo, 21 de agosto de 1898. Señor, Señor, ten misericordia de mí, el más grande pecador. ¿Qué más puedo decir? No cumplo en nada los propósitos. Dios mío, cuántos pecados y cuánto amor de Jesús. Cuántas faltas a las promesas. Oh san Alejandro, a quien mañana quiero visitar en peregrinación, dame un poco de fortaleza para no faltar a mis deberes de buen seminarista.

Martes, 23 de agosto de 1898. Viendo en mí tantas negligencias en el servicio de Dios, lleno de confusión ante él, sólo sé decir estas dos palabras: Jesús mío, misericordia.

Miércoles, 24 de agosto de 1898. Menos mal que ayer, pero también mal, especialmente en el rezo de mis oraciones. Me dejo disipar demasiado por el pensamiento de las fiestas de san Alejandro, necesito frenar mi entusiasmo que esta vez quizá peque de indiscreto.

Miércoles, 31 de agosto de 1898, retiro. Los preparativos, la novena, las solemnidades extraordinarias de san Alejandro no me han permitido hacer todas mis prácticas de piedad o, mejor dicho, me han trastornado completamente la cabeza. Ahora, tras volver de las fiestas, recobro la calma y hago el retiro. No pierdo el tiempo en decir lo mal que he pasado este mes, las pocas notas que he escrito

hasta aquí hablan bien claro. Lo que más me aterra es mi inconstancia en el servicio de Dios. Mil veces digo con san Agustín que quiero levantarme, pero al contrario que san Agustín, siempre vuelvo a caer. Lo curioso es que últimamente, un poco por negligencia mía, un poco por otras causas, he estado muchos días sin confesarme. Y pensar que san Carlos se confesaba dos veces al día. Pero basta, por mucho que diga no puedo describir plenamente todo lo miserable que soy, pues la soberbia me vela el entendimiento. Puesto que el Señor me acoge de nuevo y me admite en su seno, levantémonos de nuevo. Fruto especial, aparte todo lo demás de este retiro, será: 1. Hacer siempre la visita antes de ir a casa del párroco, es decir, hacia las tres; 2. No entrar nunca, nunca en cuestiones de periódicos, de obispos, de hechos, tomando la defensa de lo que es atacado demasiado injustamente y que me parece conveniente defender, y cuando me hagan entrar, recurriré a todo para salir hábilmente y mostrar siempre en todo caridad; 3. Jaculatorias, muy especialmente a María, cuya novena comencé ayer.

Jaculatorias más bien pocas: la visita, el rosario necesitan mayor fervor. Hoy casi he rozado, aunque no he caído en ella, la falta contra la que hice el segundo propósito especial en el retiro. Ojo, por tanto, y prudencia, pues el demonio es más astuto que yo. Mi buen Jesús.

Jueves, 1 de septiembre de 1898. No ha estado muy mal, pero tampoco ha estado bien del todo; estoy más bien un poco indiferente, y además la visita y el rosario exigen más fervor, especialmente por encontrarme en la novena de la Virgen. Pobre Madre mía, qué poco la amo; a cada momento la olvido del todo. Pues bien, para mañana renuevo por centésima vez la promesa a María de ser puntual y muy fervoroso en la visita y en el rosario. Quizá cumpliendo esto venga también lo demás. Madre mía, esperémoslo y confiemos.

Viernes, 2 de septiembre de 1898. Se adelanta un poco; pero necesito aún mayor cuidado y atención en el rezo del oficio de la

Santísima Virgen, y en general siempre que me encuentre en la iglesia. Por lo demás, jaculatorias muy a menudo, pues pueden hacer mucho bien. Viva Jesús.

Sábado, 3 de septiembre de 1898. Calma, incluso quizá demasiada; no quisiera hacerme demasiadas ilusiones. El rosario y las vísperas dejan todavía que desear. Cuánto se necesita para una cosa tan pequeña. Y todo efecto de mi santidad. Amigo, más humildad. María, en medio de los honores que te rinde estos días Turín, en el Congreso Mariano, no olvides mi pobre corazón que se une, el último, a los de tantos devotos tuyos e implora tus gracias para la Iglesia y los pecadores.

Domingo, 4 de septiembre de 1898. He aquí lo que necesito: mayor recogimiento en la iglesia cuando se celebran las funciones públicas; acordarme con más frecuencia de María; no cesar nunca de hacer bien la visita; y sobre todo jaculatorias, y en especial aquellas con las que puedo hacer al mismo tiempo un acto de humildad. Oh María.

Lunes, 5 de septiembre de 1898. Necesito más fortaleza para vencer el sueño que por desgracia a veces se apodera de mí, especialmente por la mañana, incluso durante la sagrada comunión. Además sigo todavía distraído en ese bendito rosario. Es hora de acabar: ¿cuándo voy a querer de verdad tener contenta a la Virgen? En estos días de gozo y de triunfos para ella, también quiero unirme, a pesar de mi miseria, a los sentimientos de tantos prelados, de tantos católicos que aclaman en Turín a la Reina del cielo; y me uno con jaculatorias y especialmente con el obsequio más hermoso, el rosario. Oh María.

Martes, 6 de septiembre de 1898. Parece realmente imposible: cuantos más propósitos hago, menos los cumplo. Eso es lo único que sé hacer bien. Charlar, prometer montañas, ¿y luego?, nada. Si al menos fuese capaz de humillarme. A veces me enredo demasiado en discusiones con el señor cura, y por tanto quizá se verifique aquel dicho: En el mucho hablar no falta pecado. Y además siento mucho gusto en contentar al paladar con la fruta. Ojo, amigo.

Atención a ti, recogimiento y mortificación, especialmente en darte todos los gustos que el paladar desea. Esta es la mejor medicina para el alma y el más hermoso regalo a María en estos últimos días de la novena de su natividad.

Miércoles, 7 de septiembre de 1898. Necesito todavía jaculatorias, sobre todo mientras estudio; ellas me darán luz en las dificultades que muchas veces, por la pobreza de mi cerebro, encuentro, y me infundirán más aliento. Además, debo señalar que después de la cena me detengo demasiado charlando con los míos en la cocina, y más teniendo en cuenta que se habla casi siempre de preocupaciones, y por tanto, mientras siembran en mi corazón el desaliento, no sería de extrañar que alguna vez me hicieran olvidar la gran ley de la caridad. Por tanto, acabado el rosario, diré algunas palabras y me retiraré. Preocupaciones, muchas preocupaciones. Pero las mías son de una especie totalmente distinta de las de mis familiares; las suyas se refieren a los cuerpos, a lo material, las mías se refieren a las almas; esto es lo que más me pesa, y el pensar que para mis seres queridos las tribulaciones, en lugar de servir para bien, sirven para mal. Dios mío, tú que lo probaste, di cómo se siente abrumado el corazón. Oh María, da a los míos la verdadera caridad, para que perdonen de todo corazón y soporten con resignación las cruces que les vienen de los que ellos creen ser sus enemigos. Basta, oremos.

Jueves, 8 de septiembre de 1898. Un día hermoso y feo a la vez. Hermoso por el recuerdo de María niña, feo porque no lo he santificado como debía. Siempre así. Cuando más necesito hacerlo bien, lo hago peor, como por ejemplo hoy: voló el examen particular, las jaculatorias, la visita, todo; siempre disipación. Por tanto, volvamos a la calma; recogimiento, con jaculatorias. Señor, Señor, ten misericordia de mí, el más grande pecador.

Viernes, 9 de septiembre de 1898. Hoy las cosas han ido así así; sin duda podían haber ido mejor. La visita puedo decir que no la he hecho, la meditación demasiado tarde y poco bien, estudio poco, jaculatorias no demasiadas; por otra parte, he contentado al paladar

todo lo que he podido. Así, pues, no hay mucho de qué consolarse. Mañana, en honor de María, haré lo posible por crecer y reparar, haciendo también algunas mortificaciones corporales; por ejemplo, no probando la fruta. María, haz que lo consiga.

Sábado, 10 de septiembre de 1898. Hoy me he confesado, y he faltado ya a los propósitos que he hecho: atención en el rosario y no perder el tiempo en charlas inútiles. Esperemos que la comunión de mañana lo lave todo, y me haga vivir de la verdadera vida de Jesucristo, como él ardientemente desea. Señor, sana mi alma.

Domingo, 11 septiembre de 1898. Temo casi encontrarme en el estado de aquel pobre obispo al que el Señor mandó decir, por medio de san Juan, que lo rechazaba de su boca por no ser ni frío ni caliente. Y tal estado sería bastante deplorable. ¿Me encuentro yo también en él? No tendría nada de extraño. Hago propósitos y estoy siempre en las mismas faltas; por tanto, ¿vendré a ser rechazado de la boca, del corazón de Jesús? ¿Puedo creerlo sin temblar? ¿Puedo creerlo sin sentirme excitado a salir de este estado? Dios mío, haz que salga de verdad. Oh María.

Lunes, 12 de septiembre de 1898. Hoy he ido a San Gervasio a visitar a uno de mis compañeros, y por tanto meditación y misa han volado; las demás cosas sí las he hecho, pero como suelo hacerlas en circunstancias semejantes. Y entre tanto María sufre, y quizá las espadas de su dolor son demasiado punzantes por mi causa. Dios mío, qué confusión. Una cosa he notado muy especialmente hoy, y es que en ciertas circunstancias dejo rienda suelta a la lengua y hablo quizá demasiado; sin darme cuenta de ello me convierto en un predicador. También esta es una mortificación que debo hacer; atención y parsimonia en el hablar.

Martes, 13 de septiembre de 1898. He hecho un poco de todo; no he estudiado nada, pero esto, pase; he dejado el examen particular, he hecho poca lectura espiritual. En resumen, me encuentro siempre en las mismas. Si se me mira superficialmente, en general, se podrá decir que no hay en mí nada malo, pero si me considero en relación con lo que debería hacer y con las gracias que

el Señor me ha dado para ello, me avergüenzo de mí mismo y me debo confesar gran pecador. Y pensar que todas las noches hago estas reflexiones y todas las noches estoy en las mismas. Este es mi gran pecado. Estoy también en el septenario de la Dolorosa, pero mortificaciones y jaculatorias hago muy pocas. María, inundada de dolor, llorad también por mí; pero no porque sea ingrato, sino con el fin de que tus lágrimas ablanden mi corazón que tan duro y cruel es con Jesús. Hágase tu voluntad.

Miércoles, 14 de septiembre de 1898. No puedo hacer más que repetir lo que decía anoche. La gran causa de que no se vea en mí ninguna mejoría es el poco provecho que saco del examen particular especialmente. Mañana, pues, en honor de María Dolorosa, me esforzaré por poner en práctica las normas que tengo escritas con respecto al examen particular. Y que Dios me ayude.

Jueves, 15 de septiembre de 1898. Quizá en estos días aumento con mis faltas las lágrimas de María. Mortificaciones se puede decir que no hago ninguna o hago muy pocas; al bendito rosario siempre le falta algo; la visita de hoy ha sido bastante imperfecta. Y pensar que estoy en el septenario de la Dolorosa. Hay además otra cosa sobre la que tengo que reprenderme, y es el afán de leer periódicos, cosa que en el seminario está prohibida. Mientras lo diga el señor cura, por darle gusto a él, pase; pero ir a buscarlos intencionadamente, eso no. Por tanto, teniendo en cuenta todo esto, me ordenaré más en el porvenir. En adelante mi examen particular versará sobre la adquisición de la humildad, según los propósitos que hice en los santos Ejercicios de este año y que tengo escritos, y las preciosas normas que a este propósito da el P. Rodríguez. Señor, ten piedad de mí.

Viernes, 16 de septiembre de 1898. Recogimiento, eso es lo que necesito. Oh María, ayudadme a conseguirlo.

Sábado, 17 de septiembre de 1898. Aunque se mantenga discretamente alejado, el hombre viejo se deja a veces sentir con ciertos sueños de infierno, en los que a veces, sin darme cuenta, me veo enredado. Yo, en resumen, sigo siendo yo, el gran soberbio y

pecador. Qué pensamiento más humillante. Pensar que Dios me soporta y parece que no tenga ojos para ver mis ofensas, ¿cómo puedo disgustarle?, ¿cómo puedo no estar loco de deseos de amarlo y hacerlo amar?

La Virgen Santísima Dolorosa llora porque Jesús no es amado, sino ofendido; quizá llora también por mí. Oh, consuélate, María, mantén en mí muy vivo el deseo de amar a tu hijo y haz que, en cuanto de mí depende, mitigue tus acerbos dolores llevando almas a Jesús y a ti. Para que me ayudes, te consagro mis acciones de mañana. Purifícalas tú, dales esa perfección que tanto necesitan, y que rece el rosario, al menos una vez, como nunca lo he hecho hasta ahora.

Martes, 20 de septiembre de 1898. Tengo gran necesidad de recogimiento y de una mayor presencia de espíritu, recordando con frecuencia los propósitos que de tanto en tanto se hacen. Además, en todas mis cosas debo mostrar que soy un verdadero crío, como lo soy en realidad, y no portarme en todo como un serio filósofo y hombre de mucha valía. Este es mi natural, esta toda mi sustancia: soberbia. Por lo demás, gran resignación a la voluntad de Dios, soportando con verdadera paciencia y sin caer en mal humor las desventuras que Dios me manda en la familia, por ejemplo, la grave enfermedad de mi hermanito Juan. Recemos, recemos siempre por todo, y que todo se haga según la voluntad de Dios, a honra y gloria de Dios. Sí, para mayor gloria de Dios. Amén.

Miércoles, 21 de septiembre de 1898. Es preciso que me guarde de diferir el cumplimiento de mis prácticas de piedad, no reservándolas para más tarde, por darme gusto a mí y a mi paladar. Esto sería una injuria a Dios y una prueba de que no lo amo; esto es una especie de comparación entre Jesús y Barrabás. Y más sabiendo que Dios no se contenta con las cosas hechas a medias, como de prestado. Jesús y María, sed la salvación mía.

Jueves, 22 de septiembre de 1898. Cuántas tribulaciones. Mi hermanito Juan me ha puesto en gran temor por su salud, por eso rezo y rezo. Espero que el Señor se digne escucharme. Esta noche,

al pensar en ello seriamente, me acudía el llanto a los ojos. Me imaginaba en aquel lecho y me preguntaba, ¿cómo saldrías si fueras juzgado en este momento? Ir al infierno, lo merecería, pero no lo espero; sí, en cambio, al purgatorio. Y sólo el pensar en el purgatorio me hizo sentir escalofríos.

¿Qué va a ser de mí? Pobre de mí. Qué miserable soy. Me parece que sería capaz de tener una buena muerte; un poco de amor de Dios no me falta. Pero mientras pienso en ello, me dejo llevar de los pensamientos de amor propio.

Mirad —dirían los otros— qué muerte de ángel. Aquí es donde se revela y no se puede esconder mi podredumbre. Antes que nada es necesario que muera enteramente a mí mismo para poder así volar al amor de Dios y evitar, si fuera posible, incluso las penas del purgatorio. Buen Jesús, dirige una mirada a este miserable, al menos en atención al deseo que tengo de amarte y hacer que otros te amen como mereces, cuanto tú eres digno y a mí me es posible. María, cura a mi pequeño Juan.

Viernes, 23 de septiembre de 1898. Siempre que pienso en el purgatorio tiemblo y no comprendo cómo no hago con mayor perfección mis prácticas de piedad, todas mis obligaciones. Necesito frenar un poco cierta inquietud que tengo cuando visito a los enfermos, empleando más caridad al hablar con otros. Todo esto es cosa vieja. Por lo demás, el Señor me ha mandado en estos días una cruz un poco más pesada. Bendito sea; que esto pueda hacerme semejante a él y cancelar la pena debida a mis pecados. Gloria a Dios.

Sábado, 24 de septiembre de 1898. Antes de mediodía las cosas han ido un poco desordenadamente; después, o mejor, a última hora, he faltado quizá más de la cuenta en mis modales con los presentes por lo que se refiere a las atenciones con mi querido hermano. Hubiera convenido más calma. Comprendo que si callo a veces, me toca oír incluso cuando me parece que procuro el mayor bien y me toca aguantar y aguantar, pero sea todo en honor de Jesús y María, para mayor bien de mi alma y de la de mi pequeño

Juan. Cuando me siento así oprimido me parece que puedo abandonarme con más confianza en los brazos de Dios y soy feliz. Oh dichosos, mil veces dichosos los religiosos que lejos de los cuidados de este mundo sólo viven en Dios. Para mí sois verdaderamente dignos de envidia. Pero, en fin, Jesús me quiere así, él me envía la cruz para que la soporte. Sea diez mil veces bendito.

Domingo noche, 25 de septiembre de 1898. Qué cruz ha caído sobre mí hoy. Dios mío, sólo el pensarlo me da escalofríos. Mi buen padre, el que tanto ha hecho por mí, que me ha educado, que me ha orientado hacia el sacerdocio, mi párroco Don F. Rebuzzini, ha muerto, y, pobrecito, ha muerto de repente. Oh Jesús, sabéis qué congoja trae esto a mi pobre corazón. Esta mañana mis pobres piernas no me sostenían, un clavo me había penetrado en el corazón; mis ojos no daban, o daban pocas lágrimas. No lloré; dentro me sentía como petrificado. Al verlo en tierra, en aquel estado, con la boca abierta y rojo de sangre, con los ojos cerrados, me parecía –siempre conservaré esta imagen– un Jesús muerto, bajado de la cruz. Ya no hablaba, ya no me miraba.

Ayer me había dicho: Hasta la vista. Oh padre, ¿cuándo nos volveremos a ver? En el paraíso. Sí, al paraíso vuelvo los ojos. Él está allí, lo veo, desde allí me sonríe, me mira, me bendice. Dichoso de mí que pude gozar de las enseñanzas de tan gran maestro. La muerte lo sorprendió de improviso, pero él estaba preparado para ella desde hacía setenta y tres años. Murió mientras luchaba para vencerse a sí mismo, para vencer el mal que le aquejaba; y todo para ir a celebrar la santa misa. Muerte, por tanto, siempre y en todo sentido preciosa y envidiable. Si pudiera ser también así la mía. Como he dicho, la postura en que lo encontré me dice que se había puesto de rodillas y cayó hacia atrás, sin que le fuera posible sostenerse.

Hace veintiséis años el Corazón de Jesús le concedía el consuelo de venir a vivir entre los que serían sus hijos; el año pasado, el Corazón de Jesús le concedió la gracia de celebrar sus

bodas de plata con la parroquia; este año el Corazón de Jesús le ha preparado una fiesta más solemne, una fiesta eterna, y todo ello en el IV domingo de septiembre que aquí, entre nosotros, está dedicado al Corazón de Jesús. Y ahora, tras esta verdadera prueba que Jesús me ha dado, tras el dolor más grande que jamás he sufrido en mi vida, ¿qué debo hacer?

Basta de lamentaciones, que ya hemos concedido demasiado a la naturaleza. ¿Dónde está mi padre? Allí, junto al Corazón de Jesús, como aquellos de los que él es un verdadero modelo. Miremos, pues, hacia allí, esforzándonos por hacernos en todo semejantes a él. Que las oraciones del buen párroco que sin duda ha rezado siempre por mí, que puedo considerarme su benjamín, las que ofrezco por él, su vida que tendré siempre ante mis ojos, puedan hacerme verdadero imitador suyo, para poder así realizar el hasta la vista de ayer tarde y abrazarnos en el paraíso, después de cumplir la misión que el buen Jesús me ha confiado. Que sus ejemplos, sobre todo, de humildad, de sencillez, de rectitud se graben en mi ánimo, de modo que pueda moderar mi soberbia y hacerme más grande delante de Dios, no siendo delante de Dios soberbio, sino hombre recto, íntegro temeroso de Dios (Job 2,3) como mi párroco. Jesús, ten misericordia de mí, abre mis ojos a ejemplos tan luminosos.

Lunes, 26 de septiembre de 1898. En este día, un poco el dolor, un poco las ocupaciones, el trabajo para los funerales, me han distraído y apartado de las prácticas de piedad. Pero el amor, demostrado en el dolor, no puede en manera alguna ser nocivo al amor a Dios, porque santo es el objeto que amo y santo el fin. He venido a poseer, como precioso recuerdo del párroco, su Kempis, el mismo que él usaba todas las noches desde que era seminarista. Y pensar que leyendo este librito se ha hecho santo. Este será siempre para mí el libro más querido y una de las joyas más preciosas que pueda tener.

Miércoles, 28 de septiembre de 1898. Hoy se ha celebrado el funeral por mi llorado padre. Ahora ya no está entre nosotros con el

cuerpo, pero lo está con el espíritu; lo está con la huella de las más selectas virtudes, con su afecto de padre. Pero he quedado huérfano, con inmenso daño. Qué pena me causaba hoy tener que esforzarme continuamente por ocultar las lágrimas que a veces acudían a mis ojos. Es mi dolor más grande, el mayor de todos los que he pasado. Me siento como desorientado, no sé qué hacer: hacer alguna cosa buena, hacerla también a los demás; no sé adaptarme a vivir como en un mundo nuevo para mí.

Pero, tengamos buen ánimo. Si mi padre ha desaparecido, me queda Jesús, que me tiende los brazos invitándome a acudir a él en busca de consuelo. Sí, vayamos a él, y con él, en todos los días libres de otra cosa, me uniré en la comunión hecha con este fin. Él dará paz al alma bendita de mi párroco y, sobre todo, me hará verdadero imitador suyo, especialmente en la humildad. Por ahora me resignaré en Dios, devolviendo la calma a mi ánimo fuertemente atormentado y reanudaré con exactitud, en sufragio de aquella alma, todas mis prácticas de piedad, haciéndolas con especial fervor. Mi querido párroco. Jesús, hazme semejante a él. Mira, y actúa según el modelo.

Jueves, 29 de septiembre de 1898. Hoy he sido un poco más ordenado que ayer, pero no del todo como conviene; por ejemplo, la visita no sé decir si la he hecho. En estos días tengo siempre ante mis ojos la santa figura de mi párroco y, al ver la enorme diferencia entre él y yo, no puedo sentirme contento. Quién sabe si este ejemplo tan luminoso, aparte los beneficios que ya me ha hecho, me excitará más a la virtud, al amor del prójimo. Así lo espero; tanto era lo que me quería mi párroco. Si alguna vez me viene la inspiración de hacer alguna mortificación, no debo dejarla escapar; la ofreceré a Dios por el eterno descanso de este alma bendita. Tal sacrificio es nada en comparación de los que el buen sacerdote ha hecho por mí. Dios mío, no nos dejes huérfanos.

Sábado, 1 de octubre de 1898. Hoy, jaculatorias casi ninguna; visita se puede decir que no he hecho, y la causa es esta: que Jesús me parece como extraño. Mi gran mal, como he observado otra vez,

es la poca reflexión y presencia de espíritu. Si pensase un poco más en los propósitos que hago continuamente, si hiciera el examen particular y general según las normas que tengo escritas y que ampliamente he leído en el P. Rodríguez, no cabe duda que daría algún paso más y lo notarí; pero soy como un caracol, no me hago sentir absolutamente por nada.

Por tanto, hace falta más brío. Volveré a comenzar mañana, buscando en primer lugar la perfección en las prácticas de piedad, especialmente en la visita y el rosario, y además guardándome bien de hablar no bien de cualquier persona, aunque los defectos sean más que evidentes. Y haré, además, todo por María, y María del rosario me ayudará a conseguirlo todo; ella que es poderosa y terrible como ejército en orden de batalla. Señora, sálvame.

Notas espirituales en el retiro mensual tras la muerte del párroco Don Francisco Rebuzzini, el santo signo de mi infancia y de mi vocación

21 de octubre de 1898. Me quedan aún trece días de vacaciones. Haced que en ellos me porte como ese seminarista que siempre he deseado ser, sin jamás serlo. Que me alienten los ejemplos de mi amadísimo y llorado párroco, para el cual imploro paz y gloria eterna. Dadme la gracia de que pueda hacer bien estas dos cosas: la visita y el rosario. Las demás vendrán solas. Jesús Eucaristía, por quien quisiera consumirme de amor tenedme siempre unido a vos; que mi corazón esté junto al vuestro; quiero ser con vos el apóstol Juan. Oh María del rosario, tenedme recogido en el rezo de esta oración; atadme para siempre, por medio del rosario, a mi Jesús Eucaristía. Viva Jesús amor, viva María Virgen Inmaculada.

24 de octubre de 1898. Hoy, en conjunto, no ha estado del todo mal; pero si hubiera habido más jaculatorias no hubiera sido demasiado. En el rosario y en la visita me parece que he hecho lo que he podido, a pesar de que no han faltado distracciones. Creo que puede asegurarse, en gran parte, el éxito de las prácticas de piedad el prepararse antes. Jesús y María, protegedme siempre.

Martes, 25 de octubre de 1898. Tampoco hoy han andado mal las cosas, y doy por ello las gracias a Jesús. Qué gusto vivir siempre así. Pero, ojo con vanagloriarse. No tengo nada bueno; mi único haber son los pecados. Hoy se celebra la fiesta de santa Margarita Alacoque. Si pudiera tener también la devoción, el amor que ella tenía al Sagrado Corazón de Jesús. Hoy hace treinta días que pasó al paraíso el alma santa de mi querido párroco. Dios le dé el descanso eterno y lo premie con la gloria de los santos.

Miércoles, 26 de octubre de 1898. Aunque el buen deseo no ha faltado, quizá hoy no le ha correspondido enteramente el éxito. Nada de extraordinario. Dios me guarde de aflojar en el bien. Así, pues, observaré mayor recogimiento especialmente por la mañana cuando me visto; seré un poco más severo en no dejar pasar el tiempo inútilmente, y pondré, sobre todo, gran atención en mis palabras, cualesquiera que sean. Oh mi buen san José, haz algo también tú que tanto puedes ante Dios y María.

Jueves, 27 de octubre de 1898. Recogimiento siempre y en todo, esa es mi salvaguardia. A veces me distraigo un poquito demasiado y soy tardo en recogerme en mis prácticas de piedad. Si encontrase alguna cosa que hacer, de modo que pudiera hacer pasar un poco mejor el tiempo, sería cosa buenísima y así estaría menos en peligro de distraerme. Ojo siempre también a las palabras mientras no estén completamente purgadas, y, digámoslo claro, mientras no estén escrupulosamente purgadas cuando se ocupan de los otros, o proceder con excesiva impaciencia. En resumen, hace falta humildad, humildad profunda, de lo contrario edifico sobre arena. Jesús mío, piedad de mí.

Viernes, 28 de octubre de 1898. Necesito un fuerte tirón de orejas. Hace ya dos tardes que casi no hago la visita, pero que dure un tiempo digno. No tengo culpa, porque la obediencia me ha creado un compromiso en otra parte, pero si hiciera caso de la inspiración que a veces me viene de hacer esta visita un poco antes, no habría nada que lamentar. Además, otra cosa que mañana y siempre debo hacer con más atención es el rezo del oficio de María,

que hoy he hecho distraídamente. Adelante, esperemos que María haga también algo. Por lo demás, ojo a las palabras y jaculatorias. Jesús, piedad.

Sábado, 29 de octubre de 1898. Veo que el recuerdo de mi bendito párroco me tiene quizá un poco demasiado distraído, como ha sucedido en la visita y el rosario. Por otra parte, es preciso que abandone tantas palabras inútiles, charlas en que me enredo por la tarde con mis hermanos y hermanas. Asimismo, es necesario que me esfuerce por levantar la mente a Dios con más frecuencia de lo que acostumbro. Pobre de mí. Con un poco que añada me encuentro de nuevo en los mismos pasos de antes. Humildad, por tanto, y desconfianza de mí mismo, que, solo, no puedo hacer nada. Oh Jesús, en la comunión de mañana abrasa mi corazón de modo que pueda amarte perennemente, pero con el amor de los santos.

Domingo, 30 de octubre de 1898. He cometido hoy una falta grave que me ha hecho perder los momentos más preciosos de la comunión, y quizá ha causado perjuicio también a las otras prácticas de piedad, y ha sido la distracción apenas me levanté de la cama y el no recogerme en seguida apenas llegué a la iglesia. Este hecho merece ser recordado. Otra cosa que me da miedo es ser tratado con esa seriedad de razonamientos y de actos con que son tratados los sacerdotes. Pobre de mí. Y no me doy cuenta de que todo es humo del diablo. Si comprendiera al menos que eso viene de portarme con toda la prosopopeya de un sacerdote y no con la simplicidad y pequeñez de un seminarista. Si comprendiese al menos que todo esto tiene su origen en mi amor propio.

Lunes, 31 de octubre de 1898. A decir verdad, entre hoy y el pasado lunes hay una diferencia discretamente notable. Más claro: cuando voy a algún sitio, no soy capaz de conservarme unido siempre con Dios. Me aparto del mal, pero no hago el bien. Es raro el caso de que en semejantes circunstancias no tenga que lamentarme por alguna cosa. Hoy, por ejemplo, las jaculatorias podría contarlas con los dedos. El examen particular ha volado. El oficio de la Virgen lo he rezado distraído, y poco más o menos igual

el rosario. Además, esta noche ha sucedido lo que he lamentado otras veces, me he detenido demasiado hablando, en charlas tontas, en lugar de retirarme. ¿Y no sé, acaso, que también de esto tendré que dar cuenta a Dios? Esperemos que lo que hice el lunes pasado y no lo he hecho hoy lo pueda repetir mañana, día de todos los Santos, comenzando por hacer una buena comunión. Santos y santas de Dios, interceded por mí, preparadme para el nuevo año de felicidad seminarística.

Martes, 1 de noviembre de 1898. Hoy, en cuanto a las prácticas de piedad, no han ido las cosas demasiado bien; y de ello creo estar suficientemente excusado por haber tenido que hacer compañía, por razones de conveniencia, a los sacerdotes en casa del párroco. Pero en medio de esta distracción, me encuentro, hasta cierto punto, satisfecho de este día, pues me parece que no he caído en esos defectos de soberbia, de presunción, como me sucedía otras veces en circunstancias semejantes. Por ahora, humillémonos y bendigamos a Dios y recemos. No resulte ser este el primero y el último día en que pueda ser puesto a prueba y dé buenos resultados mi viejo amigo, el amor propio, el deseo de hacer un papel airoso, de dárme las de sabio.

Se ve que algo ha influido también la comunión de esta mañana. Deo gratias. Esta tarde he comenzado el día de los difuntos, y me ha sobrecogido la tristeza. El día de los difuntos me trae a la mente la querida figura de mi párroco. Es imposible expresar todos los pensamientos. Mañana será un día de sufragio especial por su alma bendita, cuya continua protección siento sobre mí cuando miro a mi amadísimo señor, y ya aquí en la tierra primer bienhechor, el canónigo Morlani. Que mis oraciones puedan proporcionar a su alma, si lo necesita, el máximo beneficio; a él que, incluso en la otra vida, vela por mí y me protege como si todavía viviera. Estos sufragios por mi párroco servirán para aumentar en mí la devoción al Santísimo Sacramento, devoción que va admirablemente unida con la oración por los difuntos. Mañana, por tanto, aplicaré la novísima y extraordinaria indulgencia plenaria, concedida por el Papa con ocasión del presente noveno centenario de la

conmemoración de todos los fieles difuntos (9981898), por el alma de mi párroco que descanse en paz.

Miércoles, 2 de noviembre de 1898. Tengo que reprocharme de haber perdido un poco el tiempo inútilmente, como también de no haber prodigado las jaculatorias. Es preciso, además, que en la meditación luche contra el sueño y no me deje abandonar, como esta mañana. Jesús, misericordia para mí y paz para los difuntos.

Jueves, 3 de noviembre de 1898. He pasado el día de viaje, y, por tanto, ha resultado como de costumbre. Sobre todo en las conversaciones me he mostrado a veces resentido de algunas desatenciones que me parece recibir; y todo esto es soberbia, soberbia de primera calidad. Además, he estado más bien corto en jaculatorias. Dios mío, compasión de mí que deseo amaros. Mañana es primer viernes de mes, y, por tanto, día de reparación al Corazón de Jesús. Ah si la mía fuera una verdadera reparación por mis ofensas. Jesús, ¿por qué no lo ha de ser, si vos me ayudáis?

Viernes, 4 de noviembre de 1898. No tan mal como ayer, aunque he estado muy distraído en la meditación, un poquito también en el rosario, por lo que debo procurar más recogimiento, sobre todo por la mañana. Estaré también recogido para conseguir, lo más que pueda, esa mansedumbre que en diversas ocasiones me falta a veces, y que es muy necesaria para progresar en la virtud y hacer gran bien a las almas. Jesús, María, san Carlos.

Sábado, 5 de noviembre de 1898. A medida que pasa el tiempo más veo el amor de Jesús comparado con la ingratitud de los hombres, y en especial con la mía. Cuántos defectos, cuántas faltas, qué poco recogimiento, qué pocas mortificaciones en sábado. Se me da bien el imaginar las virtudes, pero no el practicarlas. En cuanto a esto, sólo tengo pretensiones. Ten misericordia de mí, el mayor de los pecadores; no me abandones jamás. Mañana es el último día de vacaciones y quiero, si Dios me ayuda, portarme bien a toda costa. El rosario, oh el rosario, Virgen Santísima, haz que lo pueda rezar como san Juan Berchmans.

Domingo, 20 de noviembre de 1898, retiro. En estos días de seminario he estado demasiado alegre, de modo que la mente voló como mariposa, descuidando así lo que merece la máxima importancia. De ahí las distracciones, especialmente en vísperas; de ahí el no guardar como se debe el silencio durante las clases. En resumen, aunque haya cumplido sustancialmente las reglas de seminarista, siempre les falta esa sal, esa perfección que las hace más hermosas, más agradables a Dios y más meritorias. Soy como un cuadro del que, aunque se hayan quitado las manchas que lo hacían más irreconocible, sigue todavía cubierto de una capa de granitos de polvo, que envuelve como en una sombra al cuadro y lo hace desagradable a la vista. Puedo decir que me encuentro en el mismo estado de esos cuadros viejos y abandonados. Y así, ¿cómo extrañarme de que no sienta en mí el continuo influjo de la gracia, el ardor de la caridad, si estas pequeñas negligencias mías son un obstáculo para ello?

Necesito, por tanto, hacer lo que suele hacerse con los citados cuadros, cuando se quiere volverlos a su estado, para que aparezcan hermosos como cuando salieron de las manos del pintor. Un buen lavado con aceite, he ahí el remedio, si no se quiere que vengan a ser irreconocibles. Sí, hace falta un repulisti de todas estas imperfecciones mías. Y lo conseguiré con el recogimiento desde la mañana, cuando me despierto, y no dando en el exceso de la alegría, pues de lo contrario se acaba en necedad. Ojo a las palabras sobre los otros y en especial ojo a proferir juicios sobre fulano o mengano. Aquí es precisamente donde sale a relucir el amigo.

Por lo demás, jaculatorias infinitas y visitas fervorosas, exámenes severos. Y puesto que el buen Jesús me ha enviado otra desgracia con la muerte de mi buen director, me impondré el deber de encomendar con frecuencia al Señor este alma buena junto con la de mi párroco, para que estas dos personas, que conocían muy bien mi conciencia, mis defectos, me encomienden a Jesús y María, y me alcancen humildad, amor ardiente a Jesús y a todas las almas

redimidas con su santísima sangre. Jesús, María y José, amores míos dulcísimos, que viva, sufra y muera por vosotros.

Lunes, 28 de noviembre de 1898. En cuanto al primer capítulo de que me lamentaba el pasado domingo, es decir, la excesiva alegría, me parece que he puesto remedio, aunque no del todo. Pero, a fin de cuentas, es siempre mejor estar alegre que triste. Tampoco la visita, en conjunto, ha ido del todo mal, y Dios sea alabado por ello. Pero hay aún muchas cosas que enmendar y, por desgracia, también que eliminar: las distracciones en la oración, el descuido y el no hacer aprecio de las cosas pequeñas, alguna palabrita durante la clase, el no acostumbrarme a los compañeros que, como prefecto, me están encomendados; el no acostumbrarse, diré, a platicar, andando siempre de conversación con los otros prefectos. He ahí cuántas cosas buenas.

Jueves noche, 8 de diciembre de 1898. Viva María Inmaculada. La única, la más hermosa, la más santa, la más grata a Dios de todas las criaturas. Oh María, me pareces tan hermosa que, si no supiera que sólo a Dios se le ha de tributar el honor sumo, te adoraría. Eres hermosa, pero ¿quién puede decir lo buena que eres? Ahora se cumple un año desde que me concediste aquella gracia que tú bien sabes lo poco que merecía, y en este día mismo me la recuerdas con la más viva insistencia, trayéndome a la memoria también los deberes, tan dulces, no obstante, que la acompañaron y que tuve el honor de asumir. Pero, ay de mí, no siempre he correspondido a tu amor, no siempre he sido como tú fuiste conmigo. Mirándome a mí, comprendo muy bien cómo debía ser después de un año, y cómo no soy. He sido siempre un poco alocado, un poco atolondrado, especialmente en estos últimos días. Esa es toda mi virtud.

Jesús parece que se ha alejado un poquito de mí, porque me he alejado de él. Necesito un gran recogimiento, pronunciando frecuentes jaculatorias. Estamos siempre en las mismas. Es preciso, además, que dé mucha importancia a las cosas pequeñas, palabras,

pensamientos, etc., guardándome de pecar de ligero, lo cual me perjudicaría doblemente.

Oh María, ya que no he sido como debía ser, ya que tú me recuerdas más vivamente que nunca mis especiales deberes, consérvame siempre en estas disposiciones, es decir, con el máximo fervor de espíritu en hacer el bien. De nuevo me consagro a ti, madre mía; dame un poco de ese buen gusto, de esa exquisitez para el bien que tanto me falta y que tanto perfeccionaría mis obras. Que mi pensamiento vuele muchas veces a ti, que de ti hable mi boca y por ti suspire mi corazón. Sobre todo te encomiendo este asunto que tú bien conoces; tú me entiendes: hazme humilde, y seré santo; hazme humildísimo, y seré santísimo. Te consagro las pequeñas mortificaciones que, con tu ayuda, me propongo hacer. Te pido que estés siempre a mi lado en la piedad, y también en el estudio; ilumina mi mente en las verdades que se refieren a ti y a tu hijo. Por último, oh gran Madre Inmaculada, introdúcame a Jesús, meta última de mis afectos; estréchame a Jesús enteramente, ayúdame a enloquecer de amor por él. Así sea.

Domingo, 18 de diciembre de 1898, retiro. Hasta la Inmaculada he dejado mucho que desear; desde la Inmaculada, menos. Gracias de todo corazón, María. Lo que más necesito en estos días es el recogimiento, con muchas jaculatorias y un gran cuidado en la meditación, misa, visita y, más que nada, en el examen. Por lo demás, humildad, y muy grande. en lo pequeño. Mi corazón mi mente, deben estar empapados del pensamiento, del amor de Jesús Niño. Oh Jesús, hazme pequeño como tú; ya sabes cuánto lo deseo.

Máximas tomadas de las meditaciones en los EE. EE.

1. Dios es mi gran dueño, que con inaudita bondad me ha sacado de la nada para que lo alabe, lo ame, le sirva y procure su honor. Soy, por tanto, una cosa totalmente de Dios, y no puedo ni debo hacer más que lo que Dios quiere, lo que sirve para su gloria. Por lo cual, todas mis acciones, todos mis pensamientos, todas mis respiraciones deben tender sólo a esto: Para mayor gloria de Dios.

En consecuencia, cuando busco sólo mi propio honor, cuando doy gusto a mi amor propio, traiciono los designios de Dios, salgo fuera del camino, me convierto en un hombre inútil, rebelde a mi buen Señor, y rechazo el premio que él me ha preparado. Qué injuria más atroz al Corazón de Jesús, abandonarlo así, usar tan malamente las dotes que él me ha dado para amarlo y hacerlo amar. Los pájaros del aire, los peces del agua, las fieras de las selvas, los animales todos de la tierra sirven al Señor mucho mejor que yo. Qué vergüenza para mí, tan lleno de mí mismo, dejarme aventajar por las bestias en el alabar al Creador.

2. Cuando esté en ocasión de levantarme sobre los otros, de dar gusto a mi amor propio, he aquí un buen remedio que me curará, que me humillará: pensar en lo gran pecador que soy, que no soy digno de comparecer delante de mi Jesús, que debía dar gracias al Señor y considerar un honor el ser tratado como el último, no diré de mis compañeros, sino de todos los hombres.

3. Soy seminarista. Por tanto, debo recordar siempre que cualquier falta, aunque mínima, en mí es siempre gravísima, y debo evitarla como si fuese un pecado mortal, del que no debería conocer ni siquiera el nombre. Debo, sobre todo, pensar que de estas faltas nunca estuvo libre ninguna acción mía. ¿Dónde está el seminarista bueno que yo creía ser? Qué buen golpe para mi amor propio.

4. Soy seminarista. Por tanto, debo ser con Dios como un ángel. Qué feliz coincidencia. La Providencia divina me ha querido dar a conocer este deber, disponiendo que fuera bautizado con el nombre de Ángel. Pero qué vergüenza para mí, ser llamado siempre Ángel, deber ser en mi comportamiento un ángel, y no haberlo sido nunca realmente. El nombre de Ángel, por tanto, debe ser un estímulo en mí para que sea un verdadero seminarista ángel. Para lo cual, cuando me oiga llamar así, debo hacer que este nombre despierte en mí la idea de la perfección a que debo llegar y me obligue a hacer un acto de humildad, pensando a qué estoy llamado y qué soy en realidad, todo lo contrario de ángel.

5. Dios mío, ¿qué es este cuerpo que tanto mimo? Mejor preguntaré, ¿mimo este cuerpo, este saco de podredumbre, este vivero de gusanos, y por defenderlo ofendo a Dios? Qué necesidad, qué estupidez. ¿Entre tanto, el alma? Pobre alma. Luego presumo de hombre sabio, de hombre prudente. Amigo mío, es necesario bajar esa cabeza tan llena de humo, es necesario que sientas vilmente de ti mismo, de lo contrario andarás a ciegas y caerás.

6. Bellísimo pensamiento. Un ángel del paraíso, nada menos, está siempre a mi lado y al mismo tiempo se halla arrebatado en un continuo éxtasis amoroso con su Dios. Qué delicia de sólo pensarlo. Por tanto, estoy siempre ante los ojos de un ángel que me guarda, que intercede por mí, que vela junto a mi lecho mientras duermo. Qué pensamiento, pero, a la vez, qué sonrojo para mí. ¿Cómo podré tener ciertos pensamientos de soberbia, decir ciertas palabras, realizar ciertas acciones ante los ojos de mi ángel de la guarda? Y, sin embargo, lo he hecho. Oh Espíritu que me acompañas, ruega a Dios por mí, para que no haga, diga o piense cosas que puedan ofender tus ojos purísimos.

7. Si en esta vida siento sonrojo y no sé cómo presentarme ante un superior que simplemente esté algo descontento de mí, de mis acciones, ¿qué terror deberé experimentar pensando que habré de presentarme ante Dios airado contra mí, ante mi Creador, mi Padre, mi Jesús, que entonces ya no será mi amigo, sino mi irritado enemigo? ¿Mi ángel de la guarda? ¿Mi madre María qué dirá cuando Dios me condene? Pobre ángel, pobre madre. Todas estas cosas las creo; sin embargo, cuando no me porto como debo, he de soportar las reprimendas de los superiores y mucho más las reprimendas terribles de Dios. Qué insensatez. Es preciso comprenderlo de una vez con san Pablo: Si nos examinásemos a nosotros mismos, no seríamos castigados (1Cor 11,31).

8. Debo convencerme para siempre de esta gran verdad: Jesús no quiere de mí, seminarista Ángel Roncalli, solamente una virtud mediocre, sino suma; no estará contento conmigo mientras no me haga, o por lo menos no me aplique con todas mis fuerzas a

hacerme santo. Tantas son y tan grandes las gracias que él me ha dado para este fin.

1899

Notas espirituales

15 de enero de 1899, retiro mensual. La muerte de mi queridísimo director Isacchi, el encontrarme con un nuevo director, aunque no han alterado grandemente en mí la marcha de las cosas, han producido algún pequeño cambio; por ejemplo, el nuevo director, ciertamente, no me conoce como me conocía Isacchi; por tanto, todavía no tengo la intimidad que tenía antes; pero será necesario dar tiempo al tiempo, y las cosas se arreglarán. En cuanto a poner por escrito mis cosillas, como he venido haciendo desde el año pasado hasta el mes último, parece que el nuevo director no lo toma con demasiado calor, como el otro. En una palabra, uno piensa que es mejor de un modo, y otro de otro. Así se comprende la laguna desde la última fecha hasta hoy. El pensamiento de la muerte, reavivado por el reciente luto del seminario por la muerte del director Isacchi y últimamente renovado por la muerte de mi queridísimo rector, don Jacinto Dentella —que Dios lo tenga en su gloria y lo acoja en compañía de mi llorado párroco y del director Isacchi—, me ha sacudido fuertemente.

19 de marzo de 1899, retiro mensual. Es el día de mi san José; ¿cómo no reanudar la costumbre de poner por escrito mis pensamientos, costumbre interrumpida desde enero hasta hoy, no sé si por culpa mía o de nadie? ¿Cómo no nombrar a san José?

16 de abril de 1899, retiro mensual. Siempre que recorro estas pocas páginas y llego al final me avergüenzo de mí mismo, viendo que en tres meses he cumplido bastante mal el propósito hecho en los EE. EE. del año pasado, 1898, de poner por escrito algún pensamiento referente al estado de mi conciencia. Como se ve por la última vez, apenas comenzaba a escribir cuando sonó el final del retiro, quedando así todo truncado para no volver a pensar en ello. Al volver ahora de las vacaciones de Pascua, en este día de retiro

he querido emprender de nuevo esta mi útil costumbre que, con la ayuda de Dios, espero no volver a interrumpir.

Hoy me he recogido un poco; pero ¿qué digo recogido? Aquí comienzan las faltas. Había debido recogerme, pero no he sido capaz de hacerlo sino sólo hasta cierto punto. Soy bueno para sugerir a los otros el modo de obrar bien, pero para ponerlo en práctica yo, no. Por tanto, de ahora en adelante, especialmente por lo que se refiere al recogimiento, no diré nunca cosa en cuyo ejercicio no sea capaz de servir de modelo a los otros, como es mi deber. Pondré una especial atención en el rezo del oficio de la Virgen María, y especialísima en el rosario, pues a este respecto, en los días pasados, he dejado no poco que desear. Otra cosa que necesito, y que me podría ayudar bastante, es el ejercicio continuo de frecuentes jaculatorias. Con ellas mi mente estaría siempre en Dios, y también, por tanto, siempre presente en sí misma, y así no correría peligro, como quizá ha sucedido, de hablar inútilmente de otros, cuando no se puede hablar sin señalar sus defectos, de discutir sin una cierta circunspección. He aquí, pues, tres cosas que considero consecuencia y fruto del presente retiro: rosario, jaculatorias y discreción, cuidado en las conversaciones para no hablar mal de otros inútilmente.

Por lo demás, en cuanto al mostrarme demasiado simple, crédulo en cosas sin importancia y dar así ocasión de que se rían a mi espalda, no puedo por menos de alegrarme, viendo así de algún modo humillado mi amor propio, y considerándome así asemejado, aunque de un modo verdaderamente insignificante, al buen Jesús, que fue tratado de loco. Si él me concediese que enloqueciera de amor por él. Así, poco me importaría lo demás.

Finalmente, por lo que se refiere a las preocupaciones de familia, renovadas especialmente en estos días de vacaciones, las he depositado todas en el Corazón bendito de Jesús, mi único amor. Él sabe que no deseo a los míos riqueza y placeres, sino sólo paciencia y caridad. Él sabe que si siento pena, la siento sólo por la falta en ellos de estas virtudes. Que él me dé la gracia de verlos a

todos un día en el paraíso, y ya puede suceder lo que quiera; a todo me resignaré por la mayor gloria de Dios y en satisfacción de mis pecados. Oh Jesús, que muera de amor por ti.

Lunes, 24 de abril de 1899. En esta semana no he estado del todo mal, especialmente por lo que se refiere al recogimiento en las prácticas de piedad, por lo cual debo dar muchas gracias a Dios y pensar que, en cuanto de mí depende, no serán cosas duraderas, tan débil y flaco soy. Lo que más debo procurar es una piedad interior, de la que la exterior es sólo un vestido; piedad que se funde en humildad verdadera, de la cual tengo una necesidad grandísima. Por tanto, prestaré más atención a mortificarme, especialmente en el entendimiento, a estar unido más íntimamente con Dios por medio de muy frecuentes jaculatorias, y poder así prepararme mejor para el inminente mes de mayo. Así sea.

Domingo, 7 de mayo de 1899. Hace ya unos días que ha comenzado el mes mariano; y sigo necesitando recogimiento, especialmente en la meditación, en el rosario, etcétera. En las cosas de piedad quizá sea un poco demasiado poeta. Por lo demás me parece que las cosas no van mal del todo, y doy por ello las gracias a Dios y María. El año pasado, en el mes de mayo, pedí a María dos cosas: humildad y amor. Al acabar el mes fui escuchado y tuve ocasión de ejercitar la una y el otro. Este año vuelvo a empezar y espero que la Virgen me escuchará también. Es tan buena. A decir verdad, me cuesta trabajo humillarme, pero espero que será un trabajo que me ganará rica recompensa. Todo está en hacerse a ello con empuje, desde el principio. Jesús, María, ya sabéis que quiero agradaros y amaros.

Lunes de Pentecostés, 22 de mayo de 1899, retiro. Señor, perdonadme, que soy el más grande pecador. ¿Qué más puedo decir? Quiera o no quiera, debo confesarlo. Este es el pensamiento que puede curar todos mis males. En estos días pasados, aunque, gracias a Dios, no me he dado a una vida relajada y muy tibia, no obstante la imaginación ha trabajado demasiado, con el consiguiente daño para el entendimiento, el cual, si bien no se ha

unido totalmente a la imaginación e incluso ha procurado frenarla, sin embargo, no cabe duda que habrá sufrido su influencia. La fiesta en honor de mi nuevo párroco, los versos que he escrito para esta ocasión, luego los ordenados, las secretas aspiracioncillas del amor propio, oh cuánto aceite a mi soberbia. Ojo a la imaginación. Gracias a Dios me parece que el entendimiento no se ha adherido a ella, pero tampoco al entendimiento le sentaría mal el ser humillado. De cuando en cuando alguno me humilla y, creyendo que no me ofendo, me hace sangrar. Estos son los momentos de callar y de regocijarse. Dicen y creen que soy un simple. Puede que lo sea, pero el amor propio se resiste a creerlo. Aquí está lo bonito del juego. Aquí tengo un buen campo para ejercitarme en la paciencia, en la mortificación, para agradar a María, a mi bella Inmaculada. En realidad no sé cómo expresarme. Oh Espíritu Santo, oh mi Jesús Eucarístico, oh Inmaculada, vosotros conocéis mis necesidades, mis defectos, mi afán de aparentar, mi necesidad de permanecer escondido, de rebajarme, de ser despreciado, y con todos estos defectos mi deseo de amar, de hacerme santo; humilladme, pues, cuidad de mí, hacedme santo. Humildad y amor.

Domingo, 28 de mayo de 1899. Menos mal; pero necesito aún mayor recogimiento, especialmente en estos últimos días del mes de mayo. Por otra parte, fuego, fuego. Es la semana del Corpus Domini, de mi Jesús en el Sacramento.

1900

Impresiones y reflexiones de los EE. EE. del año de Gracia, seminario de Bérgamo (Febrero 1900)

1. ¿Quién soy? ¿De dónde vengo? ¿Adónde voy? Soy la nada. Todo lo que poseo, el ser, la vida, el entendimiento, la voluntad, la memoria, todo me lo ha dado Dios, luego todo pertenece a él. Hace simplemente veinte años existía ya todo lo que me rodea: el sol, la luna, las estrellas, los montes, los mares, los desiertos, los animales, las plantas, los hombres; en el mundo las cosas se movían ordenadamente bajo los ojos vigilantes de la divina Providencia. ¿Y yo? Yo no existía. Todo seguía su curso sin mí,

nadie pensaba en mí, nadie podía hacerse una idea de mí, ni siquiera en sueño, pues no existía.

Dios mío, en un rasgo inefable de tu amor, tú que existes desde el principio y antes de los siglos, tú me sacaste de mi nada, me comunicaste el ser, la vida, el alma, en una palabra, todas las facultades del cuerpo y del espíritu; tu abriste mis pupilas a esta luz que irradia sus fulgores en torno mío, tú me creaste. Por tanto tú eres mi dueño y yo soy tu criatura. Nada soy sin ti, y por ti soy todo lo que soy. Sin ti nada puedo; es más, si tú no me sostuvieras en cada instante, volvería al sitio de donde salí, a la nada. Esto es lo que soy. Y, sin embargo, me envanezco, presumo ante los ojos de Dios de los bienes con que él me ha colmado, como si fuesen cosas mías. Oh necio de mí. ¿Qué tienes que no hayas recibido? Y si lo has recibido, ¿por qué presumes como si no lo hubieras recibido? Dios me ha creado; y, sin embargo, él no tenía necesidad de mí; y el orden del nuevo universo, el ambiente que me rodea, es decir, todo existiría exactamente lo mismo sin necesidad de mí.

¿Por qué, pues, me creo tan necesario en este mundo? ¿Qué soy sino una hormiga, un granito de arena? ¿Por qué, pues, me considero tan grande ante mí mismo? Soberbia, orgullo, amor propio. ¿Para qué estoy en este mundo? Para servir a Dios. Él es mi dueño absoluto porque me ha creado, porque me conserva el ser, luego soy su siervo. Por tanto, mi vida debe estar enteramente consagrada a él, a cumplir su voluntad; enteramente y para siempre. Así, pues, cuando no pienso en Dios, cuando atiendo a mis comodidades, a mi amor propio, a mis alabanzas, falto a un gravísimo deber, me convierto en un siervo desobediente. Entonces ¿qué hará Dios de mí? Señor, aleja de mí los rayos de tu justicia y no me arrojes de tu servicio como por desgracia merecería.

Siervo de Dios. Qué título, qué hermosa mansión esta. ¿No dijiste tú, Señor, que tu yugo es suave y tu carga ligera? ¿No está escrito en tus escrituras que servirte a ti es reinar? ¿Acaso no es el mayor honor para un hombre santo, el poder decir de él que es siervo de Dios? Y tu Pontífice, tu Vicario en la tierra, ¿no se

enorgullece con el nombre de siervo de los siervos de Dios? Por tanto, qué dicha servirte a ti, Dios mío. Sin embargo, me olvido tan fácilmente de este deber. Qué vergüenza no servir a un amo tan justo, tan bueno, tan santo como tú. Servir a Dios, ¿y después?, el premio, la patria, el cielo, el hermoso paraíso. Sí, paraíso, paraíso, esa es mi meta, esa es mi paz, mi gozo. Paraíso, donde se ve, donde se contempla a mi Dios.

Señor, te doy gracias por este galardón que me has preparado por cuatro días de servicio; por el honor grandísimo a que me has destinado. Soy un peregrino en la tierra, miro al cielo, mi fin, mi patria, mi morada. Oh cielo, cielo, eres hermoso y eres para mí. En las contradicciones, en las amarguras, en el desaliento, este será mi consuelo: ensanchar el corazón a la bendita esperanza y luego poner los ojos y pensar en el cielo, en el paraíso. Esta es la práctica de los santos, de san Felipe Neri, de mi san Francisco de Sales, del ven. Cottolengo que exclamaba sin cesar: paraíso, paraíso.

Estas son las hermosas verdades que tú, mi Dios, me has enseñado; yo, por desgracia, las conozco pero no las comprendo. Soy un nada, y me considero un gran hombre; vengo de la nada y me envanezco de mí mismo por esos dones que pertenecen a Dios. Debo servir a mi Creador y en cambio a veces lo olvido, sirvo a mi ambición, a mi amor propio. Estoy llamado al paraíso y sólo pienso en la gloria del mundo. Qué contrasentido. Señor, que pueda comprenderte, como te pedía tu Agustín; que te conozca a ti y me conozca a mí, para que te ame a ti y me desprecie a mí. Señor, escucha a este ciego que cuando tú pasas te pide a gritos, te suplica que lo cures, tú que eres la luz de mis ojos. Dame la luz, sí, que vea.

2. Tengo un alma. Qué grandeza. No soy una piedra, una planta, un animal cualquiera; soy un hombre, y un hombre por el alma que me vivifica. Por el alma un rayo del rostro divino resplandece sobre mí, y por la memoria vengo a ser semejante al Padre, al Hijo por el entendimiento, al Espíritu Santo por la voluntad. Pero no es esto sólo: el alma humana es de un valor infinito, al ser comprada con la

sangre de un Dios. De ahí que el alma de un salvaje sea más preciosa que todas las riquezas del mundo. Qué valor. El alma está destinada a gozar de la misma dicha de Dios. ¿Cómo, pues, me atreveré a ofender a este alma, hermosa con la hermosura misma de Dios? ¿Cómo puedo permitir que por el pecado venga a ser semejante a las bestias, esclava del cuerpo la que es señora del mismo? Y sin embargo lo he hecho. Qué humillación para mí. Por el alma se manifestaron las grandezas de las perfecciones divinas; en la creación, y mucho más en la encarnación, brillaron en su más resplandeciente luz de omnipotencia, la sabiduría y el amor de Dios. Por medio de ella Dios se sometió a los tormentos, a la misma muerte. ¿Por qué no me mortificaré, no sufriré algo para cooperar a la salvación de este alma que, a fin de cuentas, no es de otro, sino mía?

3. Todos los hombres que hay en la tierra llevan en sí la imagen de Dios; le costaron inmensos dolores. Y, sin embargo, son muchos los que no aman a Dios, no le sirven, al contrario, lo pisotean, y muchísimos ni siquiera lo conocen. He aquí el pensamiento que debe excitar en mí la compasión por sus almas y debe encender en mi corazón el deseo vivo de salvarlas también a ellas, y, si otra cosa no puedo, de rezar por ellas: considerar cómo para ellas es inútil la sangre de Cristo, más aún, se convierte en motivo de terrible condenación. Si todos los hombres representan a Dios, ¿por qué no los amaré a todos, por qué los despreciaré, por qué no seré respetuoso con ellos? Esta reflexión debe frenarme de ofender a mis hermanos de cualquier manera: acordarme de que todos son imagen de Dios, y quizá su alma es más hermosa y más querida al Señor que la mía.

4. Me siento orgulloso de mi mismo, casi exijo del Señor sus gracias; y si hago algo bueno, me presento ante él con la actitud del fariseo... Sin embargo, soy pecador. Este es el sentimiento que me debe acompañar siempre cuando entro en la iglesia y en todo lugar. Soy pecador. Por tanto, no arrogancia de palabra, no altanería de porte, sino ojos bajos, humilde de mente y de corazón, afable con los compañeros. Ante Dios, pues, mi conducta debe ser la del

publicano que, lejos del altar, se golpea el pecho diciendo: Dios mío, ten compasión de mí que soy un pecador (Lc 18,13) y cuando recibo gracias y consolaciones, debo considerar todos estos dones como limosnas que Dios me concede, sin vanagloriarme de ellos, reconociendo que no los merezco.

5. Todos esos bonitos pensamientos de honores a mí mismo, conseguidos con la ciencia, ¿de qué me servirán en el momento de la muerte? Así pues, cuando vengan a atormentarme, a hincharme el cerebro, este es el modo brusco, pero eficaz, de echarlos fuera: pensar en el momento de la muerte, en los deseos que tendré entonces y preguntarme: ¿De qué me sirve esto para la eternidad?

6. Todas mis vanidades, todas mis distracciones en las prácticas de devoción, en la meditación, en los exámenes de conciencia, en el rezo del oficio de la Santísima Virgen, del rosario; todas las palabras, las salidas ingeniosas pronunciadas sólo por un secreto deseo de aparentar, para hacer ver directa o indirectamente que he estudiado; todos mis castillos en el aire, los castillos de naipes, los castillos de España, todas las palabras proferidas en tiempo de silencio, todas las inspiraciones rechazadas: todo, todo al juicio. Dios mío, qué espanto, qué cúmulo de pecados, qué confusión para mí que tan delicado soy en lo que se refiere a la estima, al amor propio. Y sin embargo, piénsalo bien, alma mía: o sientas ahora la cabeza, o tendrás que resignarte a padecer esa humillación con todo lo que seguirá después. Ánimo, piensa bien esta verdad, y antes de repetir alguna de estas faltas, haz bien tus cuentas para no arrepentirte, inútilmente, más tarde. Si nos examinásemos a nosotros mismos, no seríamos castigados (1Cor 11,31)

7. El pensamiento del infierno me aterra; no, no lo puedo resistir. Me parece casi imposible, no soy capaz de imaginarme a mi Dios tan airado contra mí que me aleje de sí, después de haberme amado tanto. Sin embargo, es una verdad certísima. Si no lucho contra mi orgullo, mi soberbia, mi amor propio, me espera el infierno, infeliz de mí. ¿Será entonces verdad, Jesús amadísimo, que ya no pueda amaros? ¿No ver ya vuestro rostro? ¿Que me vea arrojado

lejos de ti? Esperemos que esto no suceda; pero podría suceder, por tanto debo vivir siempre con temor y temblor, y trabajar así por mi salvación. Trabajad por vuestra salvación con profundo acatamiento (Flp 2,12). Y, entre tanto, no estará fuera de propósito traerme a la memoria siempre el infierno, o con la vista de objetos externos o con modificaciones. ¿Veó el fuego? Pues este, comparado con el fuego del infierno, no es más que una pintura. ¿Tengo dolor de muelas, me abraso de sed, tiritó de frío, me atormenta la fiebre? Mortifiquémonos: el infierno es el lugar de todos los tormentos; en el infierno se cocerá a los condenados, se los quemará como el carbón en el horno; en el infierno habrá llanto y crujió de dientes (Mt 8,12). En el infierno no se podrá mover un dedo; y ¿por qué no podré rezar una oración que sé, el rosario, vísperas, sin inmutarme? En el infierno habrá gritos agudísimos que aturdirán; y ¿por qué no soportaré un rumor que me molesta? En el infierno se padecerá un hambre canina, y ¿por qué no sabré abstenerme de algún bocado más exquisito? En el infierno habrá que aguantar la compañía de los condenados y los demonios; y ¿por qué no sufriré con calma la presencia de los que no me son simpáticos? ¿No he merecido mil veces el infierno? ¿Y no podré merecerlo de nuevo?

Mi dulcísimo Jesús, escucha mi súplica. Envíame, te lo ruego, toda clase de enfermedades en esta vida; clávame para siempre al lecho; redúceme al estado del leproso en la selva; carga aquí mi cuerpo con todos los dolores más torturantes, todo lo aceptaré en penitencia de mis pecados, y te estaré agradecidísimo; pero, por caridad, no me mandes al infierno, no me prives de tu amor, de poder contemplarte por toda la eternidad. Sí, Jesús, te lo digo de corazón.

8. Terribles son, Dios mío, los decretos de tu justicia, y con sólo imaginármelos tiemblo de terror. Pero ¿quién, quién puede medir la hondura de tu misericordia? Exalte, pues, quien quiera tus otros divinos atributos, ensalce tu sabiduría, alabe tu poder, yo por mi parte no cesaré jamás de cantar tus misericordias. Cantaré eternamente la misericordia del Señor (Sal 88,2). ¿No está llena la tierra, oh dulcísimo Jesús, de tu misericordia?: La tierra está llena

del amor del Señor (Sal 32,5). Y tu misericordia, ¿no está en el cielo y sobre todas las demás obras tuyas?: Pero tu amor, Señor, llega hasta el cielo, y tu lealtad hasta las nubes (Sal 35,6). ¿Y no eres tú el Padre de las misericordias y el Dios de todas las consolaciones?: Padre de las misericordias y de todo consuelo (2Cor 1,3). ¿No dijiste tú que no quieres el sacrificio, sino la misericordia?: Misericordia quiero y no sacrificio. Y yo miserable pecador, ¿no soy un portento, un protegido de tu misericordia? Soy la oveja perdida y tú eres el buen Pastor que, solícito, corriste ansiosamente en mi busca, me encontraste al fin y, tras mil caricias, me cargaste sobre tus hombros y me llevaste al redil. Soy aquel infeliz que en el camino de Jericó fue asaltado por los ladrones, golpeado, herido, despojado de sus vestidos y reducido al último extremo; y tú, el compasivo samaritano que me devolvió la vida, derramaste sobre mí el vino, es decir, me hiciste comprender esas terribles verdades que me sacudieron de mi aturdimiento, me ungió con el bálsamo de tus consuelos, en una palabra: me hiciste partícipe de las larguezas de tu buen corazón. Yo soy, por desgracia, el hijo pródigo que disipó toda su hacienda, los dones naturales y sobrenaturales, y me vi reducido a la condición más lamentable, por huir tan lejos de ti que eres el Verbo por quien todas las cosas fueron hechas, sin el cual todas las cosas son malas, porque son nada. Tú eres el Padre amorosísimo que me recibiste con regocijo cuando, cayendo en la cuenta de mi error, decidí volver a tu casa, busqué de nuevo refugio a tu sombra, en tus abrazos. Tú me recibiste de nuevo como hijo, me admitiste de nuevo a tu mesa, a tu dicha, me llamaste de nuevo partícipe de tu herencia. ¿Qué digo? Yo soy el pérfido discípulo que te traicionó, el presuntuoso que te negó, el vil que te escarneció; el cruel que te coronó de espinas; te azoté, te cargué con la cruz, insulté tus atroces dolores, te di una bofetada, te di a beber hiel y vinagre, y, despiadado de mí, te traspasé el corazón con una fría lanza. Todo esto y mucho más he hecho con mis pecados. Oh qué pensamiento tan humillante para mí. Pensamiento que, a viva fuerza, debe arrancar a mis ojos las lágrimas más amargas del arrepentimiento. Tú eres mi buen Jesús, el mansísimo cordero que me llamó su amigo, me miró amoroso en mi pecado, me bendijo cuando le

maldecía; en la cruz intercediste por mí, y del corazón traspasado hiciste descender un manantial de sangre divina que me lavó de mis inmundicias, limpió mi alma de mis iniquidades; me arrancaste a la muerte muriendo por mí y, venciendo a la muerte, me ganaste la vida, me abriste al paraíso. Oh amor de Jesús. Por fin este amor ha vencido, y estoy contigo, mi maestro, mi amigo, mi esposo, mi padre: heme aquí en tu corazón. ¿Qué quieres, pues, que haga? Iba por el camino de la iniquidad y tú me deslumbraste con tu luz divina, como a Pablo en el camino de Damasco. ¿Qué tengo que hacer, Señor? (He 22,10). Enséñame tu verdad, el camino que debo seguir. Enséñame el camino que tengo que seguir (Sal 142,8). Me abrazaré a ti, te amaré, oh mi Jesús, te amaré con el amor de Pablo, de tu amado Juan, de todos tus santos; con un amor de obras, con el amor que es fuerte hasta la muerte. ¿Qué, qué podrá separarme de tu caridad? Ni el hambre, ni la pobreza, ni el frío, ni las tribulaciones, ni los tormentos, ni la muerte. Tanto confío en la ayuda de tu gracia, oh mi Jesús. Y entre tanto, puesto que amándome hasta lo último te has olvidado de mis iniquidades y me has llamado a estar más cerca de ti, me has querido tu ministro, tu familiar íntimo, dispensador de tus misterios, y a ello me mueves continuamente con las secretas y dulcísimas comunicaciones de tu amor, con infinitas inspiraciones, con la miel y el néctar celeste de tus consuelos, que arda y se consuma enteramente este corazón mío en holocausto por ti sobre el altar de tu corazón sacratísimo, que suspire siempre por ti, te busque, tienda a ti; que se revista de tu espíritu, espíritu de sabiduría y de entendimiento, y encienda también en los pecadores sentimientos de conversión, de retorno a ti, y que todos, acogiéndonos a la sombra de tu cruz adorada, podamos cantar perennemente tus misericordias.

9. Soy cristiano, más aún, soy seminarista; debo, pues, representar siempre y en todas mis acciones a Jesucristo; porque, como dice san Gregorio Nazianceno, Cristo es la gran túnica de los sacerdotes. Por tanto, he ahí mi espejo: Jesucristo. Considéralo Niño en la cuna. Cristo, el creador, el dueño del mundo, el redentor del género humano, no encuentra quien lo reciba cuando hace su

primera entrada en la tierra; es más, lo arrojan de sus casas, no le quieren dar alojamiento diciendo que no hay sitio para él, y él se ve obligado a buscar refugio en un establo abandonado, y allí hace su primera aparición.

Oh cuánta humildad. Y yo, que soy menos que nada, ¿me ofenderé si otro me recibe fríamente, muestra hacer poco aprecio de mí, de mi ciencia; si al establecer comparaciones, soy pospuesto a los demás? ¿Me sentiré profundamente disgustado si aquellos a quienes me llevo para llevarles algún bien no me reconocen, e incluso me insultan? ¿Si los superiores no piensan demasiado bien de mí, interpretan un poco siniestramente mis acciones? ¿Si otro me calumnia o hace declaraciones injustas sobre mi conducta? Soberbia, abájate ante la humildad de Jesús. Jesús, que ha vestido de flores a la naturaleza, de suaves plumas a los pájaros, al sol de un majestuoso manto de luz, que ha depositado en el seno de las montañas y en las arenas de los ríos las piedras y los metales más preciosos, nace necesitado de todo, ni siquiera tiene pañales con que cubrirse. Cuánta pobreza. Y yo, siendo tan miserable e indigno de todo bien, ¿tendré el valor de lamentarme porque he nacido pobre, de padres pobres, y sólo vivo y me visto por generosidad ajena? ¿No debo más bien consolarme y felicitar me sinceramente a mí mismo y dar gracias de corazón a mi Jesús, porque al menos en esto me resulta facilísimo imitarlo? ¿Abrigaré el mínimo deseo de ser menos pobre? ¿Podré, sin enrojecer, ansiar ir mejor vestido? ¿Olvidaré así las palabras del mismo Jesús: Bienaventurados los pobres de espíritu porque de ellos es el reino de los cielos?

Jesús, el esplendor de la sustancia del Padre, nace en las ásperas pajas del pesebre, tirita de frío, en una palabra, es perseguido por todas las inclemencias, se somete ya desde ahora, por la salvación del hombre, a toda clase de tormentos, calla y sufre. Cuánta mortificación. Y yo, que por mis muchos pecados estoy obligado a hacer la más áspera penitencia, ¿no me avergonzaré de pronunciar quejas a la más pequeña incomodidad, repararé en un poco de aire, en una molestia de moscas, me lamentaré por cualquier cambio de tiempo? ¿Buscaré las más cómodas posturas

al andar, al sentarme, etc? Y más estando obligado a la mortificación para evitar las ocasiones de pecado, para mantenerme en el camino recto, mientras Jesús era impecable.

10. ¿Cómo era la vida de Jesús en Nazaret? La vida de un buen seminarista, la vida que debería llevar. Una vida oculta. Nadie sabía de él; exteriormente sólo se veía en él el hijo de María, el hijo del carpintero. Por ahora ningún indicio de su grandeza futura, de su origen divino. Qué hermosa lección para mí que tan lleno estoy de mí mismo, y a quien el amor propio empuja siempre a manifestar los pocos dones naturales, acompañados por otra parte de los innumerables defectos que poseo. Debo permanecer oculto para que, fuera del estrépito del mundo, pueda oír la voz de mi Jesús que me habla al corazón. Mi mayor cuidado debe ser ocultar lo poco bueno que con la gracia de Dios lograra hacer, no sea que la vanidad lo envilezca, el demonio me lo robe. ¿Y qué es ese impulso interior que me incita a poner todo en público? ¿Qué son esos castillos en el aire que mi cerebro sabe fabricar según las inspiraciones del amor propio? Soberbia, soberbia. Eso es todo. Y me parece que el mejor medio para curarme a mí mismo, al menos en parte, sería confinarme en un desierto a donde nadie pueda llegar, sin comunicación alguna con los otros, de modo que evite así a los otros el peligro de hablar de mí. Y si esta no es mi vocación porque Dios lo ha dispuesto de otra manera, no obstante debo siempre recordar la obligación de procurar vivir oculto, aquí en el seminario, deseando que no me conozcan ni se ocupen de mí; en las vacaciones, permaneciendo retirado, solo en mi estancia. Jesús en Nazaret trabajaba de la mañana a la noche. Qué espectáculo. Ver aquellas manos que habían creado los mundos, que habían lanzado a las estrellas en su veloz curso, encallecer con la garlopa, con la sierra y con los demás instrumentos de carpintero. Y pensar que Jesús era Dios, que persistió en aquella vida fatigosa durante treinta años, sin un momento de tregua, que debía arrastrar tras sí a tantos millones de almas. Este es el seminario de aquel gran sacerdote que realizó luego la misión más grande, sellada con el más grande sacrificio. Trabajar y orar. Había podido por sí solo en

treinta años convertir, santificar a otras innumerables almas, obrar Dios sabe qué maravillas de prodigios. Pero no, el Padre celestial lo había dispuesto así: treinta años de vida oculta y de trabajo. Por tanto, así ha de hacerse, y el mismo Jesús lo ha hecho.

He aquí, pues, trazado por el mismo Dios, el camino que me llevará al altar. Vida oculta, oración y trabajo. Orar y trabajar, trabajar orando. Trabajar, poner empeño en el estudio siempre, siempre: este es mi deber. Estudiar y no hacer alarde de los progresos en el saber, estudiar incansablemente y acercarme a Jesús, que es el dador de las luces, a él que es el resplandor de la luz eterna y orar de modo que el mismo estudio se convierta en oración. Tal es la necesidad que tenemos en este mundo de doblar las espaldas al esfuerzo. Armémonos, pues, de ánimo y trabajemos por amor, porque así lo quiere el Señor. Y trabajando con Jesús de Nazaret, escondido y en oración, me prepararé para cumplir más perfectamente la misión que me espera, misión de sabiduría y de amor, y mereceré ser coronado por Jesús con la corona, con las estrellas del apostolado.

11. He aquí un pensamiento que me podría hacer bien. Al acercarse Jesús al castillo de Magdala, algunos corrieron a anunciárselo a María, diciéndole: El maestro está ahí y te llama (Jn 11,28) Qué hermosas palabras. Podemos imaginar la amorosa solicitud de María corriendo al encuentro del divino huésped. Pues bien, al comienzo de cada una de mis acciones supondré que el toque de la campanilla me dice: El Maestro está ahí y te llama. ¿Es posible que ante esta reflexión: es Jesús el maestro, quien te llama, al estudio, a la oración, al descanso, al paseo, es posible que no me mueva rápidamente a cumplir mis deberes como han de cumplirse, esperando en su ejecución alguna enseñanza de Jesús?

12. El pecado mortal. Qué infamia. Da horror con sólo pensarlo. Pero no menos se ha de evitar, por su gravedad y por los funestos efectos que ocasiona, el pecado venial, pues aunque no merezca el infierno y la pérdida de la gracia, sin embargo, desagradamente a Dios. Ahora bien, si quiero amar del todo y para

siempre a mi Dios, debo evitar cualquier acción, por mínima que sea, que pueda causarle el menor desagrado, pues el amor es muy delicado. Dios mío, ¿será posible que pueda ofenderos mortalmente? No, no. Fuera, pues, incluso las faltas veniales, o mejor dicho, el apego a ellas. Mejor la muerte que un pecado venial en el alma. Ayudadme Señor, a conservar mi alma pura, inmaculada y agradable a vuestros ojos purísimos; que pueda abandonarme totalmente en vuestro seno amoroso, y que nadie, nadie me pueda separar. Conocéis mi sustancia, las malas raíces que llevo en mí; tendedme, pues, vuestra mano bienhechora para que no tropiece en el camino; iluminad mi mente para que conozca los defectos que afean mi espíritu, y encended en mí cada vez más el deseo vivísimo de agradaros solamente a vos, que sois infinitamente digno de ser amado.

13. He aquí cuatro palabras que compendian mis deberes, mis virtudes de seminarista: piedad, estudio, mortificación y carácter. Piedad angélica, estudio incansable, mortificación continua, en especial del amor propio y de los ojos, carácter verdaderamente eclesiástico.

Solemne promesa al Sagrado Corazón de Jesús bajo los auspicios de san Luis Gonzaga

27 de febrero de 1900. Profundamente persuadido y convencido, por la gracia de Dios, de la necesidad y de la obligación strictísima que tengo, como cristiano y como eclesiástico, de consagrarme enteramente y para siempre a su divino servicio y a su santo amor; estimulado a avanzar más y más en el camino de la perfección y de la perfecta caridad al considerar los méritos infinitos que Jesús tiene para ser amado por mí, miserable criatura suya, por su divina perfección en general y especialmente por el inmenso amor de su Corazón sacratísimo:

Considerando, finalmente, el peligro grave de faltar a esta obligación sacrosanta, no sólo por las culpas mortales, sino también por las veniales, que, aun en las más ligeras, redundan siempre en grave ofensa a Jesús, y, por tanto, me apartan de este perfecto

amor. En los santos EE. EE. de este año de gracia 1900, decimonono de mi edad, en este último día del sagrado retiro (27 de febrero), hallándome sacramentalmente unido al Corazón sacratísimo de Jesús por medio de la santa comunión, delante de mi santísima madre, María Inmaculada, de su castísimo esposo y mi principal protector, san José, y de todos los demás santos, mis particulares abogados, de mi ángel de la guarda y finalmente de toda la corte celestial, yo, seminarista Ángel José, pecador, prometo a este sacratísimo Corazón, con toda la solemnidad y la fuerza que puede tener este acto, mantenerme siempre, hoy y durante toda mi vida, puro, con la gracia de Dios, de todo apego, aun el más pequeño, a cualquier pecado venial voluntario. Y como por mi debilidad no puedo asegurar en el porvenir que, abandonado sólo a mis fuerzas, mantendré esta promesa, la pongo en las manos del angélico joven san Luis Gonzaga, que tanto se señaló por su desapego a toda sombra de pecado, y tan inmaculado fue de mente y de corazón; y eligiéndolo para este fin mi especial intercesor y patrono, le pido y conjuro que él, tan bueno y amable, se digne aceptarla, guardarla y ayudarme con su intercesión a no faltar a la fidelidad que debo a ella.

Acepta, mi dulcísimo Jesús, esta pequeña prueba de mi afecto o, al menos, del deseo vivísimo que abrigo en mi pecho de amarte de todo corazón, de consumirme de amor por ti que eres mi amigo, mi padre, mi esposo amorosísimo. Míralo, te lo suplico, con ojos complacidos, y lo que es más, añade el apoyo de tu gracia, sin la cual, como tú mismo dijiste a tus discípulos antes de abandonarlos, y como sé muy bien, nada puedo. Corazón de Jesús inflamado de amor, inflama nuestro corazón con tu amor.

Jesús, María y José
Año santo 1900

Miércoles, 22 de agosto de 1900, retiro mensual. En el recogimiento de esta mañana he oído otra vez la inspiración de poner por escrito mis pensamientos, mis proezas, y esta vez no la he sabido rechazar. ¿Qué he sacado en limpio de mi retiro de hoy?

He comprendido una vez más que para ser un buen seminarista, según el Corazón de Jesús, me queda todavía mucho, muchísimo por hacer. Si se trata de humildad, apenas poseo las apariencias; dentro queda todavía una buena dosis de amor propio que no cesa de reclamarme sus derechos. Si se trata de caridad, sí, hay fervor, o al menos me parece que lo hay; tengo buenos deseos; pero la verdadera caridad de los santos, la caridad a toda prueba, el amor fuerte, generoso, a mi Dios, al Corazón de Jesús, está todavía lejos. Entre tanto, esperemos que se acerque. Si se trata de pureza, es verdad que, gracias a mi Señora Inmaculada, no siento tentaciones vivas contra ella, pero debo confesar que tengo en la frente dos ojos que quieren ver más de lo conveniente, y a veces, inconscientemente según creo, vencen al espíritu. Si se trata de mansedumbre, de tranquilidad, de dulzura, en una palabra, de todo lo que resplandece en la dulcísima figura de san Francisco de Sales, mi esencial protector y modelo especialísimo, aunque no pueda hablar de excesos, tampoco tengo todo lo que desearía y con la gracia divina podría conseguir. Algunas veces me acaloro un poco demasiado al hablar; otras no soy del todo amable con la familia, no del todo cortés en el trato, y otro sinfín de cosas. Y no hablo de las prácticas de piedad, algunas de las cuales, y en primer lugar el santo rosario, no van nada bien. Y ahora el retiro ha acabado.

Renuevo mi propósito de querer hacerme santo de verdad, y protesto una vez más delante de ti, oh Corazón dulcísimo de mi maestro Jesús, que quiero amarte como tú lo deseas, que quiero revestirme de tu espíritu. De momento, cuatro son las resoluciones que propongo poner en práctica para dar algunos pasos adelante. En primer lugar, espíritu de unión con Jesús, recogimiento en su corazón desde el primer despertar por la mañana al cerrar los ojos por la noche, y si fuese posible también durante el sueño nocturno. Yo dormía, pero mi corazón velaba (Cant 5,2). Debo, además, concentrar todos mis esfuerzos en el rezo del rosario. En segundo lugar, estar siempre en todas mis acciones presente a mí mismo. En tercer lugar, la modestia más escrupulosa en las miradas, en las palabras, etc. Nos entendemos. Por último, tranquilidad, calma,

jovialidad, buenas maneras, jamás una palabra resentida con nadie, jamás acalorarse en la conversación; sencillez, cordialidad; y al mismo tiempo franqueza sin cobardía, cosas nada fáciles. Y añádase: no hablar nunca de personas, de compañeros míos íntimos, cuya poca feliz actuación haga resaltar más mi conducta, a no ser con reservas, diciendo todo lo bueno que sea posible, cubriendo los defectos cuando el revelarlos sea inútil y no haga más que excitar mi amor propio que se esconde tras este velo y las más de las veces sale a relucir así bonitamente. He aquí el fruto de este retiro.

Jesús, tú ves el vivo deseo que arde en mi corazón de amarte, de hacerme tu verdadero ministro; concédeme la gracia de hacer verdaderamente algo bueno. ¿Pondré en práctica todos estos pequeños propósitos? Así lo espero de tu gracia, Jesús mío.

Miércoles noche, 22 de agosto de 1900. En adelante no volverá a repetirse eso de posponer la visita a Jesucristo en el Sacramento a la visita que suelo hacer al señor cura por la tarde, a no ser que haya graves razones en contra. Por lo demás, confirmo lo que he dicho esta mañana, pues he visto que una cosa es proponer las cosas así a la ligera, y otra ponerlas en práctica.

Jueves noche, 23 de agosto de 1900. En general las cosas no van demasiado mal. Sin embargo, tengo aún necesidad de mucha vigilancia en mis palabras, cuando me hallo de conversación con seminaristas y se habla de cosas en orden a las cuales mi amor propio se encandila, buscando hacer una bonita figura. Por lo demás, en cuanto a mi discurso sobre el Sagrado Corazón, no demasiada ansiedad; de este modo se confunden las ideas, no se saca nada bueno, sino que se hacen chapucerías.

Viernes noche, 24 de agosto de 1900. Es muy verdad aquello que dice La imitación de Cristo, a saber, que hay ciertos momentos en que, queramos o no queramos, la parte menos noble del hombre toma el mando sobre la otra y la oprime. Esto es lo que me ha sucedido a mí hoy, después de mediodía. Por mucho que me rompía la cabeza para aplicarme con eficacia al estudio, no había

modo de sacar el menor fruto. Me sentía totalmente desorientado, cansado completamente de sermón y de lectura: de todo. ¿Qué hacer? De todos modos, alabado sea Dios; siempre estamos en sus manos, en el frío y en el calor. Ha sido una ocasión oportuna para mortificar mi exagerada avidez de estudiar, de aparentar, etc. No obstante, el buen Jesús me ha ayudado; y aunque abría un libro para cerrarlo en seguida y echar mano de otro, al menos no he caído en el ocio, y se la he podido jugar al diablo. Gracias a Dios. Pero ese bendito rosario ha vuelto a ir un poco mal esta tarde. Y, sin embargo, me parece que no lo hago aposta, de cuando en cuando, apenas me doy cuenta de que estoy distraído, procuro recogerme. Oh Madre, oh Señora mía, haz algo también tú, porque yo solo, como ves, soy bastante miserable.

Sábado noche, 25 de agosto de 1900. La visita ha sido muda totalmente, distraída; el rosario, poco menos. Quiero imitar a los más grandes santos, y no soy capaz de hacer como conviene los deberes del cristiano. Jesús, mi roca y mi fortaleza (Sal 30,4).

Domingo noche, 26 de agosto de 1900. El domingo es día del Señor; por tanto se requeriría en todo mayor recogimiento. Por desgracia ha sucedido todo lo contrario. Ay de mí, ¿volará tan pronto aquel propósito del miércoles sobre la presencia de espíritu? Jesús, dadme fuerzas para que esto no se repita en adelante. San Alejandro, a quien está consagrado este día, concededme vuestra virtud, vuestro empuje, vuestro heroísmo en hacer el bien.

Martes, 28 de agosto de 1900. Anoche no me acordé de poner por escrito el resultado de mi examen. En cuanto a hoy, se podrían anotar muchas cosas. Por ejemplo, al diferir por vanas excusas la visita al Santísimo Sacramento, con peligro de hacerla luego a medias y no muy bien: cosa que es una ofensa para Jesús y a mí me honra poco. Además, ojo a la lengua, amigo mío, pues por ella el amor propio hace de las suyas, especialmente cuando me encuentro con los seminaristas. Serán cosas de nada, será todo verdad, pero el amor propio se cuela allí siempre, y después de la conversación quedo descontento y mi dulce maestro Jesús, con su

voz interior, me dice que aquello no le agrada. Finalmente, jaculatorias, jaculatorias: estas son las flechas de amor que, hiriéndolo, harán brotar del Corazón de Jesús la verdadera caridad cristiana. Qué lejos estoy de asemejarme a la sombra de mi modelo, san Francisco de Sales. Sin embargo, oh Jesús, sois testigo de ello, siento la amargura de esta lejanía; y cuantas veces me doy cuenta de ella, otras tantas me arrepiento y quedo disgustado; y cuantas veces me acerco a vos, me parece que arde en mi pecho, vivo, el deseo de imitar verdaderamente vuestra humildad y mansedumbre. Oh Jesús dulcísimo, ayudadme, no ceséis de hacerme oír vuestra voz que es siempre dulce, aun cuando reprende. Déjame oír tu voz (Cant 2,14). Por lo demás, los latidos de mi corazón son todos para vos, oh Jesús; y, así creo poder confesarlo, no encuentro en mi ningún rencor contra nadie. Guardadme, pues, y el resto estará hecho. Viva Jesús, María, José.

Miércoles noche, 29 de agosto de 1900. En conjunto, no mal; sin embargo, una cosa es cierta: que a los días sin la santa comunión les falta algo. En esta novena de la natividad de María cuidaré particularmente de no dar demasiado gusto al paladar, ya que por ser esta la estación de la fruta me veo muchas veces en ocasión de excederme. Esta tarde ha venido a turbar mi calma un accidente que, aunque nada en sí, me ha causado una profunda y dolorosa impresión. Mi madre, viéndose un poco mortificada por unas palabras (las cuales, a decir verdad, podían haber sido proferidas con mayor dulzura), palabras que sofocaban una curiosidad suya, se ofendió grandemente y me dijo palabras que nunca me habría esperado de mi madre, a la que, después de las cosas del cielo, deseo el mayor bien de que es capaz mi corazón. Al oírla decir que soy siempre grosero con ella, sin modales, sin buenas maneras, cuando me parece poder afirmar que no soy nada de eso, me ha hecho mucho mal; y si ella estaba dolida por culpa mía, lo estaba mucho más al ver su dolor y, digámoslo también, su debilidad. Después de tantas delicadezas, el oír repetir a mi madre que no la puedo ver, y otras cosas que no tengo fuerzas de ánimo para recordar, oh esto es demasiado para el corazón de un hijo, y de un

hijo que siente los más profundos sentimientos de la naturaleza. Ha sido una espina que me ha llenado de amargura, ha herido las fibras más íntimas y delicadas del corazón. ¿Cómo no llorar? Oh madre mía, si supieras cuánto te amo y cuánto deseo verte contenta, no, no podrías resistir tanta alegría. Jesús mío, acepta este verdadero sacrificio que te hago y que deposito en tu corazón, y dame cada vez más mansedumbre y dulzura, aun conservando la gravedad requerida, y da a mi buena y pobre madre más fortaleza. María Dolorosa, ayúdame siempre.

Sábado noche, 1 de septiembre de 1900. El miércoles por la noche estaba en Bérgamo; anoche me hallaba cansado, cansadísimo a causa del viaje desde Bérgamo a Sotto il Monte, a pie, cosa capaz de rendir al más valiente; cansado además por la ceremonia, con todo el resto, de la bendición de las campanas en Carvico; y esta es la causa de las dos lagunas en mi diario. Ahora, volviendo a mis notas sobre mí en estos días, además de ese poco de disipación en las prácticas de piedad producido por el cambio de método, por haber roto la monotonía de mi vida hogareña, señalaré dos cosas características, la primera de las cuales se refiere de modo especial a los días 30 y 31. Y es que a veces me dejo ir con mis reverendos sacerdotes a hacer un poco el doctor en política, hablando a diestro y siniestro, de un hecho y de otro, en una palabra, entrando en estas cosas más de lo que conviene a un seminarista de mi condición. Ciertamente, siempre que me doy cuenta de ello experimento un vivo desagrado, pero ¿por qué no poner atención antes? Especialmente en estas cosas, si se quiere también un poco delicadas, es preciso dejar a un lado el celo, que aquí resulta totalmente ineficaz, y acordarse de que hay un momento para todo y un tiempo para cada cosa (Qo 3,1). Cuando sea sacerdote, bien, pero ¿ahora?, leer lo más que pueda, aprovechándolo para informarme en los principios enteramente sanos y seguros. Por lo demás, escuchar, y en torno a estas cosas hacerse el desentendido, especialmente tratándose de conversaciones un poco más elevadas que las familiares, con el

párroco u otros sacerdotes. ¿Cómo se portaría en este caso san Francisco de Sales?

Domingo noche, 2 de septiembre de 1900. La otra cosa que debía anotar anoche era la falta de mortificación en dar gusto al paladar. Esto pasa quizá de la raya. Por tanto, no desperdiciemos estas ocasiones tan hermosas de honrar a María, especialmente en esta novena de la Natividad: tomaré lo que sea conveniente, pero no más. Finalmente anotaré esa falta de jaculatorias que considero tan perjudicial para el progreso espiritual. Jesús y María, protegedme para que nunca me aleje de vosotros.

Lunes noche, 3 de septiembre de 1900. Recogimiento y mortificación. Jesús, vos veis si tengo deseo de amaros de verdad con todo el corazón, con todo mi ser.

Martes noche, 4 de septiembre de 1900. Menos mal, Deo gratias. Hoy es el día de san Gregorio Magno, una de las glorias más grandes de la Iglesia, una de las perlas más fúlgidas del Pontificado Romano. Ante esta majestuosa figura siento avivarse en mí el afecto, el entusiasmo por el Papa, por el gran León XIII, a quien en estos días vuelven a dirigirse las injurias más lamentables, más malignas, más diabólicas. La hora es triste. Recemos. Oremos por nuestro Pontífice León.

Jueves noche, 6 de septiembre de 1900. Hoy ha sido un día bendito en que he tenido que hacer todo lo que ha querido mi buen Señor. Me ha enviado un fuerte dolor de cabeza y así, aunque el otro yo recalcitrarse, he tenido que abandonar el estudio, mi pobre discurso del Sagrado Corazón que se terminará cuando Jesús quiera, etc. Será un castigo bien dado a mi avidez de llegar por fin a alguna conclusión. En cuanto a resignación, me parece que no he estado mal. Demos gracias a Dios. Estoy dispuesto, por su bondad, a sufrirlo todo por mi Jesús, por ese corazón que me quiere tan bien. Pero lo que detiene mi atención en estos días y que no es una falta pequeña, tratándose de una novena de la Virgen, es ese modo embrollado, sí, un modo a veces distraído, de rezar todas mis oraciones. Oh mi Jesús, qué paciencia debe ser la vuestra, cuando

me oís pedir las gracias de esta manera Amigo mío, ¿qué crianza es esta? ¿Qué dirán los ángeles que observan todo, qué dirían los hombres si usase con ellos un lenguaje semejante? Por tanto, calma también en esto; que las oraciones sean pocas, pero rezadas reposadamente, al menos como haría si conversara con otros. Y para poder conseguir esto más fácilmente atenderé ante todo al recogimiento interior. Además, mañana, último día de la novena, reparación de todo el pasado. En honor de María, no tocarán mis labios nada de fruta. María, seme propicia.

Viernes noche, 7 de septiembre de 1900. En conjunto, no mal. Incluso la mortificación del paladar en honor de María la he practicado escrupulosamente. Pero siento un continuo desaliento y un vivo desagrado al considerar lo que soy y compararlo con lo que podía ser, con lo que eran los santos, san Juan Berchmans, san Francisco de Sales, a mi edad. Señor, veis mi corazón con sus deseos. Mañana es día consagrado a la Virgen niña; por tanto, recogimiento, oración y, naturalmente, santa alegría.

2 En el seminario de Roma (1901-1903)

1901

Retiro espiritual

Domingo 3º después de Pascua, 28 de abril de 1901. Es el primer retiro que hago desde que me encuentro en Roma. ¿Cómo me encuentro? Ciertamente no puedo quejarme de las gracias de Jesús, consolaciones inefables, momentos felices cuya influencia generalmente se difunde por todo lo demás. Pero por lo que a mí se refiere debo confesar que no he cambiado nada del que era antes. Grandes deseos de hacer de verdad un poco bien mis cosas y de amar como conviene a mi Señor; deseos quizá un poco exagerados, pero no siempre inmunes de amor propio, de estudiar, de aprender mucho, de prepararme un buen bagaje de ciencia, para ganar por este camino —que ha venido a ser ahora uno de los principalísimos— almas a Cristo. Sin embargo, me faltan en realidad muchas cosas; y ante todo una verdadera solicitud por hacer como conviene la meditación, rezar el santo rosario, ayudarme del examen general y particular, para avanzar cada día más en la renuncia a mí mismo, en la unión con Dios, en la práctica de la verdadera virtud.

Aquí, en Roma, puedo decir que no me falta absolutamente nada. Si quiero, tampoco me faltan ocasiones de regalarme con algún bocado no muy del gusto de mi amor propio, de hacer alguna pequeña mortificación. Es preciso, pues, que comience con nuevos ánimos, que ponga un poco en orden mis cosas. Y por ahora prestaré mucha atención a los puntos siguientes. Ante todo me esforzaré por hacer siempre, con mucha diligencia y con fruto, con propósitos prácticos para la jornada, la santa meditación, haciéndola materia especial de examen. Durante la jornada, frecuentísimas jaculatorias, especialmente en clase y en estudio. El rezo del santo rosario lo haré materia de obsequio a la Virgen, en el inminente mes de mayo. No pensar nunca en el estudio inmediatamente antes y mucho menos durante el tiempo de las prácticas de piedad. Hacer con singular fervor y modestia la visita al Santísimo Sacramento. Sobre todo, máxima custodia de los ojos en el paseo, especialmente en ciertos barrios. Después del paseo y precisamente antes del

estudio de la noche, no descuidar nunca el examen particular que versará sobre el uso de la lengua y sobre el amor propio. Finalmente, conservar una gran tranquilidad de mente y de corazón, un gran recogimiento, un gran orden.

Mi buen san José, cuyo poderoso patrocinio exalta la Iglesia en este día, te consagro de nuevo todo mi ser, te encomiendo estos propósitos. Que por tu intercesión pueda cumplirlos; especialmente te pido la gracia del recogimiento en mis oraciones, y de la práctica de la vida interior, como la admiro en ti. Concédemela, te lo suplico, y continuaré amándote y haciendo que otros te amen, para que todos puedan participar de los singulares favores de tu glorioso patrocinio.

1902

EE. EE. con el P. Francisco Pitocchi (10-20 de diciembre)

1. ¿Quién soy yo? ¿Cuál es mi nombre? ¿Cuáles son mis títulos de nobleza? Nada, nada. Soy un siervo y nada más. Nada me pertenece, ni siquiera la vida. Dios es mi dueño, dueño absoluto para la vida y para la muerte. Padres, parientes, señores del mundo: mi único y verdadero dueño es Dios. Por tanto, sólo vivo para obedecer las órdenes de Dios. No puedo mover una mano, un dedo, un ojo, no debo mirar hacia adelante o hacia atrás si Dios no lo quiere. Ante él permanezco derecho, inmóvil, como el más pequeño soldado que se cuadra ante su superior, dispuesto a todo, incluso a arrojarme en el fuego. Este debe ser mi oficio durante toda mi vida, porque he nacido así; soy un siervo. Me debo considerar siempre en esta condición de siervo; no tengo un solo momento en que pueda ocuparme de mí mismo, servir a mi capricho, mi vanidad, etc. Si lo hago soy un ladrón, porque robo un tiempo que no es mío, soy un siervo infiel, indigno de recompensa. Ay de mí, esto es lo que he hecho, qué confusión, qué sonrojo. Tanta soberbia y presunción, y no sé siquiera ser siervo. Señor, Dios mío, reconozco tus derechos sobre mí. Perdona mis infidelidades. A menudo las malas inclinaciones me distraen de atender a tu divino servicio. Desde ahora no será así. Me ato manos y pies, y me presento ante ti como

Javier. Mírame, Señor. Yo soy tu siervo, dame inteligencia para que aprenda tus decretos (Sal 119,125).

2. El Señor, mi dueño, me ha hecho saber sus órdenes. Conocerle, amarle, servirle durante toda la vida. Qué dichosa servidumbre, qué gloria, qué honor más alto. Soy el paje del Rey que siempre le acompaña; soy admitido a sus misterios, y luego, tras cuatro días de servicio, yo que debería obedecerle incluso sin ser por ello recompensado, vendré a ser partícipe de su misma gloria en el cielo. Todas las criaturas de la tierra, los dones de naturaleza, los han puesto a mi única disposición, a fin de que me sirva de ellos exclusivamente para elevarme hacia él, para amarlo. Esta es la razón de su existencia. Por eso, cuando me sirvo de las criaturas para un placer mío, trastorno el orden de la Providencia, rompo la admirable armonía del universo, voy contra Dios. Siervo malo. Las criaturas en tanto me deben servir, en cuanto me llevan a Dios; en tanto las debo huir, en cuanto me alejan de él. Esta es la regla de oro, el gran y fundamental criterio que se ha de aplicar en todos los casos prácticos. Cuando en el uso de ellas se manifiesta la voluntad de Dios, entonces no queda nada por decir. Estimo mucho la salud. Pues bien, ahí tienes la enfermedad. Dios me la manda. Por tanto, bendita sea la enfermedad. De aquí la práctica de esa santa indiferencia que ha hecho a los santos. Oh si pudiera conseguir esa tranquilidad de espíritu, esa paz de ánimo en las cosas prósperas y adversas, que me haría más dulce y alegre la vida, aun en medio de las tribulaciones. Pobre o rico, honrado o despreciado, pobre cura de pueblo u obispo de una vasta diócesis, debe ser todo uno, con tal de que así haga la voluntad de mi amo, cumpla mi deber de siervo fiel, y me salve. Más aún, si se debe admitir una preferencia, la pobreza debe ser antepuesta a la riqueza, el desprecio a los honores, las ocupaciones más oscuras a los cargos eminentes. Yo desearía dedicarme a un estudio especial. Los superiores no lo permiten. Pues bien, no, no me dedicaré, y alegre siempre. Desearía ordenarme de subdiácono en Pascua. Los superiores no quieren saber nada de ello. Por tanto esperaré, y alegre también. Desearía que me dejaran tranquilo. Los superiores,

en cambio, quieren darme un cargo que parece rebajarme, hiere los nervios a mi amor propio. Me cuesta un sacrificio grandísimo obedecer. Pues bien, tanto mejor: obedeceré; tengamos buen ánimo, y alegre en el Señor. Esta es la medicina que calma todas las impacencias, dulcifica las privaciones, nos hace rebosar de alegría incluso en medio de las amarguras de la vida.

3. Para los ángeles rebeldes no hay una sola gota de la sangre de Jesús, y se trataba de un solo pecado de pensamiento, y era el primero. Para mí, que caigo tan a menudo, todos los frutos de la Pasión, no una sola vez, sino mil y mil veces. Y todavía me espera mi Dios. Qué prodigio de misericordia. Qué confusión para mí. Basta, Señor, ya no más. En adelante, con vuestra ayuda, vendré a buscaros siempre, en todo momento, y ocuparé el puesto de los ángeles caídos en alabaros y bendeciros por toda la eternidad. Los ángeles cayeron como un rayo en el infierno, por un solo pensamiento de soberbia. ¿Y yo que tengo el cerebro lleno de ella? ¿Qué le costaría a Dios hacerme perder todos los dones intelectuales, la memoria, la razón? ¿Clavarme en el lecho con una enfermedad? Por tanto, cuidado; menos presunción, más desconfianza de ti mismo, y más humildad.

4. ¿Cuáles son mis riquezas, mis propiedades, mis capitales? Desobediencias, actos de soberbia, negligencias en mis deberes, poca vigilancia en mis sentimientos, distracciones infinitas, amor propio en pensamientos, en palabras, en obras; pecados y pecados: esos son mis títulos, verdaderamente míos. Y con estas miserias pienso en sobresalir, en hacerme un nombre, subir muy alto, alardear de mí mismo. Y me creo un excelente joven, un buen seminarista, cuando no debiera ni pensarlo. Es el colmo del despiste, del absurdo, para uno que cree razonar.

5. Buen Señor, ¿también yo en el infierno? El pobre ignorante en el paraíso, el turco, el salvaje; y yo, llamado en la hora primera, criado en tu seno, ¿en el infierno entre los demonios? Conozco la vida de cuartel, siento horror con sólo pensar en ella. Cuántas blasfemias en aquel lugar, cuántas inmundicias. Y en el infierno,

¿qué será? ¿Y si fuera a dar allí, mientras el compañero de armas, el pobre desgraciado que creció en medio del mal, se encuentra en el paraíso? Debo temblar, temblar mucho. Compadecer a los errantes, dar siempre gracias a mi Dios por las delicadezas que me ha dispensado; estimarlas, pero no presumir de nada. Soy el pecador que soy, frágil en extremo. Si la justicia de Dios aventajase a su misericordia. Señor, Señor, hazme probar todo, pero no el infierno. Por el contrario, hazme arder perennemente en el fuego de tu santo amor.

6. Todos hemos de morir, todos, y no pienso en ello. Cada paso que doy, cada minuto que pasa, me acerca a la muerte. Cuántos pensamientos tengo en la cabeza, cuántos ideales de estudio, de trabajo, de vida activa por la gloria de Cristo, por el bien de la Iglesia y de la sociedad. Cosas grandes y hermosas, sí, pero entre ellas se cuela a veces el amor propio. Pues bien, ¿y si muriese siendo seminarista? ¿mañana, al comienzo de mi vida sacerdotal? Este pensamiento me parece un contrasentido. No parece sino que Dios ha prodigado en mí sus más delicados y maternales desvelos, me ha sacado de muchas dificultades y, mediante un sinfín de gracias, me ha conducido hasta aquí, a Roma, con algún objetivo singular. De otro modo, no comprendo la ternura inefable de mi buen Maestro. Necesito hacer un esfuerzo para creer que después de todo esto podría quitarme la vida. Y, sin embargo, nada más fácil para él. ¿Tiene acaso necesidad de mi obra? ¿Me ha prometido tantos años de vida? ¿Y quién soy para pretender conocer sus designios? Y por otra parte, ¿ha obrado de modo distinto con san Luis, con san Estanislao, con san Juan Berchmans? Señor, haz también conmigo lo que quieras, incluso acepto la muerte con satisfacción y contento, porque es de tu agrado. Tú eres además el centro, la síntesis, el término último de todos mis ideales. Pero al menos que muera en tu santo amor. Las fuerzas que me has dado para alabarte y hacerte amar en la tierra, las reservaré para amarte y alabarte con más ardor en el cielo. Por otra parte, el pensamiento de la muerte que pudiera tener cercana me servirá para amoldarme a pensamientos de mayor solidez. Abajo el amor propio, las

ambicioncillas, la vanidad. He de morir, he de morir, ¿y presto atención a estas miserias?

7. Del mismo modo está establecido para los hombres que mueran una sola vez y después haya un juicio (Heb 9,27). Aunque sea Papa cuando comparezca delante del Juez divino, aunque mi nombre sea pronunciado y venerado por todas las bocas, grabado en mármoles, ¿qué soy yo? Gran cosa. No logro creer que mi buen Jesús, que hoy me trata con tanta confianza y bondad, deba presentármese un día con el rostro inflamado de ira divina para juzgarme. Y no obstante, es un artículo de fe, y lo creo. Y qué juicio será el suyo. Aquella palabrita en tiempo de silencio, aquella expresión un poco maliciosa, aquel gesto un poco galante, aquella mirada furtiva, aquel andar con un cierto aire de doctor, aquella reserva de gesto demasiado estudiada, la sotana atildada, los zapatos a la última moda, el bocado de pan a título de gula; y además, el movimiento de envidia imperceptible a través de las habilidades del pensamiento, los castillos en el aire, las distracciones en todas las prácticas de piedad, incluso las más pequeñas: todo saldrá a relucir. Y de las faltas más graves, ¿qué será? Dios mío, qué confusión para mi alma. Y los honores, la fama de persona instruida, aun siendo celosa, santa, ¿qué valor tendrán en aquella hora? Los títulos académicos, las hermosas tesis, la erudición vana, etc., ¿cómo se las mirará? Oh mi Dios, comunícame hoy un poco de tu luz divina, para que distinga en mis cosas la parte débil, y la purifique. Abre mis ojos, para que nada se me escape, por imperceptible que sea, de lo que un día no escapará a tu luz. Señor, ilumina mis ojos, no me duerma en la muerte (Sal 12,4).

8. Un globo de purísimo cristal, iluminado por la luz del sol, me da una idea de la pureza del corazón de los sacerdotes. Mi alma debe ser como un espejo que debe reflejar la imagen de los ángeles, de María santísima, de Jesucristo. Si el espejo se empaña, aunque sólo ligeramente, soy digno de que me hagan pedazos y me tiren al basurero. ¿Qué espejo soy yo? Oh qué feo es el mundo, cuánta suciedad, qué porquería. En mi año de vida militar lo he tocado con la mano. Qué fuente de podredumbre es el ejército,

podredumbre que inunda las ciudades. ¿Quién se salva de este diluvio de fango, si Dios no le ayuda? Te doy gracias, Dios mío, que me preservaste de tanta corrupción; esta es verdaderamente una de las gracias más grandes, por la que te estaré agradecido toda la vida. Yo no creía que un hombre racional pudiera rebajarse tanto. Sin embargo, es un hecho; y hoy, con mi poca experiencia, creo poder decir que más de la mitad de los hombres, durante algún tiempo de su vida, se convierten en animales vergonzosos. ¿Y los sacerdotes? Dios mío, tiemblo al pensar que no son pocos también entre ellos los que desfiguran su sagrado carácter. Hoy ya no me maravillo de nada; ciertas historias ya no me causan impresión. Todo está explicado. Lo que no sé explicar es cómo tú, oh purísimo Jesús que te recreas entre los lirios, puedes soportar tanta impiedad, incluso en tus ministros, y te dignes bajar a sus manos, albergarte en su corazón, sin castigarlos en el mismo instante. Mi Señor Jesús, tiemblo también por mí. Las estrellas del cielo se cayeron sobre la tierra (Ap 6,13) y yo que soy polvo ¿de qué presumo? En adelante quiero ser más escrupuloso a este respecto, so pena de ganarme todas las burlas del mundo. Para no caer en conversaciones impuras creo oportuno hablar poquísimos, o casi nada, de la misma pureza. Llevamos este tesoro en vasijas de barro (2Cor 4,7). ¿Y cómo no debo temblar? ¿Es mi carne de bronce? Evoco todos los propósitos hechos a este respecto en los pasados ejercicios, y que tengo escritos, protestando a María santísima, madre queridísima, que los quiero observar a toda costa.

9. Salve, Cristo Rey. Tú me invitas a luchar en tus batallas, y no pierdo un minuto de tiempo; con el entusiasmo que me dan mis veinte años y tu gracia, me inscribo animoso en las filas de tus voluntarios. Me consagro a tu servicio, para la vida y para la muerte. Tú me ofreces como emblema, y como arma de guerra, tu cruz. Con la diestra extendida sobre esta arma invencible te doy palabra solemne y te juro con todo el ímpetu de mi corazón juvenil fidelidad absoluta hasta la muerte. Así, de siervo que tú me creaste, tomo tu divisa, me hago soldado, ciño tu espada, me llamo con orgullo caballero de Cristo. Dame corazón de soldado, ánimo de caballero,

oh Jesús, y estaré siempre contigo en las asperezas de la vida, en los sacrificios, en las pruebas, en las luchas, contigo estaré en la victoria. Y puesto que todavía no ha sonado para mi la señal de la lucha, mientras estoy en las tiendas esperando mi hora, adiéstrame con tus ejemplos luminosos a adquirir soltura, a hacer las primeras pruebas con mis enemigos internos. Son tantos, oh Jesús, y tan implacables. Hay uno especialmente que vale por todos: feroz, astuto, lo tengo siempre encima, afecta querer la paz y se ríe de mí en ella, llega a pactar conmigo, me persigue incluso en mis buenas acciones. Señor Jesús, tú lo sabes: es el amor propio, el espíritu de soberbia, de presunción, de vanidad; que me pueda deshacer de él de una vez para siempre, o si esto es imposible, que al menos lo tenga sujeto, de modo que yo, más libre en mis movimientos, pueda incorporarme a los valientes que defienden en la brecha tu santa causa, y cantar contigo el himno de la salvación.

10. Cuando pienso en las humillaciones del Verbo divino, en las grandezas de María, premio de su humildad, en la vida de Jesús en los primeros treinta años, y luego me miro a mí, quedo confundido y no sé qué decir. Esta tarde, recordando el les estaba sumiso (Lc 2,51) de la Escritura, en el coloquio que he tenido con el Corazón de Jesús joven en el taller de José, las lágrimas han acudido a mis ojos, y he llorado como un niño. Oh mi Señor Jesús, ¿es posible que no logre nunca demostrarte que, con tu gracia sé imitar tus luminosos ejemplos no sólo con palabras, sino con hechos? Tú te rebajaste infinitamente, te anonadaste; no necesito tanto, soy ya la nada; basta que abra los ojos y dirija una mirada a mí mismo. Tú viniste a la tierra pobre, y ¿quién más pobre que yo, a quien has debido procurar el alimento hasta ahora, bocado tras bocado? Desde que soy seminarista, todavía no me he puesto una sotana que no haya recibido por caridad de alguna buena persona. Tú lo sabes porque conociste el trabajo desde los primeros años: Desde mi infancia soy un desgraciado, al borde de la muerte (Sal 87,2). Tú no te dispensaste de ninguna ley, aunque no estuvieras obligado a ella, y también he debido someterme al servicio militar, que es una injusta y bárbara imposición a tus ministros. En silencio, retirado en

el recogimiento de la casa de Nazaret, viviste los primeros treinta años, y hace ya más de diez años que me retiré del mundo y vivo custodiado en vuestro santuario. ¿Quién más favorecido que yo por tus beneficios, y puesto en el camino de tu imitación con menos sacrificios y más facilidad? Y sin embargo, ¿cómo es que me parezco tan poco a ti? He pasado ya el vigésimo año de mi edad, ¿y qué he hecho de verdaderamente bueno? San Luis, san Estanislao y san Juan Berchmans, a esta hora eran ya santos consumados. Y hay que tener en cuenta que su trabajo en la santificación debía ser bastante, pero bastante más arduo que el mío, por encontrarse en circunstancias menos felices. Oh, cuántas veces he debido repetir por mi parte este lamento, y cuántas veces he vuelto a los mismos pasos. Pero ahora estoy decidido a que no se repita esta comedia con mi Dios. En la edad en que los santos acabaron, yo comienzo. Entro a la hora undécima, pero tú no me rechazas por ello. Señor, en la confusión en que me encuentro, dignate al menos indicarme lo que debo hacer para seguir tu voluntad.

11. Qué delicia pensar en lo que hizo Jesús para fundar la Iglesia. En lugar de llamar en las academias, en las sinagogas, en las cátedras a los doctos, a los sabios, puso sus ojos amorosos en doce pobres pescadores, rudos, ignorantes. Los admitió a su escuela, los hizo partícipes de sus confidencias más íntimas, objeto de sus delicadezas más amorosas, les confió la gran misión de cambiar a la humanidad. En el sucederse del tiempo, Jesús se ha dignado llamarme también a mí para dilatar su reino, para participar de alguna manera en la obra de los apóstoles. Me sacó del campo desde pequeño, con afecto de madre amorosa me proveyó de todo lo necesario. No tenía pan y me lo procuró, no tenía con qué vestirme y me vistió, no tenía libros con que estudiar y también él se ocupó de ellos. A veces me olvidaba de él, y él me llamó de nuevo con dulzura; me enfriaba en su afecto, y él me dio el calor de su seno, de la llama que arde perennemente en su corazón. Los enemigos de él y de la Iglesia me rodearon, me tendieron asechanzas, me arrastraron en medio del mundo, al fango, a las inmundicias, y él me preservó de todo mal, no permitió que el mar

me tragase; para que elevase mi espíritu a más fuertes sentimientos de fe, de caridad, me condujo a su tierra bendita, a la sombra de su Vicario junto a la fuente de la verdad católica, junto a la tumba de sus apóstoles, donde la tierra conserva aún la púrpura de la sangre de sus mártires y el aire está embalsamado con el perfume de santidad de sus confesores, y no se concede un instante de reposo, ni de día ni de noche, más de lo que es capaz de hacer una madre con su hijo. Y después de todo, en recompensa de tantos cuidados, sólo sabe preguntarme con ansiedad: Hijo mío, ¿me amas tú? Señor, Señor, ¿qué puedo responderos? Mira mis lágrimas, escucha cómo palpita mi corazón, cómo tiemblan mis labios, cómo la pluma se me escapa de las manos. ¿Qué puedo decir? Señor, tú sabes que te amo. Que pueda amarte con el amor de Pedro, con el entusiasmo de Pablo y de vuestros mártires; que a la caridad se añada la humildad, el sentir bajamente de mí mismo, el desprecio de las cosas del mundo, y luego haz de mí lo que quieras: un apóstol, un mártir, oh Señor.

Mientras tanto, lo importante es que no me avergüence nunca de mi pobreza, sino que me sienta altamente orgulloso de ella, como hacen los señores del mundo de su ilustre abolengo, de sus títulos de nobleza, de sus libreas. Soy de la misma familia de Cristo; ¿qué más puedo desear? ¿Necesito algo? La Providencia proveerá con abundancia, como ha hecho siempre hasta hoy. Debo pensar siempre que todo lo poco bueno que mi amor propio atribuye a mérito mío, para que me vanaglorie de ello, no me pertenece para nada, para nada. Debo convencerme de que sin el afecto especial que Jesús me ha mostrado, no sería hoy más que un pobre campesino, el más rudo, el más ignorante y quizá el peor de todos los campesinos que pueda haber. No soy en absoluto lo que me creo ni el que mi amor propio quiere que me consideren los demás. Mi padre es un campesino que pasa todo el día labrando, cavando, etc.; y no tengo nada de más que mi padre, sino mucho menos, porque mi padre al menos es sencillo y bueno, mientras yo de mí sólo tengo maldad. Cuando el amor propio calla un instante, y yo, pensando en la obligación de darme todo a Dios y de mostrar con

hechos que me consagro de verdad enteramente a él, sin reserva, y quiero hacerme santo, me siento turbado, falto de ánimos, me debo consolar pensando que ese Jesús, que tan grandes cosas ha hecho por mí, las ha hecho con algún fin especial, digno de él, y que, como hasta ahora lo ha hecho todo él, con mayor razón estará dispuesto a multiplicar sus gracias para perfeccionar su obra, cuando encuentre mucha buena voluntad por parte mía. Finalmente, no debo olvidar nunca que entre los doce primeros discípulos de Jesús estaba también Judas que, no correspondiendo a las delicadezas del divino Maestro, se convirtió insensiblemente en un traidor, un execrable monstruo de infamia. Si es verdad que el amor ahuyenta el temor, este hace más delicado y circunspecto el amor.

12. Viendo a nuestro dulcísimo Jesús que se humilla y se somete como un manso cordero a la persecución, a los tormentos, a las traiciones, a la muerte, el alma se siente abrumada, confundida, anonadada; es imposible hablar, incluso el amor propio renuncia a sus pretensiones. Jesús, consolación del alma que anda peregrinando. Delante de ti está mi boca muda, y mi silencio te habla. Jesús se arrodilla para lavar los pies a los doce miserables pescadores. Esta es la verdadera democracia, cuyos rasgos elocuentes debemos presentar al pueblo nosotros los eclesiásticos. Oh, cuántas veces el bendito Señor me ha lavado no sólo los pies, sino las manos y la cabeza. ¿Y me avergonzaré de compadecer a los pobres, a los miserables?

Tomad y comed. Esto es mi cuerpo (Mt 26,26). Ha agotado las finezas de su amor; ha dado todo, incluso la vida, por mí. Señor, igual que vos os pusisteis en nuestras manos, a nuestra disposición, así os consagro otra vez mi cuerpo, mi sangre, todo mi ser, para que hagáis de mí lo que os plazca. Me muero de tristeza. Quedáos aquí mientras voy más allá a orar (Mt 26,38). Por tanto, también Jesús ha conocido la hora triste; ha probado los efectos de la debilidad humana. Es un consuelo para nosotros que nos desalentamos por nada, y un ejemplo divino que imitar. Cuando la tristeza invade el alma y el corazón sangra, acerquémonos a Jesús, a su altar, confiémosle nuestras amarguras y tendremos fuerza y paz. Simón,

¿duermes? (Mc 14,37). Cuánta melancolía y tristeza en estas palabras de Jesús. Cuando el cansancio me oprima, no tenga ganas de trabajar, de orar, me imaginaré que Jesús me dirige estas palabras. Jesús ora, trabaja, llora, ¿tendré el valor de dormir? Y le besó (Mc 14,45; Mt 26,49). Qué infernal es el estallido de este beso en la frente divina de Jesús. Sin embargo, cuántos sacerdotes lo renuevan cada día; da escalofríos. Oh Jesús, recibe en tu corazón mis afectuosos besos de hijo que te ama, te pide perdón de los pecados y te promete no ofenderte más.

Jesús permaneció callado (Mt 26,63). ¿Me acusan? ¿Me calumnian? ¿Me reprenden con razón o sin ella? ¿Hablan mal de mí? ¿El amor propio quiere que alardee de ciencia, de virtud? Jesús permaneció callado. Grabémoslo bien en la mente. El silencio es oro. Le escupieron en la cara y le dieron bofetadas y puñetazos (Mt 26,67). Cuántas noches ha pasado Jesús en casa de Caifás, mientras los discípulos o lo abandonaban o lo negaban vilmente. Este es el premio de los verdaderos sacerdotes de Dios en este mundo: Muy contentos por haber sido dignos de ser ultrajados por el nombre de Jesús (He 5,41). Señor, dignate hacerme partícipe también a mí de esta gloria, por amor tuyo; o por lo menos que pueda llegar hasta el deseo de ser despreciado por ti.

Verdaderamente este era hijo de Dios (Mt 27,54). Ya que no puedo presentar ante la cruz de Jesús los sentimientos de María, de Juan y de las piadosas mujeres, que al menos no me falte la emoción del centurión que descendía del Calvario golpeándose el pecho y confesando la divinidad del Nazareno crucificado. Del don de lágrimas, oh Señor, no soy digno de ser pecador. Pero tengo todos los derechos a ser purificado en vuestra sangre que fue derramada por mis miserias.

Viva el sacratísimo Corazón de Jesús. Los EE. EE. han acabado. Recojamos las velas. También esta vez la gracia ha sobreabundado verdaderamente. Quizá nunca como hoy me he sentido verdadera y firmemente convencido de la necesidad absoluta de darme, y del todo, y para siempre, a mi Señor que quiere servirse de mi pobre

persona para hacer el bien en su Iglesia, para llevar almas a su corazón amoroso. Lo más importante y mejor, a mi parecer, es haberme enviado, para que ilumine mi mente y dirija mis pasos, un buen padre espiritual, del que sentía verdadera necesidad, y el haberme dado gracia para confiarle todas las cosas de mi alma con sinceridad y llaneza, por lo que hoy me siento más seguro, más confortado y con mayores esperanzas de verdadero progreso espiritual. Como fruto de la acción de la gracia divina en mí durante estos días y siguiendo las sugerencias de mi nuevo director espiritual, compendiaré aquí estas breves reflexiones, o propósitos, que deberé tener siempre en mi mente y que con la ayuda del Corazón de Jesús prometo poner por obra escrupulosamente, para el verdadero bien de mi alma.

1. En mí, Dios es todo y yo soy nada. Soy pecador, bastante más miserable de lo que me puedo imaginar. Si algo bueno he hecho en mi vida, es todo obra de Dios, que hubiera producido mejores frutos si yo no se lo hubiera estorbado e impedido.

2. De las señales, de las gracias inefables con que Dios se ha dignado colmar mi alma desde los primeros años hasta hoy, se deduce claramente que, para sus fines adorables, me quiere santo sin restricción del término. De esto debo estar siempre bien persuadido. Debo ser santo cueste lo que cueste. Lo poquísimos que he hecho hasta ahora, no es más que un juego de chiquillos. El tiempo pasa. Hoy, a los veintiún años, vuelvo a empezar. Debo llegar a tal punto de unión, de resignación total de mi mismo en las manos de Dios, que esté dispuesto a sacrificarlo todo, incluso el estudio, para obedecer a su divina voluntad. Todas mis acciones, mis afectos a las cosas de aquí abajo deberán regularse siempre de conformidad con este principio. Debo anonadarme en el Corazón de Jesús.

3. El camino que debo seguir y que corresponde exactamente a mi caso, es la humildad. Debo caminar derecho por él y no volver nunca atrás. He declarado la guerra al amor propio, bajo todas sus formas. A este enemigo que llevo siempre dentro de mí, no debo

dejarle un momento de reposo. Recuerdo también el ejercicio del examen particular, que prometo mantener severamente todos los días.

4. Los entusiasmos juveniles, ardientes, irresistibles, de que me parece estar lleno mi pecho por la causa de Cristo, por su glorioso triunfo, por las nuevas formas de práctica de la vida cristiana en beneficio de la sociedad, son cosas en sí santísimas, pero demasiado indeterminadas, y por tanto un poco peligrosas. Pueden hacerme perder mucho tiempo con poco fruto. Hoy mi Dios quiere de mí que, sin perder de vista estas santas idealidades, mi ardor, mi entusiasmo, el fuego vivo que se agita dentro de mí, los traslade y aplique a todo lo que sirve para hacer de mí el verdadero, el perfecto seminarista. Esto debo ser hoy, y nada más. El reglamento debe ser el objeto de todos mis cuidados, no sólo el reglamento en general, sino todas y cada una de las normas en particular. Este es el fruto más importante y característico de mis EE. EE. No debo desear ser lo que no soy, sino ser muy bien lo que soy. Así dice mi san Francisco de Sales.

5. Dios, para preservarme del pecado y evitar que me alejara demasiado de él, se ha servido de la devoción al Santísimo Sacramento y al Sagrado Corazón de Jesús. Esta devoción deberá ser siempre el elemento más eficaz de mi progreso espiritual. Me esforzaré por practicarla de modo que el afecto y la ternura al divino Corazón sacramentado vivifiquen en mí todo, mis pensamientos, mis palabras, mis obras, y empapen cada uno de mis actos. De ahí, unión máxima con Jesús, como si mi vida debiera transcurrir enteramente ante el sagrario; jaculatorias al Santísimo Sacramento, sin número; gran devoción y afecto en las visitas, comuniones, etc. He de considerar que vivo sólo para el Sagrado Corazón de Jesús.

6. El padre espiritual que Dios providencialmente me ha enviado es, en el orden práctico, todo para mí. Jamás me permitiré la más pequeña cosa sin su consejo o su aprobación. Todas mis miserias más pequeñas, aunque fuesen cosas de niño, deberá saberlas como están en mi conciencia, he de ser sincero con él como lo soy

conmigo mismo. Incluso en las cosas no estrictamente espirituales, y hasta en las más naturales, seré escrupuloso en seguir sus sugerencias y consejos. Sus palabras serán como el dictamen de mi conciencia.

7. Mortificación máxima, sobre todo de la lengua; en todo caso me humillaré siempre, especialmente cuando las cosas vayan mal. Mortificaciones corporales pocas, pero continuas, y sin atarme demasiado a ellas. No tomaré nunca sal; no comeré nunca fruta por la noche, ni beberé más de un vaso de vino. Además, en general, dejaré siempre un bocado de todo lo que me pongan delante: vino, manjares, fruta, pasteles, etc. No tomaré nunca el menor trozo de pan además del que encuentre sobre la mesa al comienzo de la comida, ni diré palabra a nadie de lo que me pudiera faltar. En general, más que a la materialidad, atenderé al espíritu de la mortificación, ajustándome a las peculiaridades de cada caso.

8. Devociones particulares pocas, pero bien mantenidas. Insisto en la costumbre del rezo diario del oficio de la Virgen, aprovechando los ratos perdidos de la jornada, al subir o bajar las escaleras, al ir o salir de clase, de la capilla, de paseo, etc. La práctica a la que seré más aplicado será la visita diaria al Santísimo Sacramento.

9. Alegría siempre, paz, serenidad, libertad de espíritu en todas las cosas. Cuando me reconozca fiel a mis propósitos, alabaré por ello de corazón a mi Dios que lo ha hecho todo; cuando falte, me guardaré bien de desalentarme. Dios lo permitirá para que me humille cada vez más, y me abandone enteramente en su seno amoroso. Tras una falta, un acto de humildad profunda; luego volveré a empezar alegre, sonriente siempre, como si Jesús me hubiese hecho una caricia, me hubiese dado un beso, me hubiese levantado con sus propias manos, y reemprenderé la marcha seguro, confiado, dichoso en el nombre del Señor. Oh buen Jesús, tú sabes que deseo amarte.

Diario espiritual

Sábado, 20 de diciembre de 1902. Ved un poco si no tengo ocasión de humillarme en todo momento. He salido esta mañana de los santos Ejercicios, con el deseo de portarme bien, especialmente en la guarda del reglamento, que es fácil imaginar después de tanta gracia de Dios. Sin embargo, en el examen particular de hoy y en el general de esta noche he visto palpablemente que he caído ya en un montón de pequeñas faltas, y he hecho un conjunto de cosas tan imperfectamente, que me obliga a pensar en serio. ¿Qué es todo esto? Todo cosa mía. Y luego, por otro camino, encuentro el modo de engreírme, como si fuera el tipo de hombre perfecto. Cuántas distracciones en el rezo del oficio divino con mis compañeros recién ordenados, y del oficio parvo de la Virgen. Y la palabrita al compañero de distinta sección, la otra palabrita en tiempo de silencio, y el hablar prolijamente de hechos propios, aunque indiferentes, ¿son acaso actos de virtud? ¿Y así comienzo a cumplir los propósitos?

En general, mis cosas necesitan esa vivacidad santa que las hace perfectas, sabrosas. La desenvoltura, el buen humor, también son necesarios en las prácticas de piedad, de modo que las oraciones y los propios afectos no se presenten al Señor como dormidos, porque se corre fácilmente peligro de cansar su condescendencia. Por tanto, ánimo; y humillémonos. Nuestros defectos son un título más que nos excita a unirnos cada vez más con Dios, único que puede curar nuestras enfermedades. Hoy he estado mal. ¿Qué podía esperar de mí? Mañana, más atención y más confianza: Señor, tú ves mi indignidad, socórreme, tú eres mi esperanza.

22 de diciembre de 1902. Señor Jesús, me humillo hasta el polvo ante ti. Mira qué miserable soy: me lo haces palpar con la mano, todos los días, en todo momento, cuando pienso en mí mismo. Me arrepiento, y estoy otra vez con las distracciones, con la falta de decisión, de desenvoltura en mis cosas; con tantas imperfecciones, especialmente en el hablar. Sin embargo, la voluntad firme, decidida, no me falta; me siento turbado, inquieto, al descubrir el poco fruto práctico de los recientes Ejercicios. Mi Señor Jesús, que

tus gracias no resulten vanas. Ya no tengo valor para presentarme ante ti. Sólo faltan dos días para las fiestas de tu nacimiento, y ya estás esperando mis dones. Señor, sólo tengo la contrición y la pena de no poder complacerte, mientras siento un gran deseo de amarte, con una voluntad firme de mostrarte mi afecto con hechos. Ayúdame para que en estos días repare el pasado, prepare mi alma para tu venida, de modo que el día de Navidad mi alegría sea más honda al saber que me miras complacido, me acaricias y me inflamas en tu santa caridad. María, san José, una mirada y una súplica también por mí. Jesús, María y José, que viva, sufra y muera por vosotros. Qué dulce es repetir estas palabras.

23 de diciembre de 1902. Hoy las cosas han ido menos mal que ayer; mañana deben resultar mejor que hoy, y así siempre, con la gracia de Dios. Insisto en un principio que no he meditado bastante: debo hacer cada una de las cosas, rezar cada oración, cumplir aquel punto del reglamento, como si no tuviera otra cosa que hacer, como si el Señor me hubiera puesto en el mundo sólo para hacer bien aquella acción, y mi santificación dependiera del éxito de ella, sin pensar en las cosas de antes o en las que vendrán. Es un gran criterio que, escrupulosamente aplicado, tiene la virtud de ahuyentar las distracciones como el agua bendita hace huir al diablo. Pero para que produzca su efecto es necesario practicarlo desde las primeras acciones de la mañana. Mañana debe ser día de gran recogimiento y de gran fervor. Jesús está cerca, va a romper los sagrados velos del seno materno; ya ha hecho oír su voz amorosa: Mirad, vengo (Ap 16,15). Y me debo preparar con atención especial a esta venida suya, porque espero de ella ganancias inmensas. Tengo grandes cosas que comunicarle, y él tiene innumerables y grandes beneficios que otorgarme. Mañana, mi pensamiento, mi corazón debe estar todo el día ante el sagrario, transformado en estos días en la cueva de Belén. Ven, Jesús, y no tardes: mi alma descansa ahora esperanzada.

24 de diciembre de 1902. Ha caído ya la noche; las estrellas claras y resplandecientes brillan en la fría atmósfera; voces ruidosas y discordes llegan hasta mis oídos desde la ciudad: son los alegres

del mundo que recuerdan con sus juergas la pobreza del Salvador; a mi alrededor duermen mis compañeros en sus cuartos, y yo sigo en vela, pensando en el misterio de Belén. Ven, ven Jesús, te espero. María y José, sintiendo la hora cercana, rechazados por las gentes de la ciudad, salen al campo en busca de albergue. Yo soy un pobre pastor, sólo tengo un miserable establo, un pequeño pesebre, algunas pajas; os lo ofrezco todo, dignaos aceptar este pobre tugurio. Apresúrate, Jesús, aquí tienes mi corazón; mi alma es pobre y está desnuda de virtud, las pajas de mis innumerables imperfecciones te herirán, te harán llorar; pero, oh mi Señor, ¿qué queréis? Esto es lo poco que tengo. Tu pobreza me conmueve, me entenece, me arranca lágrimas; pero no sé ofrecerte otra cosa mejor. Jesús, embellece mi alma con tu presencia, adórnala con tus gracias, quema estas pajas y transfórmalas en suave lecho para tu cuerpo santísimo.

Jesús, te espero; los malos te rechazan; fuera sopla un viento glacial; te dejan helar, ven a mi corazón; soy pobre, pero te daré todo el calor que pueda; al menos quiero verte complacido por el buen deseo que tengo de hacerte una buena acogida, de quererte mucho, de sacrificarme por ti. Por tu parte, tú eres rico, y ves mis necesidades; eres llama de caridad, y purificarás mi corazón de todo lo que no es tu Corazón santísimo; eres la santidad increada, y me colmarás de gracias fecundas de verdadero progreso en el espíritu. Ven, Jesús, tengo tantas cosas que decirte, tantas penas que confiarte, tantos deseos, tantas promesas, tantas esperanzas. Quiero adorarte, besar tu frente, oh Jesús niño, darme a ti una vez más, para siempre. Ven, Jesús, no tardes más, acepta mi invitación, ven. Pero, pobre de mí, la noche avanza, el sueño me vence, la pluma se me cae de las manos. Déjame dormir un poco, oh Jesús, mientras tu Madre y san José preparan la estancia.

Me echo aquí a descansar, al fresco de la brisa nocturna. Apenas hayas venido, la claridad de tu luz deslumbrará mis pupilas; tus ángeles me despertarán con las dulces armonías de gloria y de paz, y correré alegre a recibirte, a presentarte mis pobres dones, mi casa, todo lo poco que poseo, a adorarte, a mostrarte mi afecto con

los demás pastores que acuden conmigo y con los espíritus celestes, que entonan himnos de gloria a tu corazón. Ven, te espero.

26 de diciembre de 1902. Ha venido y me ha consolado; he podido conversar con él tranquilamente, decirle todo lo que deseaba. Sólo una cosa no he hecho, o la he hecho de forma incompleta: he quedado corto en expresarle mi gratitud, en contra de lo que me había dicho mi padre espiritual. Agradecimiento significa certeza de recibir nuevas gracias. He pensado demasiado exclusivamente en mí, con demasiado interés, y esta es una falta grave de delicadeza. Me esforzaré, pues, por mostrarle mi gratitud con una vida que sea plenamente de su agrado, en la imitación de aquellas virtudes de las que él nos dio una prueba tan elocuente en su benditísima Navidad.

Pero es precisamente aquí donde siento la necesidad de su ayuda, en el darle gracias. Si pienso en mis deseos, en mis disposiciones, soy un santo, lo reconozco; pero si observo las obras, pobre de mí, qué feo, qué deforme soy. No logro mantener ininterrumpida con Jesús esa corriente de santas aspiraciones, de presencia de espíritu, que debe ser como el agua en que navego.

Oh mi san Luis, oh san Juan Berchmans, qué lejos me veo de vuestra unión con Dios. Sin embargo, es preciso esforzarse poco a poco y no inquietarse nunca, como hago cuando veo que no consigo nada; también esto es amor propio. He notado además otra cosa. ¿Cómo es que, después de haber charlado mucho con alguien, incluso sin intención de buscar mi propia alabanza, al pensar luego en ello me encuentro en la amargura, en el desaliento? Es el amor propio que se lamenta del amor propio: son las lágrimas del cocodrilo.

La verdad es que cuanto más hablo de mí mismo, tanto más pierdo en virtud; la vanidad asoma en toda palabra, incluso en la que parece más inocente. Me debo convencer de que estando con la gente, con mis compañeros, con mis superiores, mi parte es callar dulcemente, o decir sólo las palabras que exija la necesidad o la conveniencia; por lo menos no hablar nunca de mí mismo, a no ser

que me pregunten, y aun en este caso decir pocas palabras, para no atraer la atención de quien me escucha. Me debo considerar siempre indigno de estar con mis compañeros a causa de mis faltas; ¿cómo tendré el valor de hacer ante ellos mi apología?

27 de diciembre de 1902, san Esteban, san Juan Evangelista. Ayer la Iglesia recordaba la memoria de san Esteban, y tampoco he podido resistir a la necesidad de honrar a este glorioso primer atleta de la fe de Jesucristo. Hasta hace pocos años, san Esteban no atraía para nada mi atención porque no lo conocía; sólo después que he podido formarme una idea menos inexacta de su misión y su obra, esta gran figura de héroe se ha impuesto a mi mente, a mi corazón, y ahora siento por él una especial simpatía, lo venero con profundo y tierno afecto, me encomiendo a su intercesión. San Esteban fue el primero que demostró haber sabido intuir, en su integridad, la idea cosmopolita de la nueva religión, y asestó los primeros golpes al exclusivismo judío, abriendo nuevos cauces a la regeneración de Cristo, lanzándose con atrevida seguridad por un camino nuevo que se consideraba cerrado a la expansión del cristianismo, y por el cual Cristo Jesús debía ser llevado hasta su triunfo a través de todas las naciones.

El alma grande de san Pablo tuvo la tarea gloriosa de llevar de la mano a la nueva religión y, fuera de Jerusalén, hacer que la reverenciaran y abrazaran griegos y romanos; pero a Esteban le corresponde el honor de haber dado el primer golpe y de haber sellado su iniciativa gloriosa con su sangre, y fue la primera sangre derramada después de la muerte de Jesús. Gloriosa primacía, que coloca al joven mártir en el puesto más cercano al divino mártir del Gólgota, y hace así más preciosa y venerada su noble corona.

San Esteban, desde mi cuarto solitario envió un cálido saludo de fraternal afecto, porque tú fuiste y moriste joven como yo soy, y por la misma causa por la que vivo, y espero a tus restos que duermen en la gran paz de Campo Verano, junto a los de tu grande y afortunado competidor, el diácono san Lorenzo. Concédeme tu fe, tu

intrepidez, tu entusiasmo y, sobre todo, tu indómita fortaleza, tu heroísmo.

29 de diciembre de 1902. El camino de la humildad, la unión con Dios, el buscar en mis obras no mi gusto sino el de Dios, estos son los tres puntos principales en los que mi padre espiritual ha venido centrando sus consejos para mi verdadero progreso espiritual. Son tres principios que debo tener siempre ante los ojos, para ponerlos en práctica; esta es hoy mi tarea, y nada más. A propósito de humildad evitaré en cuanto sea posible el hablar de mí en primera persona; debo huir de los pronombres yo, me, como si fueran serpientes; me guardaré de conversaciones vanas, especialmente en ciertas circunstancias y sobre ciertos temas. Los superiores se han dignado encomendarme el cargo de enfermero, nueva ocasión para humillarme, para practicar la caridad, la dulzura, y ejercitarme en algún pequeño sacrificio. Esta misma noche no sé si la podré pasar tranquila. Lo desearía, no tanto por mí, que estoy más bien contento de hacer algún bien, sino por ese pobre compañero mío que está junto a mi cuarto, en condiciones más bien graves y bastante delicadas.

Mi Señor Jesús, querida madre María, si mis sacrificios pueden servir de algún modo para aliviarle los sufrimientos y conjurar todo peligro, aquí estoy dispuesto a todo, hacedme incluso sufrir lo que queráis, me será muy grato probaros al menos una vez con hechos mi amor a vos y, en vos, a mi hermano que os representa.

31 de diciembre de 1902. Dentro de pocas horas este año ya no existirá, habrá pasado al dominio de la historia. Con el año paso también yo, y espero con alegría el alba nueva. ¿Cuántos años veré todavía, antes de llegar a la eternidad? Quizá muchos, quizá pocos, quizá ni siquiera uno entero.

Mi Señor Jesús, Tú eres siempre el mismo y tus años no terminan nunca (Sal 102,28). Que en el año en que me quieras llamar tenga mi lámpara llena de aceite, para que no me arrojes a las sombras de la muerte. Entre tanto, me postro de rodillas delante de mi Dios y, meditando en los beneficios que se me han concedido

este año, me humillo hasta el polvo y le doy gracias de todo corazón. De 1902 deberé recordar siempre: el año de mi vida militar, año de batallas. Pude perder la vocación con otros muchos pobres infelices, y no la he perdido; la santa pureza, la gracia de Dios, pero Dios no lo ha permitido. He pasado a través del fango, e impidió que me manchase: sigo estando vivo, sano, robusto como antes, mejor que antes. Jesús, te doy gracias, te amo.

1903

Notas espirituales

1 de enero de 1903. He visto la primera luz de otro año. Bienvenido en el nombre del Señor; consagro al corazón amoroso de Cristo, para que sea un año verdaderamente fecundo para mí en buenas obras, el año en que me hago santo de verdad. Jesús, otra vez y siempre estoy contigo. Mañana, primer viernes del mes y del nuevo año, es un día particularmente consagrado a honrar al Sagrado Corazón: será una jornada de fuego y de amor extraordinaria. Desde hace algún tiempo después de salir de los santos Ejercicios siento una necesidad fortísima de consolidarme en mis propósitos, de despertar el espíritu, que ya comienza a apoltronarse, a ejemplos generosos, en una palabra, de comenzar de nuevo. Me veo, pues, obligado, aunque me pese, a confesar mi miseria. Soy un pobre pecador, un siervo infiel e inútil; estoy lleno de soberbia hasta la coronilla; soy distraído, soy ignorante, soy la nada. Jesús mío, misericordia.

El año nuevo ha comenzado; por tanto, vida nueva. Pienso en la sagrada comunión de mañana como en un hecho de la máxima solemnidad; la haré como si mañana saliese de los santos Ejercicios: evocaré todos los sentimientos de aquel día, las promesas, las disposiciones, reflexionando especialmente en esa parte de mí mismo en que me siento más débil, según la triste experiencia de estos pocos días. Mis principios directivos no han cambiado: humildad en todo, especialmente en las palabras; unión con Dios, y esta es la cosa principal, de la que siento hoy una mayor necesidad; buscar en todo y siempre el gusto de Dios y no el mío; la

cabeza en su sitio, en mí mismo, atendiendo a la vida devota y no a entusiasmos fuera de tiempo; por ahora, estudio intenso, recogido y tranquilo; en todo y siempre una gran paz y suavidad de ánimo.

Mañana, además, comienzan de nuevo las clases: siento la necesidad, la pasión de estudiar. Iniciaré el nuevo período bajo los auspicios del Sagrado Corazón de Jesús, que me ofrece para ello la ocasión más propicia. Entre tanto, Jesús, te espero; cansado de mi largo vagar distraído, vendré a caer en tu seno para reponerme y tomar aliento en mi camino. Jesús, mira tu oveja que vuelve; prepárame el alimento, porque tengo hambre.

4 de enero de 1903. Los estudios en que me ocupo no deben serme motivo de distracción, sino al contrario unas alas poderosas con que me eleve a Dios, me detenga en él, gozo y prelude de la visión beatífica. Muchas veces, con los estudios, me sucede que olvido mis propósitos, pierdo la presencia de espíritu, me resulta menos atrayente la piedad, siento que me falta el aire puro, oxigenado, que respira en torno la vida devota. He de atender a que mi estudio sea una oración continua, y la oración un estudio ininterrumpido. Sobre todo vigilancia a las superficialidades, ligerezas, manías en lo referente al estudio, a las cosas nuevas, libros nuevos, sistemas nuevos, personas nuevas. Ojo y atención en mis palabras a este respecto. Debo tener en cuenta todo y seguir con interés el movimiento ascendente de la cultura católica, pero con la debida proporción.

Recordaré siempre algunas sentencias de aquel bueno y doctísimo autor de La imitación de Cristo: «Ciertamente el día del juicio no nos preguntarán qué leímos, sino qué hicimos; ni cuán bien hablamos, sino cuán religiosamente vivimos... Verdaderamente es grande el que se tiene por pequeño y tiene en nada la más encumbrada honra. Verdaderamente es prudente el que todo lo terreno tiene por estiércol para ganar a Cristo. Y verdaderamente es sabio el que hace la voluntad de Dios y deja la suya».

7 de enero de 1903. Mi vida es un continuo sacrificio. Ya no soy yo quien vivo, es Jesús quien vive en mí. San Pablo podía usar

estas expresiones porque su alma grande, su corazón generoso ardía perennemente en el amor a Dios y a los hombres. Yo sólo tengo buenos deseos a los que no corresponden bien los hechos. Señor, dame gracia para que pueda mostrarte con obras que te amo de verdad. No malgastaré más palabras: soy un pobre pordiosero, como me dice siempre mi padre espiritual; extendiendo la mano y pido con voz lastimera: Señor Jesús que eres rico y bueno, dame una limosna.

8 de enero de 1903. Ayer, mi docto profesor de historia eclesiástica dio un consejo que parece dirigido especialmente a mí: leed poco, leed poco, pero bien. Y lo que se dice de las lecturas, lo aplico a todo: poco, pero bien.. Cuántos libros he leído en el transcurso de mis estudios, en vacaciones, en el ejército. Cuántas obras, cuántos periódicos, cuántas revistas. ¿Y qué recuerdo de todo ello? Nada o casi nada. Cuántas obras espirituales, cuántas vidas de santos. ¿Qué recuerdo de ello? Nada o casi nada. Siento la manía de querer saberlo todo, conocer todos los autores de valor, ponerme al corriente de todo el movimiento científico en sus multiformes expansiones, y en realidad leo aquí, devoro otro escrito allá, y saco poquísimo fruto. Por tanto, calma también en esto. Poco pero bien. No tengas deseo demasiado de saber, porque en ello se halla grande estorbo y engaño.

9 de enero de 1903. Mis jornadas deben ser siempre muy calientes, días de fuego como cuando bajo el azote de la canícula el año pasado hacía aquellas marchas desesperadas en que sudaba una gota por cada pelo. Estoy siempre al servicio de mi rey Jesucristo, y sirvo a Jesucristo atendiendo a mis compañeros que están en la enfermería. El sol ardiente lo llevo dentro de mi pecho, desde la santa comunión de la mañana. Ya no soy yo quien vivo, es Jesús quien vive en mí. Jesús, si pudiera estar siempre de verdad jadeante y sudoroso de amor prestándote mi servicio a ti, mi glorioso capitán.

11 de enero de 1903. El autor de La imitación de Cristo me da un consejo que refleja exactamente mis necesidades de hoy, teniendo

en cuenta también las circunstancias especiales en que me encuentro: Por eso, velemos y oremos, no se nos pase el tiempo en balde. Se pueden y conviene hablar, sean cosas que edifiquen. Por tanto, mucha atención: que no se me escape una migaja de tiempo en charlar inútilmente; acabada una acción, comenzará en seguida otra, sin intervalos. Y cuando pueda hablar me impongo como principio no hablar nunca de mí ni bien ni mal, ni siquiera aludir a hechos míos, a no ser que me pregunten expresamente. Por lo demás, buenas conversaciones siempre, empapadas de un profundo sentimiento de virtud y de espíritu eclesiástico.

13 de enero de 1903. Esta tarde, octava de Epifanía, he ido a San Silvestre in Capite para asistir, con todo el seminario, a la función de clausura del octavario a Jesús Niño instituido por el ven. Pallotti. Asistían, con gran pompa y despliegue de indumentarias variadísimas, los obispos representantes de los diversos ritos católicos. Jesús resplandecía en la hostia a los pies del artístico belén. Cuántos pensamientos acudieron a mi mente, qué emociones al corazón, ante Jesús adorado por los pastores y los Magos. Pensé en la vocación de los gentiles, en las misiones cristianas esparcidas por el mundo, en la Iglesia verdaderamente católica, es decir, universal. Oh Señor Jesús, tu estrella ha aparecido en todas partes, pero cuántos no la han conocido aún; la voz de los apóstoles ha resonado en los confines de la tierra, pero cuántos o no la escuchan o intentan sofocarla. Un día los reyes venían de Tarsis y de las islas a traeros sus dones; hoy los reyes de la tierra no se ocupan de ti en absoluto, no reconocen tus derechos, te han escupido a la cara la triste negativa del Faraón: No conozco al Señor (Éx 5,2) Qué horror. Haz que se cumplan tus palabras. Ahora que estás levantado de la tierra, atrae todas las cosas a ti. Ilumina las tinieblas del paganismo, despeja y desaloja la falsa luz de la herejía. Que todos los pueblos te sirvan, te amen, te aclamen como a su Señor. Tuyo es el reino, tuyo el poder y la gloria por siempre.

16 de enero de 1903. A fuerza de tocarla con la mano me he convencido de una cosa: qué falso es el concepto que me he formado de la santidad aplicada a mí mismo. En cada una de mis

acciones, en las pequeñas faltas rápidamente advertidas, traía a la mente la imagen de algún santo al que me proponía imitar en todas las cosas, aun las más pequeñas, como un pintor copia exactamente un cuadro de Rafael. Decía siempre si san Luis, en este caso, haría así y así, no haría esto o aquello, etc. Pero sucedía que nunca lograba llegar a lo que me había imaginado poder hacer, y me inquietaba. Es un sistema equivocado. De la virtud de los santos debo tomar la sustancia y no los accidentes. Yo no soy san Luis, ni debo santificarme exactamente como él lo hizo, sino como exige mi ser, que es distinto, mi carácter, mis diferentes condiciones. No debo ser la reproducción rígida y seca de un tipo, aunque perfectísimo. Dios quiere que al seguir el ejemplo de los santos absorbamos el jugo vital de la virtud para convertirlo en sangre nuestra, adaptándolo a nuestras particulares aptitudes y especiales circunstancias. San Luis, si hubiera sido lo que yo soy, se hubiera santificado de un modo distinto del que siguió.

18 de enero de 1903, retiro mensual. Ayer asistí a los funerales del cardenal Parocchi, celebrados en San Lorenzo in Damaso. Fue un acto que me tuvo absorbida la mente durante todo el día, y no me ha sido fácil librarme de su impresión. En el tumulto de sentimientos que me llenan el corazón, no he podido contenerme de enviar un cálido saludo de admiración y de afecto a este grande que por sí solo bastaba para ilustrar el Sacro Colegio y que, durante un cuarto de siglo, ha hecho hablar de él al mundo cristiano. El cardenal Parocchi era una de esas figuras que raramente se pueden encontrar en los anales de la Iglesia. Bastaba pronunciar su nombre para hacer callar a los que acusaban de ignorancia a la Iglesia; ante él incluso los profanos se inclinaban reverentes, y no había hombre de ciencia que no titubease al tener que hablar en su presencia. No había parte del saber a la que no llegase su talento; no había persona docta que no hubiera tratado con él. Semejante a su amor a la verdad, a todo lo bello y bueno, ardía en su pecho el amor ferviente, indomable, a la Iglesia, al Papa. El cardenal Parocchi podrá ser juzgado de distinto modo en cuanto a ideas políticas: sé que no faltan malignas insinuaciones a este respecto; pero nadie

podrá atacar nunca su intachabilidad, su entusiasmo por la Iglesia y por el Pontífice, incluso cuando, como sucede siempre a las almas generosas, su virtud se viera sometida a dura prueba. Oh si poseyese su ciencia y su virtud, bien podría considerarme satisfecho. Su muerte ha sido llorada universalmente y considerada como un verdadero luto para la Santa Sede. Ayer, en torno a sus restos, vi representado a todo el mundo, rindiendo un último homenaje de alabanza al que tanta luz derramó en torno suyo. Cardenales, obispos, generales de órdenes religiosas, científicos ilustres, nacionales y extranjeros, eclesiásticos y seculares, representantes diplomáticos, y todos, en tan gran número como jamás los he visto, además de una multitud del pueblo que oraba, se habían dado cita en torno a su tumba.

Las solemnes palabras con que la Iglesia implora de Dios la gloria del cielo para sus hijos difuntos y anuncia a través de las tinieblas del sepulcro la resurrección y la vida, nunca me han conmovido tan fuertemente como en aquel momento. Oh sí, que le sea concedida, que venga a él, al alma del ilustre cardenal, esa luz eterna, plena, que irradió de manera esplendorosa; a él que creyó, que amó, que esperó siempre la resurrección en Cristo Jesús, justo valorador de la obra de sus siervos fieles.

Por otra parte, las honras fúnebres al cardenal Parocchi me introducían, sin sentirlo, en mi retiro mensual, que comencé anoche, y me suministraban materia oportunísima para la meditación de la muerte. Las aplicaciones me resultaron facilísimas, sobre todo teniendo en cuenta mi amor propio, mi vanidad, etc.; las deducciones, de una claridad sorprendente. Por lo demás, con la gracia de Dios, el retiro no ha salido mal, y lo espero fecundo de óptimos efectos. Del examen de mi conciencia en orden a mi conducta en este primer mes que me separa de los santos Ejercicios, resulta que si los últimos Ejercicios han aportado algún provecho a mi alma, porque Dios así lo ha querido, me queda todavía mucho, muchísimo, casi todo por hacer. Hasta ahora no he hecho más que comenzar a ver el terreno y orientarme en lo que debo hacer a continuación. La noche avanza y me impide exponer

con detención los propósitos hechos para el nuevo trabajo. Los reduzco a dos palabras.

Comienzo desde el principio, como si hasta ahora no hubiese hecho nada, nada. Buscaré la perfección en mis prácticas de piedad, en las principales y en las pequeñas. Atención escrupulosa a la lengua, evitar charlas prolongadas, temas candentes que en la práctica son poco menos que inútiles; muerte al yo en las conversaciones; el yo debe estar en el mundo como si no existiera en absoluto; delicadeza y caridad exquisita al hablar de otros. Por último: mente recogida, alma alegre incluso en los reveses del amor propio, toda ella atenta exclusivamente a realizar lo que ha de hacerse, aquí y ahora, con la mayor perfección; y, además, ánimo siempre en el Señor Jesús.

20 de enero de 1903. Hasta hoy, en general, no ha estado mal: y ya es algo de lo que debo mostrarme agradecido a mi Dios. Sobre todo quiero recordar dos cosas: calma plenísima en todo, máxime cuando he cometido algún error y cuando realizo mis actos de piedad, y vigilancia escrupulosa a la lengua y al yo. Hoy, san Sebastián; mañana, santa Inés; dos jóvenes, dos héroes, un soldado, una virgen. A ellos dirijo mi fervoroso pensamiento, mi oración, para que con el ánimo, con el entusiasmo del soldado y la inmaculada pureza de la virgen, se añada en mí su constancia de mártires.

22 de enero de 1903. Fuera llueve, llueve a raudales. Por caridad, que no se estropee mi alma; me parece que comienza a penetrar en ella un poco de agua. Mucha atención a ciertas fisuras, casi imperceptibles, pero traidoras. Puede ser una palabrita de más o, con un poco de amor propio, un acciones o un agimus rezado atropelladamente. Ojo. Tras el primero viene el segundo, el tercero, el cuarto; con la palabrita y con el agimus mal rezado vienen las charlas inútiles, los rosarios distraídos, las meditaciones. Mucha atención. Que se pueda decir de mí: Aguas inmensas no podrían apagar el amor, ni los ríos, ahogarlo.

23 de enero de 1903. Hoy he estado en Jesús y he asistido a la clausura del solemne triduo en honor de la Sagrada Familia. La cuestión del divorcio, desgracia inminente de la patria y de la Iglesia en Italia, ha congregado en torno a los tres santos personajes una multitud innumerable de cristianos, que oraban pidiendo que las familias se vean libres de un desastre.

Me parece imposible que el Señor no se digne escuchar tantas oraciones fervorosas que se elevan de todas las partes de Italia. Sin embargo, como el porvenir está en sus manos, estoy seguro de que todo redundará en gloria suya, y esto me basta y me consuela. Cualquiera que sea el curso que tomen las cosas, seguiré orando. En estos días me será dulce pensar con frecuencia en la Sagrada Familia; asociarme a sus sentimientos, implorar e imitar sus virtudes, de las que tengo la máxima necesidad. Jesús, María y José, mis amores dulcísimos: viva yo en vosotros, sufra por vosotros, muera por vosotros.

27 de enero de 1903. Prestaré atención, sobre todo, en mantenerme reservado al hablar, especialmente sobre los otros. Cuanto más se mueve la lengua, los peligros crecen, las faltas abundan. Expansión, sí; pero delicadeza siempre.

29 de enero de 1903. Hoy ha sido un día de fiesta completo; lo he pasado en compañía de san Francisco de Sales, mi santo dulcísimo. Qué hermosa figura de hombre, de sacerdote, de obispo. Si yo fuera como él, no me inmutaría nada, aun cuando me hiciesen Papa. Me es dulce pensar a menudo en él, en sus virtudes, en su doctrina. Cuántas veces he leído su vida. Qué suaves resuenan en mi corazón sus sentencias. Cómo me siento más dispuesto a ser humilde, dulce, tranquilo a la luz de sus ejemplos. Mi vida, el Señor me lo dice, debe ser una copia perfecta de la vida de san Francisco de Sales, si quiere producir algún bien. Nada de extraordinario en mí, en mi conducta, fuera del modo de hacer las cosas ordinarias. Amor grande, ardentísimo, a Jesucristo y a su Iglesia; inalterable serenidad de espíritu, dulzura inefable con el prójimo, eso es todo. Oh mi santo amoroso, aquí, ante ti, en este momento, cuántas

cosas podría decirte. Te amo con ternura: para ti tendré siempre un pensamiento; a ti mi mirada. Oh san Francisco, no tengo palabras, ve lo que siento, y haz lo que necesito para parecerme a ti.

31 de enero de 1903. Un minuto de tiempo perdido, una palabra dicha sin propósito o sin necesidad bastan para dejarme turbado el corazón durante veinticuatro horas. Todo esto es soberbia, no cabe la menor duda. Debo, pues, aprender a expensas mías y de mi soberbia. Mi buen padre espiritual sigue diciéndome que debo procurar siempre lo más perfecto: lo que puede resultar del mayor agrado de Dios. Puesto este principio indeclinable, no debe haber razones que me inciten a satisfacer mis inclinaciones. Jesús, mira mi miseria: sólo tú me puedes levantar hasta ti; me pongo en tus manos como un muerto. Jesús, dame la vida.

1 de febrero de 1903. La alegría pura, delicada, que debe llenar siempre mi corazón, encuentra su manifestación más sincera en las acciones minúsculas. Mucha atención: por tanto, no basta saber llevar con una cierta paciencia las cosas contrarias, de modo que los demás no se den cuenta de nada; debo sentir dentro de mí una suavidad y una dulzura inefable que no me abandone nunca, que haga florecer sonrisas en mis labios, sonrisas que han de ser precisamente más joviales cuando, en el esfuerzo por no alterarme, me siento al menos inclinado a la seriedad. En una palabra, mi paciencia debe ser alegre y sonriente, y no demasiado seria, de lo contrario corro peligro de perder todo el mérito.

2 de febrero de 1903. El pensamiento de que estoy obligado, como mi tarea principal y única, a hacerme santo cueste lo que cueste, debe ser mi preocupación constante; pero preocupación serena y tranquila, no agobiante y tirana. Debo recordar esto en todo momento, desde el primer abrir los ojos a la luz de la mañana, hasta cerrarlos para el sueño por la noche. No volvamos, pues, a los modos, a las costumbres de otro tiempo. Serenidad y paz, pero constancia e intransigencia. Desconfianza absoluta y bajo concepto de mí mismo, acompañados de una ininterrumpida comunicación de

afectos con Dios. En esta tarea y en este empeño, ayúdame, buen Jesús. María, muestra que eres mi madre.

3 de febrero de 1903. Mañana, primer viernes de mes, día de gran fiesta por estar dedicado al Corazón santísimo de Jesús. Recogimiento extraordinario, mortificación de la lengua y gran fuego. Corazón de Jesús, inflamado de amor por nosotros, inflama nuestro corazón en tu amor.

6 de febrero de 1903. La preocupación más grave que me agita en estos días es la del estudio. En el fondo último, todo es amor propio. Se suele pensar que es imposible ser hombres verdaderamente grandes sin poseer la ciencia en grado sumo. Esto es razonar según las máximas del mundo, y conviene que nos acostumbremos a pensar de otro modo. Mi verdadera grandeza consiste en hacer totalmente y con perfección la voluntad de Dios. Si Dios quisiera de mí que quemase los libros y me hiciera pobre lego, consagrado a los más humillantes servicios en un convento desconocido y despreciado, el corazón sangraría, pero debería hacerlo y así vendría a ser verdaderamente grande. Por tanto, no dejemos que se caliente demasiado la cabeza, por caridad.

15 de febrero de 1903, retiro. Mis notas presentan diez días de interrupción. ¿Por qué esto? No lo sé explicar. ¿Tengo culpa? Creo que no. Por otra parte, no debo sentir demasiado disgusto cuando no hay culpa. De otro modo, si me doliese de ello, sólo sería señal de un apego exagerado. La perfección no consiste en esto, sino en amar a Dios, y en despreciarme a mí mismo delante de él.

Hoy, aunque no me atrevería a llamarlo así, ha sido día de retiro: un retiro sui generis. En toda la jornada no he hecho otra cosa que acordarme de que era día de retiro. He pasado las horas como los superiores me lo han impuesto: en la capilla, en el jardín, en recreo, de paseo y nada más; nada de meditación, reflexiones especiales, prácticas de devoción, nada. ¿Cómo se halla mi conciencia? Ciertamente, en una situación un poco distinta de la de hace un mes. No sé qué decir. ¿Estamos en un estado de progreso? Aparentemente, más bien no. Las distracciones abundan, aquella

presencia de espíritu tan escrupulosa de los primeros días se ha desvanecido un poquito; de vez en cuando algún cuarto de hora perdido inútilmente, y así en lo demás. Con todo esto, me encuentro tranquilo; cuando me pongo de verdad a querer hacer, no sé encontrar otro modo mejor; no sé cómo explicar este estado de cosas. La única solución me parece esta: que el Señor me deja en mis faltas para que me humille cada vez más, y a la vista de mis miserias me acerque cada vez más a su corazón amoroso, que es mi verdadera vida. Por tanto, Jesús bendito, me abandono en vos, en vuestro seno, con mis distracciones, actos de soberbia y pecados. No sé hacer otra cosa. No hago propósitos especiales. El pensamiento siempre en vos, sobre todo en estos días de carnaval; tranquilidad grande y resolución continua en mis faltas de cada momento; el reglamento en todo y por todo, y dando gracias a Dios. Jesús, esperanza del alma, acuérdate de mí.

18 de febrero de 1903. Nunca es el hombre tan grande como cuando está de rodillas. Es una hermosa frase, digna del gran caballero de Cristo que fue Luis Veillot. Recordémosla bien y siempre. No es, por tanto, la ciencia la cumbre de la grandeza y de la gloria, sino el conocimiento de nosotros mismos, de nuestra nada delante de Dios; la conciencia de la necesidad de Dios, sin el cual somos siempre muy pequeños, aunque nos levantemos a las alturas de los gigantes. Oh María, oh María.

20 de febrero de 1903. Hoy es un gran día. Nuestro Santo Padre ha cumplido el vigésimo quinto año de su pontificado. El mundo católico se ha postrado a sus pies para presentarle sus felicitaciones, sus homenajes con motivo del fausto acontecimiento que sólo ha tenido lugar dos veces en diecinueve siglos. Es un hecho que causa la más grande maravilla y que, en un ambiente tan escéptico, ha hecho palpar la presencia del dedo de Dios en su Iglesia: un Papa que se decía cercano a la muerte cuando recibió la tiara y que ha resistido la voracidad del tiempo durante cinco lustros, ha llenado la tierra con su nombre glorioso, y mientras sus perseguidores han pasado y, con sus soberbias cabezas rotas contra la piedra sobre la que se alza su cátedra apostólica, han

descendido uno tras otro al sepulcro, él sobrevive a todos, maravillosamente joven en sus noventa y tres años, para proclamar a los pueblos estupefactos las obras de Dios.

En los nutridos aplausos con que hoy los peregrinos lombardos, dignos de sus tradiciones, han saludado al venerable anciano con testimonios de gratitud que se elevaban majestuosos bajo la cúpula de Miguel Ángel, con las notas del himno ambrosiano, resonaba verdaderamente el estallido del entusiasmo de los pueblos, el latido ardiente de la humanidad inmensamente dichosa en el gozo de este día, durante mucho tiempo esperado. También uno mi voz a la del mundo, también he rezado por el gran Papa, hoy en medio de la multitud, junto a la tumba de San Pedro. Ah León, León, suban al cielo, fecundas de bendiciones de prosperidad, de victoria, por ti y por tu obra, mis pobres oraciones; lleguen a ti, confundidos con el aplauso universal, los votos humildes, pero ardientes, de un corazón juvenil, que tú no conoces, pero que te venera, te ama con verdadero afecto de hijo, te profesa adhesión indomable, devoción incondicional. Que el Señor te conserve, oh León, para el bien de la Iglesia y de la patria; para la gloria, para el triunfo de Cristo en su pueblo; que no cese nunca de infundir en tu etérea figura ese soplo poderoso de vida divina con que abres a nuestras almas, sedientas de felicidad, horizontes más claros de justicia y de caridad evangélica; que te haga dichoso en la tierra, en el afecto de los hijos, en la veneración a la sede apostólica, en los frutos abundantes de la acción de la Iglesia; que te libre de los enemigos, tuyos y suyos, y te haga al menos divisar de lejos el alba luminosa de ese gran día de paz en que, vencedores y vencidos, en esta lucha secular por el triunfo de la verdad y el amor, se abracen fraternalmente ante tu trono de padre más que de soberano, mientras levantas tu mano trémula para acariciarlos y bendecirlos. Tú eres Pedro: tú eres Cristo.

24 de febrero de 1903. Esta noche acaban los días de vacaciones que, según la moda del mundo, se llaman de carnaval. Dos cosas me han causado especial impresión en estas vacaciones: la fiesta de la querida Virgen de la Confianza y la visita a las Siete

Iglesias. El pensamiento dulce, suavísimo de María, a cuya devota imagen, venerada en la pequeña capilla de los teólogos, tantos recuerdos de historia íntima van unidos; el santo ejercicio de penitencia, que nos puebla la mente con las majestuosas figuras de los innumerables muertos que nos enseñaron cómo se debe amar verdaderamente a Jesucristo; que nos inunda el corazón de afectos santos, de eficaces propósitos y, al mismo tiempo, nos une a esos santos gloriosos que nos han precedido en la devota peregrinación, luminoso ejemplo de virtudes cristianas y sacerdotales en tiempos poco lejanos y poco distintos de los nuestros, no podían dejar de suscitar sentimientos de virtud y devoción sincera y, según espero, con la gracia de Dios, duradera. Mañana, pasado el aire de bullicio y holgura de estos días, volveremos al estudio serio, a las ocupaciones más graves, al ejercicio de la virtud más atento y recogido. El Señor se ha dignado hacerme pasar por las diversiones y pasatiempos de estos días sin que el alma padeciese gran distracción, y hacerme probar una sensación de aburrimiento, como si se tratase de una gran estupidez. No creo, por otra parte, que el carnaval, incluso para nosotros los eclesiásticos, pueda merecer otro nombre, si no merece otro peor.

Gracias a Dios que también este año ha acabado. Mientras tanto, en esta última noche, el mundo continúa sus locuras y, con qué medida, con qué descaro, en los teatros, en los bailes de máscaras, en las casas de pecado, en los jardines e incluso en calles y plazas. Mientras, el corazón amoroso de mi Jesús es ofendido. Oh Jesús, me duermo participando en vuestro dolor, y pensando en vuestra dolorosa pasión. Que mi deseo vivo de amaros os haga olvidar los diabólicos deseos de tantos desgraciados hermanos míos y alcance para todos el que mañana desciendan, solemnes y fecundas de mejores propósitos, las palabras de la Iglesia, recordando lo que somos y lo que seremos en el día más grande de nuestra vida: polvo eres y en polvo te convertirás.

26 de febrero de 1903. Cuaresma; por tanto, seriedad, templanza, mortificación, recogimiento, oración. Así será mi vida en estos días. Por otra parte, me debo preparar para el sagrado orden

del subdiaconado. ¿Qué hubiera hecho san Luis? Oh Jesús, me uno en espíritu a ti que ayunaste en el desierto cuarenta días, y con la oración te preparaste a tu vida pública. Que aprenda algo de ti en estos días, para que el día de Pascua señale otro paso en el camino de la virtud, de la unidad y de la glorificación del espíritu contigo.

3 de marzo de 1903. Día de triunfo. Viva el Santo Padre. Hoy, en San Pedro, mi corazón se sentía como anegado en aquel océano de amor de todo el mundo, allí representado, al Papa. Durante la misa solemne sólo supe protestar, ante la tumba de los Apóstoles, mis sentimientos de fe viva, ardiente, y mis propósitos firmísimos de trabajar y consumir mis fuerzas en el servicio de Jesucristo, de la Iglesia, del Papa. Santo Padre, soy todo vuestro, os presento armas. Bendecidme para que me haga santo, digno de ser hijo vuestro.

7 de marzo de 1903. No puedo cerrar este día sin un último pensamiento al glorioso doctor angélico, santo Tomás de Aquino. Cuánta grandeza en aquel pobre fraile, cuánta sabiduría, cuánta santidad. Da a todos los que estudian, a mí en particular, una gran lección. Cuántas veces en el ardor del estudio la piedad pasa a segundo lugar; y casi parece que se cree que el tiempo consagrado a los ejercicios de devoción es inútil. Y, sin embargo, santo Tomás, antes de ser el teólogo más grande de su tiempo, fue un santo, y precisamente porque fue santo llegó a tan alto grado de sabiduría. Santo Tomás, mientras estudio en vuestros preciosos volúmenes, hacedme comprender bien esta verdad: que si quiero llegar a ser verdaderamente un hombre capaz en toda la línea, alcanzar plenamente mis ideales, ser útil a la causa de Cristo y de la Iglesia, debo santificarme a toda costa.

18 de marzo de 1903. Exámenes, enfermos, desgana física, órdenes me han impedido durante mucho tiempo poner dos líneas por escrito. Hoy he intentado hacer de alguna manera el retiro mensual. Nada de extraordinario en los propósitos. Mañana sacaré mejor las conclusiones con el buen san José, de quien espero la gracia de un verdadero recogimiento. En estos días me siento tan extraño, entumecido, pesado, que casi no puedo tenerme en pie; un

dolor de muelas no cesa de atormentarme. Señor, ya lo ves. El espíritu está dispuesto, pero la carne es débil.

19 de marzo de 1903. Qué dulce, tranquilo, suave, sereno es el pensamiento de san José. En medio de mi persistente desgana le he pedido una cosa: el verdadero espíritu de la vida interior, especialmente la gracia de hacer bien la meditación y la santa comunión. Son los resultados prácticos de mi retiro; y considero su aplicación como la cosa más necesaria en las presentes condiciones de mi vida espiritual. Glorioso san José, rogad por mí.

22 de marzo de 1903. Guardémonos de pensamientos inoportunos, de distracciones inadvertidas, pero peligrosas, sobre todo las primeras veces. No me debo cansar nunca del aplícate a la lectura. Cuida de ti mismo y de lo que enseñas (Tim 4,13.16): en mi vida espiritual no hay vacaciones. Otra vez se acercan los santos Ejercicios; por tanto, preparémonos mejor a recibir la gracia de Dios: las órdenes sagradas están a dos pasos. Oh Señor, oh Señor. ¿Soy tuyo? Señor, no soy digno.

24 de marzo de 1903. Mañana, gran fiesta. Las campanas de todo el mundo repetirán alegres el primer saludo a María. Los ángeles responderán con sus cantos dulcísimos, los hombres repetirán emocionados el saludo. María, entre las voces que se elevan a ti jubilosas, benigna, dulce y piadosa Virgen, escucha también la mía. Ave María.

25 de marzo de 1903. El Verbo se hizo carne. No hay palabras más solemnes que estas, qué humillación, qué amor. Se hizo carne en el seno de María. Qué grandeza para la Virgen, cuánta gloria. Pues bien, un día, semejante acontecimiento se repetirá por medio de mí. El Verbo hecho carne vendrá a mis manos, descenderá a mi corazón bajo las especies de pan y de vino, sacrificado otra vez por mi salvación y la de todo el mundo. El tiempo se acerca: ¿cómo puedo pensar en otras cosas? ¿Cómo puedo permitir que mi mente se aparte un solo instante de este pensamiento? Oh Jesús, oh María.

1 de abril de 1903. Esta tarde han comenzado otra vez los santos Ejercicios de preparación para el sagrado orden del subdiaconado. Dejemos las cosas como hayan ido hasta ahora, bien o mal, y empecemos una nueva partida inmediatamente. Si Jesús me concediese una sola gracia en estos días: un gran recogimiento en las meditaciones. ¿Y por qué no se dignará concedérmela? Consagro estos días de santo retiro al Sagrado Corazón doliente. Ven, Espíritu Santo, luz increada, llena de claridad mi mente, enciende en mi corazón el santo deseo de la virtud, lava mis manchas, ablanda mi dureza, cura mis heridas. María, Virgen dolorosa, que en las angustias de la cruz me diste a luz como hijo, muéstrate madre mía. San José, que me habéis dado ejemplos tan claros debéis hacer que alcance la vida interior. Santos apóstoles Pedro y Pablo, vuestra fe, vuestro amor. Protectores míos dulcísimos, san Francisco de Sales, Felipe Neri, Ignacio de Loyola, san Luis, Estanislao y Juan Berchmans, san Alejandro mártir, san Carlos Borromeo, interceded por mí. Ángel de mi guarda, te confío especialmente mi recogimiento en estos días: aleja mis distracciones, dame aliento en mi desgana, mantenme tranquilo, sereno, disciplinado en todo. Ilumíname, guárdame, guíame, gobiérname. Así sea.

EE. EE. de Pascua, para las órdenes de subdiácono (1-10 de abril de 1903)

Jesús, otra vez me encuentro ante ti este año para escuchar tus divinas lecciones. Mi corazón anhela consagrarse solemnemente a ti, de una vez para siempre. La Iglesia me ha llamado, tú me invitas: Aquí estoy (Sal 39,8). No anticipo pretensiones, no traigo planes preconcebidos; me esfuerzo por despojarme enteramente de mí mismo, ya no soy mío. Mi alma se encuentra ante ti como una página en blanco. Señor, escribe lo que te plazca; soy tuyo.

1. Amigo, ¿a qué has venido? A conocer a Dios, a amarlo, a servirle durante toda la vida; después de la muerte, a gozar de él para siempre en el paraíso. Todas las respuestas de la ciencia no valen lo que estas breves palabras del catecismo de los niños. Los

deberes de mi vida se compendian en estas tres palabras, sólo debo hacer esto: conocer, amar, servir a Dios, siempre y a toda costa; la voluntad de Dios debe ser la mía, la única que debo buscar incluso en las cosas más pequeñas. Y este es el primer y fundamental principio.

¿Y las demás cosas que me rodean? Si Dios me las ha dado, son una añadidura: no han sido concedidas a todos, ni a todos en igual medida. Su razón de ser consiste en servir al hombre en la consecución de su fin. Cualquier otro uso que haga de ellas es malo, invierte el orden de la naturaleza, me conduce a una ceguera deplorable. Con respecto a ellas, mis relaciones se compendian en esa preciosa ley de la indiferencia en la que verdaderamente se destacaron los santos. Cito, por todos, a mi san Francisco de Sales. Indiferencia que no es apatía natural, como la de ciertos caracteres, sino virtud sobrenatural, despego de todo, cuando esté de por medio la voluntad o el agrado de Dios; tranquilidad, calma, elevación de espíritu, filosofía profunda por medio de la cual, teniendo la mirada fija en ideales más altos, no nos preocupamos de estas cosas, bajas y de ningún valor; o bien, como quiera que se presenten, nos sirven de alas poderosas para elevarnos a Dios, para ejercitarnos en la virtud, para hacernos santos. Concreto aquí algunos casos prácticos, no sin motivo por lo que a mí respecta, que conviene tener frescos en la memoria.

Los bienes de fortuna, las riquezas, el Señor podía dármelos o no dármelos; no tenía ningún derecho a ellos. Ha sido voluntad suya privarme de ellos. ¿Por qué me he de lamentar? Su ausencia es un medio de santificación para mí. Por tanto, bendito sea el nombre del Señor. A veces la dura necesidad me obliga a contraer alguna pequeña deuda con el ecónomo, y siento por ello pena, tristeza indecible. Esto no va bien. Es Dios quien lo permite, y con ello basta.

El talento, la memoria son dones de Dios. ¿Por qué apesadumbrarme si otro es más rico en esto que yo?, ¿no había podido recibir todavía menos de lo que Dios me ha dado? El

resultado de los exámenes, las buenas notas, son cosas que, quiera o no, me preocupan mucho. Pero, si he hecho todo lo que Dios quería de mí, ¿qué me importa el éxito o el fracaso de mis estudios?

A veces en las mismas prácticas de piedad, tras el esfuerzo de todo mi ser por mantenerme recogido, por sentir toda la dulzura del conversar con Dios, no consigo nada: el corazón parece de piedra, las distracciones se suceden sin interrupción, el Señor parece haberse escondido. La tristeza, el desaliento me asaltan, me turban. Fuera, fuera todas estas debilidades. Estemos alegres, tranquilos, incluso en estas circunstancias. Más aún consolémonos porque Dios lo quiere así. En toda coyuntura, llueva o brille el sol, haga frío o calor, dispongan de una manera o de otra los superiores grandes y pequeños, me debo encontrar siempre del mismo humor: jamás una palabra de queja o desaprobación, ni en público ni en privado; en mis labios debe aparecer siempre una sonrisa alegre, sincera, cordial; y no me deben hacer perder la cabeza los acontecimientos gratos, ni abatir el espíritu las amarguras de la vida. Con esto no se niegan las impresiones de los sentidos, las voces de la naturaleza. El placer del amor de Dios, el abandono dulce y total a su beneplácito deben absorber en mí todo lo demás, o mejor, transformar, sublimar todos los movimientos de mi parte inferior.

La práctica de este principio debe ser obra de todo momento, de todo lugar y circunstancia, y uno de los puntos principales de discusión en mis exámenes de conciencia. Jesús, manso y humilde, que pueda comprender esta verdad y aplicarla a mi vida en su perfección. Sí, Señor, porque así te ha parecido bien, cierro mi boca y no la vuelvo a abrir, pues tú eres el que actúa. Sea siempre bendito el nombre del Señor. María, virgen y madre dulcísima, ayúdame.

2. Bastó un simple pensamiento de amor propio para causar la ruina eterna de una infinidad de espíritus nobilísimos. Una debilidad de Eva al dejarse seducir por la serpiente fue la ocasión de todos los males de la humanidad. Qué lección para mí. Si es verdad que a cada pequeño acto de virtud corresponde un cúmulo de gracias,

también debe ser verdad que el descuidar, aunque sea poco, semejantes actos, cuando el Señor me ofrece la oportunidad de realizarlos, puede ser el principio de la falta de muchas gracias, sin las cuales no puedo hacer nada, absolutamente nada. A la luz de esta verdad debo considerar esas faltas mías que se suelen llamar pequeñas y que por lo general se descuidan. Aquí está el origen de la marcha lenta, desmedrada, de mi vida espiritual. No es cuestión de mayor o menor dignación o benevolencia por parte de Dios; es cuestión de correspondencia por parte del hombre. Las gracias están siempre prontas, nuestras faltas impiden su aplicación.

Por tanto, vigilancia escrupulosa a las más pequeñas ocasiones; delicadeza extrema en todas mis obras. La santidad de los santos no está edificada sobre hechos estrepitosos, sino sobre cositas que a los ojos del mundo parecen bagatelas. Jesucristo, en los primeros treinta años de su vida, me ofrece a este respecto una lección luminosa. Mira, y haz conforme al modelo.

3. Vuelvo al mismo tema, pues en medio de la aridez y desolación de espíritu en estos tres primeros días de Ejercicios Dios se ha dignado hacerme comprender un poco su importancia para el estado presente de mi alma. No sabría decir con exactitud si algunos deslices de mis primeros años alcanzaron la malicia de pecados mortales. De todos modos, para aquella edad eran cosas gravísimas, y todavía hoy, delante de Dios, me avergüenzo vivamente de ellas. Gimo como un reo; la culpa me sonroja el rostro. Después de aquellas primeras, cuántas y qué otras faltas se fueron sucediendo cada día, cada hora: distracciones, actos de amor propio, negligencias en el estudio, tiempo perdido; faltas de caridad en los pensamientos, en las palabras, en las obras; pequeñas vanidades. Dios mío, Dios mío, qué cúmulo. Bastarían para aplastarme. Soy, pues, pecador y gran pecador, lo veo, lo siento, estoy convencido, me avergüenzo de ello. Oh Dios, te suplico me perdones.

Ahora, puestas las premisas, razonemos un poco. ¿He hecho penitencia por mis pecados? No, en absoluto. Y, sin embargo, es

cierto que deberé satisfacer por todo hasta el último cuadrante. Por tanto, debo considerarme siempre en deuda con el Señor; el cuidado escrupuloso en el cumplimiento de mis más insignificantes deberes es ante todo una severísima obligación de justicia; no una atención, una añadidura. Mientras no haya pagado mis deudas no tengo derecho a quejarme de Dios porque me manda tribulaciones, arideces de espíritu y cosas semejantes. Cuando me siento como oprimido, abandonado, solo, debo inclinar dulcemente la frente, contentarme lo mejor que pueda y decir: lo merezco, sea pues. Jesús, te bendigo, te doy gracias, te amo. Aun en medio de mis miserias, el Señor me ha colmado de gracias continuas, grandes y singularísimas. ¿Por qué no han surtido su efecto? ¿Por qué a estas horas no soy un santo como san Luis, san Estanislao y más que ellos? Mis pequeñas faltas tienen la culpa.

¿Cómo puede explicarse la falta casi absoluta de recogimiento, de provecho en mis meditaciones desde los últimos Ejercicios hasta ahora, la aridez espiritual de estos primeros días de los santos Ejercicios, la dureza de mi corazón frente a las más graves y tremendas verdades que hacían temblar incluso a los santos más inocentes? Quizá se explique esto recordando las palabras pronunciadas de vez en cuando en tiempo de silencio, las demás pequeñas transgresiones del reglamento y cosas semejantes. Todo es correlativo en mi vida espiritual. Lo mismo que las gracias se llaman unas a otras, se multiplican ordenadamente, así las faltas que, sucediéndose también, destruyen los efectos de las gracias y, multiplicándose hasta el infinito, me llevan al borde del precipicio.

La conclusión es esta: cada regla quebrantada, por pequeña que sea, cada imperfección, cada palabra fuera de lugar, cada minucia es un déficit espantoso en mi vida espiritual. Por tanto, hagamos bien las cuentas. Ojo finísimo y severo: cuidado a las primeras debilidades.

4. Después de la tempestad viene la calma; así mi buen Señor, después de tres días de desolación y de espera, se ha dignado introducirme en su audiencia e iluminarme con un raudal de luz. Un

examen atento de mí mismo, sobre mis movimientos de amor propio, me ha hecho descubrir en mí, además de la imaginación que es siempre la gran loca de la casa, dos razones, por así decirlo, que se agitan e intentan imponerse: la razón razonable, la razón propiamente mía, y la razón del otro yo que hay en mí y es mi enemigo formidable. Cuando medito seriamente, cribo el bien en general y en los casos prácticos, es la otra razón la que encuentra siempre distingos y reparos, la que se burla de toda resolución mía, encuentra siempre objeciones y lenitivos a su favor; ayudada admirablemente por la imaginación, hace todo lo posible por enturbiarme la mente, echar agua a los buenos propósitos; se impone a la razón razonable, no le deja salida, siempre audaz e impertinente, siempre tirana.

Hay que estar alerta para no dejarse confundir. La mayoría de las veces se trata de un juego del demonio, que procura pescar en el río revuelto, intenta desanimarnos de ese modo y echar por tierra los mejores sentimientos y propósitos. Basta con que conciba buenos pensamientos: por ejemplo, de humildad, de repulsa contra mis pecados, con seriedad y decisión, aun cuando no vea ni comprenda todas las íntimas razones del asunto, y me mantenga firme ante cualquier asalto, conservando cerrada siempre la puerta del consentimiento. Dios se contenta con eso, no pide más.

Siempre recordaré lo que me sugiere san Francisco de Sales: «Dejar que el demonio (la otra razón, es decir, la del otro yo) golpee y grite a la puerta de vuestro corazón, presentándoos mil imaginaciones e importunos pensamientos; como él no puede entrar sino por la puerta del consentimiento, mantenedla bien cerrada y no os preocupéis de más. No os preocupéis de que las sombras rondan en torno a vuestra barca, ni temáis mientras Dios esté allí». Tratándose, pues, de pensamientos de amor propio, de reputación, de honores, de puestos eminentes y cosas parecidas, con tal de que no les dé ocasión y me esfuerce por no prestarles atención, no tengo por qué turbarme. Basta con que me mantenga duro en el no, tenazmente, sin escuchar argumentos o razonamientos especiosos, y no me canse nunca de negar mi consentimiento, aduciendo

pensamientos y sentimientos de humildad. El amor propio no tendrá nada que hacer.

5. Siempre que pienso en el gran misterio de la vida oculta y humillada de Jesús durante sus primeros treinta años, la mente se me confunde cada vez más y me faltan las palabras. Es evidentísimo: ante lección tan luminosa, no sólo los juicios del mundo, sino también los juicios y criterios de la mayoría de los eclesiásticos, desaparecen por completo, se hallan exactamente en el bando contrario. En cuanto a mí, confieso que todavía no he llegado a hacerme una idea exacta. Por mucho que me estudie, me parece que no he conseguido más que la forma externa de la humildad, pero su verdadero espíritu, el *ama nesciri* de Jesucristo en Nazaret, sólo me es conocido de nombre. Y pensar que Jesús pasó treinta años de vida oculta, siendo Dios, siendo el esplendor de la sustancia del Padre, habiendo venido a salvar al mundo, y que hizo todo esto solamente para enseñarnos cuán necesaria es la humildad y cómo debe practicarse... Yo, gran pecador, miserable en exceso, no pienso más que en complacerme de mí mismo, en complacerme por los triunfos con vistas a un pequeño honor mundano; no sé concebir ni siquiera el pensamiento más santo, sin que se introduzca en él el gusto de mi propia reputación ante los demás; aunque aparente devoción, espíritu de caridad y sacrificio, no sé soñar con un ideal purísimo, sin que el otro yo venga a buscar su parte, quiera hacerse ver, hacerse admirar de próximos y lejanos, de todo el mundo, si posible fuera. Y lo peor es que yo, en último término, no sé adaptarme sino con gran esfuerzo a la idea del verdadero escondimiento, según lo practicó y me lo enseña Jesucristo.

Confesemos, pues, al menos —y es una de las impresiones especiales de estos santos Ejercicios, que conviene recordar en todo momento— que: 1) seré tanto más realmente grande y digno de reputación ante Dios y ante los hombres y será tanto más fructuoso mi ministerio, cuanto más ame el ocultamiento; 2) en punto a verdadera humildad estoy todavía muy lejos de conocer y practicar su primer grado; 3) debo pedir continuamente al corazón

amoroso de Jesús manso y humilde luz, más luz a este respecto, y ayuda para que conciba, ya que no otra cosa, sinceros deseos de humildad más perfecta, de despreocupación por mi estima, por mi honor. No olvidaré que el Señor quiere de mí no sólo el desear ser ignorado y ser considerado como nada, sino también el ser menospreciado. Debo llegar a una humildad suficiente para poder decir: Estoy crucificado con Cristo (Gál 2,19). De momento, Jesús, concededme al menos lo que desee de veras.

6. Además de estar lleno de mí mismo y de apego a mi reputación, soy un pobre ignorante; lo palpo cada día, cada hora; y cuanto más estudio me convenzo más de ello. Debo acostumbrarme a considerarme ignorante y elegir siempre el puesto que me conviene. De este modo perderán las alas ciertas presunciones insensatas. Este sentimiento me debe acompañar siempre en clase, en el estudio, en la conversación, en todo. Me guardaré muy bien de alardear de algún conocimiento que pudiera tener. También en esto, mi lema será el deseo de ser ignorado; mi posición ante los demás superiores y compañeros, será la del niño divino, Jesús: Oyéndolos y preguntándoles.

7. Siento que mi Jesús se me va acercando cada vez más. El ha permitido en estos días que cayera yo al mar, me sumergiese en la consideración de mis miserias, de mi soberbia, para hacerme comprender más imperiosamente la necesidad de él. Cuando estoy a punto de hundirme, Jesús, caminando sobre las aguas, viene a mi encuentro sonriente para salvarme. Yo querría decirle con Pedro: Apártate de mí, que soy hombre un pecador (Lc 5,8); pero me advierte la ternura de su corazón, la suavidad de su acento: No tengas miedo (Lc 5,10). Nada temo a vuestro lado. Descanso en vuestro seno; como la oveja perdida, escucho los latidos de vuestro corazón; Jesús, soy vuestro una vez más, siempre vuestro. Contigo soy verdaderamente grande; débil tallo de junco, sin ti; soy una columna, apoyado en ti. No he de olvidar nunca mi miseria, para temblar siempre de mí mismo; pero, aunque humillado y confuso, debo con creciente confianza oprimirme a vuestro corazón, porque

mi miseria es el trono de vuestra misericordia y de vuestro amor. Buen Jesús, siempre estoy contigo, no te apartes de mí.

8. Es Jueves Santo, el gran día del Corazón de Jesús, el día de sus bodas y, a la vez, de su testamento de amor. Lo mismo que un resplandeciente rayo de sol disipa de repente las nubes del cielo y devuelve la vida, así mi buen Maestro se ha dignado elevarme, esclarecerme en este día, que es para mí quizá el más solemne de todo el año. Me he sentido inundado de una gran paz, cuando me he acercado a recibirlo; he sentido todo el gozo de su presencia, he escuchado con emoción su último discurso, las últimas palabras de adiós, y, temblando dulcemente en todo mi ser por no se qué ternura que me humedecía los ojos, le he acompañado al reposo del monumento.

De qué forma me muestra cada vez más su deseo de que en todo me consuma de amor por él en la devoción al Santísimo Sacramento. Del Santísimo Sacramento debo derivar ese deseo que siento, que me agita, de no vivir más que para Jesús, y la gracia de verme preservado de tantos pecados que ciertamente habría cometido sin su ayuda. ¿Cómo puedo quedar insensible ante tal invitación?

En la última cena, Jesús, el sumo pontífice, instituyó el sacerdocio, y ahora invita a mi miserable persona a participar de tan alto ministerio. Preparado ya desde hace varios años al gran acto por diversos grados y órdenes menores, ahora me desea a su servicio con una dedicación más solemne y una promesa indisoluble de fidelidad a él solo y de separación total de las criaturas del mundo. Jesús, cuánto anhelo ese momento tanto tiempo esperado. Ved, Jesús, que abandono patria, parientes, mis pobres redes, todo; y acudo a tu lado. Recíbeme como recibisteis a Pedro, a Juan, a Mateo y a los otros. Si no soy digno de sentarme a tu mesa, al menos me pondré a tus pies, para recoger las migajas que caen al suelo. Un día en tus atrios vale más que mil: prefiero estar en el umbral de la casa de mi Dios a vivir en la casa del malvado (Sal 83,11).

Sólo deseo una cosa: perseverar constante en tu santo amor, ser uno contigo, como tú eres uno con vuestro Padre. Cómo leo en tus últimas palabras, en la tristeza de tu divino semblante, el estallido infernal del beso de Judas, del traidor. Jesús, te lo suplico con las manos juntas, temblando de espanto: si sabes que he de faltar un día a mis promesas, hazme morir al instante antes de que dé el gran paso y te jure mi fidelidad.

9. Mi gran libro, de donde de aquí en adelante deberé tomar, con mayor cuidado y afecto, las divinas lecciones de alta sabiduría, es el Crucifijo. Debo habituarme a juzgar los acontecimientos y toda la ciencia humana de acuerdo con los principios de ese gran libro. Es demasiado fácil dejarme engañar por las vanas apariencias y olvidarme de la auténtica fuente de la verdad. Mirando al Crucifijo, veré que se me resuelven todas las dificultades, las cuestiones modernas, teóricas y prácticas, en el campo de los estudios. La solución de todas mis dificultades es Cristo.

Si hubiera de recordar todos los buenos pensamientos y sentimientos que el Señor ha tenido a bien inspirarme y hacerme sentir durante estos días, al considerar la pasión de Jesús, no me bastaría una semana. Cuando mi amor propio, aprovechando algún momento de descuido, construya sus castillos en el aire y me quiera hacer volar, pensaré en estos tres lugares: Getsemaní, la casa de Caifás, el Calvario.

El Crucifijo ha de servirme de motivo de gran aliento y alivio en mis miserias. Jesús extiende sus brazos en la cruz para abrazar a los pecadores. Cuando cometa alguna falta o me sienta turbado, me imaginaré que estoy postrado a los pies de la cruz, como la Magdalena, y que recibo sobre mi cabeza aquella lluvia de sangre y agua que brotó del corazón herido del Salvador.

El Calvario, concluye san Francisco de Sales, es el monte de los amantes, la academia del amor. Por eso debo hacérmelo muy familiar; también porque allí tuvo lugar la primera y más solemne aparición del Sagrado Corazón.

Dulzura inefable. Mi buen Jesús, al morir, inclinó su cabeza para besar a los que amaba. Y nosotros damos tantos besos a Jesús cuantos son nuestros actos de amor. Longino, dice san Agustín, me abrió con la lanza el costado de Cristo, y entré en él y aquí descanso seguro. Yo te ensalzo, Señor, porque me has librado, porque no has dejado que se rían de mí mis enemigos.

10. La hora se acerca. Pronto, preparemos las lámparas: Ya está ahí el esposo. Qué gozo y consuelo. Te doy gracias, oh Jesús, porque tan sensiblemente me haces presentir el deleite de aquel gran momento, cuando, ante toda la Iglesia, me podré consagrar irrevocablemente a tu servicio en tu altar. No te fijes en mi indignidad, sino en mis buenos deseos. Mañana, con el primer sol, cuando todas las campanas del mundo te saluden resucitado, vendrás a mi encuentro hermoso y lleno de gloria, para celebrar mis nupcias contigo. Ven, Espíritu Santo, en estas pocas horas que quedan de la noche: inflama, abrasa, destruye, vivifica, transforma mi pequeño corazón, conviérteme en vaso digno de Jesús.

María, madre queridísima, enjugad vuestras lágrimas: vuestro hijo resucitará: Reina del cielo, alégrate, me abandono en vuestros brazos, presentadme a él. San José, esposo castísimo de María, san Juan Evangelista, en cuyo gran templo seré ordenado, tú que conocistes los latidos de Jesús, comunicadme una chispa de vuestro amor. Santos Pedro y Pablo, santos mártires de Roma y del mundo, dulce san Francisco de Sales, y todos vosotros, mis santos protectores especiales y amadísimos, interceded todos por mí. Me postro ante toda la corte celestial, yo pecador, pero bendecido por Jesús; me encomiendo a las plegarias de todo el paraíso. Ángeles purísimos que seguisteis al Cordero inmaculado, recogisteis su sangre en el Calvario y anunciasteis su gloriosa resurrección, uníos a mi ángel de la guarda para suplicar al divino Espíritu, para suplir mi impotencia, para asistir a mi fiesta, para interceder por mí. Ven, ven, Señor, que mi alma te espera.

11. La dulzura de mi ordenación fue tan grande que no sé expresarla en modo alguno. Qué hermosa es tu morada, Señor

omnipotente. Mi alma suspira y desfallece por los atrios del Señor. En verdad, mi corazón y mi carne se entusiasman en busca del Dios vivo. La ceremonia de esta mañana en San Juan de Letrán fue tan solemne por sí misma —y más solemne para mí— que no la olvidaré nunca. Ahora soy realmente un hombre nuevo: la resolución está decidida. El eminentísimo Cardenal Vicario, en nombre del Sumo Pontífice y de la Iglesia, ha recibido, bendecido y consagrado mi renuncia a todas las cosas del mundo, mi entrega total, absoluta, irrevocable, a Jesucristo.

Cuando, después de la postración solemne, me acerqué al altar y el Cardenal, recibiendo mi voto, me impuso la nueva y gloriosa divisa, me pareció como si los pontífices, los confesores y los mártires que reposan en las tumbas silenciosas de la gran basílica se alzarán para abrazarme fraternalmente, llenos de gozo conmigo, y se unieran en coro a los ángeles de la resurrección cantando al glorioso Jesús, que se ha dignado elevar a esta altura a tan miserable criatura. La lengua no es capaz de expresar la ternura de ese momento, pero su recuerdo durará para siempre en mi corazón, y no dejaré nunca de bendecir el amor de mi Dios, su grandeza, sus glorias. La única palabra que logro balbucir es la expresión de san Pablo: Ya no vivo yo, es Cristo el que vive en mí (Gál 2,20). No, no soy ya mío, soy de Jesús. Lo he dicho muchas veces, pero hoy lo repito con mayor entusiasmo: Soy de Jesús. Recibe, Jesús, toda mi libertad.

Perdonadme, Señor, si, cansado como estoy, confuso por tan gran profusión de gracias, no sé presentaros mi gratitud. Este tiempo pascual será una sola fiesta para mí, en la cual, más tranquilo en el íntimo gozo de mi alma; iré gustando vuestras dulzuras, no me cansaré de vuestro festín de amor, os iré comunicando mis pensamientos, mis ideales de una nueva vida en la que se manifiesta la llama de ese amor vuestro que tuvisteis a bien encender en mi pobre corazón este día. El Señor me revistió con la túnica de la alegría: aleluya, aleluya.

12. La sagrada ordenación ha sido un epílogo felicísimo de estos santos Ejercicios. Revestido de nuevas armas, transformado en otro yo mismo, hoy salgo de nuevo a la batalla de la vida, a la conquista del reino. En el gozo purísimo que me embriaga, en el entusiasmo que me arde dentro del pecho por correr, por sacrificarme en aras de Jesús, no acierto a formular propósitos especiales. Por otra parte, mi padre espiritual me lo ha prohibido expresamente, llamando mi más viva atención sobre las conclusiones de los últimos Ejercicios de la última Navidad. Un cuidado escrupuloso en atenerme a ellas, y basta por ahora. En adelante haré lo que el divino Espíritu desee.

Notas espirituales

12 de abril de 1903, día de Pascua. Este es el día en que actuó el Señor, sea nuestra alegría y nuestro gozo. Verdaderamente Jesús me ha traído este año una gran Pascua de paz. La jornada de hoy está destinada a señalar una época en mi vida. Tras prepararme con los santos Ejercicios, se ha dignado concederme una muestra de sus más íntimas caricias, me ha hecho saborear de antemano, incluso sensiblemente, que servir a Dios es reinar. Subdiácono nuevo, consagrado oficialmente entre toda la corte celestial y toda la Iglesia a la causa de Jesús como ministro suyo, hoy verdaderamente me he visto embriagado por la seguridad de sentirme libre con la santa libertad que él nos trajo con su gloriosa muerte y resurrección; libre de todas las relaciones de la tierra y más ágil, más pronto a elevarme a las alturas del sacrificio con él y por él. Jesús, trémulo de reverencia y de amor, antes de que acabe este día soñado y esperado durante tanto tiempo, me postro ante ti para darte gracias de nuevo, como haré siempre hasta que mi vida se apague, por el gozo con que habéis inundado mi corazón, por el honor divino que me habéis concedido admitiéndome en el número de vuestros elegidos. Resucitado contigo, iluminado por los resplandores de gloria y de amor de tu Corazón, en el día solemne del triunfo, haced que sepa mantener siempre viva esta gracia vuestra que he recibido en las sagradas órdenes de ayer y que desde este día progrese verdaderamente.

14 de abril de 1903. No debo extrañarme ni lamentarme de no sentir siempre a mi Jesús tan cerca como en los días de los santos Ejercicios y especialmente en las sagradas órdenes. Las otras ocupaciones materiales o de otro género, como el estudio, el recreo, no cabe duda que sólo indirectamente me hacen dirigir la mente y el corazón a Dios. Pero así lo ha ordenado él, y me debo consolar. Mi obligación es no dejarme distraer por todas estas ocupaciones. El pensamiento de agradar a Jesús y de amarlo debe como envolver mis obras en un baño saludable, con recuerdos frecuentes y con todo un modo de obrar que es sostenido por la vida interior. San José trabajaba de la mañana a la noche, y, sin embargo, su alma y su corazón estaban siempre en Jesús. Oh amado santo, ayúdame a imitarte.

16 de abril de 1903. Mis relaciones con el prójimo serán verdaderamente santas cuando sea perfecto en el hablar. A este respecto debo observar una delicadeza singular y no dejarme inducir nunca, por ningún motivo, a hablar, aunque sólo sea menos bien, de mis compañeros o de mi prójimo. Las ocasiones de ejercitarme son innumerables a lo largo de la jornada. Las aprovecharé para elevar la mente a Dios y hacer actos de humildad profunda. Después de todo, debo estar convencido de que mi prójimo es siempre mejor que yo, y por ello digno del mayor respeto. Oh buen Jesús, pon en mi boca un centinela y un guardián en la puerta de mis labios.

19 de abril de 1903, domingo in Albis. Hoy ha terminado la octava de Pascua, y he tenido el honor de ejercer mi nuevo orden en la misa solemne del nuevo sacerdote en nuestra iglesia de San Apolinar. Pero para mí la Pascua continúa todavía, y debe continuar siempre en la verdadera resurrección del espíritu, en el progreso ininterrumpido de mi santificación. Oh mi Jesús, no, no me quiero alejar de ti. Quédate con nosotros, Señor, porque es tarde y ya ha declinado el día (Lc 24,29). Sobre todo durante el día, en las ocupaciones ordinarias, atenderé a dos cosas especialmente: a humillarme siempre, en todo, esforzándome por despreciarme ante Dios y también frente a mis compañeros, porque lo necesito mucho,

lo toco con la mano en cada momento. En segundo lugar, a permanecer siempre así humillado en la presencia de Jesús, radiante y luminoso en el esplendor de su Sagrado Corazón bajo las especies eucarísticas. Oh mi buena madre, maestra de humildad, hazme semejante a ti.

22 de abril de 1903. Pecados y melancolía, un tanto descentrado. Debo soportar también con gran tranquilidad las cosas que hieren mi susceptibilidad, los compañeros que no me resultan simpáticos; de otro modo, ¿dónde está el mérito, el agrado de Dios? Me esforzaré siempre por encontrar virtudes incluso donde parece que no existen. Sobre todo pensaré que, por el inmenso número de mis defectos, mis compañeros quizá deban hacer grandes sacrificios para soportar mi pobre persona. Humildad, pues; humildad unida siempre a la alegría de espíritu, ininterrumpida, dichosa. Oh Jesús, hazme humilde.

26 de abril de 1903. Hoy, domingo 2º después de Pascua, el seminario ha celebrado la fiesta de los tres santos niños protectores, cuyos restos mortales se conservan religiosamente bajo el altar de la capilla. Ha sido una de esas simpáticas fiestas de familia que tanto bien hacen al alma. El recuerdo de los mártires, de su fe, de su amor a Dios, aquí, en esta bendita Roma cuya tierra conserva aún la púrpura de la sangre cristiana, es cosa de todos los días; pero resulta más dulce cuando son más fuertes los vínculos que nos ligan a aquellas almas benditas. Eran tres pobres niños, frescos como tres cándidos lirios. La espada del perseguidor los segó en la primavera de la vida. Dichosos ellos. A los ojos de los necios parecía que morían, pero ellos están en paz. Sabemos de ellos que vivieron, que murieron por Cristo, y nada más. Pero Dios los conoce muy bien: sus nombres, sus virtudes están escritos en el libro de la vida; sus frentes están coronadas de gloria, su gozo es inefable; su memoria, inmortal. Oh santos dulcísimos, Florentino, Socio y Victorino, alcanzadme también a mí que mi vida transcurra escondida, en la abyección; que, desconocido del mundo, pueda derramar mi sangre por amor a Jesús, para que un día, vestido de

gloria, pueda asociarme a vuestro gozo y acompañar con vosotros al cordero adonde quiera que vaya.

28 de abril de 1903. Después de los mártires viene el confesor, el que tuvo todo el espíritu del mártir del Calvario, de igual modo que tomó el nombre y las insignias: san Pablo de la Cruz. Hoy he hecho una visita a sus restos gloriosos, todavía casi intactos en la simpática iglesia del monte Celio, en la casa de dos mártires invictos, los santos Juan y Pablo, junto al Coliseo, cuya arena está aún teñida de sangre cristiana. Le he pedido un verdadero amor a Jesucristo; a su pasión, un entusiasmo grande por la vida de sacrificio. Mientras tantas almas han sabido derramar su sangre y, si no tuvieron ocasión de ello, encontraron el modo de inmolar su vida por amor a Jesús, ¿no será capaz de imponerme la más pequeña mortificación en satisfacción de mis pecados, por mi aprovechamiento espiritual, por salvar almas? Es algo humillante para mí, tan gran pecador, ante ejemplos tan luminosos de amor al sufrimiento, de trabajo incesante por la gloria de Dios. Debo convencerme de que sin acostumbrarme desde ahora a llevar con alegría las persecuciones, los dolores físicos y morales, no me haré nunca santo, ni siquiera seré un hombre que valga algo en la viña de Jesucristo. Oh Señor mío, por las plegarias de este ilustre imitador vuestro, concédeme una paciencia grande y alegre en mis tribulaciones, y una sed ardiente de soportarlo todo contigo y por tu amor. Si padecemos con él, también seremos glorificados con él (Rom 8,17).

29 de abril de 1903. En estos días Roma está de fiesta por la venida de Eduardo VII, rey de Inglaterra. Banderas, colgaduras, adorno de las calles, uniformes flamantes, penachos, soldados, desfiles militares, recepciones, aplausos de un pueblo pronto a maldecir mañana. Es un sucederse deslumbrante, un bullicio, un alboroto, una confusión, una locura. La multitud se olvida por un momento de sus preocupaciones más urgentes; incluso las gentes de negocios, los hombres serios del mundo, sienten la fascinación de la gran novedad, y todos vociferan un poco. ¿Por qué? Por un pobre hombre, quizá moralmente inferior a tantos y tantos olvidados

por el mundo y la fortuna; un hombre a quien ayer, en el día de la solemne coronación, a la que asistía lo más selecto de Europa, el violento ataque de una enfermedad hacía objeto de compasión y de desengaño; y al que mañana un nuevo ataque del mal puede en pocos minutos hacer desaparecer de la escena y caer en el olvido para siempre. Este hombre está revestido de una gran autoridad, es rey de una de las naciones más grandes, y por ello merece que se le rindan honores, que se le respete.

El mundo hace ruido en torno a este hombre que agrada porque va bien vestido y pomposamente acompañado, y cree que aquí acaba todo lo que hay de bello y de grande, sin pensar que desde la cima del monte Mario ya no se percibe nada de lo que sucede en la ciudad; y menos aún piensa el mundo que por encima del monte Mario y de todos los montes de la Tierra, donde no se sabe nada de las bagatelas de aquí abajo, hay un Dios que ve y escucha todo, y ante el cual todos estos festejantes de hoy, y también él, este hombre, son como átomos de polvo; un Dios que un día los juzgará, y serán humillados, aniquilados, aplastados. Qué necio es el mundo en sus apreciaciones, qué ciego en sus juicios. La vistosidad de una librea, el ondear de un penacho lo trastorna, lo deja embobado, y entre tanto nadie piensa en Dios, de no ser para ofenderle y blasfemar de él; y también las personas serias se dejan arrastrar, seducir, como los hombres del siglo.

También he visto a este hombre; pero todo este jaleo me ha aburrido, me ha dejado el corazón descontento. El rápido pasar de las lujosas carrozas del gran cortejo de las majestades reales me ha hecho más evidente lo rápido que se pasa la gloria del mundo y el vanidad de vanidades, todo es vanidad (Qo 1,2).

Sin embargo, este hombre, aunque protestante, ha hecho algo verdaderamente bueno aquí en Roma. ¿Qué ha hecho? Sobreponiéndose a ciertos caprichos tendenciosos del anticlericalismo italiano y extranjero, en la cumbre de su grandeza no se avergonzó, sino que consideró incluso un honor para él visitar e inclinarse ante otro hombre, un pobre anciano perseguido, pero a

quien él ha reconocido como más grande que él: ante el Papa, ante el vicario de Jesucristo.

Este hecho hoy es tan solemne que marca una página gloriosa en la historia del pontificado romano; gesto altamente significativo el de un rey hereje de la Inglaterra protestante y perseguidora de la Iglesia católica desde hace más de tres siglos, que acude personalmente a rendir homenaje al pobre anciano Papa, tenido como prisionero en su casa. Es un signo de los tiempos que tras una noche borrascosa se ven iluminados por una luz nueva que brota del Vaticano, un retorno lento, pero vivo y real, de las naciones a los brazos del Padre común que desde hace tanto las espera, llorando su insensatez, un triunfo de Cristo Rey que levantado en la cruz atrae una vez más a sí todas las cosas.

Por eso la visita del rey Eduardo, al tiempo que me confirma en la vanidad de los rumores mundanos, me excita a dar gracias a Dios que tiene las llaves del corazón humano y, en medio de todas las intrigas de la política, encuentra el modo de hacer resplandecer la gloria de su nombre y de su Iglesia católica.

30 de abril de 1903. De la caducidad de las cosas terrenas el pensamiento corre veloz a las grandezas del cielo; del falso brillo de la pompa mundana, al resplandor sereno de la virtud. Es consolador pensar en la santa de hoy que, abyecta y despreciada, llegó a ser digna de las obras más enérgicas y provechosas para el bien de la Iglesia. Eligió lo que el mundo tiene por necio para humillar a los sabios; lo débil, para humillar a los fuertes se verifica a la perfección en la gran virgen de Siena, santa Catalina. A ella, que sólo pensaba en humillarse, esconderse, amar a su Esposo divino, le estaba reservada la tarea de devolver la paz a la Iglesia, haciendo volver al Papa a Roma. Comparados con ella, ¿qué son los sabios, los conquistadores, los grandes de su tiempo? Qué sublime lección para mi amor propio, y al mismo tiempo qué motivo de confianza en Dios que lo puede todo, suple nuestra deficiencia y nos hace verdaderamente grandes ante sus ojos y ante toda la tierra.

1 de mayo de 1903. Viva María. Los hombres del trabajo, pero sin religión y sin Dios, los pobres, explotados por los demagogos, la multitud inconsciente, andan hoy de jolgorio, gritando sus ideales, utópicos en su mayor parte, a veces justísimos, pero casi siempre desfigurados y profanados; el pueblo fiel, en cambio, inaugura el mes de mayo con un saludo a la que es madre del Verbo, la gran idea de Jesucristo, príncipe de la paz; se congrega devoto en torno al altar de María. Cuánta gracia, cuánta suavidad en esta devoción a la Virgen que enternece los corazones menos acostumbrados a los sentimientos de fe y de piedad. También yo, con todo el impulso de mi afecto a María, me pongo a sus pies, consagrándole, especialmente en este mes, mi ser y todas mis acciones, para que me alcance un amor cada vez más ardiente a Jesús.

Procuraré tener siempre ocupada mi mente con el pensamiento de María y mi corazón con sentimientos afectuosos hacia ella con muy frecuentes jaculatorias. Mi gozo será presentarle obsequios, flores, actos de virtud santificados con la invocación de su nombre y de su protección. Sin embargo, el modo mejor de hacerme grato a mi madre amadísima en este mes será la búsqueda intensa e ininterrumpida de mi perfección en las cosas comunes, en la observancia exacta del reglamento; pero sin encogimiento de ánimo, con espíritu alegre y sereno, sin cansarme de mí mismo. Oh María, tú me engendraste: ayúdame a seguirte siempre con el pensamiento, el corazón y las obras.

4 de mayo de 1903. Cuidaré especialmente de no dejarme distraer por cosas no del todo oportunas para mi aprovechamiento en la vida interior. El agua que hace hundirse a la barca penetra poco a poco por rendijas inverosímiles. En mi mente, por cada distracción se va un trozo del espíritu interior. Ojo, pues, a todo, especialmente a las cosas pequeñas. Oh María, Virgen devotísima, sosiega mi mente.

8 de mayo de 1903. Los repetidos festejos en honor del emperador Guillermo, queriendo o sin querer, han sido causa de distracción. El brillante paso de la pompa mundana en su más alta

cumbre me ha deslumbrado la vista, hasta el punto de hacerme más difícil el recogimiento interior. Este acontecimiento, tan extraordinario y de un alcance tan elevado –porque es verdaderamente obra de la divina Providencia, un verdadero triunfo del papado, el que un emperador protestante tras tantas luchas suba las escaleras del Vaticano con una solemnidad y un esplendor más bien único que raro, y se humille ante la grandeza del trono pontificio–, si, especialmente para nosotros los jóvenes, debe ser motivo de alegres esperanzas y de pura alegría, por otra parte más que distraernos debe ennoblecer el concepto que tenemos de Dios, de Jesucristo, verdadero Rey de la Iglesia y de los siglos, y llenarnos de amor sincero y ardiente a él y a su obra.

Ahora que el emperador, aplaudido, admirado, un emperador que si no fuera hereje sería el Carlomagno de los tiempos modernos, ha regresado a su casa de Berlín, las cosas han vuelto a la normalidad. También vuelvo al seno de María, al Corazón amoroso de Jesús, y tanto más me abrazo a él, cuanto mayor es la necesidad que de ello siento, más profundo el vacío que me han dejado las fiestas mundanas, más ardiente el deseo de dar algún paso adelante.

15 de mayo de 1903. En estos días tan hermosos del mes de María nuestras cosas marchan menos peor. El pensamiento de Jesús y de María de cuando en cuando me entretiene dulcemente, y gozo con él en el fondo del alma. Hoy he pasado un cuarto de hora felicísimo en la graciosa iglesia de San Joaquín, en los prados de Castello, afectuoso regalo del mundo católico a León XIII.

Mientras los católicos de acción, los animosos grupos de jóvenes ardientes han conmemorado en las distintas ciudades de Italia y de Europa la Rerum novarum del gran Papa de los obreros y festejado con alegría la democracia cristiana, yo, al no estar preparado aún para el trabajo apostólico, no he creído encontrar otro medio mejor de recordar el gran acontecimiento y prestar mi modesta colaboración de alabanza y de entusiasmo ardiente por la gran idea, que unirme más estrechamente a Jesús con el afecto y con la

oración. Yo he orado con fervor ante el Santísimo Sacramento, verdadero pan celeste que verdaderamente dará la vida al mundo; a los pies de la blanca Virgen Inmaculada, en la capilla florida y graciosa de la joven América del Norte, y sobre todo ante la hermosa imagen del Sagrado Corazón de Montmartre, tributo afectuoso de la Francia penitente y devota. Oh qué hermoso está Jesús sentado en su trono sobre el precioso altar, amoroso en aquella fiesta de santos que lo rodean, de ángeles que lo adoran. Oh, cómo la cuestión social, cuestión de vida no sólo material, sino del espíritu, en medio de la agitación de las mentes, los lamentos de los desheredados, el trabajo febril de las almas apostólicas, las luchas, las desilusiones, los triunfos, se me presenta más digna de mi atención, de mi interés, de mis votos ardientes y de mi esfuerzo, cuando, sobre el fondo del gran cuadro, me parece ver a Jesús como el sol de primavera que se alza sobre el vasto mar; el rostro sereno y manso, los brazos abiertos, el corazón resplandeciente de luz que circunda, que invade todo. Oh Corazón divino, tú eres verdaderamente la solución de todo el problema; en ti reposan nuestras esperanzas, de ti esperamos la salvación.

Volved, oh Jesús, a la sociedad, a la familia, a los espíritus, y reinad como soberano pacífico. Iluminad con los resplandores de fe y de caridad de vuestro Corazón dulcísimo las almas de los que se ocupan del bien del pueblo, de vuestros pobres; infundidles vuestro espíritu, espíritu de disciplina, de orden, de dulzura, manteniendo siempre viva en sus pechos la llama del entusiasmo.

Jesús, si un día, con tu ayuda, puedo hacer algún bien, aquí me tienes en las filas de tus combatientes. Que en tu escuela logre una preparación verdaderamente seria, profunda y eficaz de óptimos resultados, pues son muchos los peligros de perder el norte. Que llegue pronto el día en que te veamos volver en medio de la unión de los hombres en la fiesta de todos, llevado sobre los hombros del pueblo.

26 de mayo de 1903. En estos días de trabajo febril, el atender la enfermería y, más que nada, el estudio me roban todo el tiempo

posible. Pero hay un momento para todo y un tiempo para cada cosa. Entre tanto va terminando el dulce mes de María, y mis flores son pocas o poco bellas. María, soy miserable y soy hijo tuyo; mira mi corazón. Hoy el pensamiento de san Felipe me ha sostenido suavemente durante toda la jornada. Desde una tribuna de la iglesia he asistido cómodamente a las solemnes funciones de Vallicella, he saboreado la música de Capocci, he visitado con religiosa atención las habitaciones del santo, incluidas las de San Jerónimo de la Caridad, tan históricas y preciosas; principalmente he fijado mis ojos, mi pensamiento, mi corazón en la tumba gloriosa, y he rezado mucho. ¿Por qué no tendré tiempo y pluma ágil para escribir de este santo como quisiera y como el corazón me dictaría? San Felipe es uno de los santos que me son más familiares, a cuyo nombre van unidos muchos recuerdos dulces de mi historia íntima. Siento un amor particular a san Felipe, y a él me encomiendo con gran confianza.

Mi buen padre Felipe, tú me entiendes sin que te hable. El tiempo se acerca; ¿dónde está en mí tu copia?, ¿dónde el espejo de tus virtudes? Que entienda los verdaderos principios de tu escuela mística para el cultivo del espíritu, y ahonde en ellos: humildad y amor. Seriedad, seriedad, bendito Felipe, y alegría sana, purísima, y entusiasmo fecundo de grandes obras. En esta novena del divino Espíritu, tu novena de otro tiempo, volveré de nuevo a ti con frecuencia. Bendito Felipe, ayúdame a preparar la casa; acerco mi pecho helado al tuyo abrasado de amor, de Espíritu Santo. Haz que arda mi corazón.

20 de julio de 1903. Mis breves notas vespertinas presentan una laguna enorme. El trabajo acuciante de la enfermería y, en medio de esto, la urgencia de los exámenes me han quitado toda posibilidad, toda sombra de tiempo libre para atender a estas fugaces líneas. Fiestas solemnes, ocasiones estupendas, el mes del Sagrado Corazón de Jesús, días memorables, todo ha pasado sin dejar la menor huella escrita. Pero no me duele. No quiero apegarme excesivamente a estas cosas pequeñas que estaría dispuesto a

arrojar al fuego si pudiera prever que pudieran resultarme ocasión de amor propio.

Retiro de vacaciones

Roccantica (29 de agosto de 1903)

El prolongado verano en el seminario, las preocupaciones por los exámenes, los graves y extraordinarios acontecimientos de julio y agosto, y más que todo, mi miseria, debilidad e inconstancia han producido un sensible enfriamiento en el primitivo fervor. Prueba evidente fue el abandono casi total del examen particular, las distracciones cada vez más frecuentes en la meditación, casi siempre sin verdaderos resultados prácticos, menor devoción en el rezo del oficio divino; y, en general, una seguridad y desenvoltura bastante independiente, y esa falta de circunspección, de concentración de todas las facultades del espíritu en torno al propio progreso espiritual que, si se lleva a la exageración, como sucede en los primeros fervores, resulta demasiado difícil de llevar; sin embargo, en cierta medida, es indispensable en todo tiempo y circunstancia.

El presente retiro es una dulce y amorosa invitación de Dios al fervor de antaño. La experiencia del pasado sirve, no obstante, para mantenerme humilde, para hacerme ver que soy incapaz de hacer algo realmente bueno. Pero nada de desalientos, sino más ahínco y mayor denuedo. Mi muerte puede estar cerca y, si mi lámpara está vacía... Oh Jesús bendito, ten piedad de mi alma.

Viniendo a lo práctico, prometo poner atención muy especial en tres cosas: examen particular que, como de costumbre, tendrá por objeto mi conducta en las oraciones y prácticas de piedad; oficio divino, rezado en lugar y tiempo oportuno, con gran reverencia y suma atención; visita al Santísimo Sacramento, con infinitas jaculatorias y actos de amor hacia él durante el día. Y así el buen Jesús y la Virgen Santísima, cuya novena de la Natividad estoy comenzando, tengan a bien recibirme de nuevo en sus brazos, confortarme en el vencimiento de mí mismo y en el progreso de la virtud y de su dulcísimo amor. Amén.

Breves Ejercicios de principio de curso Roma (1-3 de noviembre de 1903)

El retorno a la vida ordinaria del seminario me ha hecho un gran bien. Ninguna sacudida notable en estos Ejercicios; tan sólo una invitación a vivir con más recogimiento e intensidad.

Dios atiende a mi provecho espiritual. Cuanto advertí en el retiro de vacaciones sigue sin mejoría por culpa de mi indolencia. Pobre de mí. Qué triste prueba de auténtica virtud y progreso espiritual he dado, después de las innumerables gracias que el buen Señor ha tenido a bien concederme, especialmente el curso pasado. Me empeñaba en pasar por hombre hecho y derecho, y resulta que soy un crío. Pues bien, como niño que se arrepiente del mal cometido, vuelvo de nuevo, pero con mayor seriedad, a mis propósitos. Hoy me parece sentir la seguridad de que ya no faltaré, con la gracia de Dios.

En especial, quiero aplicarme de veras y como es debido al gran ejercicio del examen particular diario. Es la promesa más solemne que hago al Corazón siempre amoroso de Jesús, como fruto de este santo retiro. La pongo en manos de san Carlos, insigne adalid de la reglamentación eclesiástica. Y como los superiores han dispuesto que no sólo atendiera a mi formación, sino también, como prefecto, a la vigilancia de otros, pongo este nuevo curso escolar bajo los auspicios del gran arzobispo, verdadero modelo de educadores y corazón generoso de sacerdote y apóstol.

Además de mi conducta en el rezo de las oraciones y en las prácticas generales de piedad, haré objeto de mis exámenes diarios el uso de mi lengua, como cosa que, mal regulada, puede comprometer más mi carácter y mi nueva y delicada posición. Será, pues, principio general e idea fija, que no me debe abandonar un solo momento, el altísimo deber que con mayor fuerza me ha sido impuesto en orden al buen ejemplo en todo, incluso en las cosas que parecen insignificantes. Viviré siempre como si todas mis acciones debieran realizarse en presencia de mis alumnos y mi

conducta fuera criterio infalible de la suya. A fin de cuentas, me hallo siempre en presencia de Jesús, que me habrá de juzgar.

EE. EE. para la ordenación de diácono (9-18 de diciembre de 1903)

Enséñame a cumplir tu voluntad, pues tú eres mi Dios (Sal 142,10). Una vez más —y es la tercera en el breve período de un año— me llama el Señor en este santo retiro. El Maestro está ahí y te llama. Deberían ser estos Ejercicios tres piedras miliarenses en el camino de la virtud; en cambio, si bien ha habido algo positivo, queda muchísimo, todo, por hacer. Me humillo, avergonzado de mi miseria, pero no me acobardo. Como peregrino en los grandes calores del verano a orillas de un río, me lanzo de nuevo a las aguas saludables de la gracia, para purificarme y tomar un suave baño de amor, como decía el venerable cura de Ars, más gozoso al pensar en Jesús, que me aguarda sonriente en la otra orilla. Todo, Dios mío, queda en vuestras manos.

Consagro estos Ejercicios al divino Corazón, ante todo, y a la Virgen Santísima Inmaculada, sintiéndome feliz de poder inaugurar de esta manera, la mejor para mí, el año jubilar que recuerda la definición dogmática de su inmaculada concepción. Me encomiendo a la especial protección de mi buen ángel custodio, a la intercesión de san Ignacio, de san Carlos Borromeo —mi singular protector en este último curso de mis estudios teológicos y de mi preparación al sacerdocio—, del amable san Francisco de Sales y de los dos gloriosos diáconos, los santos Esteban y Lorenzo, modelos sublimes de caridad ardiente a Dios y al prójimo, mártires invictos por la fe cristiana. Dame inteligencia para cumplir tu ley (Sal 118,34).

1. El hombre ha sido creado por Dios para que lo reverencie, lo alabe, lo sirva y con esto se salve. Como persona que reverencia a Dios, debo mantenerme siempre penetrado del sentimiento de su divina presencia. Mi porte ha de ser tan digno como si Dios estuviera siempre delante de mí, de la manera que solía aparecerse a los patriarcas y profetas, dejándolos envueltos en un reverente temor. El cuerpo derecho, sin arrogancia; alta la cabeza, con los

ojos bajos, especialmente en los lugares más concurridos; el paso, moderado y ligero; el trato, a un tiempo reservado y espontáneo; las palabras, oportunas y medidas; el rostro, siempre alegre, pero también con cierto aire de gravedad, no afectada, sino natural. Todo mi porte exterior debe mostrar a mi prójimo que estoy ocupado en el pensamiento de Dios, a quien contemplo, aunque invisible, en todo instante. El espíritu debe dejarse absorber por ese sentimiento. Dios, que me ve y me ilumina con su luz, se fija en todas mis pequeñas acciones, incluso en los movimientos casi imperceptibles del corazón. La miseria inmensa, el recuerdo de las culpas cometidas y de las innumerables gracias pasadas y presentes son cosas que me deben mantener tan habitualmente unido a Dios, tan delicado de conciencia, que no necesite otros argumentos para inducirme a ello.

2. La conclusión preciosa y sublime de las meditaciones de este primer día es el gran principio de la indiferencia. En teoría, hago milagros a este respecto, pero en la práctica soy el hombre que menos uso hace de tal principio. Cuando en torno a mí acaece cualquier hecho que afecte incluso indirectamente a mi persona, la imaginación y el amor propio me atormentan de manera extraordinaria. Sin embargo, la clave de bóveda del edificio espiritual consiste precisamente en esto: en hacer no mi voluntad, sino la de Dios; en estar habitualmente dispuesto a aceptar las cosas más diversas, por desagradables que sean a los sentidos y a mi soberbia. En los asuntos de importancia, el problema está resuelto: no haré ni más ni menos de lo que dispongan los superiores y el padre espiritual. El hueso duro no reside en hacer las cosas según la obediencia, sino en conformar mi entendimiento y mi voluntad al querer y al consejo de los superiores, pisoteando mis opiniones particulares, aunque hermosas y santas en apariencia, y las inclinaciones de la fantasía y del otro yo.

Por tanto, nada de ansiedad o castillos en el aire; pocas ideas, pero correctas y serias, menos deseos. Sólo una cosa es necesaria (Lc 10,42). Sueños dorados de trabajar mejor así que de tal otra manera, planes fantásticamente iluminados de lo que podré hacer el

día de mañana, el próximo año, más tarde. Fuego, fuego a todo eso. Seré lo que el Señor quiere que sea. Es duro pensar en una vida escondida, olvidada, tal vez despreciada por todos, sólo conocida por Dios. Es el amor propio lo que se resiste. Sin embargo, mientras no llegue a hacerme tal violencia que esa vida me resulte, no ya indiferente, sino amable y apetecible, no habré hecho todo lo que Dios quiere de mí.

3. ¿Qué sería yo, aun cuando tuviera toda la ciencia de los ángeles, si concibiese en la mente pensamientos de soberbia como los primeros prevaricadores? Sería un demonio, ni más ni menos. Pero el hecho es que soy inmensa e increíblemente ignorante con respecto a los ángeles. Durante un día doy pábulo a innumerables sentimientos de amor propio. ¿Qué soy entonces? ¿Qué merecería, si el Señor quisiera cada vez castigarme? Ay, Dios mío, es como para echarse a temblar con sólo pensarlo. Pero precisamente por eso debo pensarlo a menudo.

4. La penitencia es en este mundo un elemento esencial de una vida buena y es medio necesario para una plena felicidad después de la muerte. Por tanto, no hay que hacerse ilusiones: me debo acostumbrar oportunamente, y en estos años más hermosos de mi vida, a padecer, a amar la mortificación. Imitar a los santos en sus asperezas me parece imposible. No obstante, debo hacerme familiar el pensamiento de la mortificación, siempre, en las cosas pequeñas, especialmente en la comida. No acercaré nunca a mis labios ningún dulce que no tenga su gota amarga. ¿No es esa, por lo demás, la práctica de la Divina Providencia, la cual nunca nos manda un consuelo sin que vaya acompañado o seguido de algún dolor?

5. Entre las cosas inconcebibles para mí figura también esta: la posibilidad en que también mi alma se encuentra de poder caer un día en el infierno. No puedo pensarlo sin sentirme aterrorizado. Y lo grave es que allí quepo también yo: basta que me abandone a la vida de tibieza para ponerme al borde del abismo; un pecado me puede dar el último empujón, como a cualquier otro infeliz pecador. Miserable de mí. Este solo pensamiento me debe mantener

humillado: también puedo caer, y nunca lo pienso. Señor mío, te lo repito una vez más: con tal de que me libres de aquel lugar, estoy dispuesto a todo, incluso a dejarme pisotear como el polvo del camino. Abrásame aquí con la llama de tu amor.

6. Oh muerte, bienvenida es tu sentencia (Si 41,2). ¿Para qué pienso en el mañana, en las tesis, en los doctorados y en tantas otras estupideces, cuando la voz de Dios no me asegura el día presente ni mucho menos me promete los futuros? Debo hacer, con toda la aplicación del espíritu, cuanto Dios quiere de mí en cada uno de los momentos, dejando que él se preocupe del futuro. Debo procurar que me resulte familiar el pensamiento de la muerte, el cual es maestro de la vida; me guardaré especialmente del apego a cosa alguna, aun pequeña: ropa, cuadros, libros, escritos e incluso objetos de devoción, en atención a que un día habré de abandonar todo, al ser abandonado por todo y por todos.

7. La idea de los exámenes me asusta; no sé cómo presentarme a mis profesores, a todo el cuerpo docente reunido, para demostrar que he estudiado. ¿Y qué hará mi alma, sola, pobre pecadora, ante toda la corte celestial, ante Jesús, juez divino y severísimo? Los santos temblaban de espanto con sólo pensarlo, se ocultaban en los desiertos, y eran santos. Cuán necio soy. Tiemblo cuando no hay razón; y donde hay que aterrorizarse, ni siquiera pienso. Tengo, pues, que ser más objetivo. Menos miedo por los exámenes de aquí abajo, y más aplicación para ganar méritos y hacer buenas obras que me dulcifiquen el tremendo juicio de Dios.

Otra observación: ¿por qué tanta angustia y preocupación por el éxito de mis estudios? En el fondo, todo sucede con vistas a la opinión que puedan formarse de mi persona, porque soy esclavo del juicio de los hombres, esclavo de mi amor propio. Qué insensatez. ¿Qué me importa el juicio de los hombres? ¿Son ellos quienes han de premiarme? ¿No es Dios el término de todos mis actos? Debo aprender a afrontar el juicio de los hombres, a despreocuparme de él, a no afectarme en absoluto; porque, en el ejercicio del ministerio sacerdotal, me veré obligado con frecuencia a contrariarlo y

desafiarlo, si quisiere hacer algún bien. Si tratara de agradar a los hombres, decía san Pablo, no agradaría a Dios.

8. Mi padre espiritual insiste en que, durante estos santos Ejercicios, me ocupe ante todo de mi amor propio, del otro yo, pues no seré realmente grande ni útil para nada hasta que no me despoje por completo de mí mismo. El amor propio. Qué problema, si lo pensamos bien. ¿Quién ha logrado definir en qué consiste? ¿Qué filósofo se ha ocupado de él? Y es la cuestión más importante que traemos entre manos, una cuestión decisiva. ¿Y quién piensa en ello? Sin embargo, Jesucristo —y lo estoy viendo en las meditaciones de estos días— en sus grandes enseñanzas no hace sino mostrarnos cómo se ha de luchar prácticamente contra este enemigo mortal que corrompe todas nuestras acciones.

Es una exposición, un conjunto doctrinal admirable, que me da que pensar; aunque no lo escucho por vez primera, me muestra ciertos perfiles que me parecen nuevos, me manifiesta ciertas honduras desconocidas y maravillosas. Pero —y aquí aumenta el estupor— la vida de Jesús, considerada bajo tal aspecto, es una revolución de todo el mundo, una contraposición de los modos de ver, sentir y razonar incluso en las personas piadosas y realmente buenas. Por nuestra parte, o somos santos del todo, esforzándonos por alcanzar el tercer grado de humildad, el padecer y el ser despreciado, o no somos nada: con el primer grado, las lecciones de Jesús resultan apenas sin fruto, y el amor propio sólo queda suprimido en apariencia. Tal es la conclusión. Pero, entonces, ¿qué hago yo, que ni siquiera he alcanzado el primer grado de humildad?

Amable Jesús, me pongo a vuestros pies, seguro de que vos sabréis realizar lo que ni siquiera soy capaz de imaginarme. Yo os quiero servir hasta donde vos queréis, a toda costa, con cualquier sacrificio. No sé hacer nada; no sé humillarme, es lo único que sé decir y os lo digo con firmeza: quiero humillarme, quiero amar la humillación, el descuido hacia mí por parte de mi prójimo; me arrojó con los ojos cerrados, con cierto gusto, en el diluvio de desprecios, de padecimientos y abyección en que os plazca colocarme. Siento

repugnancia en decíroslo, siento angustia en el corazón, pero os lo prometo; quiero padecer, quiero ser despreciado por vos. No sé qué voy a hacer, incluso no me creo a mí mismo, pero no desisto de quererlo con toda la fuerza de mi alma: padecer, padecer y ser despreciado por ti.

9. Al leer el precioso libro del P. Faber, El Santísimo Sacramento, he hallado un pensamiento magistralmente desarrollado por el autor y que me ha hecho una gran impresión. Entre las flores del altar, es decir, entre los efectos de una buena devoción al Santísimo Sacramento, ocupa el primer puesto el gozo espiritual; el gozo como elemento importantísimo de la vida espiritual, atmósfera de las virtudes heroicas, espíritu, instinto, genio, gracia indescriptible. El gozo, en concreto, ha de considerarse como factor de esa libertad de espíritu que es la única capaz de unir las cualidades aparentemente incompatibles de la vida espiritual, soltando las riendas a la familiaridad del amor, y secundariamente como amiga inseparable de la mortificación. Debemos procurar nuestro gozo, para mantener mortificado nuestro espíritu, y practicar la mortificación, para aumentar nuestro gozo. Debo, pues, mantenerme siempre e invariablemente alegre, pero sin dejar ni un momento de mortificarme. Es el amor propio lo que paraliza el desarrollo del espíritu e infunde tristeza; la mortificación es principio de vida, serenidad y paz.

Los santos son de un humor tan festivo, los monjes y las monjas son criaturas tan alegres, porque, como san Pablo, castigan su cuerpo y lo reducen a servidumbre con inexorable rigor y con una vigorosa discreción. Quien se mortifica disfruta de una alegría de origen puramente celestial.

10. La fe es una virtud tan corriente que casi, especialmente por parte de los eclesiásticos, no se la toma en cuenta. Es como el aire de la vida cristiana, y ¿quién se da cuenta de él, quién presta atención al aire que respiramos? Todo esto me presenta una aplicación práctica de esta virtud, muy importante en los tiempos que corren. Procuraré guardar bien mi fe, como un santo tesoro, y

pondré sumo cuidado en empaparme de ese espíritu de fe que va poco a poco desapareciendo por culpa de las llamadas exigencias de la crítica, al soplo y a la luz de los tiempos nuevos. Si el Señor me concede una vida larga y que llegue a ser sacerdote de algún provecho para la Iglesia, quiero que se diga de mí —y me gloriaré de ello más que de cualquier otro título— que fui un sacerdote de fe viva, sencillo, de una pieza con el Papa, y por el Papa, siempre, incluso en las cosas no definidas, en los más pequeños modos de ver y sentir. Quiero ser como aquellos buenos sacerdotes bergamascos de otro tiempo, cuya memoria vive entre bendiciones y que no veían ni querían ver más allá de cuanto veía el Papa, los obispos, el sentido común, el espíritu de la Iglesia.

Mi estudio procurará siempre, en todas las ciencias sagradas y en todas las cuestiones teológicas o bíblicas, investigar antes la doctrina tradicional de la Iglesia, y a partir de ella juzgar los datos recientes de la ciencia. No desprecio la crítica, y me guardaré muy bien de pensar mal o de faltar al respeto a los críticos; es más, me gusta la crítica y seguiré con entusiasmo los últimos resultados de sus investigaciones, me pondré al corriente de los nuevos sistemas, de su desarrollo incesante, estudiaré sus tendencias; la crítica para mí es luz y verdad, y la verdad es santa y una sola. Sin embargo, me esforzaré siempre por poner en tales discusiones, donde con harta frecuencia prevalecen entusiasmos irrazonables y apariencias deslumbrantes, una gran moderación, armonía, equilibrio y serenidad de juicio, aunque junto con una prudente y circumspecta amplitud de miras. En los puntos muy dudosos procuraré más bien callar como ignorante que aventurar proposiciones que puedan en un ápice apartarse del recto sentir de la Iglesia. No me asombraré nunca de nada, aun cuando ciertas conclusiones, dejando —por supuesto— intacto el sagrado depósito de la fe, resultaran un tanto sorprendentes; el asombro, generalmente, es hijo de la ignorancia. Más bien me consolaré de que Dios disponga todo para hacer cada vez más nítido y puro el sano tesoro de su revelación. En general, será mi norma escuchar todo y a todos, pensar y estudiar mucho,

ser muy lento en el juzgar, no comentar, no hacer ruido y procurar no alejarme un ápice del sentimiento de la Iglesia.

Entre tanto haré especial profesión de una gran sencillez en observar, en tener cuenta de todo, en compadecer a todos, en no pretender juzgar todo hasta sus últimas consecuencias, singularmente en aquellas cosas en que mi piedad y el sentimiento popular puedan conseguir notables ventajas espirituales. Aquí en Roma, sobre todo, debo tomar ocasión de todas las cosas, incluso insignificantes, aun no del todo confirmadas por datos o motivos ciertos, para alimentar mi fe, sin dejar nunca que envejezca, para educarla en una fortaleza varonil y decidida, y junto con una ternura inefable y una simpática ingenuidad. También aquí se ha de aplicar el gran consejo de Jesús: Os aseguro que si no cambiáis y os hacéis como niños, no entraréis en el reino de Dios (Mt 18,3).

11. ¿Qué haré, una vez terminados los santos Ejercicios? La multitud de ideas y sentimientos de estos días, especialmente en torno a la práctica de la santa humildad, me ha creado cierto escepticismo en cuanto a mi aprovechamiento espiritual y a mi progreso real en el camino de la perfección cristiana. Nada más vano que tal escepticismo: es una tentación del demonio.

Para no sobrecargarme demasiado y confundirme sin resultado positivo, debo hacer una sola cosa —es mi padre espiritual quien me la impone—: vivir no de día en día, como san Estanislao de Kostka, sino de hora en hora, como san Juan Berchmans. La acción que debo realizar en tal momento, y nada más: ese debe ser el objeto de todos mis cuidados y el mejor ejercicio de perfección. La relación entre una y otra acción, la sucesiva serie de acciones, el armónico concurso de todas para formar en mí al hombre, al sacerdote virtuoso y perfecto, será una consecuencia natural, aunque inadvertida a primera vista, de la perfección con que procuraré realizar cada uno de los actos. Dios no mira el número de acciones, sino el modo como las hago; él reclama el corazón, no otra cosa. Un exquisito sentido de la presencia de Dios, como

término de todo, y un total olvido de mí mismo: sólo estas dos cosas; mi acción, sea la que fuere, está completa.

El P. Faber dice que nuestras acciones deben ser como otras tantas estatuas arrodilladas y con amorosa actitud, con las manos juntas y los ojos dirigidos al cielo, llenos de adoración y en el total olvido de sí. Atenderé mis ocupaciones conforme vayan sucediéndose, con calma, con compostura, con inefable sencillez, como si hubiera venido al mundo precisamente para esa acción, como si Jesús me la hubiera mandado con su propia boca y estuviese a mi lado mirándome. De lo demás, de las otras obligaciones, me preocuparé después, una tras otra, sin muestra alguna de prisa, sin angustias, sin dejar nada incompleto, sin tosquedad en el trato, sin negligencias. Perseverando de este modo, ¿qué lugar quedaría para el amor propio? ¿No sería entonces grande, incalculable, el fruto de los santos Ejercicios?

12. Todas las dificultades que me parece encontrar al lanzarme generosamente por el camino de los desprecios y las humillaciones, desaparecen como por encanto ante las grandes lecciones que me da mi divino Maestro en su dolorosa pasión. Es cierto y lo toco con la mano: La solución a toda dificultad es Cristo y este crucificado. El venerable P. Claudio de la Colombière se llenaba de asombro al contemplar la franqueza, el arrojó, la sangre fría con que aguardó Jesús la hora de las ignominias, abrazándolas con divino entusiasmo. Yo, en medio de mi confusión, sin saber balbucir palabra, siento en mí un indecible aliento que me invita a probarlas a toda costa, a sumergirme en el mar de las humillaciones, seguro así de lograr vencerme a mí mismo, con la gracia de Dios. Conforme me vayan sobreviniendo las pequeñas ocasiones en mi vida de seminario —y las grandes en mi vida de ministerio— de abajarme y anonadarme, seguiré el consejo de mi padre espiritual: imaginarme otros tantos cuadros de la pasión, ante cuyo espectáculo me resultará fácil cualquier sacrificio.

Entre tanto, a la luz viva de los ejemplos de Jesús, renuevo —y no me cansaré de renovarlo— mi firme propósito de ser humilde;

humilde y despreciado. Jesús fue traicionado por un discípulo que acababa de levantarse de su mesa; fue renegado por otro, objeto especial de su benevolencia; fue abandonado por todos, y sólo responde con palabras de amistad y con miradas amorosas de perdón. Así, pues, me guardaré de dar señales de desagrado por las desatenciones o faltas de gratitud o de respeto por parte de las personas a quienes hubiere hecho algún beneficio.

Jesús, calumniado como seductor, tachado de ignorante, falseadas sus doctrinas, expuesto a los escarnios y las burlas de todos, calla humildemente, no confunde a sus calumniadores, se deja golpear, escupir en el rostro, azotar, tratar como loco, y no pierde su serenidad, no rompe su silencio.

Yo, pues, permitiré que se diga de mí cuanto se quiera, que se me relegue al último puesto, que se echen a mala parte mis palabras y mis obras, sin dar explicaciones, sin buscar excusas, antes bien aceptando gozosamente los reproches que pudieran venirme de los superiores, sin decir palabra.

Jesús en la cruz, náufrago en un mar inmenso de dolores e ignominias, no profiere queja alguna, sólo tiene sentimientos de compasión y perdón para sus enemigos. También yo, en las pruebas que el Señor tuviere a bien mandarme, me esforzaré por no decir nada, ni siquiera desahogándome con los amigos; si me mortifican, especialmente con malos resultados en materia de estudio, inclinaré la cabeza sin mendigar adulación de nadie, sorbiéndome en paz mi confusión, con gozo y sin angustiarme por nada, como si se tratara de un regalo, de una palabra dulce, de una caricia que Jesús me hiciese. En todas las circunstancias, sólo quiero presumir de la cruz de nuestro Señor Jesucristo (Gál 6,14).

13. Esta penúltima tarde de mis santos Ejercicios, después de haber meditado la pasión de Jesucristo, me he sentido lleno de una gran paz; especialmente al escuchar la lectura del refectorio, durante la cena, sobre la vida del venerable Claudio de la Colombière, donde se hablaba concretamente de los movimientos de la gracia obrados en él con ocasión de los santos Ejercicios,

mientras se hallaba en Londres: he experimentado una especie de ardiente deseo de entregarme por completo, con mano fuerte, a la consecución de la auténtica santidad, precisamente lanzándome por este camino de la santa humildad y abyección delante de Dios y de los hombres; he sentido un poderoso impulso encaminado a comunicar un fervor nuevo y más intenso a todas y cada una de mis prácticas de piedad y al cumplimiento de todos mis otros deberes como alumno y como prefecto; a rejuvenecer sobre esta base toda mi vida espiritual. Pero temo mucho que, pasada esta primera impresión, pueda volver a las mismas condiciones de antaño; por lo cual no ceso —ni cesaré nunca— de pedir al buen Jesús que no se canse de mantener mi ímpetu, con los mismos sentimientos que experimento hoy; que siempre tenga piedad de mí, me sostenga en toda circunstancia. Preveo las caídas, por desgracia. Pero no las quiero, Jesús, no las quiero. Corazón de Jesús, todo está en vuestras manos; soy mísero, pero os amo, os amo, os amo.

14. Cada vez que oigo hablar del Sagrado Corazón de Jesús o del Santísimo Sacramento, percibo una impresión de inefable alegría; siento como una oleada de amables recuerdos, de dulces afectos y gozosas esperanzas que se comunican a toda mi pobre persona, que me sacuden llenándome el alma de suave ternura. Son llamadas amorosas de Jesús, que me quiere todo suyo, allí donde está la fuente de todo bien, junto a su Sagrado Corazón, misteriosamente palpitante tras los velos eucarísticos. La devoción al Sagrado Corazón me ha acompañado toda mi vida. Aquel buen anciano que era mi tío Javier, apenas fui, recién nacido, lavado en la fuente bautismal, me consagró en la pequeña iglesia de mi pueblo al Sagrado Corazón, para que creciera bajo sus auspicios, como buen cristiano. Recuerdo, entre las primeras oraciones que aprendí sobre las rodillas de aquella bellísima persona, la hermosa jaculatoria que hoy tanto me gusta repetir: Dulce Corazón de Jesús, haz que te ame cada vez más.

Recuerdo todavía que, cuando año tras año —el domingo IV de septiembre— se celebraba en mi parroquia la fiesta del Sagrado Corazón, todos la llamaban la fiesta de mi tío Javier, y él se

preparaba con mucho fervor, invitándome a mí, de manera acomodada a mi edad, a hacer otro tanto. En la intención de mis padres y de mi tío, yo no iba a ser más que un buen campesino como ellos. En cambio, el Sagrado Corazón me quiso entre sus elegidos, y se sirvió de aquel varón de Dios, el P. Rebuzzini, mi párroco, de santa memoria, también enamorado del Sagrado Corazón, por cuyo triunfo tanto trabajó en su juventud, durante tiempos borrascosos

15. No puedo olvidar, aquel año de 1895 en que recibí la primera tonsura, el Congreso Eucarístico de Milán, que tanta atracción produjo en mí hacia el Santísimo Sacramento. No olvido las charlas a los seminaristas en el seminario y las visitas vespertinas en mi pobre iglesia de Sotto il Monte, durante las largas vacaciones de otoño; y las reiteradas consagraciones al Sagrado Corazón de Jesús, el estudio laborioso en torno a aquel panegírico que nunca pronuncié, la lectura de tantos libros o escritos referentes a la preciosa devoción. Recuerdo con vivo placer estas cosillas, de poco relieve, porque fueron otros tantos puntos de apoyo de que se sirvió, a través de mis grandes miserias, el Sagrado Corazón para llevarme a la participación de otras mayores gracias aquí en Roma y cuya fuente no parece todavía haberse agotado.

Hoy, todo lo que se refiere al Sagrado Corazón de Jesús me resulta familiar y doblemente querido. Mi vida me parece destinada a desenvolverse a la luz irradiante del sagrario; me parece que en el Corazón de Jesús debo hallar como la solución de todas mis dificultades. Me parece también que estaría dispuesto a dar mi sangre por el triunfo del Sagrado Corazón. Mi deseo más ardiente es poder hacer algo por ese precioso objeto de amor. A veces el pensamiento de mi soberbia, de mi increíble amor propio, de mi gran miseria, me atemoriza, me desanima, y pierdo aliento; pero pronto hallo motivo de consuelo en aquellas palabras que dijo Jesús a la beata Margarita: «Yo te he elegido para revelar las maravillas de mi Corazón, porque eres un abismo de ignorancia y miseria».

Sí, quiero servir al Sagrado Corazón de Jesús, hoy y siempre. Quiero que mi devoción a él, oculto en el Sacramento del amor, sea el termómetro de todo mi progreso espiritual. El resumen de mis resoluciones en estos santos Ejercicios consistía en querer hacer todo lo que he venido anotando hasta este punto, en unión íntima con el Sagrado Corazón de Jesús Sacramentado. Así, el pensamiento de la presencia de Dios y del espíritu de adoración tendrá, en todos mis actos, por término inmediato a Jesús, Dios y hombre, realmente presente en la santísima Eucaristía. El espíritu de sacrificio, de humillación, de desprecio de mí mismo a los ojos del mundo, se verá iluminado, sostenido y confortado por la idea continua de Jesús humillado, anonadado en el Santísimo Sacramento.

Me será cosa dulce abajarme y confundirme en unión con el Corazón divino, tan ultrajado por los hombres; y cuando el mundo no tenga para mí sino olvido y desprecio, mi mayor gozo será buscar y hallar aliento solamente en ese Corazón que es la fuente de todos los consuelos. Llamo la atención de mi mente y voluntad sobre dos prácticas especiales de la vida diaria: la santa comunión y la visita vespertina, sin hablar de las continuas aspiraciones con que me esforzaré habitualmente por asaetear al Corazón del Verbo, como hacía san Luis. Determino no concederme reposo hasta que pueda considerarme realmente anonadado en el Corazón de Jesús.

Oh Corazón divino, no sé hacer otra cosa sino prometer y mostrar así el afecto que hoy me parece sentir hacia ti, con un gran temor, eso sí, por el mantenimiento de mis propósitos. No permitas que un día, al volver sobre estos pensamientos míos, lea en ellos mi condenación.

16. En estos santos Ejercicios Dios me ha levantado un poco más el velo de mis miserias, de mi soberbia, y me ha comunicado algunos impulsos fortísimos en orden a operar eficaz y radicalmente mi seria santificación, mientras el Espíritu Santo, en el sagrado orden del diaconado, se dispone a producir la santificación sobrenatural de mi alma. Si renovara por escrito otros propósitos

más detallados, no haría más que repetirme, con poco o ningún provecho. Presencia de Dios, humildad, amor ardiente a Jesús: eso es todo. Haz eso y vivirás (Lc 10,28). Concluyo mis santos Ejercicios a los pies de María Inmaculada, igual que los comencé felizmente bajo sus auspicios. Es este el año de la fiesta, de los triunfos de María, al mismo tiempo que el último de mis estudios teológicos, el año de mi ordenación sacerdotal. Qué feliz coincidencia para mí. Se me llena el corazón de gozo purísimo con sólo pensarlo. El tiempo es breve, luego no nos detengamos, aprovechemos el tiempo practicando el bien. Jesús y María, ayudadme para que este sea definitivamente mi año de salvación.

3 Ordenación Sacerdotal y Secretario de Mons. Radini Tedeschi (1904-1914)

1904

Año de la ordenación sacerdotal

Fiesta de la Sagrada Familia, 24 de enero de 1904. Hoy, al volver a la vida de este mes, me dispongo a revisar las condiciones de mi alma. Poco y breve. Hay algo, sí, pero bastante poco. En el fondo sigo siendo pecador, me renuevo con gran lentitud. Especialmente el amor propio me ha dado mucho que hacer, por lo que se refiere al poco feliz éxito de mis resultados escolares. Es una verdadera humillación, confesémoslo; en la práctica de la auténtica humildad y del desprecio a mí mismo estoy todavía dando los primeros pasos.

Las oraciones, más bien apresuradas, a trompicones, sin calma duradera, sin serenidad de espíritu. Me he tornado más remiso en la práctica de la mortificación, demasiado débil ante las más pequeñas ocasiones; aunque propongo aprovechar toda migaja de tiempo, pierdo horas enteras sin sacar provecho alguno; he sido poco reservado en la conversación, en las expansiones e incluso un poquillo en las críticas. En general, necesito una vida más intensa, vida de virtud, mayor aroma espiritual en todo, más fuerza de carácter y perseverancia en los propósitos.

Vuelvo a mi trabajo más enseñado por mi propia experiencia. Ante todo, la santa meditación. Con tal de que esté ocupado en ese tiempo tan precioso, es suficiente; podré pensar, si el tema propuesto es poco atrayente, en la pasión de Jesús, en las condiciones de mi alma, humillándome abiertamente de mis culpas; en afectos dirigidos a Jesús, en propósitos prácticos para la jornada. En clase, mortificación de la lengua, severa y constante. Cuántas flores podré, de este modo, presentar a Jesús todos los días.

En la conversación, gran cuidado con lo que se dice y cómo se dice; guardarme de hablar mal de nadie, incluso indirectamente;

observar siempre cierta dignidad no afectada; máxima delicadeza al referirme a los superiores; gran cosa también no hablar demasiado de cosas referentes a mí; no volcar todo —ni a todos— lo que siento dentro de mí.

Sumo cuidado en atesorar todo minuto de tiempo que deba dedicarse al estudio, lejos de cualquier lectura ajena a las asignaturas. En este asunto quiero ser muy rígido, como si cada noche, antes de acostarme, tuviera que rendir cuentas a Jesús de las cosas aprendidas y del tiempo perdido.

En general, unión familiar y afectuosa con el Sagrado Corazón, con la Virgen Inmaculada, por medio de jaculatorias, pensamientos y aspiraciones. Me dejaré llevar menos por el amor propio que me acucia, fijándome siempre con toda la energía del alma en la actividad que tenga entre manos, sin preocuparme de otra cosa. En ti espero, Señor Jesús.

Retiro de Semana Santa, 28-30 de marzo de 1904. Para no repetir los acostumbrados lamentos, las mismas cosas de tantas y tantas veces, me limito a señalar el carácter especial de estos breves días de santo retiro. Ahora ya lo hecho, hecho está; del pasado sólo me queda la confusión por mis infidelidades; y el agradecimiento eterno por los singulares favores de que Dios me ha colmado.

Se acerca el día bendito de mi ordenación sacerdotal, y voy gustando de antemano su gozo inefable. En vísperas de un acontecimiento tan solemne en mi vida, me siento en la obligación de redoblar la intensidad de mis esfuerzos para disponerme a él lo menos indignamente que me sea posible, pues la gracia sacerdotal se infunde una sola vez, y más recibe quien más puede contener.

Procuraré, pues, pasar estos últimos meses en gran recogimiento de espíritu, dirigiendo todos mis pensamientos y acciones al punto donde me espera Jesús. Recuerdo todos aquellos simpáticos ejercicios de piedad de mis primeros años de seminario, para mantener siempre fresco, puro, perfumado mi fervor,

complaciéndome en volver a ser aquel pequeño seminarista por el empeño en la piedad sencilla y laboriosa de aquellos años felices. No obstante, será mi afán preferido dedicarme, en la medida en que me lo permitan las nuevas ocupaciones, a aquellas devociones pequeñas, pero dulces, a mis santos protectores: los tres jóvenes Luis, Estanislao y Juan Berchmans; san Felipe Neri, san Francisco de Sales, san Alfonso de Ligorio, santo Tomás de Aquino, san Ignacio de Loyola, san Carlos Borromeo, etc., etc.

EE. EE. de preparación al presbiterado, en el retiro de los PP. Pasionistas de los santos Juan y Pablo en el Celio (1-10 de agosto de 1904)

1. En estos primeros días poco he concluido. Sin embargo, el mismo lugar donde vivo y las personas que desfilan ante mi vista me provocan excelentes sentimientos y me sugieren serias reflexiones. He meditado especialmente en la santa indiferencia, en la cual he puesto atención también en otros Ejercicios; pero, en cuanto a la práctica, siempre me he quedado en cero. Dios me preserve de caer en pecados graves, que cometería ciertamente con gran facilidad. Afirmo también que quiero llegar a la perfección, pero de hecho querría que el camino de la perfección fuera trazado por mí y no por Dios. En el fondo, todos mis temores y mis turbaciones de este curso por los estudios, por el peligro de que me retirasen de Roma, y las razones a que intentaba recurrir, vienen a confirmar este hecho. Una cosa son las palabras y otra los hechos. Mi indiferencia debe ser una gran sencillez de espíritu, dispuesta a cualquier sacrificio, y poca filosofía; sobre todo, oración y confianza en Dios.

Me debo guardar, especialmente cuando las cosas no van a mi gusto, de desahogarme con cualquiera, a menos que sea con quien dirige mi espíritu o con quien de algún modo pueda ayudarme. Comentando con otros pierdo todo el mérito que podría conseguir. Además, nunca debe abandonarme la santa alegría, pues en

cualquier acontecimiento en él vivimos, nos movemos y existimos (He 17,28).

¿Qué será de mí en el futuro? ¿Seré un buen teólogo, un jurista insigne, un cura de pueblo o un simple sacerdote? ¿Qué más me da todo eso? Seré lo que sea según las disposiciones divinas. Mi Dios es todo: Mi Dios y mi todo. Todo ello, mis ideales de ambición, de hacer un buen papel ante el mundo, ya se preocupa Jesús de convertírmelos en humo. Me debo convencer de que, pues Dios me quiere, no será para mí ningún proyecto en que entre la ambición; por tanto, me resultará inútil andar cavilando en ello.

Soy un esclavo: no puedo moverme sin el consentimiento del amo. Dios conoce mis talentos, lo que puedo y lo que no puedo hacer por su gloria, por el bien de la Iglesia, por la salvación de las almas. No es necesario, pues, que le dé consejos en las personas de sus representantes, como son mis superiores. ¿Acaso no parece, cuando estudiamos los primeros años de la vida de los santos, que se lanzaron por un camino totalmente contrario para sí con respecto al que parecían tenerles destinado sus aptitudes naturales y sus espléndidas cualidades? Sin embargo, llegaron a ser santos: reformadores de la sociedad, fundadores de órdenes insignes. Tenían la práctica de la santa indiferencia: estaban dispuestos a escuchar la voz de Dios, que también a ellos les hablaba como me habla a mí; no medían las tareas con su amor propio, sino que se entregaban decididamente a todo lo que Dios quería de ellos.

Mira, pues, querido, mira y haz conforme al modelo (Éx 25,40): todo. Mis proyectos de palabra y de obra son puro amor propio; siguiendo mis maneras de ver, trabajaré, sudaré, y luego viento, viento. Si quiero ser verdaderamente grande, un gran sacerdote, debo despojarme de todo, como Jesús en la cruz, y juzgar todos los acontecimientos de mi vida y las disposiciones superiores que me afecten, con espíritu de fe. Por favor, no llevemos la crítica a ese campo: oh santa sencillez, oh santa sencillez.

2. Vuelvo al tema de la indiferencia, porque en el fondo es para mí el hueso más duro. Hagamos un poco de examen. Este año mis

faltas consistían, generalmente, en una ausencia de fervor contra la que no sirvieron de nada circunstancias muy solemnes. En particular, lamento la aridez en las oraciones, especialmente en la comunión y meditación: distracciones casi continuas, poco cuidado en examinar el progreso espiritual; en suma, cierta tibieza continuada. ¿Cuál fue la causa? A mi juicio, creo no equivocarme diciendo que fue, sobre todo, la falta de indiferencia. En primer lugar, ese afán loco de estudiar, a fin de cuentas con la intención de hacer un buen papel en los exámenes, ante los ojos profanos del mundo eclesiástico; en segundo lugar, el trabajo intelectual del amor propio, temeroso, despavorido por la amenaza de un aviso que desvanecía mis esperanzas de color de rosa, cosas excelentes en sí, pero no sin un lado débil, al menos en cuanto al modo. Dios, al ver que mi corazón comenzaba a dividirse, a agitarse, me dejó un poco de su mano, y me sé lo que ha sucedido. Por tanto, sea el pasado escuela para el futuro. Caminemos no de día en día, sino de hora en hora. Me debo dejar gobernar por Dios con suavidad y también con sacrificio de mí mismo, para conservar el fervor, la paz del corazón, y lograr un verdadero progreso espiritual.

3. El estudio. Cuántas ideas preconcebidas tengo en esta materia. He terminado por juzgar como juzga el mundo, me he dejado infatuar por las ideas en boga. El estudio no debía de ser una gran cosa: el segundo elemento de una vida sacerdotal eficaz y también una segunda tabla de salvación en nuestros tiempos. Dios me libre de tener en poco el estudio, pero guardémonos también de dar al estudio un valor excesivo y absoluto. El estudio es un ojo, el izquierdo; si falta el derecho, ¿de qué vale un ojo solo, el estudio solo? ¿Qué soy yo, a fin de cuentas, con mi doctorado? Nada, un pobre ignorante. ¿En qué podría beneficiar a la Iglesia con eso solo? En consecuencia, he de reformar un poco mis ideas en torno al concepto que tengo del estudio. También aquí se requiere equilibrio, armonía de criterio y de obra. Estudiar siempre, sin concederme reposo: «Os digo a cada uno de vosotros que no se tenga en más de lo que debe tenerse, sino que procure pensar siempre de sí con sencillez». Debo ser docto, pero como san

Francisco de Sales. A fin de cuentas, ¿qué son esas personas que se dicen listas?, ¿qué saben? Muy poco; no hablo, naturalmente, de quienes son doctos en el sentido estricto de la palabra. Cuán sabia es la frase de nuestro Santo Padre Pío X a los jóvenes seminaristas: Hijos míos, estudiad, estudiad mucho; pero sed buenos, muy buenos, por amor de Dios.

En lo sucesivo estudiaré con mayor ahínco, pero sin pretender cambiar el nombre a las cosas; más que para los exámenes, procurar siempre estudiar para la vida, de suerte que el estudio se me convierta en una segunda naturaleza.

4. El lego que me arregla el cuarto y me sirve a la mesa, el buen hermano Tomás, me hace meditar bastante. Es ya entrado en años, de modales correctísimos, alto de estatura, metido en su hábito negro, muy largo, al que nunca alude sin llamarlo santo. Siempre alegre, no habla sino de Dios y del amor divino; nunca habla mirando al rostro de su interlocutor. En la iglesia, ante el Santísimo Sacramento, permanece postrado en el desnudo pavimento, inmóvil como una estatua. Vino de España hasta Roma para hacerse pasionista, y vive feliz siendo el servidor de todos, sencillo como una criatura sin ideales atrayentes, sin espejismos brillantes, pobre hermano lego para toda la vida. Ante la virtud del hermano Tomás, soy realmente nada. Debería besar el borde de su sayal y ponerme a escucharlo como maestro. Pero el hecho es que casi soy sacerdote, colmado de tantas gracias. ¿Dónde está mi espíritu de penitencia, de humildad, mi modestia, mi espíritu de oración, mi verdadera sabiduría? Ah, hermano Tomás, hermano Tomás, cuántas cosas me enseñas. Cuántos pobres hermanitos legos, cuántos desconocidos religiosos resplandecerán de gloria un día en el reino de Dios. ¿Por qué yo no he de conseguir otro tanto? Oh, Jesús, infúndeme espíritu de penitencia, de sacrificio, de mortificación.

5. El buen padre director me ha rogado que, durante las horas de paseo, haga compañía a un joven protestante que fue recibido para prepararle a la abjuración. Pobre joven, qué pena me da. Es bueno, pero en los nueve mejores años de su vida —ahora tiene dieciocho

— fue completamente imbuido por la instrucción que tan bien saben, a su modo, impartir los protestantes. No hay prejuicio contra la Iglesia católica que él no conozca, no hay artículo del cuerpo doctrinal herético que ignore. Para mí, su compañía, si bien me proporciona alguna distracción, no deja de hacerme bien, mientras toco con la mano otro grave peligro que padece nuestra fe en Italia, tan amenazada por las sectas. Lástima que los hijos de las tinieblas sean más prudentes que los hijos de la luz. De momento, lo que quiero señalar es la gravísima obligación que tengo de dar gracias a Dios por el inestimable don de la fe: basta conversar algunas horas con un protestante para comprender toda su importancia. Por tanto, la alabanza del Señor está siempre en mi boca (Sal 33,2), de una manera especial por este motivo. En cuanto a los infelices que se encuentran fuera de la Iglesia..., compadecerlos, pobres hijos, orar mucho por ellos y aplicarse con todas las fuerzas y con gran amor a procurar su conversión.

6. Pensemos en el sacerdocio y pensemos seriamente. Me encuentro aquí en este santo retiro precisamente para tal fin. Es cosa grande, el acto más solemne de mi vida. Si desde lo alto de este monte, cuya cima tocaré dentro de pocos días, me vuelvo atrás sobre mis pasos...

Aquí terminaron las humildes notas de aquellos EE. EE., pero no terminaron las santas impresiones de aquellos días, que fueron días de bendiciones. A la distancia de ocho años (escribo en 1912) las tengo todavía fijas en la mente; y quiera el Señor que nunca las olvide. Sobre todo, fue madurando entonces cada vez con más fuerza en mi espíritu un vivo deseo, un propósito de total aniquilamiento de todo mi ser junto al Corazón de Jesús, para que, despojándome de mí mismo, mi divino Maestro me hallara más dócil a sus insinuaciones, más valioso instrumento para hacer el bien, el gran bien de la Iglesia, no en los lugares y de las maneras que prefiriese mi amor propio, sino sencillamente, ciegamente, abandonándome a la voluntad de los superiores. Contribuyeron, en los últimos días, a hacerme más provechoso el retiro algunas fervorosísimas pláticas de uno de aquellos buenos padres (los

ordenandos éramos unos diez, de distintos países y colegios: se hallaban, entre otros, un florentino alumno del Capránica, un portugués, don Nicolás Turchi, que en 1901 fue compañero mío en el Seminario Romano, otro clérigo de Roma, etc). Me ayudó bastante el ejercicio diario del viacrucis que hacíamos todos juntos en la capilla, la lectura de la vida del nuevo beato, Gabriel de la Dolorosa, que se hacía por turno durante las comidas, la función de la tarde en la rica capilla donde reposa el cuerpo de san Pablo de la Cruz (era la novena de la Asunción), el gran ejemplo de austeridad que daban aquellos padres. Recuerdo todavía la impresión que experimentaba cada noche, cuando ellos se levantaban para maitines, y el rumor de los pasos y del largo hábito negro a través de los oscuros corredores. Pero lo que especialmente me llamaba la atención era la solemnidad de los recuerdos cristianos en aquel lugar venerable. Desde mi ventana contemplaba el Coliseo, Letrán, la vía Appia. Desde el jardín se divisaba el Palatino y el Celio con todos los monumentos cristianos que lo coronan: San Gregorio, etc. Junto al lugar donde yo estaba, se hallaba la basílica de los santos Juan y Pablo, a la que bajaba todas las tardes, como he dicho, para la novena de la Asunción. Debajo de la basílica, la casa de los mártires; cerca de mi cuarto, el cuarto donde murió san Pablo de la Cruz. Allí nos dedicábamos por las tardes a ensayar la santa misa. Todo, en fin, me hablaba allí de santidad, de generosidad, de sacrificio. Señor, cuántas gracias te doy por haberme mandado a aquel santo lugar para mi inmediata preparación al sacerdocio.

La víspera del feliz día de mi ordenación, el buen P. Luis del Rosario, que atendía a los ejercitantes y que me había dado muchas pruebas de benevolencia, tuvo a bien acceder a un deseo mío y acompañarme a visitar algunos lugares más venerables. Fui con él a San Juan de Letrán a orar en aquella basílica, a renovar mi acto de fe; luego pasé a la Scala Santa y de allí a San Pablo Extramuros. ¿Qué dije al Señor aquella tarde junto a la tumba del Apóstol de las gentes?

Despuntó el alba de aquella bienaventurada fiesta de san Lorenzo. Mi vicerrector Spolverini me fue a buscar al convento.

Atravesé la ciudad en silencio. La inolvidable ceremonia tuvo lugar en la iglesia de Santa María de Monte Santo, en la plaza del Pópulo. Recuerdo todavía perfectamente todas las circunstancias de aquel acontecimiento. El consagrante era Mons. Ceppetelli, vicergerente; ayudaban en el altar algunos alumnos del colegio Capránica. Cuando, terminado todo, alcé los ojos después de pronunciar el juramento eterno de fidelidad a mi superior Praelato Ordinario, vi la bendita imagen de la Virgen, en la que —lo confieso— no me había fijado antes: parecía sonreírme desde el altar e infundirme con su mirada un sentimiento de dulce tranquilidad espiritual, de generosidad, de firmeza, como si me dijese que estaba contenta y dispuesta a protegerme siempre; parecía, en una palabra, comunicarme al espíritu una oleada de dulcísima paz que nunca olvidaré.

El buen vicerrector me acompañó al seminario, donde no había nadie, pues estaban todos de campo en Roccantica. Mi primera tarea fue escribir inmediatamente una carta a mi obispo, Mons. Guindani de feliz memoria. Le decía en pocas palabras lo que dije al Señor a los pies de Mons. Ceppetelli: le renovaba mi obediencia. Cuán feliz soy de poder renovar aquella promesa ahora, ocho años después. Escribí luego a mis padres haciéndoles partícipes, a ellos y a toda la familia, del gozo de mi corazón, invitándoles a dar gracias conmigo al Señor y a pedirle que se digne conservarme fiel. Por la tarde me quedé solo, solo con mí Dios que tanto me había encumbrado, solo con mis pensamientos, con mis propósitos, con mis dulzuras sacerdotales. Salí. Recogido con el Señor, como si Roma estuviera desierta, visité las iglesias de mayor devoción, los altares de los santos que me habían sido más familiares, las imágenes de Nuestra Señora. Fueron visitas muy breves. Me parecía como si aquella tarde tuviera una palabra que decir a todos, como si aquellos santos tuvieran también cada uno una palabra para mí. Y de verdad así era.

Visité, pues, a san Felipe, san Ignacio, san Juan Bautista de Rossi, san Luis, san Juan Berchmans, santa Catalina de Siena, san Camilo de Lelis y otros. Oh santos benditos, que disteis entonces

testimonio al Señor de mis buenos deseos, pedidle ahora perdón de mis debilidades y ayudadme a mantener siempre encendida en mi corazón la llama de aquel día inolvidable.

Al día siguiente, el simpático vicerrector me acompaña a San Pedro para celebrar allí la primera misa. Cuántas cosas me dijo aquella gran plaza cuando la atravesé. Había pasado por allí muchas veces, y siempre con emoción; pero aquella mañana... Y dentro, el templo majestuoso, uno de los recuerdos más venerables de la historia de la Iglesia. Bajé a la cripta, junto a la tumba del Apóstol. Se encontraba allí un grupo de amigos, invitados por el vicerrector. Recuerdo a Mons. José Palica, mi profesor de moral, a Don Enrique Benedetti, a Don Pedro Moriconi, a Don José Baldi, a Don Enrique Fazi y a otros. Dije la misa votiva de los santos Pedro y Pablo. Qué consuelos en aquella misa. Recuerdo que, entre los sentimientos de que rebosaba el corazón, uno dominaba a los demás: un gran amor a la Iglesia, a la causa de Cristo, del Papa; una entrega total de mi ser al servicio de Jesús y de la Iglesia; un propósito, un sagrado juramento de fidelidad a la cátedra de San Pedro, de trabajo incansable por las almas. Y aquel juramento, que adquiriría una especial solemnidad por el lugar en que me encontraba, por el acto que realizaba y las circunstancias que lo acompañaban, lo conservo todavía aquí vivo y palpitante en el corazón más que cuanto la pluma sea capaz de describir. Dije al Señor junto a la tumba de san Pedro: Señor, tú lo sabes todo; tú sabes que te amo. Salí de allí como aturdido. Los pontífices de mármol y bronce colocados a lo largo de la basílica parecían mirarme desde sus sepulcros con un significado nuevo en aquel día, como para infundirme ánimos y gran confianza.

Hacia el mediodía me esperaba un nuevo consuelo: la audiencia del papa Pío X. Me la consiguió mi vicerrector —cuán agradecido le estoy por todo lo que hizo por mí aquellos días benditos— y me acompañó a la misma. Cuando el Papa llegó hasta mí y el vicerrector me presentó, él sonrió y se inclinó para escucharme. Yo le hablaba de rodillas: le dije que me sentía dichoso al poder ofrecer a sus pies los sentimientos que por la mañana, durante la primera

misa, había depositado junto a la tumba de san Pedro, y se los expuse brevemente, como pude.

El Papa entonces, permaneciendo inclinado y poniéndome la mano sobre la cabeza, casi hablándome al oído, me dijo: «Bien, así me gusta, hijo, pediré al Señor que bendiga especialmente estos sus buenos propósitos y sea usted de verdad un sacerdote según el corazón de él. Bendigo también todas sus demás intenciones y a todas las personas que en estos días se regocijan con usted». Me bendijo y me dio a besar la mano. Siguió luego adelante, habló con otros; creo que con un polaco. Pero de pronto, como siguiendo el hilo de su pensamiento, volvió a mí y me preguntó cuándo iba a volver a casa. Le dije: Para el día de la Asunción. «Oh —respondió—, qué fiesta habrá allá en su pueblecito (antes me había preguntado cuál era) y cómo sonarán ese día las hermosas campanas de Bérgamo». Y siguió su camino sonriendo.

Por la tarde de aquel feliz día de san Lorenzo fui a Roccantica, la residencia de vacaciones del Seminario. Acudió Don José Picirilli a recibirme a la estación de Poggio Mirteto. La entrada en la residencia, vagamente iluminada, fue para mí muy emocionante: en la capilla aquellos buenos compañeros cantaron un hermoso Tú eres sacerdote. Al día siguiente, una fiesta felicísima. Comulgaron todos. Mons. Bugarini, el rector, me ayudó a misa; al evangelio pronunció un sermón mi buen director espiritual, el P. Fransco Pitocchi, redentorista. Demasiado bueno fue conmigo aquel padre..., el cariño le puso un velo en los ojos. Y la dulce fiesta se prolongó el día entero. El día 13 celebré la misa en la Annunziata de Florencia. Cumplía así un deber de gratitud para con aquella querida Virgen a quien antes del servicio militar había consagrado mi pureza. El 14 estaba en Milán junto a la tumba de san Carlos... Cuántas cosas le dije. Desde aquel día se hizo más fuerte el vínculo de veneración y de amor que ya me unía a él. El 15, fiesta de la Asunción, a Sotto il Monte. Cuento aquel día entre los más gozosos de mi vida, para mí, para los parientes, para los bienhechores, para todos.

¿Para qué he recordado todo esto? Para que también de este papel brote la voz de invitación a mantenerme fiel a mis promesas, agradecido al Señor por el bien que me ha hecho; para que brote perenne la protesta —si llegare a ser infiel— y todo sirva para hacerme sacerdote digno de mi dignidad y no indigno de Jesús, a quien sólo corresponde la gloria.

4 de noviembre de 1904, retiro espiritual de principio de año. Sigue sin cambio, en cuanto a propósitos generales, todo lo que escribí en las cuatro tandas de Ejercicios preparatorios a las sagradas órdenes. Para mantener siempre ordenada mi conducta y apoyar mi progreso espiritual, en ciertos puntos estable, hago objeto de mi diligencia particular los siguientes propósitos, que pongo humildemente bajo la protección y los auspicios de san Carlos Borromeo en este amable día de su festividad.

1. Por la mañana, desde que me despierte hasta algún tiempo después de la santa misa, me dedicaré exclusivamente a pensamientos y cosas espirituales: oraciones vocales, santas lecturas, meditación, rezo del oficio divino, etc.;
2. Seré escrupuloso en practicar de propósito y con provecho el examen particular, que haré cinco minutos antes del mediodía;
3. Pondré sumo cuidado en hacer la visita diaria al Santísimo Sacramento con fervor muy singular. Al Santísimo Sacramento y al Sagrado Corazón de Jesús les debo todo: seré, pues, un alma enamorada del Santísimo Sacramento;
4. No me acostaré nunca sin haber rezado al menos los tres nocturnos del día siguiente. Fuera todo lo demás: el breviario debe ocupar siempre el puesto de honor;
5. Seré inexorable en hacer el retiro mensual al menos desde la tarde anterior hasta el mediodía del primer domingo de cada mes;
6. Observaré puntualmente el reglamento del seminario como si fuera uno de los alumnos más pequeños, recordando siempre que toda mi influencia sobre los jóvenes, como prefecto, dependerá enteramente del buen ejemplo que les dé;
7. Renuevo con mayor fuerza el propósito de practicar la máxima modestia en los paseos. El ser sacerdote no me preserva de las graves caídas. El cuidado de la modestia sirve mucho para mantenerme recogido y conservar el

fervor del espíritu; 8. Máxima atención al tiempo, en particular al del estudio. Primero, las materias del curso y de la clase; luego, con moderación, las demás cosas; 9. En todo, humildad, gran fervor de espíritu, discreción y cortesía con todos, alegría siempre y serenidad de mente y corazón. Corazón de Jesús inflamado de amor por nosotros, inflama nuestro corazón en el amor tuyo.

8 de diciembre de 1904, 50º Aniversario de la proclamación dogmática de la Concepción Inmaculada de María. Recordaré este día entre los más solemnes de mi vida. Hoy he experimentado una gran alegría, con el corazón lleno de gozo purísimo, al asistir a los solemnes triunfos de María, en la basílica vaticana y en todas las iglesias de la ciudad.

Fue una competición cordial y amorosa con que toda Roma quiso mostrar, una vez más, su afecto a la Virgen bendita. El gran templo lleno de fieles, el esplendor de la grandiosa ceremonia: allí, en aquel lugar, el más venerado de toda la tierra, desde lo alto del ábside resplandeciente en una gloria de luz vivísima, la imagen de María Inmaculada parecía sonreír al Papa, en la majestad de la pompa pontifical, a la corte imponente de cardenales, de obispos llegados en gran número desde todos los puntos de la tierra, de dignatarios eclesiásticos y laicos, mientras en la celebración de los sagrados misterios se difundían las armonías de Perosi como voces celestes por las amplias naves y subían en busca de ecos más dignos hasta la inmensa cúpula. Espectáculo de fe. Triunfo de María. No creo que en la tierra se pueda imaginar alabanza mayor y más maravillosa. Yo, confundido entre la muchedumbre de los jóvenes seminaristas de todos los países, pero lo suficientemente cerca de la confesión para poder contemplar casi todo el desarrollo de la imponente ceremonia.

1906

Peregrinación a Tierra Santa (18 de septiembre 22 de octubre)

Don Ángel Roncalli no hizo en 1905 la habitual tanda regular de EE. EE. Tomó parte, por primera vez, en una peregrinación a Lourdes, donde recibió impresiones felices e imborrables, que gustosamente solía recordar. Entonces visitó varios santuarios de Francia, entre ellos la basílica del Sagrado Corazón de ParayleMonial y los lugares santificados por Juan María Vianney en Ars. Del 19 al 21 de abril de 1905, antes de comenzar su actividad como secretario de Mons. Radini Tedeschi, obispo de Bérgamo, Don Ángel Roncalli pasó tres días de retiro con los Camaldulenses de Frascati. De tales días no existe nota alguna (NdE).

Del 18 de septiembre al 22 de octubre de 1906, en lugar de los EE. EE., tomó parte en la III peregrinación italiana a Tierra Santa, presidida por el obispo Mons. Radini. De aquel itinerario Juan XXIII nos ha legado algunos testimonios impresionantes, vibrantes de sincera piedad. A continuación reproducimos dos fragmentos suyos, uno escrito en Caná y otro en Jerusalén (NdE).

Caná, 30 de septiembre de 1906. Parto de Caná, pero no sin dejar aquí un deseo, un voto cordial. En Caná obró Jesús su primer milagro, realizó la primera afirmación de su divinidad. Pero en Caná, de unos mil trescientos habitantes, la mayoría son musulmanes, los demás son griegos cismáticos; sólo unos pocos, muy pocos, unos cincuenta, son católicos, y estos, como poco más o menos todos los católicos de Palestina, no son tampoco muy buenos ni fervorosos. Quiera el Señor que el nuevo altar hoy solemnemente consagrado y dedicado al primer milagro de Jesús convoque en torno a sí a todas estas almas dispersas y las junte en la unión de la fe católica, en la práctica fervorosa y constante de la vida cristiana.

Jerusalén, 4 de octubre de 1906. Misa pontifical de Mons. Radini Tedeschi. Y cuando monseñor, después de haber comparado el aturdimiento de las piadosas mujeres ante la piedra removida con el sentimiento de estupor y dolor que experimentan los cristianos llegados aquí de lejanos países ante el desorden y la confusión de hombres y de cosas, de lenguas, de ritos, de fe que envuelve el santo sepulcro, salió con una decidida invitación a Cristo triunfante

para que vuelva en el fulgor de su gloria sobre la piedra removida, no a dispersar, sino a congregar, y se repita aquí sobre todo, y todo el Oriente lo repita a su vez, y resuene desde las estepas de Rusia y desde África el eco del un solo rebaño y un solo pastor... Los ojos, los corazones de todos estaban pendientes de los labios del Obispo, emocionados, con el corazón de él en un único sentimiento, en el deseo común de que vuelvan realmente al redil todos los hermanos disidentes. ¿Y por qué el deseo de hoy, con el concurso unánime de toda la cristiandad, no podría convertirse en la realidad de mañana? A nosotros, pues, nos toca recoger y cultivar ese deseo tan admirablemente expresado. A Dios confiamos el resto, en la certeza de que la palabra de Cristo se tornará realidad, sobre todo aquí en Jerusalén: un solo rebaño y un solo pastor.

1907

Ejercicios en la casa de la Sagrada Familia Martinengo (1-7 de septiembre)

Por fin he podido recogerme después del mucho tiempo que deseaba estos Ejercicios. He pasado revista a los viejos propósitos y he experimentado las mismas impresiones. Mi vida sacerdotal se ha resentido bastante ante las vicisitudes de estos mis primeros años de sacerdocio, en los que no he tenido nunca tiempo de pensar seriamente en mí mismo. Mi alma ha estado siempre como repartida entre mil pequeñas preocupaciones y compromisos, cosillas de nada, pero que no terminan nunca. Siento la necesidad de dar gracias a Dios, no sólo por haberme preservado de culpas graves, sino también por las gracias inmensas, innumerables, dulcísimas, ordinarias y extraordinarias, con que nunca ha cesado ni cesa de colmar mi espíritu. Cuántas gracias, Dios mío, especiales, inefables. Este solo pensamiento es suficiente para invitarme a reavivar el fervor y recordarme el propósito de una vida sacerdotal realmente santa. Sí, Jesús, acepto vuestra invitación: quizá la

última, porque ¿quién sabe cuáles son vuestros designios sobre mi vida? Y vuelvo a vuestros brazos, a vuestro corazón amoroso.

Mi cargo de secretario del Obispo y la dedicación a la enseñanza, que este año ha aumentado, caracterizan toda mi vida, vida de gran recogimiento, de oración, de estudio. En una palabra, he vuelto a ser seminarista, y como tal quiero vivir. Recuerdo todo lo que he consignado por escrito cuando estaba en Roma. Sí, hay pensamientos prácticos e impresiones siempre oportunas. Añado pocas cosas y muy pocos propósitos, sobre los cuales volveré, sin embargo, en mis exámenes.

1. Mis ocupaciones, en casa y fuera de casa, ininterrumpidas, insistentes, han introducido un pequeño desastre en mis ejercicios de piedad. Cada cosa ha de volver a su puesto. Pienso ser inexorable en este punto. Los maitines y laudes los rezaré siempre por la tarde; antes de la misa, un poco de meditación a toda costa: media hora, veinte minutos, un cuarto de hora y, si no puedo eso, al menos diez minutos, pero la meditación no debe ser omitida nunca. No saldré jamás de la capilla sin antes haber rezado también las horas menores. La hora de levantarme dependerá según los casos, de modo que haya tiempo suficiente para todo. Por regla general, me levantaré a las cinco y media: incluso acostándome a las once y media, dispondré de seis horas de descanso, que pueden ser suficientes.

2. También en estos Ejercicios he sentido grandes impulsos por la devoción al Santísimo Sacramento y al Sagrado Corazón de Jesús. Esta devoción fue todo para mí: ahora que soy sacerdote, debo ser todo para ella: Con él va, con él viene, con él está siempre la enamorada mente, decía Tasso del alma enamorada de Dios. Así debe ser mi vida: en torno al Santísimo Sacramento. Nunca omitiré la visita diaria, pero procurando volver con frecuencia junto a Jesús a lo largo del día, aunque sólo sea para saludarle. Debo observar con Jesús los mismos miramientos que observaría con un amigo a quien tuviera que hacer los honores de casa. Mi devoción al Santísimo Sacramento y al Sagrado Corazón debe reflejarse en

toda mi vida: en los pensamientos, en los afectos, en las obras, de modo que viva sólo para ella y en ella. Insisto mucho en mi preparación y en la acción de gracias de la santa misa. Pongo también atención en el retiro mensual, que haré el primer domingo de mes o el día más cercano y oportuno, y en el examen espiritual, que haré escrupulosamente después del mediodía, añadiéndolo al rezo de vísperas.

3. Uno de mis defectos principales es no haber encontrado todavía la justa medida del tiempo. Debo hallar el modo de hacer muchas cosas en poco tiempo; a este respecto, pondré gran cuidado en no perder un solo minuto en cosas inútiles, como conversaciones sin una finalidad concreta, etc. Inmediatamente después del desayuno, despacharé los asuntos que me impone mi cargo, como correspondencia, etc. El tiempo restante me queda para la clase, que prepararé siempre con gran diligencia. Los periódicos los leeré en las horas más cansadas: después de la comida, por ejemplo; en los paseos, entre tarea y tarea. Todos los días, especialmente por la noche antes de acostarme, leeré algún buen libro que pueda serme útil para el espíritu.

4. Mi cargo de secretario del Obispo me impone deberes graves y reservas muy delicadas. Procuraré constantemente poner atención en los unos y en las otras. Deberes de la más alta reverencia para con el Obispo, siempre: con la mente, con el corazón, con las obras, en privado y en público, obediencia completa y unidad de espíritu con él; deberes de buen ejemplo y de una conducta auténticamente sacerdotal delante de todos; deberes de caridad y dulzura en todas las ocasiones. Delicada reserva habré de practicar especialmente con la lengua: hablar poco y bien, sobre todo saber callar, aunque sin ostentación, sin resultar pesado a nadie, antes bien conservando la máxima tranquilidad de espíritu y serenidad con todos, la máxima cortesía en los modales y las palabras, de modo que nadie se ofenda. Seguiré, en suma, el precepto de san Pablo a Tito: Presentándote como ejemplo de buenas obras, y nunca olvidaré lo que me dijo el Santo Padre Pío X cuando vine a Bérgamo con el señor Obispo: Así que, Don Ángel, criado fiel y prudente... y

prudente. En cuanto a las observaciones del mundo, alegrarse y hacer el bien, y dejar que los pájaros canten.

1908

EE. EE. con el Sr. Obispo Martinengo (25-31 de octubre)

1. Doy gracias a Dios una vez más porque se ha apiadado de mí hasta el presente y por la nueva gracia de estos santos Ejercicios. El primer resultado es un profundo sentimiento de mi enorme miseria y la renovación del viejo propósito de querer santificarme a toda costa, empezando inmediatamente, pues los años buenos y preciosos pasan volando.

2. Todavía advierto en mí falta de calma y tranquilidad en mis obras, aun cuando esto no aparezca externamente. Las numerosas tareas que tengo encomendadas terminan por trastornarme la cabeza y el corazón y no me permiten atender seria y completamente a nada, con gran detrimento del espíritu de piedad. Así que mayor calma, mayor orden en todo, y las prácticas de piedad, sobre todo y a toda costa.

3. Siento gran necesidad de un espíritu más ardoroso de oración y de unión más íntima y confiada con el Señor en medio de mis ocupaciones. Me propongo, pues, con todas mis fuerzas ser fiel a mis prácticas de piedad, hasta el escrúpulo. Me levantaré siempre, y sin excepción, a las cinco y media para que nunca me falte tiempo para la meditación; y después de cenar rezaré siempre maitines y laudes del día siguiente. Nunca faltará la visita al Santísimo Sacramento, en casa o fuera. Sobre todo, insisto en el recogimiento y en la atención durante el rezo del breviario y del santo rosario. En general, me esforzaré por mantener siempre vivo el espíritu de oración, tan importante para conservar el fervor de los propósitos.

4. Estos días el Señor se ha complacido en hacerme penetrar más el concepto que debo formarme y reflejar en mi vida de sacerdote. He de considerarme siempre en las manos de Dios como una víctima dispuesta al sacrificio de mí mismo, de mis ideas, de mis comodidades, de mi honor, de todo lo que tengo: por la gloria de Dios, por mi Obispo, por el bien de mi querida diócesis: Sacrificio vivo, consagrado, agradable a Dios (Rom 12,1). Me acostumbraré a meditar el altísimo significado de estas palabras. Así, sin recurrir a cosas extraordinarias, lograré mantenerme siempre mortificado, especialmente en mi amor propio y en mis comodidades; lograré no lamentarme nunca, no perder nunca el gozo interno de mi espíritu, reflejado incluso en el interior, en todos mis actos. Especialmente pensaré en esto cuando celebre la santa misa, y me uniré a Jesucristo, sumo sacerdote y víctima divina por todo el mundo. Qué hermoso es trabajar incansablemente, padecer en silencio las pequeñas amarguras de la jornada, sin descomponerme nunca, y conservar siempre fresco y vivo el deseo de padecer más y más, para cooperar cada vez mejor al verdadero bien de la diócesis, para complacer al buen maestro Jesucristo.

5. He releído las breves notas que todavía conservo en algunos cuadernos como recuerdo de los EE. EE. hechos en Roma, cuando era seminarista y me preparaba para las sagradas órdenes. No permitas, Señor, que olvide los buenos propósitos de aquellos días. Sigo siendo el mismo, pecador e ingrato a las finezas de vuestra caridad. Sin embargo, mi deseo es siempre trabajar y santificarme, para pronto servir de algo en la Iglesia. El ejemplo de vuestros santos, cuyas vidas leo, me espolea a imitarlos valientemente. Oh, buen Jesús, sostenme en los buenos propósitos, ayúdame.

1909

EE. EE. con el Sr. Obispo Martinengo (19-25 de septiembre)

1. No tengo nada que añadir o quitar a cuanto he propuesto en los dos Ejercicios precedentes, por lo que se refiere a mi vida de oración. Es humillante tener siempre que confesar las propias negligencias, pero es un deber ineludible. Seguiré más el consejo de mi director espiritual: ir a descansar un poco antes por la noche para ser puntual a las cinco y media de la mañana. La buena marcha de toda la jornada depende de levantarse a la hora precisa y sin retraso. Pondré también en práctica la buena costumbre de rezar ordinariamente el oficio divino en la capilla, delante del Santísimo Sacramento.

2. Varias veces en estos Ejercicios he sentido un fuerte estímulo al estudio de la Sagrada Escritura, y en estos días he comenzado ya, con gusto, la lectura de las cartas de san Pablo. Pienso seguir con este sistema, incluso empleando a menudo un pasaje de la Sagrada Escritura, en especial del Nuevo Testamento, como materia de mi meditación. Además, cada noche, antes de acostarme, leeré reposada y devotamente un capítulo de los Libros Santos.

3. Mis ocupaciones, a veces incesantes, constituyen para mí un peso difícil y me confunden la cabeza. Esto no va bien. Debo hacer todas mis cosas con santa solicitud, pero que no perjudique en nada la tranquilidad y la calma del espíritu. Llegue adonde llegue. Sobre todo, procuraré no aguardar a última hora para hacer las cosas principales y a las cuales estoy mayormente obligado.

4. Estos días me he decidido a ingresar en la nueva Congregación Diocesana de Sacerdotes del Sagrado Corazón, y espero realizar pronto mi deseo. Este paso no me impone nada más que lo que ya tengo prometido hace tiempo al Señor, es decir, mantenerme como un hombre a la completa disposición de mis superiores, sin hacer nunca nada que los pueda determinar en un sentido más bien que en otro, por lo que a mí se refiera. Será, sin embargo, un acicate nuevo y continuo para cumplir todos mis viejos propósitos, para santificarme de veras y para dar buen ejemplo a los demás sacerdotes, especialmente a los jóvenes. El estar incorporado a la nueva Congregación me servirá para mantener vivo

en mí el espíritu de la más perfecta humildad y obediencia, y me conservará más empeñado en no buscarme a mí mismo en manera alguna, antes buscando siempre la voluntad de Dios, expresada en la de mi obispo. El Señor y la Virgen me bendigan en el feliz propósito.

5. Aun cuando no haga propósitos especiales, aparte la renovación de los ya hechos tiempo atrás, que son suficientes, al salir de estos ejercicios habré de organizar de nuevo mi vida, de suerte que sienta en mi espíritu todas las ventajas de esta reforma. No obstante, para mantenerme cada vez más presente a mis propósitos, y también porque quiero acostumbrarme un poco más al espíritu de mortificación cristiana, que me será útil incluso para la salud del cuerpo, prometo prestar una atención especial a castigarme en la comida. Comer un poco menos de lo que como no dejará de hacerme bien. Disminuiré, pues, la ración y ordinariamente beberé poco vino, y este mezclado con agua. Si lo pienso, me parece que prometo demasiado. Sin embargo, espero que el Señor me ayude a conservarme fiel a lo prometido y me haga fácil el cumplimiento.

6. El próximo año se celebrarán en Lombardía grandes fiestas por el tercer centenario de la canonización de san Carlos Borromeo. Yo ya he procurado hacer algo por él en Bérgamo, para que salgan a la luz los grandes títulos que tiene el insigne arzobispo a nuestro reconocimiento. Por lo que a mí toca, procuraré que este gran santo sea cada vez más familiar a mi mente y a mi corazón; procuraré invocarle con frecuencia e imitarle. Tal vez, con la ayuda del Señor, orientando a nuestro clero hacia la figura de san Carlos, se logre aumentar su fervor apostólico, para mayor provecho espiritual de toda la diócesis. La obra emprendida me costará quizá algunos sacrificios: los haré con gusto en honor de san Carlos, seguro de contribuir así en mayor medida a la consecución del objetivo deseado.

EE. EE. con el Sr. Obispo Martinengo (2-8 de octubre)

1. Año de gracias también este que ha pasado. Pero he progresado poco en la perfección, y de ello vuelvo a confundirme y humillarme. Sin embargo, no pierdo los ánimos. Vuelvo a leer palabra por palabra lo que escribí y prometí el año pasado, y comienzo otra vez de nuevo, prometiendo mayor fidelidad y exactitud en mis prácticas religiosas; menos distracción en tantos asuntos; contentarme con lo que es posible, y, en todo, un sentimiento cada vez más delicado y profundo de mi nada; sentimiento también de habitual abandono en Dios, que es y lo puede todo: sólo unido a él podré lograr algo. Debo pensar que el Señor tiene en cuenta todo, incluso la palabra no proferida, la mirada mortificada, la jaculatoria, el suspiro imperceptible. Por tanto, insistiré con gran cuidado en conservarme en la presencia de Dios, que me conforta, me alegra, me anima siempre.

2. Jesús bendito ha tenido a bien concederme, en estos ejercicios, una luz especial para comprender todavía más vivamente la necesidad de mantener íntegro y purísimo mi sentido de la fe y mi sentir con la Iglesia, mostrándome también bajo una luz más resplandeciente la sabiduría, oportunidad y hermosura de las medidas pontificias encaminadas a salvaguardar principalmente al clero del contagio de los errores modernos (llamados modernistas), que de una manera engañosa y fascinante intentan demoler los cimientos de la doctrina católica. Las dolorosas experiencias de este año, observadas aquí y allá, las graves preocupaciones del Santo Padre y la voz de los sagrados pastores me han persuadido, incluso prescindiendo de otros datos, de que este viento del modernismo sopla bien fuerte y en una extensión mayor de lo que a primera vista pudiera parecer; de que es muy fácil que azote en el rostro y haga perder la cabeza incluso a aquellos que en un principio se sienten movidos solamente por el deseo de adaptar la antigua virtud del cristianismo a las necesidades modernas. Muchos, incluso buenos, han caído en el equívoco, inconscientemente tal vez; han pasado al

campo del error. Y lo peor es que de las ideas se pasa pronto al espíritu de independencia, de libertad de juicio, en todo y con todos.

De rodillas doy gracias al Señor por haberme conservado ileso en medio de tal hervidero y agitación de cerebros y de lenguas. Pero la experiencia ajena y el haberme preservado hasta ahora son para mí una grave advertencia de que debo vigilar más todavía mis impresiones, ideas y sentimientos, mis palabras y todo lo que de algún modo pudiera resultar comprometido por ese soplo devastador. Debo recordar siempre que la Iglesia guarda en sí la juventud eterna de la verdad de Cristo, que es de todos los tiempos, y que es la Iglesia quien transforma y salva a los pueblos y los tiempos, no estos a ella. El primer tesoro de mi alma es la fe, la santa fe leal e ingenua de mis padres y de mis buenos viejos. Seré escrupuloso y austero conmigo mismo, para que de ningún modo la pureza de mi fe sufra daño alguno.

3. La grave tarea de profesor de seminario que me han impuesto los superiores, me obliga no sólo a pensar en mí mismo por la pureza de mi fe, sino a procurar también que de todo mi pensamiento expuesto a los seminaristas en clase, de mis palabras y de mi trato dimane todo un espíritu de íntima unión con la Iglesia y con el Papa que los edifique y los lleve a pensar del mismo modo. Por tanto, seré delicadísimo en todas mis expresiones, procurando infundir en los alumnos ese espíritu de humildad y de oración en los estudios sagrados que hace más fuerte el entendimiento y más generoso el corazón.

1911

EE. EE. con el Sr. Obispo Martinengo (1-7 de octubre)

1. El recuerdo del pasado es siempre para mí motivo de gran aliento y también de gran confusión. Ahora me encuentro atado de pies y manos, al servicio de Jesucristo y de su santa causa. No

debo buscar otra cosa, procurando mantenerme gozoso y tranquilo en medio de mis ocupaciones, sin prisas ni retrasos, sin ruido ni concentramiento exagerado.

2. Propongo, y espero que esta vez con mayor fruto, ser muy fiel al orden y al recogimiento en mis prácticas de piedad. Tengo especial necesidad. Maitines y laudes, por la noche, después de cenar. Levantarme a las cinco y media; luego, meditación, ayudar a misa al señor Obispo y celebrar la mía; después de la acción de gracias, el rezo de las horas. Una pequeña visita al volver de clase, otra antes de la lección de la tarde. Vísperas, inmediatamente después de la breve siesta, y lo demás, cada cosa en su sitio. Estos puntos deben ser insoslayables: el fervor se encargará de coronarlos. Este año me he inscrito en la asociación de sacerdotes adoradores. Quiero ser fiel a mi hora. En todo mucha calma, pero no menos fidelidad y exactitud.

3. Recuerdo cuanto propuse el año pasado sobre la guarda de mi adhesión de mente y corazón a la Iglesia y al Papa. San Alfonso, en días de confusión y tristeza, decía: Voluntad del Papa, voluntad de Dios. Ese será mi lema, y a él se conformará mi criterio. Ayúdame, Señor, nada quiero sino a ti.

1912

EE. EE. con el Sr. Obispo Martinengo (13-19 de octubre)

1. Estoy próximo a entrar en el trigésimo segundo año de mi vida. Pensar en el pasado me humilla y confunde; pensar en el presente me consuela, porque todavía es tiempo de misericordia; pensar en el futuro me infunde aliento, en la esperanza de poder redimir el tiempo perdido. Pero ¿cómo será ese futuro? Tal vez brevísimo. En todo caso, sea largo o breve, te lo repito, Señor: es todo tuyo.

2. No es necesario que busque o me entregue a otras formas de hacer el bien. Vivo en la obediencia, y la obediencia me ha sobrecargado con tantas ocupaciones que mis hombros están próximos a ceder bajo el peso. Pero, si el Señor quiere, estoy dispuesto a llevar esto y más. El descanso llegará en el cielo. Estos son los años del esfuerzo. El Sr. Obispo me da ejemplo de trabajar más que yo. He de ser escrupuloso en no perder nunca un minuto de tiempo.

3. Es humillante para mí, pero es un deber recordar los propósitos hechos antaño de fidelidad absoluta a mi método de vida. Levantarme a las cinco y media, meditación, misa del Sr. Obispo, misa mía, acción de gracias, rezo de las horas; visitas breves, pero frecuentes, al Santísimo Sacramento; vísperas después de la breve siesta; rezo muy devoto del rosario; después de la cena, maitines y laudes, invariablemente; y una visita más larga al Santísimo Sacramento; antes de dormirme, un poco de lectura espiritual. Esos son los puntos fundamentales: son mis tablas de salvación.

Oh Señor, me reconozco débil. Ayúdame a mantenerme bien firme en estas prácticas; ayúdame para que el próximo año no tenga la vergüenza de tener que confesarme infiel.

4. La obligación de seguir un horario en las comidas y el tener que pensar en tantas cosas me ha fortificado la costumbre de no desear nada que deleite el apetito. Esto va bien. Pero tengo que hacer más. Mi miserable cuerpo engorda y se hace pesado: lo siento yo mismo, y eso me quita la agilidad material que es también necesaria para hacer el bien. Además, el cuerpo debe ser domado continuamente, para que no se rebele: Me impongo una disciplina y domino mi cuerpo (1Cor 9,27). Por tanto, tendré gran cuidado en comer con moderación, no glotonamente, comiendo un poco menos en general, cenando poquísimo. Y dígame lo mismo del beber. El espíritu de mortificación debe practicarse, sobre todo, en el uso de los alimentos.

5. En la próxima festividad de san Carlos depositaré en las manos del Sr. Obispo las promesas especiales que me harán

sacerdote del Sagrado Corazón (externo). Lo confieso: algunas dificultades han intentado entibiarme en el buen propósito. Pero son miras humanas y dificultades presentadas en gran parte por el amor propio. Por eso estoy contento de pisotear todas las cosas y correr generosamente adonde Jesús me llama y me ha dado a entender que me quiere. Nada me importa de lo que diga el mundo, incluso el mundo eclesiástico. Mi intención, el Señor la ve, es recta y pura. Deseo un refrendo de tipo externo al propósito que concebí desde los primeros años de mi vida clerical: ser todo y únicamente de la obediencia, en las manos de mi Obispo, incluso en las cosas pequeñas. La promesa que voy a hacer quiero que sea también una declaración ante la Iglesia del deseo que tengo de ser aniquilado, despreciado, olvidado, por amor a Jesús, por el bien de las almas; el deseo de vivir siempre pobre y despegado de todos los intereses y bienes de la Tierra.

El Señor, en estos días, se ha dignado hacerme comprender una vez más la importancia que tiene para mí y para los éxitos de mi ministerio sacerdotal este espíritu de inmolación con que quiero en lo sucesivo, más todavía, empapar mi conducta pues estoy preso por Cristo Jesús (Ef 3,1). Y todas las obras a que me dedique en el presente año quiero que lleven, por lo poco o mucho que ponga en ellas, esta característica: todo sea hecho por el Señor y en el Señor; mucho entusiasmo, pero ninguna preocupación por su mayor o menor éxito. Las tomaré entre manos como si todo dependiera de mí y como si no contara para nada, sin el más pequeño apego a las mismas, dispuesto a destruirlas o abandonarlas ante una insinuación de la obediencia. Oh Jesús bendito, es mucho lo que me propongo hacer, y me siento débil porque me veo lleno de amor propio; pero la voluntad es entera y decidida. Ayúdame tú, ayúdame.

6. El vivo sentimiento de mi nada debe hacer madurar y perfeccionar en mí el espíritu de bondad, de mucha bondad, de paciencia e indulgencia con los demás en el modo de juzgarlos y tratarlos. A poco más de treinta años, empiezo a sentir cansancio ante el trabajo e influencia de los nervios. No, no, por favor, cuando me suceda eso, pensaré en mi nada, en la obligación que tengo de

ser comprensivo con todos, de no juzgar mal a nadie. Esto contribuirá también a la tranquilidad de mi espíritu.

7. Los ministerios que llevo entre manos son bastante delicados y peligrosos, dado que con frecuencia he de tratar con mujeres. Propongo, por tanto, mantener siempre una actitud de bondad, de modestia, de gravedad que, haciendo olvidar mi persona, haga mi actuación eficaz en el orden espiritual. La experiencia del pasado es un aliento para el futuro. Pero también en esto el sentir bajamente de mí mismo, el desconfiar, el tener el pensamiento siempre elevado hacia el Cielo, el volver a los brazos de Jesús apenas haya terminado mi tarea, serán una gran defensa. Ay, si en esta materia, aunque sólo fuera un instante, llegara a presumir de mí mismo.

8. El momento actual está lleno de charlatanerías. Será mi criterio mantenerme firme en los principios de amor, obediencia y devoción al Santo Padre, huyendo de todo lo que pudiera debilitarlos en mi espíritu, sin dejarme arrastrar por charlatanerías ni, mucho menos, entretenerme en ellas. Hay tanto que hacer, y la palabra del Santo Padre Pío X, así como el campo por él abierto al celo sacerdotal en la hora presente, son tan amplios, que no veo por qué haya que perder tiempo en cuestiones periodísticas. Al margen y por encima de todo esto, será mi deber, mi honor y mi gozo hablar siempre bien del Santo Padre y de su gobierno, y comunicar a los demás ese delicado sentido de amor y veneración hacia él de que debo estar lleno. Esto lo haré especialmente con mis alumnos los seminaristas.

9. Repaso una vez más lo que propuse en los Ejercicios anteriores. Cuanto escribí entonces en diversas ocasiones, refleja todavía mis necesidades y condiciones actuales.

Por lo demás, avancemos con confianza. Vida de piedad en el sentido más profundo y teológico de la palabra: vida de sacrificio. Y en medio de todo, gozo, suavidad, paz. Que el Sagrado Corazón de Jesús, mi querida Madre María y mis buenos santos protectores — que ven lo que no sé expresar, pero siento vivamente en el corazón — me ayuden a conservarme firme, bueno y fiel y me bendigan.

EE. EE. con el Sr. Obispo Martinengo (19-25 de octubre)

1. Es la séptima vez que me recojo en este santo y plácido lugar para pensar en mi alma. El principal deber que se me impone es siempre el mismo: bendecir al Señor, que sigue amándome, preservándome de caídas graves y confundiéndome en mi nada. Creo que nada tengo que añadir, pues continúa en pie todo lo escrito y propuesto en los años pasados. Tan sólo digo al Señor: aquí me tienes dispuesto a todo, a las alegrías y también a los dolores. Para mí la vida es Cristo, y la muerte ganancia (Flp 1,21). Pensaba pedir que me aligeraran un poco el peso de mis ocupaciones, indicando las que responden mejor a mi temperamento. Pero he decidido no hacer nada. Los superiores saben todo, y eso me basta; sobre todo, si no me preguntan, me guardaré de mostrar mis preferencias por una clase u otra de ocupaciones. Sigamos adelante, como siempre me repite mi padre espiritual, con la cabeza en el saco de la Divina Providencia.

2. Tal vez estos siete años transcurridos sólo signifiquen la abundancia por parte de Dios para conmigo. ¿No podrían comenzar ahora los siete años de escasez? Yo los merecería, teniendo en cuenta mi falta de correspondencia a tantas gracias. Venga, pues, si gusta, la escasez purificadora; vengan las amarguras, las humillaciones, los dolores. Los aceptaré de buen grado, como prenda de la sinceridad de mis sentimientos de amor a Jesús. Por tanto, será para mí una satisfacción aceptar con santo placer todas las ocasiones, grandes y pequeñas, que tenga durante el día de confundirme, de mortificar mi amor propio, sin rebelarme de ningún modo, contento más bien como el caracol, que recoge —y trabaja encerrado en sí mismo— las gotas de rocío caído del cielo. No me importa que me humillen, con tal de que todo sea para gloria de

Dios y verdadero bien mío, para santificación de mi espíritu. Procuraré vivir en este continuo sentimiento de mi pequeñez e indignidad, y cuando algo me moleste, seré feliz en repetir.

3. El mantenimiento de todos mis buenos propósitos ya hechos, y que ahora renuevo, me hace dudar un tanto. No me falta buena voluntad; pero, sobre todo por lo que se refiere al orden de las prácticas de piedad, teniendo en cuenta la incertidumbre y el amontonamiento de las eventuales ocupaciones, no puedo fiarme de mí mismo.

Pues bien, hago una formal y solemne promesa a la Virgen, mi madre queridísima, de rezar en este nuevo año, con una especial devoción, todas las tardes el santo rosario. Entre los más hermosos consuelos de mi vida figura el de haberme mantenido siempre fiel a esta práctica. Pero, por desgracia, a veces todo se redujo a la materialidad de la oración vocal. El compromiso especial que ahora asumo, de una diligencia y una piedad más viva, espero que me obtenga de mi querida Madre la compensación de una protección más fuerte sobre la virtud de la santa pureza, a la cual, a pesar de los no pocos peligros de mi especial ministerio, procuro mantenerme fidelísimo, y de una ayuda más firme para cumplir los demás propósitos. ¿Y si este año fuera el último de mi vida? Oh, qué gozo presentarme ante María con mi fragante corona. Ese será mi mejor pasaporte. Recibe, Señor, toda mi libertad. Señor, tú lo sabes todo; tú sabes que te amo.

1914

Tras diez años de sacerdocio

Groppino, 10 de agosto de 1914. Un doble sentimiento me llena hoy el corazón: de viva y dulce complacencia, de profunda confusión. Cuántas gracias generales y particulares en estos diez años. En los sacramentos recibidos y administrados, en el ejercicio diverso y múltiple del ministerio: con la palabra, con las obras, en público, en privado, en la oración, en los estudios, entre las pequeñas dificultades y cruces, entre triunfos y fracasos, con una

experiencia cada vez más rica y preciosa conforme pasaban los días, en el contacto con los superiores, con el clero, con la gente de toda edad y condición social. El Señor ha sido realmente fiel a las promesas que me hizo el día de mi ordenación, allí en Roma, en la iglesia de Santa María de Monte Santo, cuando me dijo: Ya no os llamo siervos, os he llamado amigos (Jn 15,15). Jesús me trató de veras como amigo, abriéndome todas las santas intimidades de su Corazón. Al pensar en tantas cosas que él sabe y ve, no sería sincero si dijese que no experimento una gran complacencia en mi espíritu. En el campo sembrado y labrado hay algunas espigas, quizá se puede formar un pequeño manojo. Bendito seas, Señor, por ello, pues todo el mérito es de tu amor.

Por lo que a mí se refiere, como cosa mía, sólo puedo sentir confusión por no haber hecho más, por haber cosechado tan poco, por haber sido tierra árida y desértica. Cuántos, con las gracias que he recibido, e incluso con muchas menos, serían ahora santos. Cuántas llamadas se hicieron a mi corazón y no fueron escuchadas. Señor, reconozco mis deficiencias, mi profunda miseria; perdóname y apiadate de mí. Junto a la complacencia y la necesidad de perdón, florece el sentimiento de la gratitud. Todo, Señor, se ha cumplido en tu gloria; te lo agradezco ahora y siempre.

Pero el pensamiento más fuerte que hoy, en el gozo de mis diez años de sacerdocio, me llena el espíritu, es este: no soy de mí mismo ni de los demás, sino de mi Señor, en la vida y en la muerte. La dignidad sacerdotal, los diez años de gracias de todo orden acumuladas sobre mí, tan vil y pobre criatura, me dicen con insistencia que mi yo debe ser aniquilado, que mis energías no deben emplearse más que en cooperar al reinado de Jesús en las mentes y en los corazones de los hombres, sin complicaciones, incluso en el ocultamiento; pero de ahora en adelante, con mayor intensidad de propósitos, de pensamiento y de obras.

Las aptitudes particulares de mi carácter, las experiencias, las circunstancias, me inclinan al trabajo tranquilo, pacífico, fuera del campo de batalla, más que a la actividad batalladora, a la polémica,

a la lucha. Y no quiero hacerme santo desfigurando un discreto original, para conseguir una copia infeliz de otros que tienen una índole distinta de la mía. Pero este espíritu de paz no debe ser una concesión al amor propio, a la propia comodidad, o una pasividad de pensamiento, de principios, de actitudes. La sonrisa habitual que aflora a los labios debe saber ocultar la lucha interna, tremenda a veces, del egoísmo y representar, cuando fuere necesario, las victorias del espíritu sobre los movimientos de los sentidos o del amor propio, de manera que Dios y mi prójimo tengan siempre la mejor parte de mí mismo.

Tras diez años de sacerdocio, ¿cuál será mi vida futura? Misterio. Quizá me quede poco tiempo para la rendición final de cuentas. Señor Jesús, venid y recibidme. Si mi vida debe prolongarse por pocos o muchos años, quiero en todo caso que sean años de trabajo intenso, en brazos de la santa obediencia, con una gran línea que señale todo un programa, pero sin pensamiento alguno que discurra más allá de la obediencia. Las preocupaciones del amor propio en torno al futuro retrasan la obra de Dios en nosotros, sus caminos, y tampoco son útiles para los intereses materiales. En este punto pienso vigilar mucho todos los días, pues presiento que, con el paso de los años, y tal vez pronto, no me faltarán las batallas del amor propio. Que pase y siga adelante quien quiera; yo me quedo, sin afanes, allí donde me coloca la Providencia, dejando libre a otros el camino.

Quiero conservar mi paz, que es mi libertad; por eso tendré siempre presentes aquellas cuatro cosas de que habla el Kempis: El camino de la paz y la verdadera libertad, y que son: Procura, hijo, hacer antes la voluntad de otro que la tuya; escoge siempre tener menos que más; busca siempre el lugar más bajo y estar sujeto a todos; desea siempre y ruega que se cumpla en ti enteramente la divina voluntad. Con estas disposiciones, oh Señor mío, vuelvo a presentarte hoy el vaso precioso de mi espíritu santificado por tu unción. Llénalo de tu virtud que creó a los apóstoles, a los mártires, a los confesores. Haz que sirva para algo bueno, generoso, grande:

para ti, para tu Iglesia, para las almas. No vivo, no quiero vivir sino para eso.

Mientras recojo estos pensamientos, al término de la santa jornada que me ha traído de nuevo al corazón dulcísimas emociones con el recuerdo de mi ordenación sacerdotal, mi venerado obispo, que para mí es todo (la Iglesia, Jesús Señor, Dios), yace aquí cerca entre largos sufrimientos. Cómo sufro con él y por él. Cuán tristes e inquietas son para mí estas vacaciones. Oh Señor, cúrame pronto, si es posible, a mi Obispo. Devuélvelo a su labor apostólica, a su Iglesia, que es la tuya, a tu gloria, al afecto de tantos hijos. Más desgarrador aún que el dolor dulce y resignado de mi Obispo es el clamor de guerra que en estos días se alza de toda Europa. Señor Jesús, alzo mis manos sacerdotales sobre tu cuerpo místico y repito entre lágrimas la oración de san Gregorio, la repito con particular fervor del espíritu: que hoy dispongas nuestros días en tu paz.

¿Y la Iglesia en medio de semejante diluvio? Sálvala, Señor, sálvala. Hace diez años, cuando celebré el primer sacrificio sobre la tumba de san Pedro en Roma —recuerdo dulcísimo—, tuve para el Papa y la Iglesia un recuerdo, una ferviente petición. En el transcurso de estos dos lustros, el recuerdo y la petición se han hecho más vivos. Oh Señor, concede a tu Iglesia, entre este sucederse de tempestades, entre este alboroto de gentes, libertad, unidad y paz.

EE. EE. con los sacerdotes del Sagrado Corazón, Bérghamo (27 de septiembre 3 de octubre de 1914)

1. El día 10 de agosto pasado, al cumplirse los primeros diez años de mi sacerdocio, pensaba que, con la inauguración de este nuevo período de mi vida, algo en torno a mí podía y debía cambiar. Dios mío, qué inefables son tus designios. Inmediatamente después de aquella fecha —el 22 del mismo mes— llamaste a tu gozo a mi muy venerado Obispo; y aquí me encuentro ahora, sin duda, en un horizonte nuevo. Pero no me desaliento. En la hora de las angustias y del dolor he sentido una gran abundancia de paz y de consuelo

espiritual. El alma grande y santa de la persona que tanto amaba y veneraba se halla en el cielo para rogar por mí, para bendecirme, protegerme y sostenerme. Haga el Señor que la siga allá arriba, cuando él tenga a bien enviarme la muerte, y, entre tanto, que la imite en sus santas obras.

2. Mi nueva posición me centra completamente en el seminario, aun no dejando el ministerio de las almas. Por tanto, mi vida será de mayor calma y mayor recogimiento, precisamente como deseaba. Es una nueva gracia que el Señor me concede. Se la agradezco y deseo aprovecharla. Me refugiaré, pues, en mi cuarto y en mi retiro, ocupándome por completo en la oración y en el estudio.

3. Propongo, en particular, levantarme siempre a las cinco y media. Haré, acto seguido, la meditación en mi cuarto, marchando luego a San Miguel para la santa misa y eventualmente para confesar. No insisto en los demás puntos de mi jornada, pues me basta el recuerdo de los propósitos ya hechos.

4. Quiero ser ejemplar en el cumplimiento de todos mis deberes de profesor, en las diversas relaciones con el Sr. Rector del seminario, con los colegas y los alumnos. Trataré a todos con mucha humildad y amabilidad, procurando contribuir a la armonía recíproca y a la mutua edificación del espíritu, tan importante donde son tan graves las responsabilidades comunes. Sobre todo, me guardaré de criticar o de quejarme de nada, recordando siempre, entre otras cosas, que en ningún lugar podría encontrarme tan bien como en el seminario.

5. Tendré un cuidado muy especial en dedicar a mi nuevo Obispo, sea quien fuere, la misma reverencia y obediencia, el mismo afecto sincero, generoso y alegre que, por la gracia de Dios, llegué a profesar y conservar siempre a su inolvidable antecesor. En esto procuraré también dar buen ejemplo, convencido como estoy de que en la persona del Obispo hay que ver y reconocer exclusivamente a Jesucristo. Naturalmente, unas relaciones distintas me impondrán formas distintas; pero estas, sean como fueren, deberán estar siempre inspiradas en esas razones de

respeto, prudencia, delicadeza fina y sincera, que son la flor de la caridad. De manera que mi modo de comportarme sea para el nuevo Obispo motivo de complacencia y de consuelo, y mi persona no le sirva de tropiezo, sino de piedra e instrumento de edificación. Y este obsequio y afecto a mi Obispo lo demostraré con palabras y obras, mientras suplico vivamente a Jesús bendito que me mantenga fiel a toda costa a estos buenos propósitos.

6. Estaré atento a conservarme libre de toda preocupación sobre mi futuro, no dejándome llevar en este punto por las voces de nadie, por muy benévolas, devotas y juiciosas que pudieran ser. Nací pobre, y debo y quiero morir pobre, seguro de que en el momento oportuno la Divina Providencia, lo mismo que en el pasado, no permitirá que en el futuro me falte lo necesario, concediéndome incluso lo conveniente y lo sobreabundante. Ay de mí si, aunque sea en pequeña medida, me llego a apegar a los bienes de la tierra.

7. En cuanto al fantasma que mi amor propio pudiera presentarme, de honores, puestos, etc., pondré gran cuidado en no hacerles caso, despreciándolos sin más. Tales cosas turban la serenidad del espíritu, debilitan para el trabajo, arrebatan la verdadera alegría y todo valor y mérito a las obras buenas. Por lo que a mí toca, debo preocuparme de conservarme humilde, humilde, humilde, dejando al Señor cualquier otro compromiso.

8. Soy sacerdote del Sagrado Corazón. Por tanto, lo que acabo de decir y proponer tiene un significado especial en relación con las especiales promesas hechas al Señor como miembro de dicha congregación. Tomaré la mayor parte posible en los actos comunes de los hermanos, procurando honrar, con mi buen ejemplo ante todo el clero, a la Congregación que me ha recibido en sus brazos y corresponder a los fines de la misma.

NB.: El miércoles tuve que interrumpir brevemente los ejercicios para ir a Milán, con objeto de pedir a Su Eminencia el cardenal arzobispo algunos consejos sobre el modo de conducirme con el nuevo obispo por lo que se refiere a ciertas cosas, etc. La visita me consoló y animó. Bajé luego a rezar largo rato junto a la tumba de

san Carlos y allí renové mi entrega absoluta al Señor para la vida y para la muerte, ofreciéndome por completo, en cuerpo y alma, al servicio divino por la Iglesia, por las almas, y en todo según la divina voluntad, dispuesto a cualquier sacrificio ahora y siempre. Así sea.

4 La guerra, director espiritual del seminario de bérghamo y traslado a roma, al servicio de la propagación de la fe (1915-1924)

1915

La primera guerra mundial

23 de mayo de 1915. Mañana parto para hacer el servicio militar en sanidad. ¿Adónde me mandarán? ¿Tal vez al frente enemigo? ¿Volveré a Bérgamo, o bien el Señor tiene dispuesta mi última hora en el campo de batalla? Nada sé; lo único que quiero es la voluntad de Dios en todo y siempre, y su gloria en el sacrificio completo de mi ser. Así, y sólo así, pienso mantenerme a la altura de mi vocación y demostrar efectivamente mi verdadero amor a la patria y a las almas de mis hermanos. El espíritu está pronto y alegre. Señor Jesús, consérvame siempre en estas disposiciones. María, mi buena madre, ayúdame: para que Cristo sea en todo glorificado.

Efectivamente, tras la declaración de guerra contra Austria, Juan XXIII fue llamado a filas y destinado a los hospitales de Bérgamo, primero como suboficial y luego, a partir del 28 de marzo de 1916, como capellán. El joven sacerdote, durante la primera guerra mundial, recogió algunas notas en una agenda marrón. El 10 de diciembre de 1918 fue licenciado. El obispo ya le había nombrado, en noviembre, director espiritual del seminario de Bérgamo, para atender a los seminaristas que volvían del frente y de los cuarteles (NdE).

1919

EE. EE. después de la guerra, con los sacerdotes del Sagrado Corazón (28 de abril 3 de mayo)

1. En cuatro años de guerra, transcurridos en medio de un mundo convulso, cuántas gracias me ha concedido el Señor, cuánta experiencia, cuántas ocasiones de hacer el bien a mis hermanos.

Jesús mío, te lo agradezco y te bendigo. Conservo el recuerdo de las muchas almas de jóvenes con quienes he entrado en contacto durante ese tiempo: a no pocas las he acompañado hasta la otra vida. Ahora me siento emocionado, y el pensar que rogarán por mí me da consuelo y aliento.

2. Mientras nos despertemos todos como a la luz de un nuevo día, me vuelven a la mente, incluso con más claridad y decisión, los supremos principios de fe y vida cristiana y sacerdotal que, por la gracia de Dios, fueron el alimento de mi juventud: la gloria del Señor, mi santificación, el paraíso, la Iglesia, las almas. El contacto de estos años con el mundo envuelve todos estos principios y los eleva y convierte en un sentimiento más ardoroso de apostolado. Estamos en la edad madura: o realizo ahora algo práctico, o resultan más terribles mis responsabilidades por haber disipado las misericordias del Señor.

3. Quiero que la base de mi apostolado sea la vida interior, encaminada a la búsqueda de Dios en mí, a la unión íntima con él, a la meditación habitual y tranquila de las verdades que la Iglesia me propone y según el enfoque de sus enseñanzas, derramada en las prácticas exteriores, por las que tendré cada vez mayor interés y a cuyo horario quiero ser fidelísimo, con una fidelidad que no he observado en parte por mi negligencia —y en parte por no haber podido— durante estos años de vida militar. Sobre todo buscaré las delicias de la vida con Jesús eucaristía. En lo sucesivo tendré al Santísimo Sacramento cerca de mis habitaciones. Prometo hacerle compañía y corresponder al gran honor que me dispensa.

4. Hace unos meses, me he procurado una casa y la he acomodado oportunamente. Sin embargo, ahora quizá más que nunca, el Señor me hace sentir la belleza y las dulzuras de la pobreza de espíritu. Me siento dispuesto a abandonar todo en el acto y sin lamentos; y me esforzaré por conservar siempre, mientras viva, este despego frente a todas mis cosas, incluso aquellas que me son más queridas.

Me obligo especialmente a buscar la perfecta pobreza de espíritu en la renuncia absoluta a mí mismo, no preocupándome en absoluto por puestos, carrera, distinciones, etc. ¿No se me ha honrado ya con exceso, en la excelsa sencillez de mi sacerdocio y de un ministerio que no he buscado yo, sino que me ha confiado la Providencia por la voz de mis superiores?

Insisto mucho en este punto, que es fundamental para mi progreso. No diré nunca una palabra, no daré un paso, rechazaré como tentación cualquier pensamiento que, de algún modo, esté encaminado a que los superiores me confíen puestos o cargos de mayor distinción. La experiencia me enseña a temer las responsabilidades. Estas, gravísimas en quien las aceptó por obediencia, resultan espantosas para quien se las procura por sí mismo, asumiéndolas por propia iniciativa o sin haber sido llamado. A fin de cuentas, los honores y las distinciones, incluso en el campo eclesiástico, son vanidad de vanidades: aseguran la gloria de un día, pero son peligrosas para la gloria de los siglos y del paraíso; valen poco, incluso según el criterio humano. Quien ha vivido entre tales bagatelas, como a mí me sucedió en Roma y en los primeros diez años de sacerdocio, bien puede decir que no merecen otro nombre. Adelante, adelante quien quiera: no envidio a ninguno de esos afortunados. Para mí lo mejor es estar con Dios, he puesto mi refugio en el Señor (Sal 72,28).

5. Hubo días en el pasado en que no sabía qué querría el Señor de mí en la posguerra. Ahora ya no hay motivo de incertidumbre o de buscar otra cosa: mi misión principal, mi cruz será el apostolado en favor de la juventud estudiosa. Recordando el modo, las circunstancias y la espontaneidad con que, por medio de los superiores, se manifestó de improviso y se va desarrollando ahora este designio de la Providencia, llego a enternecerme y me veo obligado a confesar que verdaderamente el Señor está ahí. Cuántas veces, al recordar por la noche los episodios de la jornada, transcurrida en la atención a mis queridos jóvenes, siento en mí algo de lo que hizo estremecerse, como en el contacto con lo divino, el corazón de los dos discípulos en el camino de Emaús. Cuán cierto

es que basta con entregarse por completo al Señor para sentirse uno provisto de todo. El como quienes nada tienen y el aunque lo poseemos todo (2Cor 6,10) se repite ante mis ojos a diario. No quiero deudas ni las tengo. Siempre me acompaña la preocupación por el futuro. Pero siempre se me proporciona lo necesario; a veces, con exceso. Esta constatación de la divina asistencia conforta, por una parte, mi miseria; pero, por otra, constituye un nuevo compromiso de honor a permanecer fiel a mi vocación, a cooperar en la gran obra que me ha confiado Jesús en favor de sus muy queridos jóvenes.

Todos mis afanes, pensamientos, afectos, fatigas, estudios, humillaciones y amarguras los debo dirigir en lo sucesivo sólo a ese objetivo, es decir, a la búsqueda de la gloria de Jesús, mediante la formación de la generación nueva según su espíritu. Nada más honorífico y hermoso para mí, nada más importante, máxime hoy día, en la Iglesia de Dios.

6. Para triunfar en mi apostolado, no conoceré otra escuela pedagógica que la del divino Corazón de Jesús. Aprended de mí, que soy afable y humilde de corazón (Mt 11,29). Incluso la experiencia me ha confirmado la bondad de tal método, que tiene asegurados los verdaderos triunfos. Amaré a los jóvenes como una madre, pero siempre en el Señor y con la intención de hacer de ellos unos dignos hijos de la Iglesia y, si me fuere posible, unos generosos apóstoles de la verdad y del bien para el futuro, por el mismo hecho de que voy educando en ellos las esperanzas más hermosas de las familias y de la patria.

Procuraré, en particular, que mi casa exhale siempre un gran aroma de pureza que influya en los jóvenes, pasando a formar parte de esas impresiones que se fijan luego profundamente y sobreviven en las lejanas batallas de la vida. Nada de amaneramiento o artificio, sino sencillez en el trato y en la palabra, ese no sé qué que envolvía la persona de los santos educadores antiguos y modernos como en una atmósfera de cielo, y los hacía instrumentos de un gran bien, auténticos forjadores de almas grandes. Señor, Señor, ayúdame

para que siga, al menos de lejos y en mi pequeñez, esos luminosos ejemplos de apóstoles insignes de la juventud.

7. La obra iniciada es amplia; la mies ya blanquea en los campos, pero, por desgracia, faltan operarios. Me preocuparé de pedírselo a Dios por la oración y luego de poner manos a la obra para inspirar a los jóvenes seminaristas y sacerdotes amor y entusiasmo por esta forma de ministerio, que es excelentísima entre todas; para hacérsela simpática, especialmente a aquellos que han recibido de la Naturaleza y de la gracia aptitudes características para vivir con los jóvenes. Tal vez fructifique la buena palabra —y más aún el buen ejemplo—, y pronto me vea rodeado de una hermosa corona de hermanos, todos sedientos de apostolado en favor de la juventud. Procuraré con todas mis fuerzas que entren en este orden de ideales y de obras los sacerdotes del Sagrado Corazón, que fueron fundados principalmente para eso, y cuyo aumento hay que fomentar, ya que esta congregación nuestra está destinada a empapar con su espíritu de apostolado y disciplina eclesiástica toda la diócesis de Bérgamo.

1921-1924

Al servicio de la propagación de la fe

13-19 de enero de 1924. EE. EE. en Villa Carpegna, PP. Jesuitas, Roma. Reflexiones generales: 1. Hoy, 18 de enero, fiesta de la Cátedra de san Pedro, se cumplen ya tres años desde que acepté, por obediencia, el cargo de presidente, para Italia, de la Propagación de la Fe en el mundo. Pero tú siempre me has asistido, Señor mío Jesús, con bondad y misericordia: Tus órdenes son firmes, Señor (Sal 92,5). Dejé en Bérgamo, con pena, lo que tanto amaba: el seminario, donde el Obispo —a pesar de mi gran indignidad— me había querido padre espiritual, y la Casa de los estudiantes, hija preferida de mi corazón. Me lancé con toda el alma a mi nuevo ministerio. Aquí debo y quiero permanecer sin pensar en

otra cosa, sin mirar otra cosa, sin aspirar a otra cosa, tanto más cuanto que el Señor me concede dulzuras inenarrables.

2. Quien me juzga por fuera, me considera un lento pero constante trabajador. Sí, trabajo siempre; pero en el fondo de mi ser hay cierta tendencia a la poltronería y a la divagación. Combatiré enérgicamente, con la ayuda de Dios, esta tendencia. Para mi constante humillación, me diré siempre a mí mismo que soy un vago, que debo rendir mucho más y con más velocidad, y que por eso debo ser tratado a latigazos. Pondré especial cuidado en no dejar para el día siguiente lo que debe hacerse con rapidez; antes bien, lo haré en seguida. Pero, en todas las cosas, conservando en mí y comunicando a los demás esa calma y compostura imprescindibles para que todo salga bien. No me preocuparé de si otro corre. Quien mucho corre, incluso en los asuntos eclesiásticos, pronto para.

3. Señalo como puntos fundamentales de la reforma de mi vida los siguientes: levantarme a las seis y oración en el cuarto. De siete a ocho, trabajo en el escritorio. De ocho a nueve treinta, santa misa y oración (meditación, etc.). Poca charla después de la comida y la cena. Un pequeño paseo todos los días, y en este la visita al Santísimo. En la cama, a las once, nunca más tarde. Tomaré parte fielmente, al menos, en el caso de moral; si puedo, también en el de liturgia; nunca faltaré a la reunión mensual de los sacerdotes en San Claudio.

4. La Obra de la Propagación de la Fe es el aliento de mi alma y de mi vida. Para ella, todo y siempre: cabeza, corazón, palabra, pluma, oraciones, fatigas, sacrificios, de día y de noche, en Roma y fuera de Roma; lo repito: todo y siempre. Aceptaré otras ocupaciones de ministerio, pero sólo dentro de lo posible, en segundo plano, y con tal de que se supediten— y las pueda supeditar— a la primera, que es la razón de ser de mi presencia en Roma.

5. Para conseguir imprimir un mejor desarrollo a la obra y a todo mi programa, siempre recordaré y practicaré la regla de san

Gregorio que consiste en hacer trabajar a los demás, sin reservarme todo o casi todo para mí. Por suerte, eso no me cuesta, y por añadidura el Señor me ha dado excelentes colaboradores.

6. Insistiré en el buen uso de la mortificación en cosas libres, para que el Señor envuelva en una luz de pureza sacerdotal toda mi persona, alma y cuerpo, para que el perfume de Cristo se extienda por todas partes (Cf 2Cor 2,1415), pensando que, si Dios me ayuda, puedo ser capaz de cualquier cosa.

7. La Iglesia, por encima de mis méritos y en atención a mi oficio, me ha conferido dignidad y honor de prelado. Deseo ilustrar esta dignación de la santa Iglesia para conmigo con un gran espíritu de humildad interior (considerándome, como lo soy, el último y el más miserable de todos) y de humildad con todos, sobre todo con los pequeños y humildes.

8. Propongo dedicar un cuidado especial al dominio de mi lengua, evitando toda palabra —digo toda palabra— que de algún modo pueda ofender a la caridad. En este punto siempre hallaré algo por lo menos que mejorar; por eso insistiré en mis exámenes.

9. La delicadeza en las palabras que intento practicar con el prójimo, en especial con los superiores, la quiero principalmente en todos mis ejercicios de piedad, que recitaré digna, atenta y devotamente, incluso para mi gozo espiritual, y para edificación del prójimo. Corazón de Jesús inflamado de amor por mí, inflama mi corazón del amor tuyo. María, madre de la gracia, ruega por mí. San José, ruega por mí. San Francisco Javier, ruega por mí. San Francisco de Sales, ruega por mí. Santos Pedro y Pablo y todos los santos, interceded por mí.

Reflexiones particulares. Asisten el P. Folli, a quien conocí en Siena con ocasión del paso por allí del brazo de san Francisco Javier, y el P. Santopaolo. Sólo somos cinco ejercitantes; por eso no se predica: cada uno se las arregla por sí mismo. Tengo sobre la mesa el hermoso comentario del P. Bucceroni; pero prefiero

aplicarme directamente, con humildad y fervor, al texto de san Ignacio.

Mi pobre yo está aquí intentando vencer su lentitud, que es mucha todavía, ganando en actividad y en mayor rendimiento. Porque todos dicen que trabajo demasiado, pero sé que todavía hago poco en comparación con lo mucho que podría rendir en mi ministerio principal, que es la Obra de la Propagación de la Fe. San Ignacio, aun antes que la virtud, desea ver el esfuerzo por obtenerla.

Me he confesado con el P. Folli, y tengo una gran paz. La cosa está clara: el amor de Dios, no el mío; la voluntad de Dios, no la mía; la comodidad de los demás, no la mía. Y todo esto, siempre, en todas partes, con gran alegría... Jesucristo resucitado ha hecho de la vida del hombre una fiesta continua. Este pensamiento de san Atanasio cierra bien estos días, días amables y santos, de espirituales emociones.

Hoy se cumple el tercer aniversario de mi venida a Roma para trabajar en la Obra de la Propagación de la Fe. Mi pensamiento se dirige reverente a la Cátedra de san Pedro, de donde toma sentido y vida todo apostolado. Desde este hermoso lugar de meditación y reposo, desde el cual se divisa la cúpula grandiosa, envío a esa cátedra de verdad mi saludo y el homenaje ferviente de mi entendimiento y mi corazón. Hoy ha sido el único día de sol. A su tenue calor, qué delicia es permanecer aquí, entre los árboles, el susurro de los pájaros y el canto de las campanas de San Pedro.

**5 Consagración Episcopal,
representante pontificio en Bulgaria
(1925-1934)**

1925

Preparándome para la consagración episcopal Villa Carpegna, Roma (13-17 de marzo)

1. No he buscado ni deseado este nuevo ministerio. Pero el Señor me ha elegido con señales tan evidentes de su voluntad que me ha hecho considerar culpa grave el oponerme. Él, pues, está obligado a cubrir mis miserias y a colmar mis deficiencias. Esto me conforta, me da tranquilidad y firmeza.

2. Voy a ser obispo. Ya no es tiempo de andar con preparaciones; mi estado es de perfección adquirida, no acquirenda. Qué espanto para mí, que me siento y soy tan miserable y tan lleno de defectos. Qué motivo para ser siempre humilde.

3. El mundo no tiene ningún atractivo para mí. Quiero ser todo y solo de Dios, penetrado de su luz, resplandeciente de caridad hacia la Iglesia y las almas.

4. Leeré con frecuencia el c. IX, lib. III, de La imitación de Cristo: Refiérelo todo a Dios, sin el cual nada tiene el hombre. Me ha producido profunda impresión en la soledad de estos días.

5. Con el nuevo estado debe adoptar un nuevo aspecto mi vida de oración. El digna, atenta y devotamente ha de expresarse en mí y por mí para edificación.

6. Será propósito y programa general de mi vida de obispo cuanto voy a prometer en la ceremonia de la consagración, según las graves y emocionantes palabras del Pontifical, palabras que serán frecuente materia de mis exámenes.

7. Las vestiduras episcopales siempre me recordarán el esplendor del alma que significan, como verdadera gloria del obispo. Ay de mí, si me fueran motivo de vanidad.

8. Las alabanzas de mi persona quiero que sean las del Pontifical, no otras: constancia en la fe, amor en la pureza, sinceridad en la paz. Mis pies, preciosos para evangelizar la paz y el bien de Dios. Mi ministerio será de reconciliación en palabras y obras; mi predicación, no la persuasión por la sabiduría humana, sino la prueba por el espíritu y la virtud; la potestad que me confiere la Iglesia no la emplearé para gloria mía, ni para destrucción, sino para edificación. Me esforzaré por merecer, también como obispo, el elogio que el Santo Padre Pío X me dijo ser el más hermoso elogio del secretario episcopal: siervo fiel y prudente.

9. La Iglesia me quiere como obispo para mandarme a Bulgaria, como Visitador Apostólico, en ministerio de paz. Quizá me aguardan muchas tribulaciones en mi camino. Con la ayuda del Señor, estoy dispuesto a todo. No busco ni quiero la gloria de este mundo; la espero muy grande, en el otro.

10. Asumo ahora para siempre el nombre de José —que, por cierto, también me fue impuesto en el bautismo—, en honor del amado patriarca, que será mi primer patrono, después de Jesús y María, y mi modelo. Mis otros protectores especiales serán san Francisco Javier, san Carlos, san Francisco de Sales, los protectores de Roma y de Bérgamo, el beato Gregorio Barbarigo.

11. Pongo en mi escudo las palabras Obediencia y paz, que el P. César Baronio pronunciaba todos los días besando en San Pedro el pie del Apóstol. Estas palabras son, en cierto modo, mi historia y mi vida. Que sean ellas la glorificación de mi pobre nombre por los siglos.

1926

**Retiro espiritual, Monasterio de San Pablo Roma
(27 de noviembre 2 de diciembre)**

1. Llevo veinte meses de Obispo. Como me era fácil prever, mi ministerio iba a proporcionarme muchas tribulaciones. Pero —cosa singular— estas no me vienen de los búlgaros por quienes trabajo, sino de los órganos centrales de la administración eclesiástica. Es una forma de mortificación y humillación que no me esperaba y que me hace sufrir grandemente.

2. Debo y quiero habituarme a llevar esta cruz con espíritu de mayor paciencia, calma y suavidad interior que lo conseguido hasta ahora. Sobre todo, pondré cuidado en las manifestaciones a este respecto con cualquier persona. Todo desahogo que pueda tomarme quita el mérito a la paciencia. Coloca, Señor, una guardia en mi boca. Haré este silencio —silencio que debe ser, como me enseña san Francisco de Sales, dulce y sin hiel— objeto de mis exámenes de conciencia.

3. El tiempo que dedico a la acción debe ser proporcionado al que dedico a la oración. Necesito dar a mi vida un tono de oración más vibrante y continuado. Por tanto, meditar más y pasar más tiempo con el Señor, leyendo, recitando oraciones vocales, incluso callando. Espero que el Santo Padre me conceda la gracia de tener en casa al Santísimo Sacramento, en Sofía. La compañía de Jesús será mi luz, mi consuelo, mi alegría.

4. Atención al ejercicio de la caridad con la palabra. Incluso con las personas de confianza y respetables, debo ser muy parco en decir cosas que se refieran a la parte más delicada de mi ministerio o que rocen la buena opinión de personas, especialmente si se hallan revestidas de autoridad o dignidad. Incluso cuando pudiera ser necesario un desahogo, en ciertas horas de soledad y abandono, el silencio y la mansedumbre son cualidades que hacen más fructuoso el padecer algo por amor de Jesús.

5. La breve experiencia de estos meses de episcopado me viene a confirmar que, para mí, no hay nada mejor en la vida que llevar la cruz, según el Señor me la pone sobre los hombros y en el corazón. Debo considerarme como el hombre de la cruz y amar la que Dios me da, sin pensar en otra cosa. Todo lo que no es honra de Dios,

servicio a la Iglesia y bien de las almas debe ser accesorio y sin importancia para mí.

1927

Retiro espiritual, Casa de los jesuitas Lubiana, Eslovenia (9-13 de noviembre)

1. Debo y quiero ser, cada vez más, hombre de intensa oración. Este año pasado ha registrado mejoría en tal sentido. Proseguiré con ahínco y fervor, concediendo una importancia y un cuidado mayor aún a mis prácticas: santa misa, breviario, lectura de la Biblia, meditación, examen de conciencia, rosario, visita al Santísimo Sacramento. Conservo a Jesús eucaristía conmigo, y es mi gozo. Que él encuentre siempre en mi casa, en mi vida, motivo de divina complacencia.

2. Más calma todavía, más calma, suavidad y paz en mis cosas. Si no puedo hacer todo el bien que creo necesario en provecho de las almas en la misión que tengo confiada, no debo turbarme ni inquietarme por nada. Mi deber según los impulsos de la caridad, y nada más. El Señor sabe dirigir todo para el triunfo de su reino, incluso mi no poder hacer más, incluso la violencia que me debo imponer para permanecer exteriormente inactivo. También a los demás, con la palabra y el ejemplo, debo inspirar esta calma y esta paz.

3. Prestaré cada vez mayor atención al dominio de mi lengua. Debo ser más reservado, incluso con las personas más íntimas, en expresar mis juicios. Nuevamente haré este punto objeto de mis exámenes particulares. No debe salir nada de mi boca que no sea alabanza o suavidad de juicio, o bien una invitación para todos a la caridad, al apostolado, a la vida virtuosa. Por mi índole natural, tengo una labia sobreabundante. También esto es un don de Dios, pero hay que manejarlo con atención y cuidado, es decir, con mesura, de modo que me quede con ganas más bien que hartas.

4. En mis relaciones con todos —católicos u ortodoxos, grandes o pequeños— procuraré dejar siempre una impresión de dignidad y bondad, bondad luminosa, dignidad amable. Represento —aunque muy indignamente— entre esta gente al Santo Padre. Tendré, pues, la preocupación de hacer que se le estime y ame, incluso a través de mi persona. Lo que quiere el Señor. Qué tarea y responsabilidad.

5. Para hacerme más útil en mi ministerio en Bulgaria, estudiaré con especial interés las lenguas francesa y búlgara.

6. Por ciertas señales acaecidas este año, me debo convencer de que voy envejeciendo, de que el cuerpo muestra a veces síntomas de su fragilidad. Esto debe familiarizarme con el pensamiento de la muerte, de modo que él me haga la vida más alegre, más ágil y a la vez más laboriosa.

7. Jesús, María, José, las almas, la Iglesia y el Papa, en el corazón; serenidad, calma, gozo en el darme, en el sacrificarme, según las exigencias de mi ministerio apostólico; y en relación con los demás, dignidad, humildad, mansedumbre y longanimidad, y paciencia, paciencia... Así sea, sin fin.

1928

Retiro anual, residencia PP. Lazaristas Babek junto al Bósforo (20-24 de diciembre)

1. Hoy, fiesta del apóstol santo Tomás, he hecho confesión general de los veinticuatro años de mi sacerdocio con el P. Luciano Proy, y el Señor me concedió un río de paz.

2. Veinticinco años de sacerdocio. Cuántas gracias ordinarias y extraordinarias. La preservación de caídas graves, las ocasiones sin número de hacer el bien, la buena salud física, la tranquilidad perenne del espíritu, la buena reputación entre los hombres, inmensamente superior a mis méritos, el feliz éxito de las diversas empresas que me confió la obediencia; luego, las destinaciones

eclesiásticas; por fin, el episcopado, no sólo por encima, sino contra todos mis merecimientos. Cuántas gracias, Dios mío. Esto debe mantenerme en una postura constante de amor, humilde y temeroso.

3. Cuántas miserias, cuántas infidelidades en veinticinco años de sacerdocio. Por suma gracia de Dios, conservo el organismo espiritual sano y robusto; pero cuánta flaqueza, cuántas pequeñas concesiones a la pereza, al gusto preferente por una cosa en lugar de otra, a las impaciencias interiores por lo que ocasiona molestias y sinsabores, cuántas distracciones en la oración oficial y privada, cuánta ligereza a veces en omitirla, cuánto tiempo perdido en lecturas o en cosas menos relacionadas con el cumplimiento de mi deber inmediato; cuántos pequeños apegos a lugares, a cosas, a menudencias, entre los que debería pasar como peregrino. Cuánta facilidad en faltar, aunque de forma correcta y devota, a la caridad para con el prójimo; cuánta mezcla todavía, en la imaginación, en la tendencia del espíritu, de lo que es humano, mundano, con lo que es sagrado, sobrenatural, divino, del espíritu del siglo con el espíritu de la cruz de Jesucristo. Debo, por tanto, tenerme siempre por un miserable, como lo que soy, el último y el más indigno de los obispos de la Iglesia, apenas tolerado entre los compañeros por piedad y compasión, no merecedor más que del último puesto: verdaderamente, el servidor de todos, no de palabra, sino con un profundo sentimiento y manifestación, incluso exterior, de humildad y sumisión.

4. En este retiro espiritual he sentido de nuevo, y de una forma viva, el deber que tengo de ser santo de veras. El Señor no me promete veinticinco años de vida episcopal, pero sí me dice que, si quiero ser santo, me da tiempo y gracias oportunas. Jesús, te doy gracias y prometo, ante el cielo y la tierra, que haré toda clase de esfuerzos para lograrlo, comenzando desde ahora. María Santísima, mi buena madre celestial, san José, mi queridísimo protector, os hago fiadores de mi presente promesa ante el trono de Jesús y os ruego que me socorráis y ayudéis para que sea fiel.

5. Como comprendo —y ahora sin dificultad— que el principio de la santidad es mi completo abandono a la santa voluntad del Señor, incluso en las cosas pequeñas, insisto en este punto. No deseo ni quiero nada fuera de la obediencia a las disposiciones, instrucciones y deseos del Santo Padre y de la Santa Sede. No daré jamás un paso, ni directo ni indirecto, para provocar un cambio, o lo que sea, en mi situación, viviendo al día en todo y siempre, dejando que digan y hagan, y que pase por delante de mí quien quiera, sin preocupación alguna por mi futuro. Mis oraciones habituales serán las dos de san Ignacio en el libro de los Ejercicios: Recibe, Señor, toda mi libertad y la otra que comienza: Oh eterno Señor de todo, me entrego a ti. En esas dos oraciones está todo mi espíritu. Que el Señor me ayude a no ceder nunca, en este punto, ante ninguna seducción de los ambientes eclesiásticos, donde a veces penetra el sentido mundano de la vida.

6. Recuerdo una vez más mis propósitos sobre la vida de oración y de unión con el Señor. Especialmente pondré cuidado en la santa liturgia: misa y breviario; el rosario, bien meditado; cuidado en las demás prácticas, cuyo ejercicio fiel es la salvaguardia de la piedad sacerdotal.

7. En el trato con el prójimo, siempre dignidad, sencillez, bondad: bondad serena y luminosa. Y también, manifestación constante del amor a la Cruz: amor que me desenamore cada vez más de las cosas de la tierra; que me haga paciente, inalterable de carácter, olvidadizo de mí mismo, siempre alegre en las efusiones de la caridad episcopal. Sobre este punto volveré con frecuencia en mis exámenes y en las confesiones.

1930

**Retiro espiritual, casa PP. Pasionistas Ruschuk
(28 de abril 4 de mayo)**

Haz que me embriague de la cruz. Un conjunto de circunstancias confiere a mi recogimiento espiritual una nota concreta de abandono en Jesús doliente y crucificado, mi maestro y mi rey. Las penas con que, en los pasados meses, ha querido el Señor probar mi paciencia por las gestiones en torno a la fundación del seminario búlgaro; la incertidumbre, que dura ya más de cinco años, en cuanto al objeto definitivo de mi ministerio en este país; las angustias y dificultades por no poder hacer más y tenerme que contentar con una vida de perfecto ermitaño, contra la tendencia de mi espíritu a las obras del ministerio directo con las almas; el descontento interior de lo que hay todavía de humano en mi naturaleza, si bien he logrado hasta aquí tenerlo a raya: todo eso me hace más espontáneo que este santo abandono, que a un tiempo querría ser elevación e impulso hacia una imitación más perfecta de mi divino modelo.

En torno a mí, en esta gran casa, soledad absoluta y preciosa, entre los perfumes de la naturaleza en flor; enfrente, el Danubio; y más allá del gran río, la rica llanura rumana, que durante la noche se torna a veces rojiza por los depósitos petrolíferos en combustión. Durante todo el día, silencio perfecto. Por la tarde, el buen obispo pasionista, Mons. Theelen, viene a hacerme compañía durante la cena. El espíritu permanece todo el día dedicado a la plegaria y la reflexión. Ejercicios muy sencillos. Sigo el texto de san Ignacio; según me resulta oportuno, me detengo o paso adelante.

Lecturas: un tratado moderno del P. Plus: La locura de la Cruz, y algún otro autor, espigando aquí y allá. Jesús, te doy gracias por esta soledad, que me da verdadero descanso y gran paz de espíritu. Como flores espirituales de este retiro, deseo reunir y fijar aquí unas cuantas cosas.

1. Por la gracia divina, me siento y quiero ser de veras indiferente a todo lo que el Señor quiera disponer de mí, en cuanto a mi futuro. La palabrería del mundo en torno a mis asuntos no me afecta para nada. Estoy dispuesto a vivir así, aun cuando el presente estado de cosas debiera proseguir sin cambio durante años y años. Nunca expresaré ni siquiera el deseo o la inclinación

más lejana de cambiar, por mucho que esto cueste a mi sentimiento. Obediencia y paz. Es mi lema episcopal. Quiero morir con el gozo de haber hecho siempre, incluso en las cosas pequeñas, honor a mi consigna. En realidad, si me pregunto a mí mismo, no sabría qué desear o hacer distinto de lo que ahora hago.

2. Desde hace algún tiempo, rezo todas las mañanas después de la santa misa —y me parece que la rezo de corazón— la oración con que san Ignacio concluye la gran meditación del reino de Cristo. Oh eterno Señor de todo, me entrego a ti, etc. En realidad, me cuesta un poco. Pero, como quiero verdaderamente mantenerme sumergido por completo en la santa voluntad de Dios y en el espíritu de Jesús, crucificado y despreciado, de ahora en adelante me haré habitual y cotidiana la siguiente protesta, que es la repetición de las mismas palabras de san Ignacio en el pasaje que describe el tercer grado de humildad. Comprendo bien la repugnancia de la naturaleza, pero cuento con la gracia del Señor, que sobre esta base de la humildad perfecta ha sabido edificar la santificación de otras muchas almas que se convirtieron en instrumentos de su gloria y llegaron a ser ilustres en el apostolado por la causa de la santa Iglesia.

3. El amor de la cruz de mi Señor me atrae cada vez más en estos días. Oh Jesús bendito, que esto no sea un fuego inútil que se apague con la primera lluvia, sino un incendio que arda siempre sin consumirse jamás. Estos días he hallado otra hermosa plegaria que responde perfectamente a mi situación espiritual. Es de un santo recientemente canonizado: el P. Eudes. Yo, humildemente, la hago mía. Y espero que ello no sea demasiada presunción. En el texto se titula: Profesión de amor a la Cruz. Oh Jesús, amor mío crucificado, te adoro en todas tus penas. Te pido perdón por todas las faltas que he cometido hasta el presente en las aflicciones que has tenido a bien enviarme. Me entrego al espíritu de tu cruz y, en este espíritu, como también en todo el amor del cielo y de la tierra, abrazo de todo corazón, por amor tuyo, todas las cruces de cuerpo y de espíritu que me sobrevinieren. Y hago profesión de poner toda mi gloria, mi tesoro y mi alegría en tu cruz, o sea, en las humillaciones, en las

privaciones y los sufrimientos, diciendo con san Pablo: Yo, por mi parte, sólo quiero presumir de la cruz de nuestro Señor Jesucristo (Gál 6,14). No quiero para mí otro paraíso en este mundo que la cruz de mi Señor Jesucristo.

Parece que todo me lleva a hacerme habitual esta solemne profesión de amor a la santa cruz. La profunda impresión que recibí, y que siempre me acompañó, durante toda la ceremonia de mi consagración episcopal en la iglesia de San Carlos en el Corso, de Roma, el 19 de marzo de 1925; las asperezas y vicisitudes de mi ministerio en Bulgaria en estos cinco años de Visita Apostólica, sin otro consuelo que el de la buena conciencia, y la perspectiva nada risueña del futuro me convencen de que el Señor me quiere todo para sí, por el camino real de la cruz. Por este camino, y no por otro, deseo avanzar.

Me familiarizaré, por tanto, con la meditación de la pasión de Nuestro Señor y con los ejercicios de piedad que se le refieren. Celebraré la santa misa con devoción más fervorosa, dejándome penetrar y embriagar totalmente por la sangre de Jesús, primer obispo y pastor de mi alma. Ojalá lograra yo, pobre educador, el gran esfuerzo, que recomienda san Ignacio en la meditación de los dolores de Jesús, para dolerse, para entristecerse y para llorar.

4. Una nota característica de este retiro espiritual ha sido una gran paz y alegría interior, que me da ánimos para ofrecirme al Señor en orden a cualquier sacrificio que él quiera pedir a mi sentimiento. Deseo que esta calma y esta alegría penetren cada vez más, por dentro y por fuera, toda mi persona y toda mi vida. No es cosa que cueste mucho a mi naturaleza; pero las dificultades y contrariedades pueden turbarme en el futuro. Pondré gran cuidado en la guarda de este gozo interior y exterior. Hay que hacer sufrir sin siquiera dar a entender que se sufre. ¿No fue esa una de las últimas enseñanzas de Mons. Radini, de venerable memoria?

Para mí debe ser una perenne invitación la imagen de san Francisco de Sales, que me gusta repetir entre otros: Yo soy como un pajarillo que canta en un bosque de espinas. Así, pues, pocas

confidencias sobre lo que pueda hacerme sufrir. Mucha discreción e indulgencia en el juicio de personas y situaciones; inclinación a orar especialmente por quien me fuere motivo de sufrimiento; y en todo, gran bondad, paciencia sin límites, recordando que cualquier otro sentimiento —a lo macedónico, como se puede decir aquí— no está de acuerdo con el espíritu del evangelio ni de la perfección evangélica. Con tal de hacer que triunfe la caridad a toda costa, prefiero ser tenido por un pobre hombre. Me dejaré aplastar, pero quiero ser paciente y bueno hasta el heroísmo. Sólo entonces seré digno de que me llamen obispo perfecto y mereceré participar en el sacerdocio de Jesucristo, quien, al precio de sus condescendencias, humillaciones y sufrimientos, fue el verdadero y único médico y salvador de toda la humanidad: Por sus heridas hemos sido curados (1Pe 2,24).

Encomiendo a mi querida madre María y a mi dulce patrono san José estas exigencias de vida espiritual. Al salir de este retiro, tomo de nuevo con gozo mi cruz. Siempre adelante. Cómo recuerdo el lema de Mons. Facchinetti, de venerable memoria, el amable padre espiritual de mis primeros diez años de sacerdocio: siempre en la cruz bajo la obediencia.

Ofrecimiento a una vida crucificada. Oh, Jesús mío, concédeme una vida áspera, laboriosa, apostólica, crucificada. Dígnate aumentar en mi alma el hambre y la sed de sacrificio y padecimientos, de humillaciones y renuncia de mí mismo. Ya no quiero satisfacciones, descanso, consuelos ni goces. Lo único que ambiciono, oh Jesús, e imploro de tu Sagrado Corazón es el ser siempre, y más cada vez, víctima, hostia, apóstol, virgen, mártir por amor tuyo. (Del P. Lintelo, apóstol de la Eucaristía y la reparación, en Bélgica).

1931

**Breve retiro espiritual, casa PP. Conventuales
Bujukada, junto al Bósforo (18-21 de junio)**

1. Es la octava de la festividad del Sagrado Corazón. Tomo del nuevo oficio las ideas para una buena renovación espiritual. No tengo, en efecto, conmigo más que el breviario, y no leo otra cosa.

2. Cuánto me gusta el pensamiento de san Agustín, que llama al corazón de Jesús Puerta de la vida. A veces parece que en el desarrollo de la devoción al Sagrado Corazón en estos últimos años se rozan los límites de la exageración. Pero, si el corazón de Jesús es realmente la puerta, no hay nada de excesivo o exagerado. Por ahí hay que pasar a toda costa para entrar o salir. Por ahí quiero pasar.

3. En estos últimos tiempos me sale espontánea la práctica de la devoción a las santas llagas de Jesús crucificado. Son el complemento de la devoción al Sagrado Corazón. Insistiré más en ella.

4. Durante el retiro del año pasado en Roustchouk, las circunstancias me llevaron a una acentuación del amor a la cruz y a los padecimientos con Jesús, mi maestro y mi rey. Por la gracia del Señor, aquella profunda meditación no resultó vana. Me sentí desde entonces, y me siento, con más calma ante las eventualidades de mi vida, dispuesto por igual a las cosas más dispares, a los éxitos y a los fracasos, considerando siempre que es para mí un gran éxito el cumplir sencillamente con mi deber al servicio de la Santa Sede Apostólica. Volveré con frecuencia sobre tales consideraciones, procurando aumentar en mí el deseo, la santa voluntad de sufrir con Jesús que sufre, de amar mi presente hacer poco, sin ilusiones por hacer otra cosa: la penumbra en que me tiene encerrado la voluntad del Señor; imposibilitado como estoy por las circunstancias para hacer más, según me pide mi inclinación y temperamento. ¿Quién es, a fin de cuentas, ese más o menos que puedo hacer para servicio de la santa Iglesia en mi ministerio presente, o en otros ministerios que me pudieran ser confiados, pero en los que no pienso ni quiero pensar? ¿Qué es ese más o menos? A los ojos de Dios, nada más de lo que son las disposiciones internas de mi

espíritu, que él conoce incluso en lo oculto; a los ojos de los hombres, frecuente engaño y decepción.

5. Llevo cincuenta años de vida. Soy ya un hombre maduro que se acerca a la vejez: quizá la muerte esté cerca. Muy poco he sacado en limpio durante medio siglo de existencia y de devoción sacerdotal. Me humillo y confundo ante el Señor: le pido perdón por mis innumerables excesos, pero contemplo el futuro con calma firme y confiada. Corazón de Jesús en quien el Padre se complace. Tal invocación me ha impresionado estos días. Cuando se oyó la voz del padre que expresaba sus complacencias, Jesús no había hecho en la vida más que vivir oculto, en silencio, en trabajo humilde, en oración callada. Qué gran desaliento en esta enseñanza.

6. Reanudo mi camino, decidido siempre a rescatar el tiempo. En esto tengo que insistir y castigar sin piedad el cuerpo y el espíritu. Quiero y debo rendir más, incluso en mi actual ministerio. Por tanto, mayor escrúpulo en el uso de mi tiempo: hacer todo, pronto y bien; no aguardar; no poner las cosas secundarias antes que las principales; siempre rápido, ocupado, sereno.

7. Pero, sobre todo y en todo, preocupado por expresar en mi vida interior y en mi actividad exterior la imagen de Jesús manso y humilde de corazón. Que Dios me ayude.

1933

Retiro espiritual con los PP. Capuchinos Sofía (4-8 de septiembre)

Mucha calma y paz. He tenido que hacer todo solo, porque el buen predicador, el P. Samuel, nos había preparado unos preciosos sermones para sus compañeros de religión, pero sin conocer en absoluto el método de san Ignacio.

He insistido, el primer día, en la santa indiferencia. El segundo día me confesé con mi acostumbrado y excelente P. Alberto. Me

quedé contento y con el corazón muy tranquilo y en paz. He pasado revista a los mejores propósitos de mi vida episcopal y los he renovado con todo el fervor de que el Señor me ha hecho gracia. Lamento ser mezquino y miserable, pero persevero en el propósito de querer santificarme a toda costa, con calma, con paciencia, con absoluto abandono en Jesús Pastor y guardián de mi vida. El fondo general de mis resoluciones en estos días está expresado en las sencillas palabras de La imitación de Cristo: «Desea que no te conozcan ni te estimen». En todo esto, sin desaliento, sino contento siempre, siempre sereno, siempre animoso hasta la última hora. Jesús, José y María, en vos descansa en paz el alma mía.

La prolongada vida de representante pontificio en este país me acarrea con frecuencia agudos e íntimos sufrimientos, que me esfuerzo por ocultar. Pero todo lo soporto y lo soportaré de buen grado, incluso gozosamente, por amor de Jesús, para asemejarme a él lo más posible, para hacer en todo su santa voluntad, por el triunfo de su gracia en medio de este pueblo sencillo y bueno, pero cuán desventurado, para el servicio de la Santa Iglesia y del Santo Padre, para mi santificación. Señor, tú lo sabes todo; tú sabes que te amo.

1934

Retiro espiritual con los PP. Pasionistas Ruschuk (27-31 de agosto)

1. Nos predicó el P. Ausonio Demperat, asuncionista. Pláticas bien hechas y serias, pero alejadas del sistema de san Ignacio. Me confesé con el P. Isidoro Detin, vicario general de Mons. Thulen y párroco de Oresc. Me encuentro contento.

2. Situación de mi espíritu, tranquila. Este año fue particularmente sosegado. Me da miedo pensar en el juicio que el Señor hará de mí. Sin embargo, cuando me pregunto qué debo hacer para agradar más al Señor, para ser santo, sólo percibo esta

respuesta: sigue en la obediencia, como estás; haz tus cosas ordinarias, día tras día, sin inquietudes ni singularidades, realizando todo con un afán de fervor y perfección. Sé fiel a la piedad sacerdotal concreta: misa, breve meditación, breviario, rosario, visita, exámenes, buenas lecturas; pero todo con un tono más elevado de fervor, con unción sobreabundante, como en la lámpara alimentada por aceite copioso. No te preocupes para nada de tu futuro, pensando que estás quizá junto a la puerta de la eternidad, y muéstrate cada vez más contento de vivir así, lejos de las miradas y quizá de las atenciones de tus superiores, no doliéndote de ser poco apreciado, esforzándote por saborear cada vez más el considerarse nada.

3. Las circunstancias de mi ministerio, según se ha venido planteando estos diez años que llevo en Bulgaria, no me aconsejan ni me permiten hacer más que lo que hago: al menos, de momento. Seguiré, pues, viviendo al día; pero ofreciendo con más ardoroso entusiasmo a Jesús este mi vivir así, esta limitación que he de imponer a mi actividad exterior, y toda mi vida de oración más intensa: por la salvación y santificación de mi alma y de estos obispos y sacerdotes; por la difusión y penetración más profunda del espíritu de caridad en este país, donde hay tanta aspereza en todo; por la edificación y el progreso religioso de los fieles católicos; para luz y bendición de todo este pueblo búlgaro, descarriado, aunque tan rico en felices disposiciones para con el reino de Cristo y su Iglesia.

4. ¿Qué ha hecho Mons. Roncalli en la monotonía de su vida en la delegación apostólica? Mediante la santificación de sí mismo, su sencillez, su bondad y alegría, ha abierto una fuente de bendiciones y gracias —en su vida y en su muerte— para toda Bulgaria. Así debería ser. Pero son esas grandes palabras y mayores realidades. Jesús mío, me confunde pensarlas, me sonroja el decirlas. No obstante, dame la gracia, la fuerza y la gloria de realizarlas. Poco importa todo lo demás. Todo lo demás es vanidad, gran miseria y aflicción de espíritu. Jesús, José y María os doy el corazón y el alma mía, ahora y siempre.

6 Representante pontificio en Turquía y Grecia (1935-1944)

1935

EE. EE. con mis sacerdotes Estambul (15-22 de diciembre)

Lo de ejercicios es un decir. Los he hecho aquí, en la Delegación Apostólica, en compañía de mis queridos sacerdotes de la catedral. Los ha predicado —en general, bien— el P. Pablo Spigre, superior de los jesuitas. Se ha hecho lo que se ha podido; pero no me han satisfecho del todo. Hay que salir del ambiente y de los asuntos ordinarios. Preocuparse de estos, permaneciendo en casa, y a la vez atender a la propia alma no es posible. La experiencia servirá para otro año. Por tanto, me limito a renovar los propósitos de años anteriores. Desde fines de agosto de 1934, cuántos cambios imprevistos en torno a mí. Me hallo en Turquía. ¿Qué gracias u ocasiones me faltan aquí para hacerme santo?

El Santo Padre, al mandarme aquí, ha querido subrayar ante el Card. Sincero la impresión que le ha causado mi silencio, mantenido durante diez años, por lo que se refiere a mi permanencia en Bulgaria sin lamentarme nunca ni expresar deseos de otra cosa. Ello respondía a un propósito, y estoy contento de haberle sido fiel. Cuánto trabajo hay aquí. Bendigo a Dios, que me colma de los consuelos del sagrado ministerio. Pero debo insistir todavía en poner más calma y orden en todas mis cosas. También la prueba del traje de paisano fue bien superada por mi clero. Pero debo ir delante con el ejemplo, difundiendo gravedad y edificación. Que el Corazón de Jesús me inflame, me sostenga y aumente en mí su espíritu. Amén.

1936

Casa de las Hijas del Sagrado Corazón Ranica, Bérgamo (13-16 de octubre)

Breve retiro, lleno de paz y silencio, en esta magnífica villa que sirve de noviciado al simpático instituto de Mons. Benaglio y de la Venerable Verzeri. Con la gracia de Dios, he podido darme cuenta de la situación de mi espíritu. Cuán lejos estoy todavía de la perfección correspondiente a mis obligaciones y a las gracias que el Señor sigue concediéndome. Pero mi deseo sigue vivo y ferviente. En estos días me guía en el buen meditar el P. Bellecio con su Triduum sacrum.

Reconozco que ya me he habituado a la unión constante con Dios, pensamiento, palabra y obra; a tener presente el binomio: venga tu reino, hágase tu voluntad; a ver todo en función de su coordinación con esos dos ideales. Pero cuán defectuosas resultan mis acciones diarias, mis ejercicios de piedad. Deseo, pues, renovar todo.

De mi nuevo ministerio en Turquía, a pesar de sus muchas dificultades, estoy contento. Me conviene organizar mejor mis jornadas y también mis noches. No acostarme nunca antes de las doce no es buena cosa. Sobre todo, necesita reforma el tiempo que sigue a la cena. La radio hace perder demasiado tiempo y desconcierta todo.

Regla constante: a las siete de la tarde, rosario para todos en la capilla. Luego, cena y recreo: tres cuartos de hora bastan para las dos cosas. Seguirá el rezo de maitines; después, el diario hablado; eventualmente, alguna buena audición musical, cuando la haya. Luego se retira todo el mundo: el secretario a su cuarto, yo a trabajar un poco. A las once debo acostarme. Cada mañana, un pensamiento que sea orientación y programa para todo el día. No omitir nunca la meditación: breve, si no se puede más, pero viva, ágil y sosegada. Debo evitar las audiencias largas. Mucha amabilidad con todos, como si sólo tuviera que ocuparme de cada uno, pero palabra ligera y breve.

La salud me impone un régimen alimenticio. También al mediodía comeré menos, como ya hago por la noche. Conviene que salga todos los días de paseo. Señor mío, esto me pesa y me parece tiempo perdido. Pero es necesario: todos insisten en que lo haga. Lo haré, ofreciendo al Señor el sacrificio que me supone.

Me parece estar despegado de todo: de todo pensamiento de ascenso y demás. Yo no merezco nada ni padezco impaciencias. Sin embargo, me duele mucho comprobar la distancia entre mi modo de ver las situaciones sobre el terreno y ciertas formas de apreciación de las mismas cosas en Roma: es mi única verdadera cruz. Quiero llevarla con humildad, siempre dispuesto a complacer a mis superiores mayores, porque eso, y sólo eso, es lo que deseo. Diré siempre la verdad, pero suavemente, pasando en silencio cuanto me parezca sinrazón u ofensa recibida, dispuesto a sacrificarme a mí mismo y a ser sacrificado. El Señor ve todo y me hará justicia. Sobre todo, quiero seguir devolviendo bien por mal y esforzándome por preferir, en todo, el evangelio a los artificios de la política humana.

Deseo ocuparme con mayor cuidado y constancia en el estudio de la lengua turca. Veo que amo al pueblo turco, al cual me ha enviado el Señor: es mi deber. Sé que el camino que he emprendido en las relaciones con los turcos es bueno y, sobre todo, católico y apostólico. Debo proseguirlo con fe, prudencia y celo sincero, a costa de cualquier sacrificio.

Jesús, la santa Iglesia, las almas, también las almas de los turcos, lo mismo que las de los pobres hermanos ortodoxos: Salva a tu pueblo, bendice tu heredad (Sal 27,9).

1937

Retiro espiritual con mi clero secular Estambul (12-18 de diciembre)

1. Simpática reunión, como en familia, para tratar los problemas más graves y sagrados. Pero advierto lo mismo que señalaba a fines de 1935: este permanecer en el ambiente ordinario de todos los días —y para los sacerdotes este salir y entrar— resta mucho a la eficacia del retiro. Pero no se podía hacer cosa mejor. La casa de los jesuitas es, en estos días, objeto de particular vigilancia, y resulta peligroso permanecer allí como huéspedes. Paciencia.

2. En la revisión de mi organismo espiritual, propia de estos días, veo que, por la gracia del Señor, todos sus elementos están todavía en regla. Pero cuánto polvo, cuánto desgaste de sus piezas: algunas están oxidadas, hay tornillos y resortes que no funcionan, o funcionan mal. Se hace, pues, necesario renovar, limpiar y vivificar. La santa confesión de un año, que he hecho con el P. Spigre, predicador del retiro, me llena de paz. Pero ¿está contento el Señor de mi conducta? Me da miedo pensarlo. Sólo me da ánimos la confianza, el abandono en él.

3. En diciembre del año pasado, en Atenas, recibí una grave advertencia sobre mi salud física. Remedí el fallo. Un año después, me encuentro perfectamente, a pesar de que lleve, en la escasez de mis cabellos, señales de vejez. Procuraré que me resulte familiar el pensamiento de la muerte, no para tristeza, sino para esplendor y elevación gozosa y tranquila de la vida que me quede aquí abajo. Lo que más me impresionó en mi juventud fue la muerte de mi obispo, Mons. Radini, de venerable memoria, a los cincuenta y seis años: exactamente mi edad actual. Siempre pensé que quizá no llegaría a tanto. Llego ahora y doy gracias a Dios. Cuán grave deber tengo de santificarme en serio.

4. Me siento tranquilo y satisfecho de mi estado: únicamente descontento de no ser santo y ejemplar en todo como sería mi obligación y voluntad. Los honores y los ascensos de la tierra no me preocupan gran cosa; me da la impresión de que los tengo a raya. Señor, ayudadme, porque la tentación puede surgir fácilmente, y soy miserable. La Iglesia ha hecho ya demasiado por mí.

5. Hombre eucarístico. De verdad quiero serlo. En este punto debo recordar algo de lo ya decidido. Anticiparé siempre maitines por la tarde: esto me asegura hacer siempre la meditación por la mañana, después de la misa y las horas menores. Luego, además de la visita diaria corriente más o menos larga, pero sentida vibrante, seré fiel los jueves, de 10 a 12 de la noche, a la hora de adoración, según había empezado a hacer, por mis necesidades y las de la Santa Iglesia.

6. Las circunstancias de mi vida ordinaria aquí, en Estambul, sólo me consienten dos horas de trabajo tranquilo: las de la noche, de 10 a 12. Conviene que me adapte a ellas. Pero a las 12, después de las últimas noticias, debo retirarme sin remedio para una breve oración y para dormir. Veo que me basta con seis horas de descanso nocturno. Más adelante se verá si es posible mejorar las cosas. Lo importante es que todo vaya en orden y calma, con ritmo ágil y sin agitación.

7. Durante la cena hemos leído, en el refectorio, Don Santiago Testas y yo algunas páginas de Faber sobre la benevolencia. Me gusta el tema, porque veo que todo está ahí. Insistiré en el esfuerzo tranquilo por ser especialmente amable y benigno, sin debilidades, pero con perseverancia y paciencia para con todos. El ejercicio de la bondad pastoral y paternal —pastor y padre— debe resumir todo el ideal de mi vida de obispo. La bondad, la caridad: qué inmensa gracia. Me vinieron con ella todos los bienes (Sab 7,11).

1939

EE. EE.: Pensamientos y propósitos Casa de los Jesuitas de Ayas Pasa Estambul (12-18 de noviembre)

1. Por fin, los Ejercicios que deseaba: cerrados, sin contacto con el mundo exterior y hechos con método. He invitado a venir conmigo

a mis compañeros, obispos y sacerdotes no religiosos: están todos, de todos los ritos. Varios, sin embargo, vuelven a casa por la tarde para la misa del domingo. No es lo mejor, pero es necesario. Yo celebro poder estar solo durante una semana. Y bendigo al Señor.

2. El P. Elías Châd, superior de los jesuitas, nos da los puntos según el método de san Ignacio, y lo hace bien. Pero debe dar más que los puntos: en lugar de un cuarto de hora, ocupa media. Luego convendría continuar la meditación en el cuarto. Yo me ayudo leyendo el texto ignaciano en la traducción latina anotada por el P. Roothaan. Pero advierto que, incluso para mis sacerdotes y obispos, este dar en pequeñas dosis, para ser fieles al método, dejando lo demás a la iniciativa de cada uno, no resulta práctico. Todos somos, en parte, niños necesitados de que nos guíe la voz viva de quien nos presenta la doctrina ya preparada. Oh, aquellos buenos sacerdotes de Bérgamo que nos predicaban los Ejercicios en el seminario. Y eran muy fieles al espíritu y, según las circunstancias, al método de san Ignacio.

3. Dentro de unos días —el 25 de este mes— cumpliré cincuenta y ocho años. Cuando pienso que asistí a la muerte de Mons. Radini, a sus cincuenta y siete años, me parece que todos los demás por encima de esa cifra me son concedidos de propina. Señor, os lo agradezco. Me siento aún joven en salud y energía, pero no pretendo nada. Cuando me queráis, estoy dispuesto. Incluso para morir —sobre todo, para morir—, hágase tu voluntad. No falta en torno a mí el susurro: hacia arriba, hacia arriba. No me dejo engañar hasta prestarme a sus caricias, que son —sí, también para mí— una tentación. Me esfuerzo de corazón por no prestar oídos a tales voces, que suenan a engaño y bajeza. Las tomo en broma; sonrío y sigo adelante. Para lo poco, para lo nada que soy en la santa Iglesia, ya me tengo mi púrpura, y es el rubor por hallarme en este puesto de honor y responsabilidad valiendo tan poco. Qué consuelo es para mí sentirme libre de tales aspiraciones encaminadas a cambiar de puesto y subir. Lo considero una gran gracia del Señor. Quiera él conservármela siempre.

4. Este año me ha probado el Señor con la desaparición de varias personas queridas: mi madre, venerada y dulcísima; Mons. Morlani, mi primer bienhechor; Don Pedro Forno, mi íntimo colaborador en los Atti della Visita Apostolica di s. Carlo; Don Ignacio Valsecchi, que fue cura en Sotto il Monte durante mis años de seminarista antes de partir para Roma, 1895-1900: todos han desaparecido. Y no hablo de otros conocimientos y personas muy queridas, el primero de los cuales sería Mons. Spolverini. El mundo cambia de faz para mí. Todo esto debe aumentar mi familiaridad con el más allá, pensando que quizá pronto esté allí. Queridos difuntos, os recuerdo y os sigo amando. Rogad por mí.

5. He hecho mi confesión anual con el P. Châd, y estoy contento. Para prepararme bien, he celebrado la santa misa, he asistido expresamente a otra misa y luego me he arrodillado arrepentido y confuso. Me horrorizan mis pecados y ante ti me sonrojo; no me condenes. El confesor me dice que el Señor está contento de mi servicio. ¿Contento de verdad? Ojalá. Yo estoy contento sólo en parte. La elección de estado ya la tengo hecha hace tiempo: en cuanto a los particulares de mi vida y actividad, todo está bien claro y determinado por el gastaré lo que tenga y me desgastaré por vosotros (2Cor 12,15): no me duermo en mis deberes episcopales, pero cuántos defectos en cumplirlos. Sobre todo, me atormenta la desproporción entre lo que hago y lo que me queda por hacer, y quería hacerlo, pero no llego. La culpa, en parte, debe de ser mía. Soy demasiado largo en mis cartas, por el temor de parecer seco y poco cordial, si digo menos; por el deseo de fomentar los intereses de la caridad y de la santa Iglesia, diciendo más. Convendrá buscar la línea de la discreción, que está en el medio; y, si me resulta un pequeño tormento, sufrírmelo en paz.

6. El día de los difuntos, mi querido secretario, Mons. Santiago Testa, me dejó definitivamente para seguir su camino. Era un buen muchacho que llevaba conmigo dos años y al que amaba en el Señor. Fiat. En su lugar tengo ya otro, joven, Mons. Víctor Hugo Righi. Los superiores me lo han enviado para que le ayude en su formación en servicio de la Santa Sede. Me parece dócil y bueno.

Haré lo posible. Al tiempo me gustaría aligerar el peso de mi correspondencia oficial, descargándolo en parte sobre él. Es un buen medio para establecer la proporción entre lo que se ha de hacer y lo que se hace.

7. Para la lectura en el refectorio he propuesto, después de la Encíclica del nuevo papa Pío XII, le Journal intime de Mons. Dupanloup, que encontré entre los libros de la Delegación y que conozco bien. Veo que esas páginas producen mucha y edificante impresión. A mí sobre todo, me interesa fijarme con frecuencia en un prelado tan dinámico en las prácticas de piedad y de la vida interior: misa, breviario, meditación, devoción al Santísimo Sacramento, a la Virgen, a quien él llama: auxilio de los cristianos, auxilio de los obispos, etc. Consuelo para mí y a la vez acicate. Insisto particularmente en el rezo de maitines por la noche. A Mons. Righi le gusta el rezo en común; por mi parte, es lo que deseo, y ya he comenzado a ponerlo en práctica. El rezo de maitines por la noche es una preciosa preparación para la meditación del día siguiente y para una elasticidad más oportuna en todo lo demás. También mantendré el rosario en familia, que ya he empezado. Así se hacía con Mons. Radini; y con el Card. Ferrari en Milán.

8. Hago un propósito especial, como ejercicio de mortificación, sobre el estudio de la lengua turca. Saber todavía tan poco, después de cinco años de estancia en Estambul, es una vergüenza, y denunciaría poca idea del alcance de mi misión, si no hubiera motivos que excusaran y justificaran. Ahora empezaré de nuevo y con empeño. La mortificación me será motivo de complacencia. Yo amo a los turcos, aprecio las cualidades naturales de este pueblo que tiene también su puesto preparado en el camino de la civilización. ¿Que consigo poco? No importa. Lo importante es mi deber, el honor de la Santa Sede, el ejemplo que debo dar. Si no consiguiera más que permanecer fiel a este firme propósito, consideraría grande y fecundo el fruto de mis Ejercicios.

9. ¿Otros propósitos especiales? No los encuentro, pues me siento totalmente crucificado a mi vida de vicario y de delegado

apostólico. Conservar mi paz y, en la paz, un gran fervor: no apartarme en absoluto del sistema que me recomienda en todo humildad y mansedumbre, sea cual fuere el impulso o tentación que sienta en contra; mansedumbre, que no es nunca pusilanimidad; hablar poco, poco de política, y no perder de vista la idea de la muerte.

10. Desde la ventana de mi cuarto, aquí en casa de los padres jesuitas, observo todas las tardes una multitud de barcas junto al Bósforo. Aparecen a decenas, a centenares, por el Cuerno de Oro; se reúnen en un lugar convenido y luego se encienden, unas más brillantes, otras menos, formando un espectáculo fantasmagórico de impresionantes luces y colores. Pensé que se trataba de una fiesta marítima con ocasión del Vairam, que cae estos días. Pero no: es la pesca organizada de una especie de atún que, según dicen, procede de puntos lejanos del mar Negro. Estas luces duran toda la noche, y se oyen las voces gozosas de los pescadores. El espectáculo me emociona. La otra noche, hacia la una, llovía a cántaros, pero los pescadores estaban allí, impávidos en su ruda tarea. Qué confusión para mí —para nosotros los sacerdotes, pescadores de hombres— ante este ejemplo. Pasando de la figura a lo figurado, qué panorama de trabajo, celo y apostolado que se ofrece a nuestra actividad. Del reino del Señor Jesucristo queda aquí bien poca cosa. Restos y semillas. Pero cuántas almas que ganar para Cristo, que vagan en este mar del islamismo, del judaísmo, de la ortodoxia. Imitar a los pescadores del Bósforo, trabajar día y noche con las lámparas encendidas, cada uno en su propia barca, a las órdenes de los jefes espirituales: ese es nuestro grave y santo deber.

11. Mi trabajo en Turquía no es fácil, pero me viene bien y es motivo de muchos consuelos. Veo que existe la caridad del Señor y la unión de los eclesiásticos entre sí y con su pobre pastor. La situación política no permite hacer mucho, pero me parece ya meritorio no empeorarla por culpa mía. En cambio, mi misión en Grecia, qué molesta me resulta. Por eso precisamente la amo más aún y prometo continuarla con fervor, esforzándome por vencer todo

mi disgusto. Me lo han encomendado; por tanto es cuestión de obediencia. Confieso que no sufriría si se la encomendasen a otro; pero, mientras sea mía, quiero hacerle honor a toda costa. Los que siembran con lágrimas, cosecharán entre cantares (Sal 125,5). Poco me importa que otro recoja los frutos.

12. Este año, pocas vacaciones y turbadas con la preocupación de tener que volver pronto. En compensación, he hallado acogidas sumamente benévolas y alentadoras en Roma por parte del Santo Padre, de la Secretaría de Estado y de la Congregación Oriental. Gracias al Señor. Ello supera mis méritos. Pero no trabajo por los elogios de los hombres. Dios me lo dio. Si acaeciera, como es fácil, el Dios me lo quitó, seguiría bendiciendo al Señor.

13. Como memorial perenne de mayor fervor eucarístico y como recuerdo de estos Ejercicios, prometo para lo sucesivo rezar siempre, antes de mi misa privada, las oraciones que figuran en el canon. Quien me ayuda, tendrá que esperar un poco, pero esas oraciones tengo que decirlas. La única oportunidad que podrá dispensarme de ello será la mayor comunidad de un gran número de fieles que estén esperando: no deben ser llevados a la situación de perder la paciencia. San Francisco de Sales me es buen maestro en este servicio de caritativa discreción.

1940

EE. EE.: Notas. Terapia junto al Bósforo Casa de las Religiosas de Ntra. Sra. de Sión (25 de noviembre 1 de diciembre)

1. Los conflictos bélicos no han permitido tener, este año, los Ejercicios en la casa de los PP. Jesuitas de Ayas Pasa. He venido aquí en funciones de capellán de estas buenas religiosas, ancianas y retiradas de toda actividad, procedentes de las casas de Yassy y de Galatz, en Rumania. Después de mí vendrán mis sacerdotes de

Espíritu Santo, de uno en uno, para sus Ejercicios. Soledad realmente ideal y deliciosa. Jesús mío, os doy gracias y os bendigo.

2. He elegido estos días para mi retiro espiritual, porque son los primeros de mis 61 años de edad. Entro, pues, en el período en que uno empieza a ser y a llamarse viejo. Que al menos la vejez sea un completo esfuerzo en busca de esa perfección de la que, como obispo, debería ser maestro, pero de la que tan lejos estoy todavía. Santificar sus comienzos con la plegaria y la meditación en espíritu de penitencia ya es algo; algo grato al Señor: es súplica de misericordia.

3. Como ejercicio de mi espíritu, he prescindido del método acostumbrado; y he hecho objeto de meditación el salmo Miserere, ocupándome de cuatro versículos por día. Además, he tomado como guía —porque siempre se requiere una guía para estas cosas, incluso cuando uno va envejeciendo— la exposición extensa y razonada del P. Paolo Segneri, autor a quien tanto admiro. Demasiado extenso para mis necesidades y demasiado razonado, un poco forzado y barroco. No obstante, es un verdadero tesoro de pensamientos y aplicaciones. He meditado y escrito —a máquina— lo que me parecía más interesante y práctico. Volveré sobre estas notas para mi edificación.

4. ¿Resultado de esta concentración de mi espíritu? Nada especial ni llamativo. Me parece, sin embargo, un reforzamiento de principios y posiciones ante el Señor y ante el problema de mi pobre vida y de mi ministerio sagrado al servicio de la Santa Iglesia. Incluso sin exagerar este ingreso en el último —tal vez rápido y breve— período de mi vida, siento en mí algo más grave y maduro en relación con todo lo que me interesa y circunda: yo diría un mayor desasimiento respecto de lo que puede afectar a mi porvenir, una indiferencia más acentuada hacia todo; un leve y lento difuminarse de los contornos de las cosas, personas, lugares y empresas que en otro tiempo cosquilleaban más mi gusto personal; una disposición más marcada a comprender y compadecer, y una mayor claridad y tranquilidad de impresiones y juicios. Procuraré

conservar la hermosa sencillez de la palabra y del trato, sin actitudes estiradas; por el contrario, todos deben percibir la gravedad y la amable distinción del anciano prelado, que difunde en torno a sí un aire de dignidad, prudencia y gracia.

5. He meditado de nuevo mis deberes episcopales. Sobre todo me he detenido en aquello de humildad y paciencia en la guarda de mismo, y enseñar esto mismo a los demás. Alguna espina se clava y a veces fuerte. En estricto rigor, debería tomar decisiones tajantes. Me quitaría la espina. Pero ¿no merecería otras, quizá más punzantes? Y ¿dónde quedan la verdad, la caridad, la misericordia? ¿Y el espíritu del Señor en el trato de las almas, en el trato del alma mía?

6. Este año, la Providencia me ha puesto en la mano notables sumas de dinero. Dinero de mi pertenencia personal. Lo he distribuido, parte entre los pobres, parte para necesidades mías y ayuda de mis familiares, y parte, la principal, para restaurar la delegación apostólica y algunas habitaciones de mis sacerdotes de Espíritu Santo. Según el criterio del mundo, que se filtra hasta las interioridades santas del clero, según el parecer de la prudencia humana, he sido un pobre de espíritu. Ahora, en efecto, me hallo de nuevo en la pobreza. Bendito sea el Señor. Me parece que, con su gracia, he hecho bien. Vuelvo a confiarme en su bondad por lo que al futuro se refiere. Dad y se os dará (Lc 6,38).

7. El estudio de la lengua turca. Por supuesto: a los sesenta años no debo retroceder ante semejante esfuerzo. Se trata de buena y enérgica voluntad, no de otra cosa. Aunque el esfuerzo sólo sirviera para dar buen ejemplo, sería grandemente meritorio.

Tarde del lunes, 25 de noviembre de 1940. Ayer el Santo Padre Pío XII invitó a todo el mundo a unirse a él para cantar, gimiendo, las letanías de los santos y el Miserere. Y todos nos unimos a él y a su plegaria, desde el Occidente y desde el Oriente. Retirado en la completa soledad de estos EE. EE. —como hace el mismo Santo Padre estos días en el Vaticano— para iniciar así el sexagésimo año de mi pobre vida (25 de noviembre de 1881), creo que nada me será

más útil, incluso como aportación al bien de todos, que volver sobre este salmo de penitencia, distribuyendo cada uno de sus versículos —que son veinte— cuatro para cada día y haciéndolos objeto de piadosa meditación. Sigo de lejos la exposición del Miserere del P. Segneri, pero con mucha libertad de inspiración y de aplicaciones. Sumamente útil para comprender el profundo sentido del salmo es mantener viva ante mí la imagen del real Profeta y las circunstancias de su arrepentimiento y su dolor. Es un rey que ha caído, pero un rey que se levanta.

Primer día. Martes, 26 de noviembre de 1940. Versículo I: Misericordia, Dios mío, por tu bondad. 1. El llanto de las naciones. Llega a mis oídos desde todos los puntos de Europa y también desde fuera. La guerra sangrienta, que llena de horror la tierra, los mares y los cielos, es una reivindicación de la justicia divina, ofendida y violada en las obligaciones que tiene impuestas a la familia humana. Han pretendido y pretenden algunos que Dios debe preservar a tal o cual nación, o concederle la invulnerabilidad o la victoria en atención a que los justos que en ella viven o al bien que en ella se realiza. Pero se olvida que, si Dios ha hecho en cierto modo las naciones, ha dejado la constitución de los estados al libre arbitrio de los hombres. A todos les ha dictado las leyes de convivencia, cuyo código es el evangelio. Sin embargo, no ha dado garantías de asistencia especial y privilegiada más que a la nación de los creyentes, que es la santa Iglesia en cuanto tal. E incluso la asistencia a su Iglesia, si bien la preserva de toda derrota, no la exime de tribulaciones ni persecuciones.

La ley de la vida para las almas y para los pueblos determina la justicia y el equilibrio universal, los límites en el uso de las riquezas, de los placeres, del poderío mundano. A medida que se quebranta esta ley, se aplican automáticamente las sanciones, que son terribles e inexorables. No escapa ningún estado. A todos les llega su hora. La guerra es una de las más tremendas sanciones. No la quiere Dios, sino los hombres, las naciones, los estados por medio de quien los representa. Los terremotos, las inundaciones, el hambre, la peste, son aplicaciones de ciegas leyes de la naturaleza,

ciegas porque la naturaleza material no tiene inteligencia ni libertad. La guerra, en cambio, es cosa que quieren los hombres, con los ojos abiertos, a despecho de las leyes más sagradas. Por eso es mucho más grave. Quien la determina, quien la fomenta es siempre el príncipe de este mundo, que nada tiene que ver con Cristo, príncipe de la paz. Mientras se desata la guerra, a los pueblos no les queda más que el Miserere y el abandono en la misericordia del Señor, para que ella triunfe sobre la justicia y, con una gracia sobreabundante, haga recapacitar a los poderosos del siglo y los induzca a propósitos de paz.

2. El llanto de mi alma. Lo que sucede en el mundo a gran escala, se reproduce en pequeño en el alma de cada uno, se reproduce en mí. Fue una gracia del Señor que no me consumiera la malicia. Hay ciertos pecados que llamaríamos típicos: el de David, los de san Pedro o san Agustín. Pero, ¿adónde habría llegado, de no haberme sostenido la mano del Señor? Por pequeñas faltas, los santos más delicados hicieron largas y ásperas penitencias. Y muchos, incluso modernos, sólo vivieron de penitencias; hay almas cuya vida, hoy día, es una expiación por sus propios pecados y por los pecados del mundo. Y yo, en todo tiempo, más o menos, siempre pecador, ¿no debería llorar de continuo? No os pedía una alabanza que me hace temblar: lo poco que sé de mí mismo basta para confundirme. La famosa respuesta del cardenal Federico no ha perdido su elocuencia y emoción.

Lejos de mí buscar en las comparaciones una especie de disculpa. El Miserere por mis pecados debería ser mi plegaria más familiar. Además, el pensamiento de que soy sacerdote y obispo —y por tanto especialmente consagrado a la conversión de los pecadores y al perdón de los pecados— debería acentuar mucho más mi actitud. ¿Qué es el dejarse azotar, dejarse poner sobre la tierra desnuda, sobre la ceniza, para morir, sino un continuado Miserere del alma sacerdotal, ansiosa de ser siempre hostia de expiación por los pecados del mundo y por los propios?

3. La gran misericordia. No basta una misericordia cualquiera. El peso de las injusticias sociales y personales es tan grave que no basta un gesto de caridad ordinaria para perdonarlas. Por eso se invoca la gran misericordia. Esta es proporcionada a la grandeza misma de Dios. Porque como es su grandeza así es su misericordia (Si 2,18). Con razón se ha dicho que nuestras miserias son el trono de la divina misericordia. Y se ha dicho mejor aún que el nombre y el apelativo más hermoso de Dios es ese: misericordia. Esto debe inspirar, en medio de las lágrimas, una gran confianza. La misericordia triunfa sobre el juicio (Sant 2,13). Parece demasiado. Pero no lo es si sobre ello se apoya todo el misterio de la Redención; si, para dar un signo de predestinación y salud, este aparece indicado en el ejercicio de la misericordia. Misericordia, Señor, por tu bondad, por tu inmensa compasión borra mi culpa.

Versículo II: Por tu inmensa compasión borra mi culpa. La misericordia del Señor no es simplemente un sentimiento del corazón, sino una profusión de beneficios. Si consideramos cuántas gracias descenden al alma pecadora, sencillamente por el perdón de Dios, es como para confundirnos: 1) la remisión amorosa de la ofensa; 2) la nueva infusión de la gracia santificante, como a un amigo, como a un hijo; 3) la reintegración de los dones, de los hábitos, de las virtudes anejas a la gracia; 4) la restitución del derecho a la heredad celeste; 5) la reviviscencia de los antiguos méritos anteriores al pecado; 6) el aumento de gracia que se añade por este perdón a las gracias precedentes; 7) el aumento de los dones que va en proporción con el aumento de la gracia, lo mismo que con el avance del sol crecen los rayos y con el incremento del manantial crecen los ríos.

Versículo III: Lava del todo mi delito, limpia mi pecado. La santa confesión. Tres verbos: borrar, lavar, purificar. Una progresión: ante todo, quitar la mancha de la iniquidad; luego, lavarla bien, es decir, eliminar cualquier apego, por pequeño que sea; por último, purificar, esto es, concebir un odio implacable a la iniquidad, realizando actos contrarios a la misma, de humildad, de mansedumbre, de mortificación, etc., según los distintos pecados. Tres operaciones

sucesivas. Exclusivamente a Dios pertenece la primera: borrar. A Dios, en colaboración con el alma, la segunda y la tercera: lavar, purificar. Hagamos lo que podemos nosotros, pobres pecadores: arrepentirnos, y con la ayuda del Señor lavarnos y purificarnos. Estamos seguros de que el Señor hará la primera operación. Es rápida e inmediata. Así hay que creerlo sin dudas ni titubeos. Creo en el perdón de los pecados. Las dos operaciones sucesivas, que dependen de nuestra cooperación, exigen tiempo, avance, esfuerzo. Por eso digamos: Lava del todo mi delito, limpia mi pecado.

Este misterio de nuestra purificación se realiza perfectamente en la santa confesión, por intervención de la sangre de Cristo, que lava y purifica. La virtud de esta sangre divina, aplicada al alma, actúa con el avance de confesión en confesión. De ahí la importancia de la confesión en sí misma, con el Yo te absuelvo; y del empleo de la confesión frecuente para quien hace profesión de espiritualidad, para los sacerdotes, para los obispos. Qué fácil es que la rutina reemplace a la verdadera devoción en nuestras confesiones semanales. Aquí tenemos un buen método para sacar provecho de esta preciosa y divina práctica: por la santa confesión se verifica la doctrina de san Pablo: Cristo se ha hecho por nosotros sabiduría, justicia, santificación y redención (1Cor 1,30).

Cuando me confieso, debo rogar, por tanto, a Jesús que sea para mí sabiduría por la luz que me dará en el examen sosegado, minucioso, detallado de mis pecados y de su gravedad, para que conciba sincero dolor de ellos. Que me sea justicia al presentarme al confesor como a mi juez, con una acusación sincera y dolorosa. Luego santificación perfecta, cuando me inclino a recibir de manos del sacerdote la absolución, a cuyo gesto es restituida [o aumentada] la gracia santificante. Por último, redención, en el cumplimiento de la exigua penitencia que se me impone por la gran pena que merecería: poco en verdad, pero satisfacción copiosísima al ir unida, como sucede en el sacramento, a la sangre de Cristo, que intercede, satisface, lava y purifica, por mí y conmigo.

Este lava del todo debe convertirse en el lema sagrado de mis confesiones ordinarias. Son ellas el criterio más seguro para la medida de mi progreso espiritual.

Versículo IV: Pues reconozco mi culpa, tengo siempre presente mi pecado. El conócete a ti mismo de la sabiduría antigua era ya una buena base para la vida honesta y digna. Servía para el ejercicio ordinario de la humildad, que es la primera virtud de los hombres grandes. Para el cristiano, para el eclesiástico, la idea de ser pecador no es en absoluto depresión del espíritu, sino abandono confiado y habitual en el Señor Jesús, que nos ha redimido y perdonado; es vivo sentimiento de respeto al prójimo y a las almas, salvaguarda contra el peligro de envanecernos de nuestros éxitos. Este guardar siempre en el secreto de nuestra intimidad la celda del penitente, no sólo es refugio del alma que vuelve a encontrarse realmente a sí misma, y consigo la calma para decidir y actuar, sino que también se fragua donde se aviva el celo por las almas, con intención pura, con espíritu desinteresado, por lo que se refiere a recoger los triunfos externos de nuestro apostolado.

David necesitó la voz del Profeta: Tú eres ese hombre, para reaccionar. Pero luego advierte la presencia del pecado, presencia continua ante él, continua y aleccionadora. Tengo siempre presente mi pecado. Observa muy bien Segneri que no es el caso de tener presentes los perfiles de cada pecado, pues no es útil ni edificante; sin embargo, conviene tener presente el recuerdo de las debilidades pasadas, que sirvan de advertencia y engendren santo temor y celo por las almas. Cuán frecuente es en la liturgia el pensamiento de los pecados y los pecadores. Más aún en la liturgia oriental que en la latina; pero en ambas de manera bien expresiva. Tengo siempre presente mi pecado. Es decir, ante mí. Como estaban presentes los pecados de los hombres ante Jesús agonizante en Getsemaní, ante Pedro en la cumbre de su magisterio, ante Pablo en la gloria de su apostolado, ante Agustín en el fulgor de la ciencia universal y la santidad episcopal.

Ay de los infelices que, en lugar de tener el pecado ante los ojos, lo tienen a la espalda. Nunca podrán precaverse ni de los males pasados ni de los futuros.

Segundo día. Miércoles, 27 de noviembre de 1940. Versículo V: Contra ti, contra ti solo pequé, cometí la maldad que aborreces. El pecado es ofensa de Dios y, sólo por eso, un mal grave. Todas las demás consideraciones son secundarias en comparación con esta: una mujer violada, un marido asesinado son poca cosa en comparación con un Dios vilipendiado. Así lo entendió David, y así lo debemos entender nosotros. Qué diferente es el espíritu del mundo. No se duele por el Señor ofendido, sino por algún fracaso que sobrevenga, por algún descalabro o desventura. No pensaban así los santos: Yo he dicho: Señor, ten piedad de mí, cúrame, pues te he ofendido (Sal 40,5).

Otro pensamiento. Contra ti solo pequé. El pecado, incluso el que va contra el prójimo o contra uno mismo, ofende directamente a Dios en su ley santa. Gana en gravedad porque se realiza ante la mirada de Dios. Dios me ve: este lema que repetían nuestras pobres abuelas en el pueblo como tosco ejercicio de rústico arte de bordado, se conserva todavía en las viejas paredes de nuestras casas; y contiene una gran advertencia que sirve para imprimir un tono de respeto a todas las acciones de nuestra vida. Qué profunda es esta doctrina de la omnipresencia de Dios, de su mirada que nos persigue incluso en los repliegues más ocultos de nuestra intimidad. Este punto daría para escribir todo un tratado de ascética. Aquí se funda la belleza más pura de las almas santas, tersas como el cristal, sinceras como el agua limpia, sin fingimientos con los demás ni consigo —pues sucede que a veces no tenemos sinceridad con nosotros mismos, lo cual es el colmo de la inconsciencia—, aun a costa de parecer pobres hombres. Se burlan de la sencillez del justo. Qué página esta de san Gregorio Magno.

Versículo VI: Mira, en la culpa nací, pecador me concibió mi madre. Podría parecer una excusa, pero es una declaración más explícita de la propia miseria. David habla, sí, de la ley del pecado

original, de la misma que expresará san Pablo, la ley que se hace sentir en los miembros y que contradice a la ley del espíritu, pero no para buscar una escapatoria, un pretexto, una justificación. Hay que reconocer que la malicia está en nosotros, puesto que, si bien no falta la seducción de las cosas exteriores, la gracia de resistir está totalmente a nuestra disposición y es más fuerte que la tentación. Qué diablos, decía el Prof. Tabarelli cuando nos explicaba el tratado De gratia en San Apolinar, los diablos somos nosotros. Somos nosotros los responsables. El conocimiento que tenemos de la fragilidad de la naturaleza humana debe ser para nosotros, médicos de las almas, motivo para compadecer, levantar y animar a los demás; pero no para excusarnos a nosotros mismos.

Grande es nuestra responsabilidad por lo que toca a conservar la gracia que tenemos a la mano, por lo que toca a frenar la naturaleza. En la pobre naturaleza anidan las inclinaciones perversas de ambición, orgullo, gula, impaciencia, envidia, avaricia, pereza, lujuria. Están dentro de nosotros —la imagen es de Segneri— como en una amplia jaula de fieras, osos, lobos, tigres, leones, leopardos. No hacen ningún daño mientras la compuerta está cerrada y las tiene presas. Se diría que no existen. La gracia las mantiene a raya. Pero, si esta cesa, entonces las fieras, siguiendo su instinto natural, saldrán a desahogarse. Él ha puesto para protegernos murallas y defensas (Is 26,1). Si caen la gracia exterior y la gracia interior, murallas y defensas, qué fracaso para un pobre cristiano, para un pobre sacerdote. Mira, en la culpa nací, pecador me concibió mi madre: no nuestra buena madre inmediata según la naturaleza, sino la antigua madre pecadora.

Versículo VII: Te gusta un corazón sincero, y en mi interior me inculcas sabiduría. El salmista proclama en su Dios el amor de la verdad. La verdad está en Dios como en su fuente, Dios es todo verdad; y Jesús, el Verbo divino, lo ha dicho bien claro: Yo soy la verdad (Jn 14,16). Semejante declaración sería digna de un loco, si no hubiera salido de los labios de un Dios hecho hombre. El procurador romano se vio en un buen aprieto ante tal declaración hecha por Cristo, y le preguntó: ¿Y qué es la verdad?

La verdad —dice el P. Segneri— es una virtud trascendente que entra en todos los asuntos bien regulados y, según la diversidad de estos, toma diversos títulos. En las escuelas se llama ciencia; en el hablar, veracidad; en las costumbres, pureza; en la conversación, sinceridad; en el obrar, rectitud; en el contratar, lealtad; en el aconsejar, libertad; en el cumplir las promesas, fidelidad; en los tribunales tiene el sublime título de justicia. Esta es la verdad del Señor, que permanece para siempre.

El amor a la verdad. Doy gracias al Señor porque me ha concedido una particular disposición para decir siempre la verdad, en cualquier circunstancia, delante de todos, con buenas maneras y educación, ciertamente, pero con calma y sin miedo. Algunas pequeñas mentirillas de mi infancia me dejaron en el corazón un horror a la doblez y la mentira. Especialmente ahora que voy para viejo, quiero ser ante todo hombre serio por eso: Amar la verdad. Así Dios me ayude. Lo he repetido muchas veces, jurando sobre el evangelio.

La manifestación de las cosas inciertas y ocultas de la divina sabiduría vienen por sí mismas. El amor a la verdad es una infancia perenne, fresca, deliciosa. Y el Señor revela los misterios más profundos a los niños, mientras que los mantiene ocultos a los inteligentes y a los llamados sabios del siglo.

Versículo VIII: Rocíame con el hisopo: quedará limpio; lávame: quedará más blanco que la nieve. Se alude aquí al rito mosaico de la purificación de los leprosos. Debían ser rociados por el sacerdote con un manojo de hisopo humedecido en sangre y luego lavarse por completo, de pies a cabeza, con agua pura. Hay aquí una insinuación a los pecados, que ensucian el cuerpo envileciendo el alma. El hisopo es una hierba mezquina de aspecto, pero fortísima. Prende y echa raíces en la piedra. Cuánta necesidad de aspersion tiene el género humano. No sin razón ve Isaías a Jesús como el gran rociador. Y en la imagen empleada por David nos es lícito descubrir el anuncio no sólo de la gracia aneja al rito mosaico, sino también, más aún, la doble aspersion reservada al género humano

mediante los sacramentos del bautismo y la penitencia. Quien rocía es él mismo, nuestro Redentor. Mezquino es el altar de su sacrificio, como mezquino es el hisopo; pero poderosa es su sangre, derramada con generosidad divina sobre los cuerpos y las almas de los creyentes, para su purificación. Qué inmensa gracia es esta, que se difunde sobre el mundo a diario por medio de los dos sacramentos de la reconciliación y de la salvación. Gracias a ellos, este pobre mundo se purifica, se lanza con una blancura superior a la nieve.

Volveré otra vez sobre este versículo con ocasión de mi confesión semanal. Rocíame con el hisopo, quedaré limpio. Que me purifique el Señor de mi amor propio, que incluye —como dice Segneri— tres apegos: a mi voluntad, ávida de operar a su modo; a mi reputación, que no tolera el desprecio; a mis comodidades, enemigas de sufrimientos y amigas de pasatiempos.

Pienso también en la aspersion de los domingos en la iglesia parroquial, antes de la misa, con agua bendita. Hay que volver al significado místico de tales ritos y hacerlo gustar al pueblo cristiano. ¿Cómo no recordar la aparición del Cristo que se presentó como sumo sacerdote de los bienes venideros no con sangre de machos cabríos y becerros, sino con su propia sangre, adquiriéndonos una redención eterna rociando así a los fieles?

Tercer día. Jueves, 28 de noviembre de 1940. Versículo IX: Hazme oír el gozo y la alegría, que se alegren los huesos quebrantados. El anuncio del perdón. El Señor olvidó tu pecado es motivo de gozo y alegría. Muchas veces lo hemos experimentado, al levantarnos de los pies del confesor después de la absolución, especialmente con ocasión de EE. EE. o en alguna circunstancia más solemne de nuestra vida. El gozo es de la inteligencia, la alegría es del corazón. A este doble sentimiento responde también la elasticidad espiritual y la conmoción física del cuerpo: que se alegren los huesos quebrantados. Hay expresiones bíblicas de una viveza sorprendente sobre este punto. Como cuando Isaías nos habla de tu corazón se hinchará de emoción (Is 60,5) y en los

Proverbios se dice que un corazón contento alegra el semblante (Prov 15,13).

El misterio de la alegría espiritual, que es una característica de las almas santas, aparece en toda su belleza y su encanto. El Señor nos deja en la incertidumbre sobre nuestra salvación eterna, pero nos ofrece una serie de indicios que bastan para nuestra calma interior y hacen florecer la alegría. El mismo Espíritu da testimonio juntamente con nuestro espíritu de que somos hijos de Dios (Rom 8,16). Que no es poco: sentirnos hijos de Dios. Esta certeza, que a menudo está en el corazón sin que nosotros sepamos darnos cuenta de ello, es la fuente inagotable de nuestro gozo, la base más sólida de la verdadera devoción. La verdadera devoción consiste en querer todo lo que es servicio pleno y amoroso del Señor. Quererlo con eficacia y prontitud: eso es lo esencial. Quererlo con gozo, es decir, con ternura de afecto, con dulzura, con deleite, con alegría: eso es accidental y secundario, pero también importante. El sentimiento de la bondad del Señor para con nosotros y de nuestras miserias forma un complejo de alegría y a la vez de tristeza. Pero la tristeza se dulcifica: se convierte en estímulo para el apostolado por el más noble ideal: dar a conocer, amar y servir a Jesucristo y quitar los pecados del mundo.

Ante mis ojos aparece el espectáculo de la santidad, sonriente entre las tribulaciones y las cruces. La calma interior, fundada en las palabras de Cristo y en sus promesas, produce la serenidad imperturbable que aflora en el rostro, en las palabras, en el trato, que es ejercicio de caridad conquistadora. En nosotros tiene lugar una renovación de energías físicas y espirituales: dulzura para el alma y medicina para el cuerpo (Prov 16,24). El vivir en paz con el Señor, el sentirnos perdonados —y, a nuestra vez, el ejercicio del perdón a los demás— establece esa sustancia y abundancia de que habla el salmista, y hace florecer perenne el Magnificat en nuestros labios.

Versículo X: Aparta de mi pecado tu vista, borra en mí toda culpa. La súplica del rey arrepentido se hace insistente y se extiende

hasta comprender todas las culpas por él cometidas, aparte la más grave que ha determinado el salmo Miserere. Qué emocionante es esta invocación del rostro del Señor, es decir, los ojos, la expresión, rasgo característico que expresa indignación y enojo. Ese rostro volverá a aparecer el último día y será confusión y horror sempiterno para los réprobos.

Debo familiarizarme con este versículo, a título de renovada compunción. No debemos tener miedo en confesarnos pecadores. Toda exageración en las formas viene a estropear, y cada uno debe expresarse según su temperamento; pero, puesto que tenemos siempre necesidad del perdón del Señor, hemos de mantenernos siempre en actitud de súplica y de confianza en la clemencia divina. Un corazón contrito y humillado tú, Señor, no lo desprecias. David lo dirá muy pronto. Pero conviene no desaprovechar ninguna de las formas que pueden expresar esta humilde contrición.

Versículo XI: Oh Dios, crea en mí un corazón puro, renuévame por dentro con espíritu firme. El corazón es la voluntad, y el espíritu el entendimiento. Se requiere, pues, voluntad pura e intelecto renovado. Cuántas ataduras, cuántas tentaciones asedian la voluntad, especialmente por parte del sentimiento: objetos, personas, circunstancias. La seducción del ambiente, tal vez un encuentro fortuito, la someten a dura prueba. El corazón no se vale por sí mismo. Cuando se ha echado a perder, dejándose debilitar por las superfluidades, se hace necesaria una nueva creación. De poco sirven los remiendos. Pronto se vuelve a caer. El corazón de Pablo, el corazón de Agustín, fueron creación nueva. Santo Dios, qué prodigio. Una vez emprendida la nueva dirección, aquellas voluntades no se desviaron en un ápice. En la hora extrema seguían resonando como metal de oro.

Esto es suficiente para renovar el espíritu recto, es decir, la penetración de la inteligencia en lo que es más importante en el criterio y en la acción. Se trata de una visión más exacta de los principios que inspiran la propia conducta, de un conocimiento más adecuado de lo que prácticamente debe hacer cada uno. Tal

reforma debe ser ante todo interna y profunda —por dentro—, para que pueda luego expresarse hacia afuera en las diversas manifestaciones de la vida: reforma en el hablar, en el ver, en el oír, en el escribir; un nuevo estilo de vida que responde a una nueva concepción de la misma.

Versículo XII: No me alejes lejos de tu rostro, no me quites tu santo espíritu. El castigo más grave que David podía imponer a su hijo Absalón por su traición fue este: No volverás a ver mi rostro. Se comprende por qué él suplica al Señor que no le rechace de su presencia. Una cosa es que Dios aparte los ojos de la iniquidad, y otra que rechace de su vista al pecador. Cuán impresionante y tremendo se revela aquí el misterio del rostro del Señor. Y cómo se comprende, por el contrario, el gozo supremo del alma en la visión del rostro del Señor. Que el Señor me conceda la gracia de no ser rechazado. Que me admita en su misericordia, aun cuando sea el último de todos y el más indigno, a contemplarle sin fin.

Otro punto: La presencia del Espíritu Santo en el alma fiel. Aquí, falto de libros y comentarios, no puedo verificar si este Espíritu Santo del Señor debe identificarse con la tercera Persona de la Santísima Trinidad. Pero me parece obvio suponerlo. La actividad de la gracia en el alma se expresa en las palabras: Vendremos a él y viviremos en él (Jn 14,23). Se trata de las tres divinas Personas. Cada una ocupa su puesto con las propiedades personales características. El Espíritu Santo es Señor y vivificante. A él toca la santificación del alma. ¿No es el cristiano templo vivo del Espíritu Santo? Y qué riqueza de frutos para el alma se deriva de esta permanencia del Espíritu del Señor en ella. San Pablo los enumera. Son veinticuatro. Comienzan con la paz y el gozo.

Cuarto día. Viernes, 29 de noviembre de 1940. Versículo XIII: Devuélveme la alegría de tu salvación, afiánzame con espíritu generoso. Devuélveme la gozosa seguridad que será mi salvación: la gozosa seguridad de tu salvador. El verdadero gozo de un alma perdonada, el primer fruto del Espíritu Santo, que habita en nosotros consiste en sentirnos contados en la muchedumbre de los elegidos.

Y todo, por los méritos de Jesús, que derramó su sangre para redimir a nuestra alma, para penetrarla de su virtud y de su vida. Esa seguridad debe ir acompañada de temor, pues llevamos el tesoro de la gracia en un vaso frágil; un pequeño tropiezo nos puede hacer peligrar: el vaso se rompe de nuevo: pobres de nosotros. Pero, si hacemos todo lo que podemos, el Señor nos conserva la gracia: esa gracia deliciosa de sentirnos suyos, para siempre, ese regustar la familiaridad eterna que tenemos reservada para el día que no tendrá ocaso. Y el pensamiento de que nuestro salvador es Jesús. David cantó con nostalgia para el Antiguo y para el Nuevo Testamento, cuánto gozo difunde en mi espíritu, de la mañana a la noche. Los antiguos cristianos sintetizan esta doctrina en el pez: Jesucristo Hijo de Dios Salvador y lo ponían como símbolo sobre las tumbas, como anuncio de resurrección, y a la vez como velo del misterio eucarístico, conocido solamente por los iniciados. ¿Qué hay más suave para mí, sacerdote y obispo, que el contacto cotidiano con el gran sacramento, prenda de la gloria futura?

¿Y el espíritu generoso? Es la condición indispensable para que permanezca en nosotros la seguridad gozosa del paraíso. Es una fuente habitual de auxilios continuos, que mantienen al alma constantemente inclinada hacia el bien, como acontece con los santos del cielo, sin vacilaciones; una confirmación en gracia, don singularísimo que el Señor concede sin siquiera dárselo a conocer a la criatura elegida, haciendo de suerte que la incertidumbre de poseerlo ayude al ejercicio de muchas virtudes que de ella se derivan: temor casto, vigilancia, humildad, perpetuo recurso a Dios y otras más.

También David suplicaba este don y lo llamaba espíritu noble, es decir, no plebeyo, sino digno de un príncipe sobremanera elegido, espíritu alto, desinteresado, no contaminado por el amor propio, no preocupado más que de Dios, de su gloria. También lo suplicaba san Pablo, pero en el acto de someter su cuerpo a la mortificación y a la disciplina, con temblor de que no sea que después de predicar a los demás, yo quede descalificado. También yo, Señor, lo suplico con David y con Pablo, pero tan mezquino a su lado. También yo lo

suplico, como suma gracia: ese espíritu que me confirme en el bajo sentir de mí mismo, en mi nada, en el puro anhelo hacia vos, para el cual únicamente debo vivir, ya que vos habéis muerto por mí.

Versículo XIV: Enseñaré a los malvados tus caminos, los pecadores volverán a ti. Mi sacerdocio no es sólo sacrificio por los pecados del mundo y por los míos, sino también apostolado de verdad y de caridad. A esto me induce mi vocación. A mayor fervor me debe inducir el pensamiento de lo poco que he hecho hasta aquí y del perdón que el Señor concedió a mis miserias pasadas. Los caminos del Señor son amor y lealtad (Sal 25,10). Ahí es donde yo me debo distinguir. No he de ser maestro de política, de estrategia, de ciencia humana: sobran maestros en tales materias. Yo soy maestro de misericordia y verdad. De este modo lograré ser benemérito incluso en el orden social, pues también se dice en el salterio: El amor y la lealtad se darán cita, la justicia y la paz se abrazarán (Sal 84,11). Mi enseñanza debe proceder con la palabra y el ejemplo; razonamientos y advertencias de los labios, ejemplos de mi conducta ante todos: católicos, ortodoxos, turcos, hebreos. Las palabras mueven; los ejemplos arrastran.

Los pecadores volverán a ti. El problema de la conversión del mundo, impío y prevaricador, encierra uno de los problemas más angustiosos de mi espíritu. Sin embargo, no me toca a mí solucionarlo: es un secreto del Señor. A mí, a todos los sacerdotes, a todos los católicos nos incumbe el gravísimo deber de cooperar a la conversión del mundo infiel, al retorno de los herejes y cismáticos a la unidad de la Iglesia, al anuncio de Cristo incluso entre los judíos que le dieron muerte. Nosotros no somos responsables del resultado. El único consuelo, suficiente para nuestra tranquilidad interior, es saber que Jesucristo está mucho más interesado que nosotros por la salvación de las almas. Él las quiere salvar mediante nuestra cooperación, pero lo que en el fondo las salva es su gracia, y su gracia no faltará en el momento oportuno. Este momento será una de las más gratas sorpresas del espíritu, glorificado en el cielo.

Versículo XV: Líbrame de la sangre, oh Dios, Dios, Salvador mío, y cantará mi lengua tu justicia. Mi buen P. Segneri ha dedicado a este versículo nada menos que quince páginas de comentario, en el cual dice cosas hermosas, pero que tienen aire de divagación barroca. Para mí la interpretación es más sencilla y más práctica. ¿Quiénes son esos sanguinarios de los que pide el real salmista al Señor que le libre? No conozco la interpretación de los exégetas. Prefiero considerarlos refiriéndose a mí mismo.

1. Los movimientos interiores de la concupiscencia carnal, herencia de la debilidad de la naturaleza, de la sangre viciada que corre por las venas del género humano desde el primer manantial de Eva pecadora. El paso de los años —cuando se anda, como yo, por los sesenta— enjuga un tanto los malos humores, y es sinceramente agradable constatar el silencio y el reposo de la carne, que se torna ya vieja e insensible a los estímulos que la turban en los años del vigor joven o maduro. Pero hay que tener cuidado.

2. El apego excesivo a las personas de la familia que, cuando va más allá de los límites de la caridad, se convierte en estorbo y cadena. La ley del apostolado y del sacerdocio es superior a la ley de la carne y de la sangre. Amar, pues, a mis parientes y allegados, poner remedio a su eventual pobreza —cosa obligada para quien hace tantas limosnas a personas extrañas—, pero todo con discreción, con espíritu exquisitamente sacerdotal, con orden e imparcialidad. Mis parientes más cercanos —hermanos, hermanas, sobrinos— son, salvo rara excepción, cristianos ejemplares y motivo de consuelo para mí. Pero cuidado con dejarme turbar por sus asuntos y problemas, de suerte que me distraiga de mi misión de servidor de la Iglesia y de obispo.

3. El sentimiento de amor a la patria, que es legítimo y puede ser santo, pero puede también degenerar en nacionalismo, sumamente perjudicial para la dignidad de mi ministerio episcopal. Este debe mantenerse por encima de las cuestiones nacionalistas. El mundo se halla intoxicado de nacionalismo malsano, basado en la raza y en la sangre, en contradicción con el evangelio. Sobre todo en este

punto, que es de sorprendente actualidad, líbrame de la sangre, oh Dios. Aquí viene bien la invocación: Dios salvador mío, el salvador Jesús, que murió por todas las naciones, sin distinción de raza ni de sangre, siendo el primero de los hermanos de la nueva familia humana, fundada sobre él y su evangelio.

Con cuánta decisión y con cuánta mayor libertad podrá así la lengua del sacerdote y del obispo, desligado de estorbos terrenos, anunciar los preceptos del Señor a todos, alabar gozosamente su justicia, su misericordia, su paz, en el nombre del Padre, que es Dios de justicia, del Hijo, que es Dios de salvación, y del Espíritu Santo, que es Dios de paz. En el disfrute de esta santa libertad resulta más alegre el ministerio de las almas. Tus decretos son el objeto de mi canto en mi mansión de peregrino (Sal 118,54). Venid, contemos jubilosos al Señor, aclamemos a la roca que nos salva (Sal 94,1).

Versículo XVI: El Señor abrirá los labios y mi boca proclamará tu alabanza. Este es uno de los versículos más agradables de todo el salmo. La oración de maitines —sacrificio de alabanza— del sacerdote, se inicia con esas palabras, que inspiran al alma tanta poesía y ternura. El sacerdote es también maestro, y sus labios deben custodiar la ciencia. Bueno sería comenzar las pláticas, los sermones y toda forma de enseñanza con esta frase: Señor, ábreme los labios. Por esta invocación comienza todo el oficio, distribuido en las diversas horas de la noche y del día. Entonado así, prosigue todo el ministerio sagrado de la palabra, que es anuncio de la buena nueva, exaltación de la verdad religiosa, himno de gloria al Señor.

El P. Segneri, al llegar a este versículo, da un auténtico salto de octava y, prescindiendo del primer sentimiento de los sagrados intérpretes, lleva al alma en su contemplación a ver en ese proclamará tu alabanza la exaltación de la obra más grandiosa realizada por el Señor, en la que empleó la plenitud de sus atributos, es decir, la fundación de la santa Iglesia, acaecida diez siglos después de David, pero vislumbrada por él como la obra maestra de Dios por medio de su Cristo. Se dice, efectivamente, en otro lugar:

Grande es el señor y digno de alabanza en la ciudad de nuestro Dios (Sal 47,1). Pero ¿dónde? ¿En la tierra?, ¿en el agua?, ¿en el aire?, ¿en el fuego?, ¿en el firmamento?, ¿en las estrellas?, ¿en el sol? No; sino más bien en la ciudad de nuestro Dios, en su monte santo. Segneri encuentra motivo para concluir que, buscando David tributar a Dios la mayor alabanza que le era posible como contrapartida de los muchos bienes recuperados con el perdón conseguido, eligió a esta como tema principal del arpa dispuesta al concierto. Ella sería la obra más insigne de todos los siglos, y él, que la admiraba con espíritu profético, quiso para sí el honor de anunciarla. Mi boca proclamará tu alabanza.

Si pensamos que estas palabras se repiten siempre en maitines, en nombre de la Iglesia, que ora por sí misma y por todo el mundo, y por los millares y centenas de millares de bocas abiertas al toque de la gracia que invocamos, entonces se ensancha el panorama y, al iluminarse, se completa. La Iglesia se presenta no como un monumento histórico del pasado, sino como una institución viviente. No es la santa Iglesia como un edificio que se construye al cabo de un año. Es una ciudad amplísima que ha de ocupar el universo entero: Hermosa altura, alegría del mundo el monte Sión, confín del norte, capital del gran rey (Sal 47,3). La construcción comenzó hace veinte siglos, pero continúa y se extiende por todas las tierras hasta que el nombre de Cristo sea adorado por doquier. Y a medida que continúa, las nuevas gentes dan saltos de júbilo ante el anuncio: Causando un gran gozo a todos los hermanos (He 15,3). Es hermoso también el pensamiento final del piadoso y audaz comentador, edificante para todo sacerdote que reza el breviario: conviene que cada uno esté atento a construir esa santa Iglesia. Quien se dedica a tan hermosa obra por medio de la predicación, diga al Señor como anuncio de su evangelio: Señor, me abrirás los labios, y mi boca proclamará tu alabanza. Quien no es misionero, suspire también por cooperar en el gran esfuerzo del apostolado y, cuando recita los salmos él solo en su celda, diga al Señor el Señor, ábreme los labios, porque incluso allí, por comunicación de la caridad, debe considerar como lengua suya cualquier lengua que

esté en tal momento anunciando el evangelio, que es la suma alabanza divina que ha servido de tema a este versículo, más cargado de misterios, ocultos en el fondo, que de palabras.

Quinto día. Sábado, 30 de noviembre de 1940: festividad de san Andrés apóstol. Versículo XVII: Los sacrificios no te satisfacen: si te ofreciera un holocausto, no lo querrías. Estas palabras revelan la disposición de David para el sacrificio, para todo sacrificio. Sobre su corazón sigue pesando la impresión del pecado cometido. Desde que conoció la profundidad de su doble delito, la violación de la mujer ajena y el asesinato de un inocente —y necesitó un año para comprenderla—, sintió que la expiación conveniente sería la muerte. Es lo que, a la vez, habría correspondido a la legislación mosaica. Pero, puesto que el profeta Natán le había asegurado: El Señor perdona tu pecado, no morirás, el rey sabía que era su obligación dar al Señor todo lo que era expresión de muerte, es decir, de aniquilamiento total ante la majestad divina ofendida: de ahí el sacrificio según las prescripciones legales, y, puesto que él era rico sin medida, un sacrificio más copioso en holocaustos, en víctimas de la tierra. Pero el Señor no quería de él aquellas formas de sacrificio prescritas a los hebreos que venían de Egipto, habituados a manejar paja, tierra y cal. Para un progenitor de Cristo, para un hombre hecho según el corazón de Dios, aquellas eran formas demasiado vulgares de adoración y expiación. Por eso de él no las quiso el Señor: los holocaustos no me complacen. No menor, sin embargo, fue su mérito al presentarlas: por mostrarse dispuesto en todo caso a cumplir la voluntad divina.

Pronta disposición para el sacrificio, según el Señor lo quiere particularmente de cada uno y en la medida en que lo quiere, que debe ser gran enseñanza y advertencia para mí. Esa es la devoción leal y más segura. No consiste simplemente en derramar dulces lágrimas durante la oración, sino en tener una perfecta disposición de voluntad para cualquier divino servicio. A punto está mi corazón, oh Dios, mi corazón está a punto (Sal 65,8) a lo mucho y a lo poco, a lo que Dios quiere y a lo que Dios no quiere y que, por tanto, no debe hacerse. Cuántos desengaños en este punto. Fácilmente nos

forjamos formas de servicio al Señor que no son más que nuestro gusto, nuestra ambición, nuestro capricho. La soberbia de tu corazón te ha engañado, tú que habitas en las cavernas de las rocas (Abd 3): apenas sabes dar, para servicio de Dios, un paso fuera de los agujeros en que te hallas, como una tarántula, para refugiarte de la adversidad de los tiempos, y quieres convencerte de que volarías como un águila, si se te llamara más allá de los montes y los mares. Te engañas a ti mismo en tu devoción, y no te das cuenta. Procura que la disposición de la voluntad se vea en las obras encaminadas a cumplir la voluntad del Señor, según te es conocida día tras día, y no se demuestre tan sólo con el fervor de los suspiros.

Versículo XVIII: Mi sacrificio es un espíritu quebrantado; un corazón quebrantado y humillado, tú no lo desprecias. Lo que más agrada al Señor es el sacrificio y el espíritu atribulado o, mejor dicho, contribulado, en cuanto que con frecuencia se añade al sufrimiento del espíritu el sufrimiento físico del cuerpo, que tanta parte tuvo con el alma en hacer el mal. Elevando esta doctrina por encima de las contingencias particulares de David, pecador arrepentido, nos sitúa ante el gran misterio de la cruz y del sufrimiento, que constituye el camino más seguro de la perfección sacerdotal y episcopal.

En mi retiro de Roustchouk, en mayo de 1930, permanecí totalmente entregado a esta doctrina que, por lo demás, se me presentó con sorprendente evidencia cuando me postré ante el altar de san Carlos, en Roma, dentro del rito de mi consagración episcopal, y me alcé de aquella ceremonia llevando más viva la huella, al menos virtual, de la semejanza con Cristo crucificado. Haz que me embriague de la cruz. Debo repetir con frecuencia esta invocación. Hasta el presente he sufrido poco. Cierta felicidad de temperamento, que es un gran don del Señor, me ha mantenido al margen de aquellas aflicciones que acompañan a espíritus intrépidos y generosos, lanzados como llamas vivas a las obras del celo pastoral. Pero es muy natural que, antes de que termine mi pobre vida, el Señor me visite con tribulaciones particularmente

dolorosas. Sí, estoy dispuesto, con tal de que el Señor, que me las envía, me conceda también la fuerza de afrontarlas con calma, con dignidad, con dulzura. Leo en la vida de la última maestra de novicias de estas religiosas de Sión, de las cuales soy huésped feliz —la madre María Alfonsa—, que el espíritu de este Instituto consiste en *abnégation souriante*. Esa palabra me viene a propósito. Deseo estar siempre muy atento al sacrificio interior, soportado con humildad, con espíritu de penitencia, con corazón contrito— corazón contrito como cenizas—, como se dice de todos los personajes más insignes del Antiguo Testamento, como se lee de los santos más populares del Nuevo Testamento. Baste recordar a san Francisco de Asís, cuya plegaria era siempre la misma: Jesús, ten piedad de mí pecador. Para formarme este espíritu contribulado, contribuirá notablemente la celebración cuidada y fervorosa de la santa misa, que me introduce en Getsemaní, en el santuario más íntimo de los dolores de Jesús, y la sucesión de tantas espinas diarias, en las que debo esforzarme por hallar el perfecto acuerdo entre la condescendencia, la paciencia, la resignación y la justicia, la dignidad, la paz.

Versículo XIX: Señor, por tu bondad, favorece a Sión, reconstruye las murallas de Jerusalén. Aquí la exégesis bíblica tiene ocasión de aplicarse magníficamente a la búsqueda de los tres sentidos: literal, alegórico o místico y analógico. El real profeta, liberado de su culpa, dispuesto al sacrificio, contempla el futuro y lo desea de glorificación para su Dios misericordioso. La benignidad que invoca para su casa, enclavada en Sión, y que le permitirá reconstruir los muros de la ciudad regia, apunta a la venida de Cristo Salvador, como dice san Pablo: Dios, nuestro Salvador, al manifestar su bondad y su amor por los hombres, nos ha salvado (Tit 3,4). Sión recogerá la sucesión de los reyes de Judá, que pasará luego a Constantino o, mejor dicho, a la más segura e indefectible monarquía religiosa pontificia. Jerusalén es la Iglesia santa, que extiende sus pabellones a todas las partes del mundo y tiene muros sólidos y fuertes, a veces abiertos en brecha aquí y allá, pero pronto reconstruidos y defendidos mejor que nunca. De la mística

Jerusalén, o Iglesia militante, la mirada se alza a la Jerusalén celeste, o Iglesia triunfante, que nos aguarda en la consumación final. Las últimas notas del Miserere de David dan el tono al Apocalipsis de san Juan, que termina, tras la descripción de la bienaventurada visión de la paz con el Ven, Señor, Jesús (Ap 22,20).

También mi pobre alma se queda extasiada y llena de ternura entre tales fulgores, sacando de ahí ánimos para cooperar lo mejor que pueda a la afirmación del espíritu de Jesús desde Sión y a la extensión, a la reconstrucción de los muros de Jerusalén, en el servicio de la santa Iglesia, según la Providencia lo ha dispuesto para mí, el último de los obispos y de los representantes de la Santa Sede, aunque afanoso de no deshonorar mi vocación.

Estos años que me restan de vida deberían ser los mejores de cooperación seria, eficaz, digna a la gran labor que persigue la Iglesia católica, desde las alturas santificadas de Sión a las pendientes de Jerusalén. Que Jesús acepte al menos el buen propósito y lo bendiga benignamente.

Versículo XX: Entonces aceptarás los sacrificios rituales, ofrendas y holocaustos, sobre tu altar se inmolarán novillos. Se trata del grande y verdadero sacrificio que de sí mismo ofreció Jesús por nosotros, cuando Cristo nos amó y se entregó por nosotros a Dios como ofrenda y sacrificio de olor agradable (Ef 5,2). David lo contempló de lejos y quedó asombrado: verdadero sacrificio de justicia y de expiación universal que, desde lo alto del sagrado monte que está entre el Sión y el Moriah, debía consumir todos los sacrificios del universo y a la vez difundir una virtud divina sobre todos los sacrificios que se celebraran luego en los miembros de todos los miles y miles de millones que, a lo largo de los siglos, seducidos por el ardor de la cruz, ofrecerían espectáculo de penitencia y sufrimiento, en la participación del cuerpo místico de Cristo.

En torno a esta cruz es hermoso contemplar oblaciones y holocaustos. Ahí están los apóstoles, los confesores, los mártires,

los santos de todos los siglos, las vírgenes, cuya vida fue y sigue siendo gloria de la santa Iglesia, todo ardor, todo sacrificio, todo sangre. Los aceptó como un sacrificio de holocausto (Sab 3,6). Cúmulo de oblacones y de holocaustos, a menudo ignorados y escondidos, que suben hacia el Altísimo con voz de propiciación por todo el mundo. ¿Y el becerro o los becerros puestos sobre el altar? Los comentadores están de acuerdo en ver aquí una imagen de la santa Eucaristía, por la cual se perpetúa y renueva místicamente, y no menos realmente, el sacrificio de la cruz. Qué honor para un sacerdote y para un obispo, en este ministerio que le ha sido encomendado, depositar a diario sobre el altar la víctima divina. Pero, qué responsabilidad ante el cielo y ante la tierra. Señor Jesús, me hundo en mi nada, suplico piedad y perdón para mis miserias, renuevo la consagración de mi vida a vuestro culto, a vuestro amor, a vuestro altar. Misericordia, Señor, misericordia.

1942

EE. EE. con mi clero De la fiesta de Cristo Rey a la de todos los Santos Estambul (25-31 de octubre)

1. El año pasado no pude hacer los Ejercicios, ocupado como estuve, en Grecia, en el ejercicio de las obras de misericordia, en nombre del Santo Padre. Este año me habría gustado volver con los PP. Jesuitas, como en 1939. Pero persisten las razones que desaconsejan todo movimiento de personas en torno a aquella casa; los mismos padres están dudosos y atemorizados. Por tanto decidí contentarme con los Ejercicios en casa, como en 1935 y 1937. Invité también a los Excmos. Sres. Kiredjian, arzobispo de los armenios, y Varuhas, ordinario de los griegos de rito bizantino. Este trajo a sus tres eclesiásticos: los padres Basilio y Policarpo y el diácono Haralampos. Se añadieron los jefes de los tres ritos: Chami, de los melkitas; Fakir, de los sirios, y Nikoloff, de los búlgaros. Los obispos

y estos tres jefes de rito se quedan a comer en la delegación. En total, quince ejercitantes: un buen número. Predica con éxito y con viva insistencia en la Sagrada Escritura el P. Folet, jesuita francés. Silencio en casa y fidelidad al horario: un conjunto de buenas disposiciones por parte de cada uno y de todos, que proporciona placer al espíritu y mutua edificación.

2. En la festividad de los santos Simón y Judas me he confesado con el P. Folet, después de celebrar la santa misa y asistir a la del padre, como preparación al sacramento de la purificación. Extendí mi examen y acusación a los dos años transcurridos desde 1940 hasta ahora. Penitencia: rezar el Miserere y el Magnificat. Pero tengo que acostumbrarme a muy distintas penitencias, si quiero entrar en el cielo con holgura y honor. Que el Señor me conceda cada vez mayor espíritu de penitencia. Se acerca el tiempo de la gran penitencia para el mundo entero. Justo es que los obispos y sacerdotes vayan delante. Como san Carlos Borromeo y el Card. Federico, en los días de calamidad: iban en procesión, con los pies descalzos, con una cuerda al cuello y cilicio a la cintura, llevando la reliquia de la santa cruz.

3. Mi pena persistente, que a menudo es ansia secreta, sigue siendo la misma, la de siempre: el no llegar a mantener el ritmo de las cosas por hacer, el tener que estar vigilando continuamente para vencer la acidia de mi carácter, inclinado a la tranquilidad, a andar despacio, aun no dejando de moverme un momento. Esta pena me humilla, y querría llegar a entristecerme. Debo recoger todo lo que es motivo de humillación y tomar buena nota; pero no perder la calma y la paz interior. Ese es mi suplicio. El no llegar más pronto puede depender de varias causas; por ejemplo, de un exceso real de trabajo, de las circunstancias particulares de mi posición aquí y en Grecia. Pero debo preferir reconocer en este estado de cosas mi insuficiencia. Sufre a lo menos con paciencia, si no puedes con alegría, como dice el Kempis. Además está la otra sentencia del mismo libro de La imitación de Cristo: que no me debo considerar verdaderamente humilde mientras no reconozca que soy verdaderamente inferior a todos.

4. Los puntos fundamentales de la vida espiritual se encuentran firmes, gracias a Dios. Despego absoluto con respecto a mi nada; abandono completo en la voluntad del Señor; deseo de vivir exclusivamente para hacer un poco de apostolado y de buen servicio a la santa Iglesia; ninguna preocupación por mi futuro; prontitud para cualquier sacrificio, incluso el de la vida —si el Señor me considera digno de tanto—, por la gloria divina, por el cumplimiento de mi deber; gran fervor de vida espiritual, en la dirección de la santa Iglesia y de la mejor tradición, sin exageración de formas exteriores o métodos; celo vigilante y manso con atención a todo, pero siempre con mucha paciencia y dulzura, recordando lo que dice de Gratry el Card. Mercier: que la dulzura es la plenitud de la fuerza; por último, familiaridad con el pensamiento de la muerte, que sirve para dar tanta soltura y alegría a la vida.

5. Me resulta un poco mortificante volver sobre las mismas cosas, pero es una necesidad de mi espíritu. Renuevo, pues, el propósito de mi fidelidad a la práctica de rezar maitines siempre por la tarde, lo cual me asegura el tiempo para la meditación por la mañana; el estudio de la lengua turca y de la griega. Desde hace unos meses me aplico en el griego, y estoy contento. Tan pronto como pueda volveré a ocuparme del turco, no porque piense llegar a ser un letrado en estas lenguas, sino para cumplir sencillamente con mi deber y dejar el buen ejemplo a mis sucesores.

6. El ministerio en Grecia es el que me resulta más áspero. En estos meses, sin embargo, me ha procurado los mayores consuelos. Mientras me encuentro aquí en Estambul, no querría partir nunca para aquel país convertido en locus tormentorum. Pero, cuando estoy allí, me hallo como un pez en su elemento. La idea de que Mons. Giacomo Testa está trabajando allí y lo hace bien me procura gran consuelo, pero quita poco a mis responsabilidades, mientras la Santa Sede tenga a bien conservármelas.

7. Los dos grandes males que intoxican hoy al mundo son el laicismo y el nacionalismo. El primero es característico de los hombres de gobierno y de los seculares. Al segundo contribuyen

también los eclesiásticos. Estoy convencido de que los italianos, especialmente los sacerdotes seculares, se hallan menos contaminados. Pero debo estar muy alerta, como obispo y como representante de la Santa Sede. Una cosa es el amor a Italia, que siento hervir en el corazón, y otra cosa es la afirmación del mismo en público. La santa Iglesia, a la que represento, es madre de las naciones, de todas las naciones. Todas las personas con que entro en contacto deben admirar en el representante pontificio ese sentimiento de respeto a la nacionalidad de cada uno, hermoso por buenas maneras y suavidad de juicio, que se granjea la confianza universal. Por tanto, mucha prudencia, silencio respetuoso y corrección en todo momento. Bueno será que insista para que esta línea de conducta sea seguida por cuantos me rodean, en casa y fuera. Más o menos, todos estamos contagiados de nacionalismo. El delegado apostólico debe hallarse y mostrarse libre del contagio. Que Dios me ayude.

8. Estamos viviendo una época de grandes acontecimientos, y ante nosotros surge el caos. Tanto más necesitamos acudir a los principios básicos del orden social cristiano y juzgar los hechos según la enseñanza evangélica, reconociendo, en el terror y el horror que nos envuelven, las terribles sanciones que la ley divina impone incluso en la tierra. El obispo debe distinguirse en la visión y en la divulgación, como es debido, de esta filosofía de la historia, incluso de la historia que ahora añade páginas de sangre a páginas de desórdenes políticos y sociales. Deseo releer el *De civitate Dei* de san Agustín y convertirme aquella doctrina en jugo y sangre para juzgar todo, ante quien se acerca a mi ministerio, con sabiduría que ilumine y conforte.

9. El buen P. Renato Folet, que predica los Ejercicios con un sentido empapado en las Sagradas Escrituras, ha salido una vez de esas páginas para presentar un cuadro del obispo perfecto, con palabras de san Isidoro de Sevilla pronunciadas en honor de san Fulgencio (*Liber II, Officiorum, cap. 5*). Ojalá fuera mi vida reproducción de esta doctrina.

El año 1943 estuvo lleno de incertidumbre por lo que se refiere a los Ejercicios. Estos fueron fijados y preparados para fines de 1944. Los iba a predicar el P. Leveque, de los Lazaristas. Precisamente aquellos días anteriores a Navidad, llegó la obediencia para París. Efectivamente, el 6 de diciembre de 1944 llega la comunicación reservada del nombramiento para Nuncio Apostólico en Francia (NdE).

7 Representante pontificio en Francia (1945-1952)

1945

Retiro durante la Semana Santa Solesmes (26 de marzo 2 de abril)

Pensamientos y propósitos. 1. Los que confían en Dios no temen. Lo que ha sucedido con mi pobre vida en estos tres meses no cesa de producirme estupor y confusión. Cuántas veces tengo ocasión de confirmar el buen principio de no preocuparme de nada, de no buscar nada por lo que se refiere a mi futuro. Aquí estoy, trasladado de Estambul a París y habiendo superado —felizmente, al parecer— las primeras dificultades de la introducción. De nuevo la obediencia y paz han traído bendición. Que todo esto me sirva para motivo de mortificación interior, para la búsqueda de una humildad todavía más profunda, para un abandono confiado, para consagrar al Señor mi santificación, en edificación de las almas, durante los años que aún me queden para vivir y servir a la santa Iglesia.

2. No debo esconderme la verdad: decididamente, voy camino de la vejez. El espíritu se rebela y protesta, sintiéndome todavía tan joven, ligero, ágil y fresco. Pero basta que me mire al espejo para llenarme de confusión. Es la estación de la madurez; debo, pues, producir más y mejor, pensando que quizá el tiempo que tengo concedido para vivir es breve, y que me encuentro ya cerca de las puertas de la eternidad. Ante este pensamiento, Ezequías se volvió hacia la pared y lloró. Yo no lloro.

3. No, no lloro, ni tampoco deseo volver atrás para obrar mejor. Confío a la misericordia de Dios lo que he hecho, mal o menos bien, y miro hacia el futuro, breve o largo como pueda ser aquí abajo, porque lo quiero santificado y santificador.

4. Las cosas de Dios. El trato con los monjes benedictinos, la participación en su liturgia de la semana santa, me inspira un mayor fervor en el rezo de mi breviario. Ahora que he conseguido tener mi

cuarto de estudio junto a la capilla, recitaré siempre en la capilla mis horas, anticipando siempre maitines la tarde o la noche anterior y siguiendo las reglas monásticas para levantarme y sentarme, especialmente en maitines. También esta disciplina externa del cuerpo contribuye al recogimiento espiritual. Haré además un estudio más intenso del salterio, para que me resulte más familiar y comprenderlo más profundamente. Cuánta doctrina y cuánta poesía en los Salmos.

5. Para imprimir sencillez a todo recordaré las virtudes teologales y las cardinales. La primera de las cardinales es la prudencia. Aquí es donde combaten y a menudo son vencidos papas, obispos, reyes y dirigentes. Esta es la virtud característica del diplomático. Yo debo profesarle un culto preferente. Por la noche, un examen riguroso. Mi facilidad de palabra me lleva con frecuencia a la exuberancia en mis manifestaciones verbales. Cuidado: saber callar, saber hablar con medida, saber abstenerme de juzgar a las personas y tendencias [y no hacerlo], sino cuando me lo imponen mis superiores o los intereses más graves. En todo, decir más bien menos que más, y temor de decir demasiado, recordando el elogio que san Isidoro de Sevilla hace de san Fulgencio. Vigilar especialmente la guarda de la caridad. Esa es mi regla.

1947

EE. EE.: Pensamientos y propósitos Villa Manresa, de los PP. Jesuitas París (8-13 de diciembre)

1. Estoy terminando el tercer año de mi nunciatura en Francia. El sentimiento de mi pequeñez no deja de prestarme buena compañía: me hace habitual la confianza en Dios, y, dado que vivo en constante ejercicio de obediencia, esta me da aliento y disipa todo temor. El Señor ha tenido a bien ayudarme. Le bendigo y doy gracias.

2. He vuelto a los Ejercicios en común, según el método antiguo. Estamos aquí treinta sacerdotes seculares, algunos religiosos y quizá un misionero. Los predica un joven padre jesuita, el P. de Soras, consiliario de Acción Católica, inteligente y fervoroso. Doctrina buena, expuesta de forma interesante, pero muy moderna: estructura, expresión, imágenes. Me he confesado con él, comprendiendo el tiempo desde mi retiro pascual en Solesmes —marzo de 1945— hasta ahora. He quedado contento y animado.

3. En cuanto a mi vida, el pensamiento central de estos días es el de la muerte, tal vez cercana, y el de estar preparado para ella. A los sesenta y siete años comenzados puede pasar cualquier cosa. Esta mañana, 12 de diciembre, he celebrado la santa misa pro gratia bene moriendi. En la adoración del Santísimo Sacramento, por la tarde, he recitado los salmos penitenciales con las letanías y también las oraciones de la recomendación del alma. Me parece una buena devoción. La repetiré con cierta frecuencia. Hacerme familiar al espíritu el pensamiento de ese tránsito servirá para disminuir y dulcificar la sorpresa, cuando llegue la hora de verificarlo.

4. Con vistas a esta, doy un retoque a mi testamento, que es de 1938 y debe ser adaptado a las nuevas circunstancias de mi familia de Sotto il Monte. El Señor ve mi despego de los bienes de la tierra, en espíritu de pobreza absoluta. Si quedare algo, será para el asilo de la parroquia y para los pobres.

5. Ya no me afecta ninguna tentación de honores en el mundo o en la Iglesia. Es para mí una confusión cuanto el Santo Padre ha tenido a bien hacer por mí, mandándome a París. Tener otro grado en la jerarquía o no tenerlo me es completamente indiferente. Esto me proporciona una gran paz. Y me da agilidad para el cumplimiento de mi deber, a toda costa y a todo trance. Conviene que esté preparado para alguna gran mortificación o humillación. Esta será el signo de mi predestinación. Quiera el cielo que ella señale el comienzo de mi verdadera santificación, como sucedió con

las almas más elegidas, que recibieron, en los últimos años de su vida, el toque de gracia que los hizo santos auténticos. La idea del martirio me da miedo. Temo por mi resistencia a los dolores físicos. No obstante, si pudiera dar a Jesús el testimonio de la sangre, qué gracia y qué gloria para mí.

6. En cuanto a mis relaciones con Dios en las prácticas religiosas me parece que voy bien. Después de haber divagado por la doctrina de varios autores ascéticos, estoy muy contento con el misal, el breviario, la Biblia, La imitación de Cristo y Bossuet, Meditaciones y elevaciones. La santa liturgia y la Sagrada Escritura me proporcionan precioso alimento para el alma. Así simplifico cada vez más y me encuentro mejor. Quiero, sin embargo, prestar una atención más fiel y más devota a la santísima eucaristía, que tengo la gracia de guardar bajo mi tienda, junto a mis habitaciones, en comunicación inmediata. Cultivaré especialmente la visita al Santísimo Sacramento, haciéndola variada y atrayente con prácticas singularmente dignas de reverencia y devoción. Por ejemplo, salmos penitenciales, viacrucis, oficio de difuntos. ¿No resume todo la santa eucaristía?

7. He llenado mi cuarto de libros con cuya lectura disfruto: todos, libros serios y de acuerdo con las exigencias de la vida católica. Pero tales libros son una distracción que a menudo origina desproporciones entre el tiempo que debo dedicar de inmediato y de preferencia a mis asuntos normales, para informes a la Santa Sede u otras cosas, y el tiempo que en realidad termino dedicando a la lectura. Aquí he de hacer un notable esfuerzo, y lo procuraré con todo empeño. ¿Qué significa, en definitiva, este ansia por saber y leer, si va en detrimento de lo que toca más de cerca mis responsabilidades de nuncio apostólico?

8. En casa todo va bien. La paciencia me sostiene en los defectos y las imperfecciones mías y de los que conmigo trabajan. Pero recuerdo el elogio de san Fulgencio hecho por san Isidoro de Sevilla y que figura entre mis notas de los Ejercicios de 1942 en Estambul. Es una página estupenda. Pondré cuidado en las

conversaciones, que deben caracterizarse por la ausencia de todo juicio temerario y de toda falta de respeto a la dignidad episcopal de quienquiera que sea y a los superiores eclesiásticos, más o menos elevados, de los que depende la nunciatura. Aun al precio de mortificaciones íntimas y de humillaciones más personales, quiero a todo trance conseguir esto. Quienes conviven conmigo lo comprenderán y me serán motivo de consuelo. Y dígase lo mismo de la hospitalidad en la nunciatura.

9. Mi temperamento y la educación recibida me ayudan en el ejercicio de la amabilidad con todos, de la indulgencia, de la cortesía y la paciencia. No me apartaré de ese camino. San Francisco de Sales es mi gran maestro. Ojalá me asemejase a él de veras y en todo. Con tal de no faltar al gran precepto del Señor, estaré dispuesto a afrontar incluso burlas y desprecios. El afable y humilde de corazón (Mt 11,29) no dejará de ser la aureola más resplandeciente y gloriosa de un obispo y de un representante del Papa. Quédese para los demás el acopio de astucia y de la llamada destreza diplomática: sigo contentándome con mi bondad y sencillez de sentimiento, de palabra, de trato. Al final, las cuentas resultan siempre ventajosas para quien permanece fiel a la doctrina y a los ejemplos del Señor.

10. Mi prolongada estancia en Francia me hace cada vez más digno de admiración este gran país, y digna de sincero afecto esta nobilísima gente de Galia. No obstante, advierto en mi conciencia un contraste que a veces se torna escrúpulo, entre el elogio que incluso me gusta tributar a estos valerosos y amados católicos de Francia, y el deber, que me parece inherente a mi ministerio, de no encubrir, por mero cumplimiento o por temor a causar disgusto, la constatación de las deficiencias reales y del verdadero estado de la primogénita de la Iglesia, por lo que se refiere a la práctica religiosa, el disgusto por la cuestión escolar sin resolver, la insuficiencia de clero, la difusión del laicismo y del comunismo. Mi deber concreto en este punto se reduce a cuestión de forma y medida. De otro modo, el nuncio no es ya digno de ser considerado como ojos y oídos de la

Santa Sede, si se limita a elogiar y engrandecer hasta lo que pudiera ser doloroso y grave.

Esto requiere una vigilancia continua sobre mis efusiones verbales. Un silencio dulce y sin durezas: palabras benévolas e inspiradas en la clemencia y la comprensión harán más que ciertas afirmaciones dejadas escapar en confidencia y con buenas intenciones. Por lo demás, no busco mi honor, hay quien lo busca y él hará justicia. Que el Corazón de Jesús, en la tierra que él ha honrado y bendecido particularmente, la Virgen Bendita, y san José, patrono de los diplomáticos y mi especial luz e inspiración, junto con todos los santos protectores de Francia, me valgan de ayuda, consuelo y bendición.

1948

Retiro anual Monasterio Benedictino del Sagrado Corazón Calcat, Dourgne (23-27 de noviembre)

1. Este 25 de noviembre entro en mis 68 años de edad. Ayer por la tarde me confesé con el P. prior Germain Barbier de Auxerre. Tengo el espíritu en paz. Desde mi pequeño lecho benedictino hice mi preparación para la muerte, rezando pausadamente las ocho oraciones señaladas por Bossuet para este ejercicio. Con esto considero mi vida como acabada. Lo que el Señor tenga a bien concederme aún, años o días, lo estimaré como propina. Debo repetir con frecuencia las palabras de san Pablo y vivirlas: Yo he muerto y mi vida está escondida con Cristo en Dios (Col 3,3).

2. Este estado de muerte mística quiere significar, más decididamente que nunca, un despego absoluto de todo vínculo terreno: de mí mismo, de mis gustos, honores, éxitos, bienes materiales y espirituales; la absoluta indiferencia e independencia frente a todo lo que no es la estricta voluntad del Señor a mi respecto.

3. Al repasar en este retiro las notas escritas el año pasado en Villa Manresa, la residencia de los PP. Jesuitas en Clamart, las encuentro también coincidentes, en todo, con mis circunstancias actuales. No es necesario que las repita. Bastará que las relea de vez en cuando para mi corrección y aliento.

4. Cuanto más voy madurando en años y experiencias, más me convenzo de que el camino más seguro para mi santificación personal y para el mejor resultado de mi servicio y entrega a la Santa Sede es siempre el esfuerzo vigilante por reducir todo — principios, directrices, posiciones, asuntos— al máximo de sencillez y de calma, con cuidado de podar en todo tiempo mi viña de lo que sólo son hojas o ramas inútiles, marchando derecho a lo que es verdad, justicia y caridad; sobre todo, caridad. Cualquier otro sistema de actuación no es más que jactancia y afán de afirmación personal, que pronto se traiciona y resulta molesta y ridícula.

Oh la sencillez del evangelio, del libro de La imitación de Cristo, de las Florecillas de san Francisco, de las páginas más exquisitas de san Gregorio en los Moralia: «Se burlan de la sencillez del justo», con lo que sigue. Todos los sabios del siglo, todos los astutos de la tierra, incluso los de la diplomacia vaticana, qué papel más mezquino representan, puestos a la luz de sencillez y de gracia que emana de esa grandiosa y fundamental enseñanza de Jesús y de sus santos. Esta es la habilidad más segura, que confunde la sabiduría del mundo y se adapta igualmente bien —o incluso mejor—, con exquisitez y auténtico señorío, a lo que hay de más alto en el orden de la ciencia —también de la ciencia humana y de la vida social— en conformidad con las exigencias de tiempos, lugares y circunstancias. La cima de la filosofía consiste en ser sencillos con prudencia. El pensamiento es de san Juan Crisóstomo, mi gran patrono de Oriente. Señor Jesús, consérvame el gusto y la práctica de esta sencillez que, manteniéndome humilde, me acerca más a tu espíritu y atrae y salva a las almas.

5. Mi temperamento, inclinado a la condescendencia y a descubrir inmediatamente el lado bueno de las personas y las

cosas, más que a la crítica y al juicio temerario, así como la diferencia notable de edad, cargada de una experiencia más larga y una comprensión más profunda del corazón humano, me ponen no pocas veces en molesto contraste interior con el ambiente que me rodea. Cualquier forma de desconfianza o de trato descortés con alguien —sobre todo, si se trata de débiles, pobres o inferiores—, cualquier dureza o irreflexión de juicio me procuran pena e íntimo sufrimiento. Callo, pero me sangra el corazón. Estos colaboradores míos son unos magníficos eclesiásticos: aprecio sus excelentes cualidades, los estimo, y se merecen todo. Pero sufro por el desacuerdo de mi espíritu con respecto a ellos. Algunos días y en algunas circunstancias me veo tentado a reaccionar con decisión. Pero prefiero el silencio, esperando que este resulte más elocuente y eficaz para su educación. ¿No será esto debilidad? Debo y quiero seguir llevando en paz esta ligera cruz, que se añade al sentimiento ya mortificante de mi pequeñez, y dejaré hacer al Señor, que penetra los corazones y los atrae hacia las finezas de su caridad.

6. Vuelvo a recordar, a este propósito, todo el número 8 de las notas que escribí en los Ejercicios de Villa Manresa, en Clamart, el año pasado. Conservo frescos, después de cuarenta años, los edificantes recuerdos de las conversaciones mantenidas, en el obispado de Bérgamo, con mi venerado obispo Mons. Radini Tedeschi. De las personas del Vaticano, del Santo Padre para abajo, ni una expresión que fuera menos reverente, amable o respetuosa: nunca. Y de mujeres, o formas y cosas femeninas, ni una palabra, ni una; como si no hubiera mujeres en el mundo. Este silencio absoluto, incluso en la intimidad, fue una de las lecciones más fuertes y profundas de mi juventud sacerdotal; y estoy agradecido, incluso ahora, a la insigne y benéfica memoria de quien me educó en tal disciplina.

7. Estos días no he podido leer mucho la Sagrada Escritura. Pero he meditado con atención la epístola católica de Santiago el Menor. Los cinco capítulos que la componen son un admirable resumen de vida cristiana. La doctrina sobre el ejercicio de la caridad, el uso de la lengua, la dinámica del hombre de fe, la

colaboración en bien de la paz, el respeto al prójimo, las amenazas al rico injusto y avaro, así como la invitación a la confianza, el optimismo, la oración..., todo eso y otros puntos constituyen un tesoro incomparable de directrices y exhortaciones para nuestra responsabilidad de eclesiásticos, en particular, y para los seculares, según la necesidad de todos los tiempos. Sería conveniente aprender de memoria toda esta celestial doctrina y gustarla y regustarla de cuando en cuando. A los sesenta y ocho años comenzados, no le queda a uno más que envejecer. Pero la sabiduría está ahí, en el Libro Divino. He aquí una muestra: ¿Quién es sabio y experimentado entre vosotros? Que muestre, con su buena conducta, su dulzura y su sabiduría. Pero si tenéis en vuestros corazones envidia amarga y espíritu de contradicción, no presumáis ni mintáis contra la verdad. Esta sabiduría no viene de arriba, sino que es terrena, sensual, endemoniada; pues donde hay envidia y espíritu de contradicción, allí hay desorden y toda clase de obras malas. La sabiduría de arriba, por el contrario, es ante todo pura, pacífica, condescendiente, conciliadora, llena de misericordia y de buenos frutos, imparcial, sin hipocresía. El fruto de la justicia se siembre en la paz para los que obran la paz (Sant 3,1318).

1950

Notas espirituales de mi breve retiro Jueves, Viernes, Sábado Santo y Pascua Orán, Argelia (6-9 de abril)

Tres días de descanso, al término de mi largo viaje a África del Norte desde el 19 de marzo, XXV aniversario de mi consagración episcopal, al 9 de abril, fiesta de Pascua. El obispo de Orán, Mons. Lacaste, me recibe con fraternal hospitalidad, por lo cual le estoy muy agradecido; y así tomo parte, con oración, meditación y silencio en el inmenso latir de las almas enardecidas en todos los puntos de la tierra, en todas las Iglesias, en torno a Jesús doliente y victorioso,

en este triduo sagrado anterior a la Pascua. Pasado un cuarto de siglo desde que la santa Iglesia me hizo obispo, aunque muy indigno y pobre, me agrada pensar en mi pasado, en mi presente, en mi futuro.

Jueves Santo: mi pasado. He traído conmigo, en este viaje, los fascículos de las notas espirituales escritas estos años —de 1925 a 1950— para mi aliento y compunción, para aumento de fervor episcopal, en las diversas ocasiones de retirarme espiritualmente que tuve en mi camino de Bulgaria, Turquía y Francia. He leído todo una vez más, con calma, como en una confesión, y recito el Miserere, que es mío, y el Magnificat, que es todo del Señor, para mi penitencia y para ejercicio de humildad sincera y confiada. A veinticinco años de distancia, repaso el número cuatro de mis primeras notas, escritas en Villa Carpegna del 13 al 17 de marzo de 1925, en la preparación inmediata para la consagración episcopal — 19 de marzo, fiesta de san José— en la Iglesia de san Carlos en el Corso. Me prometía esto: Leeré con frecuencia el capítulo IX, lib. III, de La imitación de Cristo: «Refiérello todo a Dios como a fin último». Me ha producido profunda impresión en la soledad de estos días. Allí, en pocas palabras, está realmente todo. Así escribía en vísperas de comenzar mi nueva vida; así lo siento ahora, y me agrada volver sobre ello y recordar aquella enseñanza de Jesús a la distancia de un cuarto de siglo, en el que he dado pruebas de debilidades, de nuevos impulsos y, gracias al Señor, de una voluntad tenaz, fiel y convencida, por encima de las seducciones y tentaciones del espíritu mundano.

Jesús mío, cuántas gracias te doy por haberme conservado fiel a este principio: De mí sacan agua, como de fuente viva, el pequeño y el grande, el pobre y el rico. Yo figuro entre los pequeños y los pobres. En Bulgaria, el cariz de las circunstancias más aún que el de los hombres, así como la monotonía de aquella vida dolorosamente adornada de diarias espinas, me costó mucho de mortificación y silencio. Pero tu gracia me mantuvo el gozo interior, que me ayudó a esconder las angustias y sinsabores. En Turquía, la dedicación a las tareas pastorales me procuró tormento y alegría.

¿No habría podido o debido hacer más, con un esfuerzo más decidido, y oponerme a la inclinación de mi temperamento? En la misma búsqueda de paz y de calma, que consideraba más conforme con el espíritu del Señor, ¿no se ocultaría una especie de indisposición al empleo de la espada y una preferencia por lo que personalmente me resulta más cómodo y fácil, aun cuando de hecho la dulzura se defina como plenitud de la fuerza? Oh Jesús mío, tú penetras los corazones, y sólo tú conoces el punto preciso en que la búsqueda misma de la virtud puede desembocar en defecto o en exceso.

Lo que considero mi deber es no envanecerme por nada, atribuyendo todo a tu gracia: sin la cual el hombre nada tiene. Y así mi Magnificat queda completo, como es debido. Me agrada mucho la expresión: «Mi mérito es tu misericordia»; y aquella otra de san Agustín: «Coronando los méritos, coronas tu gracia».

Una vez más, gracias sin fin, Jesús mío: «La caridad divina lo vence todo y dilata todas las fuerzas del alma. Si bien lo entiendes, en mí solo te has de alegrar y en mí solo has de esperar, porque el único bueno es Dios (Lc 18,19)». Así termina, como conclusión de mis veinticinco años de episcopado, el capítulo de La imitación de Cristo con que los comencé. Lo cual me deja siempre, para mortificación saludable de mi espíritu, el recuerdo de mis culpas de pensamientos, palabras y obras, cuántas, cuántas en veinticinco años. A la vez me permite la inextinguible confianza de mi sacrificio diario, hostia divina e inmaculada, ofrecida por mis innumerables pecados, ofensas y negligencias. Veinticinco años de misas episcopales, ofrecidas con todo el esplendor de las buenas intenciones y también con todo el polvo del camino, qué misterio de gracia y, a la vez, de confusión. La gracia de las ternuras de Jesús pastor y obispo para con el que eligió para sacerdote suyo; la confusión de este, que no encuentra consuelo sino en el confiado abandono.

Viernes Santo: mi presente. Ayer por la tarde, los maitines completamente solo; esta mañana en la capilla, las horas con los

cuatro Misereres, y la liturgia de hoy, acompañada en espíritu, leyendo en el misal, como si asistiera a la ceremonia en alguna Iglesia solemne; como si, una vez más, la presidiera yo mismo en Sofía o en el Espíritu Santo de Estambul.

Mi presente. Aquí estoy en vida, con sesenta y nueve años en curso, postrado ante el crucifijo, para besarle el rostro y las llagas santísimas, para besarle el corazón descubierto; aquí estoy en acto de amor y de dolor. ¿Cómo no renovar a Jesús mi agradecimiento por encontrarme todavía joven y robusto de cuerpo, de espíritu, de corazón? Algunos se fijan en mi pobre persona con admiración y simpatía; pero, gracias a Dios, me avergüenzo de mí mismo, de mis insuficiencias, de lo poco que soy para un puesto tan importante, donde el Santo Padre me quiso y me mantiene por su bondad. Desde hace tiempo y sin esfuerzo hago profesión de sencillez, repreniendo amablemente a todos los espíritus que, en la búsqueda de las dotes de un diplomático de la Santa Sede, prefieren las apariencias de la envoltura exterior al fruto sano y maduro. Y sigo fiel a mi principio, que sigue teniendo, según me parece, un puesto de honor en el sermón de la montaña: bienaventurados los pobres, los mansos, los pacíficos, los misericordiosos, los que tienen sed de justicia, los puros de corazón, los atribulados, los perseguidos. Mi presente, pues, está hecho de energía, en acto de fidelidad a Cristo obediente y crucificado, como tantas veces lo he repetido estos días: Cristo se hizo obediente, pobre y humilde como él, con ardor de divina caridad, dispuesto al sacrificio y a la muerte, por él y por su Iglesia.

El viaje a África del Norte me ha recordado más al natural el problema de la conversión de los infieles. Ahí reside la vida y la razón de ser de la Iglesia, del sacerdocio, de la auténtica y buena diplomacia: Dame almas y quítame todo lo demás.

Sábado santo: mi futuro. A los casi setenta años hay que contar poco con el futuro. La duración de nuestra vida es de setenta años, la de los más fuertes, ochenta, pero en su mayor parte no son más que trabajos y miseria pues pasan aprisa y nosotros volamos (Sal

89,1011). No debo, pues, hacerme ilusiones, sino familiarizarme con el pensamiento del fin; no con el desaliento que debilita, sino con la confianza que conserva el ánimo de vivir, de trabajar, de servir. Hace tiempo que me propuse la fidelidad a este respeto, a esta expectación de la muerte, que debería ser la última sonrisa de mi alma al punto de abandonar esta vida. No es el caso de recordarlo a menudo para tedio de los demás, sino de tenerlo siempre presente, porque el juicio de la muerte, cuando nos lo hacemos familiar, es bueno y útil para mortificar la vanidad, para imponer a todo el sentido de la medida y de la calma. Por lo que atañe a mis cosas temporales, daré un retoque a mi testamento. Soy pobre, gracias a Dios, y así intento morir.

En cuanto al espíritu, iré avivando mi llama, a medida que pasa más rápido el tiempo que debo redimir. Despego, pues, de las cosas de la tierra: dignidades, honores, cosas preciosas o apreciadas. Quiero intensificar los esfuerzos por terminar la publicación de la Visita Apostolica di san Carlo Borromeo a Bérgamo. Pero estoy dispuesto también a la mortificación de tener que renunciar a ella. Algunos, para lisonjearme, me hablan de la púrpura. No me interesa. Repito lo que escribí en otra ocasión. Aun cuando no llegara, como puede suceder, lo consideraría como una señal de predestinación y daría por ello gracias a Dios.

Me debe alentar el pensamiento de que mis conocidos, las almas que he amado y que amo, están ya casi todas en la otra vida, esperándome y rogando por mí. ¿Me querrá el Señor pronto en la patria celestial? Aquí me tiene preparado. Sólo le pido que me reciba en buena hora. ¿Me reserva todavía algunos o tal vez bastantes años de vida? Le daré gracias por ello, pero siempre suplicándole que no me conserve en la tierra si soy inútil para la santa Iglesia o sirvo de estorbo. Pero también en esto, la santa voluntad del Señor y nada más. Termino estas notas al son de las campanas de Pascua de la cercana catedral del Sagrado Corazón. Y recuerdo con gozo la última homilía de Pascua en Estambul, donde comentaba las palabras de san Gregorio Nazianceno: «La voluntad de Dios es nuestra paz».

Retiro espiritual Jueves, Viernes y Sábado Santo RR. del Carmelo, Montmartre (10-12 de abril)

Tres días que se parecen a los de la sepultura del Señor, en el sentido de que he creído oportuno admitir, a la santa misa del jueves santo, a mis Religiosas de la Nunciatura; por la tarde, visita a pie de cuatro iglesias de la ciudad santa: San Pedro, San Juan, N. D. de Clignancourt, el Martyrium. El viernes, otras dos horas por la tarde para presidir la liturgia de rito oriental en SaintJulienlePauvre, y mi confesión con el P. Fugazza, en los Lazaristas. No obstante, la continua actividad del espíritu no se ha visto muy comprometida. Me conforta, sobre todo, este haberme refugiado, como un mendigo, bajo el techo de la gran basílica del Sagrado Corazón y tener que concluir este retiro en los fulgores de la noche santa de la Resurrección. Las circunstancias de este retiro no me han permitido anotar muchas cosas, ni para examen, ni para contemplación. Quiero tomar nota aquí de algunos pensamientos que no dejarán de hacer bien a mi espíritu, cuando los relea de vez en cuando.

1. Dar gracias. La duración ordinaria de la vida humana —los setenta años— ya está superada. Paso revista a mis setenta años. Debo decir: Pasada la amargura de mi alma (Is 38,15). Llevo conmigo el sentimiento de confusión y dolor por mis innumerables pecados, ofensas y negligencias, por lo poco que he sacado en limpio y por lo mucho más que habría podido y debido hacer en servicio del Señor, de la santa Iglesia, de las almas. Pero, a la vez, no puedo olvidar el cúmulo de gracias y misericordias con que Jesús me obsequió generosamente contra todo merecimiento mío. Por eso, su alabanza estará siempre en mi boca (Sal 33,2).

2. Sencillez de corazón y de palabras. Cuanto más avanzo, mejor advierto la dignidad y hermosura conquistadora de la sencillez, en el pensamiento, en el trato, en las palabras. Una

tendencia que se aplica a simplificar todo lo que es complejo, a reducir todo al máximo de espontaneidad y claridad, sin preocuparse por primores ni embrollos de pensamiento o palabras. Ser sencillo con prudencia. El lema de san Juan Crisóstomo. Cuánta doctrina en dos frases.

3. Amabilidad, calma y paciencia imperturbable. Debo recordar siempre que la palabra suave aplaca la ira. Cuántos fracasos nacen de la aspereza, de la impulsividad, de la falta de aguante. A veces el temor de ser menos apreciado, de aparecer como gente de poco valor, se convierte en acicate para mantenerse erguido, para darse tono, para imponerse un poco. Eso es contrario a mi carácter. El ser sencillo, sin pretensión alguna, a mí no me cuesta nada. Y es una gran gracia que el Señor me concede. Quiero continuar y hacerme digno de ella.

4. Gran comprensión y respeto para con los franceses. La prolongada estancia entre ellos me pone en condiciones de apreciar las altísimas cualidades espirituales de este pueblo y el fervor de los católicos de toda tendencia; pero también me permite descubrir sus defectos y excesos. Ello impone a mis manifestaciones verbales la máxima atención. Soy libre para juzgar, pero debo guardarme de la crítica, incluso leve y benévola, que pueda herir su susceptibilidad. El no hacer ni decir a los demás lo que no querríamos que se nos hiciera o dijera a nosotros. En este punto todos somos algo débiles. Atención, pues, a las mínimas expresiones que restarían eficacia a la dignidad de nuestra actuación. Lo digo por mí, y debo ser maestro y ejemplo de ello con mis colaboradores. Más vale una caricia que un pellizco, trátese de quien se trate.

5. Mayor rapidez en las prácticas más importantes, especialmente nombramientos de obispos, relaciones con la Santa Sede, informaciones oportunas e importantes. Ni apresuramiento ni lentitud. Este punto particular será objeto de mi examen diario.

6. En todas las cosas ten presente el fin. El final sale a mi encuentro conforme se suceden los días de mi vida. Me debo preocupar más de morir pronto y bien que de perder el tiempo en

sueños de larga vida. Pero sin melancolía, sin siquiera hablar demasiado de ello. La voluntad de Dios es nuestra paz. Siempre en la vida; más aún en la muerte.

7. No me molesta ni preocupa lo que me pueda venir: honores humillaciones, negaciones o lo que sea. Este año espero concluir mi publicación de los Atti della Visita Apostólica di san Carlo Borromeo a Bérgamo. Es lo que me basta para mi satisfacción de buen bergamasco, y no deseo otra cosa.

8. Sólo deseo que mi vida acabe santamente. Temo ante el pensamiento de tener que soportar dolores, responsabilidades, pruebas superiores a mis pobres fuerzas, pero confío en el Señor, sin pretensión alguna de triunfos o méritos llamativos y singulares.

9. Estaré atento a una piedad religiosa más intensa. Evitar el exceso de prácticas secundarias y nuevas, antes bien, fidelidad a las fundamentales, con fervor vibrante. Santa misa, breviario, rosario, meditación, lecturas edificantes, unión íntima y frecuente con Jesús Sacramentado.

10. Este retiro no se ha caracterizado por meditaciones o prácticas laboriosas. Me parece tener la conciencia en paz, y confío en Jesús, en su Madre y mía gloriosa y amantísima, en san José, el santo predilecto de mi corazón; en san Juan Bautista, en torno al cual me gusta ver reunida a mi familia y parentela según la carne y la sangre. Y me dispongo a subir al templo del Sagrado Corazón, que me aguarda para una noche luminosa y solemne, que quiere ser símbolo de la resurrección de las almas, de la santa Iglesia y de las naciones. La cruz de Jesús, el corazón de Jesús, la gracia de Jesús: eso es todo sobre la tierra; es el comienzo de la gloria futura, reservada a los elegidos para siempre: «Corazón de Jesús, vida y resurrección nuestra, paz y reconciliación nuestra, salvación de los que en ti esperan, esperanza de los que en ti mueren, delicia de todos los santos, Corazón de Jesús, ten misericordia de nosotros».

8 Cardenal patriarca de Venecia (1953-1958)

1953

Retiro espiritual con los obispos de la Provincia Triveneta. Predicador: P. Federico da Baselga, capuchino. Seminario de Venecia (15-21 de mayo)

Notas dispersas. 1. Desde abril del año pasado, cuando me recogí a la sombra del Sagrado Corazón en Montmartre, París, hasta mayo de este año, que me encuentra aquí a los pies del Grappa como cardenal y patriarca de Venecia, qué transformación se ha operado en torno a mí. No sé en qué detenerme más, en el Qué alegría cuando me dijeron (Sal 121,1) con lo que sigue, o más bien en mi confusión, que me lleva a sentimientos de humildad y de abandono en el Señor. Es él quien realmente ha hecho todo, y lo ha hecho sin mí, que ni remotamente habría podido imaginar o aspirar a tanto. Un motivo de gozo interior es que el conservarme humilde y modesto no me cuesta gran trabajo y responde a mi temperamento natural. Envanecerme o enorgullecerme, ¿de qué, Señor mío?, ¿no es todo misericordia del Señor?

2. Es curioso que la Providencia me haya devuelto al lugar donde mi vocación sacerdotal dio los primeros pasos, es decir, al servicio pastoral. Ahora me encuentro en pleno ministerio directo de las almas. En realidad, siempre he pensado que para un eclesiástico la diplomacia como tal debe ir empapada de espíritu pastoral; de lo contrario, no vale nada y lleva al ridículo una misión santa. Ahora me encuentro ante los verdaderos intereses de la Iglesia, en relación con su finalidad, que es salvar almas, guiarlas al cielo. Esto me basta y doy gracias al Señor. Lo dije en Venecia, en San Marcos, el 15 de marzo, día de mi entrada. No deseo ni me preocupa otra cosa que vivir y morir por las almas que me están confiadas. El buen pastor da su vida por las ovejas... Yo he venido para que tengan vida y la tengan abundante (Jn 10,11 y 10).

3. Comienzo mi ministerio directo en una edad —setenta y dos años— en que otros lo acaban. Me encuentro, pues, en el umbral de la eternidad. Jesús mío, primer pastor y obispo de nuestras almas, el misterio de mi vida y de mi muerte está en vuestras manos, cerca de vuestro corazón. Por una parte, temo la proximidad de la hora extrema; por otra, confío y miro ante mí día tras día. Me siento en la condición de san Luis Gonzaga. Continuar mis ocupaciones, siempre con ansias de perfección, pero más aún pensando en la divina misericordia. En los pocos años que me quedan de vida, quiero ser un santo pastor en la plenitud del término, como el beato Pío X, mi antecesor, como el venerado cardenal Ferrari, como mi Mons. Radini Tedeschi mientras vivió y si hubiera seguido viviendo que Dios me ayude.

4. Estos días he leído a san Gregorio y a san Bernardo, ambos preocupados por la vida interior del pastor, que no debe sufrir por los cuidados materiales exteriores. Mi jornada debe ser siempre una oración; la oración es mi aliento. Prometo rezar a diario el rosario completo de quince misterios, con la intención de encomendar así al Señor y a la Virgen —de ser posible, en la capilla, ante el Santísimo Sacramento— las necesidades más graves de mis hijos de Venecia y diócesis: clero, seminaristas, vírgenes sagradas, autoridades públicas y pobres pecadores.

5. Dos espinas dolorosas tengo ya aquí, entre tanto esplendor de dignidad eclesiástica y de respeto, como cardenal y patriarca. La exigüidad de los ingresos de la mesa y la turba de pobres y de solicitudes de empleos y ayudas. Por lo que se refiere a la mesa, no me es imposible mejorar sus condiciones, no sólo para mí, sino también para servicio de mis sucesores. Sin embargo, me gusta bendecir al Señor por esta pobreza un tanto humillante y a menudo embarazosa. Gracias a ella, me parezco más a Jesús pobre y a san Francisco, seguro como estoy de que no moriré de hambre. Bienaventurada pobreza, que me asegura una mayor bendición para lo demás y para lo que es más importante en mi ministerio pastoral.

6. La entrada triunfal en Venecia y estos dos primeros meses de contacto con mis hijos son una prueba de la bondad natural de los venecianos para con su patriarca: me proporcionan gran aliento. No quiero imponerme otros preceptos. Seguiré por mi camino y con mi temperamento. Humildad, sencillez, fidelidad verbo et opere al evangelio, con mansedumbre intrépida, con paciencia inexpugnable, con celo paternal e insaciable por el bien de las almas. Veo que se me escucha de buena gana, y mi palabra sencilla va directamente al corazón. Pondré, sin embargo, todo cuidado en prepararme bien, para que mis discursos tengan siempre dignidad y logren cada vez mayor edificación.

7. Poco a poco mi casa episcopal irá tomando su aspecto normal. Si el Santo Padre me concede el obispo auxiliar que deseo, podré organizar todo.

8. A veces el pensamiento del poco tiempo que me queda por vivir querría disminuir mi ardor. Pero no lo conseguirá, con la ayuda del Señor. Ni temo la muerte ni rehúso vivir. La voluntad del Señor sigue siendo mi paz. El arco de mi humilde vida —demasiado honrada por la Santa Sede, muy por encima de mis méritos— desde mi aldea nativa se curva entre las cúpulas y pináculos de San Marcos. Pienso poner en mi testamento el ruego de que me sea reservado un nicho en la cripta de la basílica junto a la tumba del Evangelista, tan querido ya y familiar a mi espíritu y a mi plegaria. Marcos, hijo de san Pablo, de san Pedro discípulo e intérprete.

1954

Ejercicios predicados por Mons. Landucci Torreglia (6-12 de junio)

Ninguna nota. En cambio, he hecho el testamento. Para todo, remitiéndome a las conclusiones de los Ejercicios del pasado año. Concretamente, en estos días me resultó preciosa la meditación bien distribuida de los doce capítulos del segundo libro de La

imitación de Cristo: Exhortación a la vida interior: De la conversación interior. De la humilde sumisión. Del hombre bueno y pacífico. Del corazón puro y sencilla intención. De la consideración de sí mismo. De la alegría de la buena conciencia. De amor a Jesús sobre todas las cosas. De la familiar amistad con Jesús. Del carecer de todo. Del agradecimiento por la gracia de Dios. Cuán pocos son los que aman la cruz de Cristo. Del camino real de la santa cruz.

1955

EE. EE. con el episcopado triveneto Predicador: P. Ricardo Lombardi, SJ Villa Inmaculada de Torreglia, Padua (20-25 de mayo)

Notas y propósitos. 1. Setenta y cuatro años de vida. Los mismos de san Lorenzo Justiniano, primer patriarca de Venecia, cuando murió (8 de enero de 1456). Estoy preparando la celebración cinco veces centenaria de aquel bienaventurado tránsito. ¿No sería también una buena preparación para mi muerte? Pensamiento grave y saludable para mí. Pero la vida que me quede no quiere ser sino una gozosa preparación a la muerte. La acepto y la espero con confianza, no en mí mismo, pues soy pobre y pecador, sino por la infinita misericordia del Señor, a quien debo todo lo que soy y tengo. Cantaré eternamente las misericordias del Señor (Sal 89,2).

2. El pensamiento de la muerte me hace dolorosa pero buena compañía desde el día de mi nombramiento para cardenal y patriarca de Venecia. En diecisiete meses he perdido a tres de mis queridas hermanas; dos especialmente queridas, porque sólo vivieron para el Señor y para mí; durante más de treinta años custodias de mi casa, en tranquila espera de unirse en los últimos años con su hermano obispo. La separación me ha costado mucho, más al corazón que al sentimiento. Disfruto —aun sin dejar de orar por ellas— viéndolas en el Cielo rogar por mí, más gozosas de

ayudarme y aguardarme allá que aquí. Ancila y María, unidas ya en la gozosa luz del cielo a las otras dos, Teresa y Enriqueta, las cuatro tan buenas y temerosas de Dios: siempre os recuerdo, lloro por vosotras y al tiempo os bendigo. Hoy veo claro que también esta separación fue dispuesta por el Señor, para que, en mi dedicación al bien espiritual de las almas de mis hijos de Venecia, aparezca como Melquisedec sin padre, sin madre, y sin antepasados (Heb 7,3). A mis parientes, sí, los debo amar en el Señor, tanto más cuanto que son pobres y dignísimos cristianos todos ellos, y de ellos nunca recibí más que respeto y consuelo; pero he de vivir siempre separado de ellos, para ejemplo de este, por lo demás, buen clero de Venecia, que por razones diversas, en parte excusantes, tiene consigo demasiados familiares, que resultan de no pequeño impedimento a su ministerio pastoral en su vida, en la muerte y después de la muerte.

3. De mi vida pastoral —y esa es ahora mi vida—, ¿qué decir? Estoy contento, porque en verdad me proporciona grandes consuelos. No necesito emplear formas duras para mantener el buen orden. La bondad atenta, paciente y generosa llega mucho más lejos y más rápidamente que el rigor y el látigo. Y no sufro decepciones ni dudas en este punto. Pero me angustia la idea de no poder ver todo y con mayor profundidad, de no llegar a todo; la tentación de dejarme llevar un tanto por mi temperamento pacífico, que me haría preferir una vida tranquila al riesgo de posiciones inciertas. El principio del cardenal Gusmini: «Un decreto episcopal no se da, si no se tiene la certeza de que será cumplido», ¿no viene a ser una excusa para mi comodidad, en el temor de que la reacción suscite más dificultades que remedios a los males que se intenta corregir? Además, el pastor debe ser, sobre todo, bueno, bueno. De otro modo, sin ser lobo como el mercenario, corre el riesgo de dormirse, de resultar inútil e ineficaz. Oh Jesús, buen pastor, que tu espíritu me invada por completo, de modo que mi vida sea, estos últimos años, sacrificio y holocausto por las almas de mis queridos venecianos.

4. Insistiré una vez más —y ahora más que nunca— en la preocupación por una vida interior y sobrenatural más intensa. El paso de los años me hace todo más placentero en la vida de oración: la santa misa, el breviario, el rosario, la compañía del Santísimo Sacramento en casa. El mantenerme siempre con Dios, desde la mañana a la tarde e incluso por la noche, con Dios o con las cosas de Dios, me da un gozo perenne y me induce a la calma y la paciencia en todo. Pero las ocupaciones ministeriales o relacionadas más o menos de cerca con el ministerio me ocupan demasiado y casi me abruma, impidiéndome una mayor calma y tranquilidad para mis prácticas y devociones. Insistiré más en estas: al menos en el rosario, que deseo se rece en común con todos los de casa. Será el recuerdo de estos mis EE. EE. Rosario en común con el secretario, las religiosas, los criados y los huéspedes.

5. Estos Ejercicios con el P. Lombardi fueron orientados por él al aspecto no de la vida individual de cada obispo, sino de las relaciones del episcopado en general —y del véneto en particular— ante los problemas del mundo mejor. También vale aquí el examinarlo todo y quedáos con lo bueno (Tes 5,21). No debo perderme en detalles ni minucias secundarias. Este movimiento lleva la marca de la aprobación y del aliento del Santo Padre Pío XII, que lo puso en marcha. Por tanto, estamos en el buen camino. También aquí se nos presentan las siete lámparas de la santificación: las virtudes teologales y las cardinales. Alma mía: tu estancia en este mundo toca a su fin; tus pasos se dirigen hacia el ocaso. Adelante sin desmayo; no te faltará la luz, ni la gracia, ni el gozo. En la celestial expectación, incluso la cruz te será dulce y alentadora.

6. Un primer fruto de estas reflexiones con el P. Lombardi es el propósito de ocuparme con mayor intensidad de las clases de religión en todas sus formas. Me serviré para esto de mi obispo auxiliar, que se ocupa ya de la oficina catequística.

Retiro espiritual, Seminario de la Salud Venecia (11-15 de junio)

Notas breves. 1. La peregrinación a Fátima me impidió tomar parte en la tanda de Ejercicios de los excelentísimos obispos y compañeros míos de la región véneta, celebrados en Torreglia y predicados por Mons. Bosio, arzobispo de Chieti. Aproveché la ocasión para unirme a mis sacerdotes diocesanos reunidos en el seminario para los Ejercicios predicados por Mons. Pardini, obispo de Jesi. Excelente predicador de Ejercicios al clero. Pero el hecho de hallarme con mis sacerdotes y en contacto con sus problemas me quitó la tranquilidad para pensar en mí mismo. Por tanto, ya procuraré otra vez visitar a mis sacerdotes y conversar oportunamente con ellos en sus diversas reuniones o dondequiera que se encuentren; pero me quedaré con los obispos, para atender únicamente a mi alma.

2. Como cosa práctica para este año, he renovado el propósito de cumplir con mayor perfección lo que fue objeto de tantos y tan repetidos esfuerzos de progreso espiritual, por lo que se refiere a mi oración sacerdotal y al trabajo en bien de las almas y de la santa Iglesia, día tras día: la mansedumbre, la paciencia, la caridad. Y todo esto, a cualquier precio, aun con peligro de parecer y ser tenido por un pobre hombre, un infeliz.

3. Este sentido de mi pequeñez, que siempre me acompaña y me preserva de envanecerme, es una gran gracia del Señor: me mantiene en espíritu de sencillez y me libra de resultar ridículo. No temería resaltarlo, si por ventura el ridículo hubiera de ser un argumento en favor de la profunda convicción que tengo —y que repetiré mientras viva— de que el evangelio es inmutable, de que la enseñanza de Jesús en el evangelio es la mansedumbre y la humildad; naturalmente, no la debilidad ni la simpleza. Todo lo que tiene aires y tono de imposición personal no es sino egoísmo y fracaso.

4. La consecuencia es que no conviene que haga los Ejercicios junto con mis sacerdotes; porque, al tenerme que prestar a las preguntas y peticiones de todos, no me queda tiempo ni calma para atender a mi intimidad de espíritu. Ni que decir tiene que me gustaría mucho predicar los Ejercicios, pero con una tranquila preparación, próxima y remota. El recuerdo de Fátima y de los consuelos que allí recibí, me hace cada vez más amable el precepto del Señor: Evangelizar a los pobres y sanar a los de corazón contrito (Lc 4,18).

1957

EE. EE. con los obispos del episcopado Triveneto Predicador: Mons. Van Lierde, sacristán de Su Santidad Torreglia (2-7 de junio)

Notas mías personales. 1. Señor, estamos en vísperas. Setenta y seis años en curso. Gran don del Padre celestial es la vida. Las tres cuartas partes de mis contemporáneos han pasado ya a la otra orilla. También debo estar preparado para el gran momento. No me turba el pensamiento de la muerte. También ha partido uno de mis cinco hermanos; y era el penúltimo: mi querido Juan. Qué santa vida y qué hermosa muerte. Mi salud es excelente y todavía robusta, pero no debo confiarme: quiero mantenerme en condiciones de poder decir aquí estoy a cualquier llamada, aun cuando fuere repentina.

2. El envejecer —que es también gran don del Señor— debe ser para mí motivo de silencioso gozo interior y de diario abandono en el Señor mismo, en el cual tengo puesta mi mirada, como un niño en los brazos abiertos de su padre.

3. Mi humilde y ya larga vida se ha ido desdvanando como un ovillo, bajo el signo de la sencillez y de la pureza. No me cuesta reconocer y repetir que no soy nada ni valgo absolutamente nada. El

Señor me hizo nacer de familia pobre y se ha ido preocupando de todo. Yo le dejaba hacer. De joven sacerdote, me llegó al alma el obediencia y paz del P. César Baronio, con la cabeza inclinada besando el pie de la estatua de san Pedro; yo dejé hacer y me dejé llevar en perfecta conformidad con las disposiciones de la Providencia. Verdaderamente, la voluntad de Dios es mi paz. Y mi esperanza se cifra por completo en la misericordia de Jesús, que me quiso sacerdote y ministro suyo; que fue indulgente por mis innumerables pecados ofensas y negligencias y me conserva todavía ágil y vigoroso.

4. Creo que el Señor Jesús me reserva, para mi completa mortificación y purificación, a fin de admitirme en su gloria perenne, alguna gran pena y aflicción de cuerpo y espíritu antes de que muera. Sí, acepto todo de buen grado, con tal de que todo redunde en gloria suya y bien de mi alma y de mis queridos hijos espirituales. Temo por mi debilidad de resistencia, y le ruego que me ayude, pues tengo poca o ninguna confianza en mí mismo, aunque la tengo total en el Señor Jesús. Te alaba el ejército de los mártires.

5. Las puertas del paraíso son dos: inocencia y penitencia. ¿Quién puede pretender, pobre hombre frágil, hallar abierta la primera? Pero la segunda es también segura. Por ella pasó Jesús, con la cruz a cuestas, en expiación de nuestros pecados, y nos invita a seguirle. Y seguirle significa hacer penitencia, dejarse flagelar y flagelarse un poco uno mismo. Jesús mío, mis circunstancias me permiten una vida de mortificación, entre tantos consuelos como me procura mi ministerio episcopal. Las acepto de buena gana. A veces hacen sufrir un poco a mi amor propio; pero, incluso sufriendo, disfruto, y lo repito ante Dios: «Es buena para mí la humillación». La gran frase de san Agustín me acompaña y me conforta.

**EE. EE. con los PP. Cavanis. Predicador,
señalado por mí: Mons. A. Signora, arzobispo,
prelado de Pompeya. Casa del Sagrado Corazón
Col Draga di Possagno (22-26 de septiembre)**

1. Es delicioso este elevado rincón en las laderas del Grappa. Los padres del Instituto Cavanis me han dispensado una excelente acogida. El P. Pelegrín Bolzonello es un director lleno de unción y de compostura. Me han acompañado el provicario, Mons. Gottardi, Mons. Capovilla y el estado mayor de la curia, varios párrocos y canónigos, Mons. Vecchi y Spavento, etc. Han sido numerosos mis sacerdotes jóvenes. Mons. Signora ha estado inteligente y acertado. Una voz poco feliz para mí, que le oía de lado y, por tanto, con esfuerzo; pero la doctrina fue excelente, bien adornada y rebosante de celo profundo y sincero. Había también algunos sacerdotes de Vittorio Veneto. Un conjunto serio y digno.

2. Pero, por desgracia, he llegado a la conclusión —y es la segunda vez— de que necesito el lugar desierto para descansar un poco. Para complacerles, hube de hablar también a los reunidos. Primera tarde: cumple como sacerdote; segunda: la cabeza del sacerdote; tercera: cinco puntos de Faenza; cuarta: el corazón, el carácter, la lengua del sacerdote —con fuertes alusiones al manso y humilde, al carácter, a la lengua— con referencia a la cortesía y a la predicación. No, así no. En los Ejercicios debo estar solo, lejos de los asuntos de curia, y ocupado exclusivamente, en silencio y bien, de mí mismo y de mis intereses espirituales.

3. Lo avanzado de mi edad debería imponerme mayores reservas en aceptar compromisos de predicación extra mi diócesis. Tengo que escribir todo antes, y esto me cuesta, aparte la constante humillación que siento de mi pequeñez. Que el Señor me ayude y me perdone.

9 Papa (1958-1963)

1958

**EE. EE. en el Vaticano para el Adviento
Predicador: P. Messori Roncaglia, SJ (30 de
noviembre 6 de diciembre)**

Domingo por la tarde, 30 de noviembre de 1958. Citado inmediatamente Mons. Radini, en su librito: Principio y fundamento. Diferencia entre la y la o.

Lunes 1. El Padre, Creador. Primera plática: se omite por la visita del Sha del Irán, Reza Pahlevi; segunda plática: el hombre, criatura de Dios; tercera plática: la bóveda y la clave del arco, en las relaciones entre Dios y el hombre.

Martes 2. 1. Ley de Dios; 2. Pecado; 3. Gravedad; 4. Infierno.

Miércoles 3 de diciembre. 1. La misericordia de Dios.

Jueves 4. 1. Las dos banderas: la obra del demonio y cómo resistir; 2. El apostolado: sus motivos, el ejemplo de Jesús, criterios a seguir; 3. La oración sacerdotal; 4. La santa Eucaristía hace al sacerdote.

Viernes 5. 1. La pasión de Jesús, dolores físicos; 2. La pasión de Jesús, dolores morales; 3. La gloria de Jesús, y con nosotros el paraíso; 4. El amor de Dios que todo enciende y consume.

1959

**Retiro espiritual en el Vaticano. Predicador:
Mons. José Angrisani, Obispo de Casale.
Invitado por mí, produjo general y edificante
impresión (29 de noviembre 5 de diciembre)**

Inspiración ignaciana. Fondo general de las meditaciones y pláticas: la Sagrada Escritura: el evangelio, san Pablo y san Juan. Sencillo, transparente, alentador. Por desgracia, mi aplicación personal se vio, una vez más, distraída por las circunstancias, a las cuales no pude sustraerme por completo. Gracias a Dios y en todo bendición y paz. Durante las comidas, dispuse que Mons. Loris me leyera algunas páginas del *De consideratione* de san Bernardo al papa Víctor. Nada más oportuno y útil para un pobre Papa como soy yo, y para un Papa de todos los tiempos. Algo de lo que no honraba al clero de Roma en el siglo XII sigue siendo verdad. Por tanto, es necesario vigilar y corregir y soportar.

1. Mi primer compromiso: poner en regla el testamento como preparación a la muerte, tal vez cercana, y cuyo pensamiento me es familiar. Procuraré determinar bien todo: testamento de un Papa pobre y sencillo, pero por escrito. Sólo me quedan por escribir algunas particularidades, ya establecidas, por lo demás, en lo sustancial. Deseo que el ejemplo del Papa sea motivo de aliento y advertencia para todos los cardenales. Morir sin un buen testamento es una falta grave para todo eclesiástico y motivo de terror con vistas a la eternidad.

2. Desde que el Señor me quiso, miserable como soy, para este gran servicio, no me siento ya perteneciente a nada particular en la vida: familia, patria terrena, nación, orientaciones particulares en materia de estudios, de proyectos, incluso buenos. Ahora más que nunca me reconozco indigno y humilde Siervo de Dios y siervo de los siervos de Dios. Todo el mundo es mi familia. Este sentimiento de pertenencia universal debe dar tono y viveza a mi mente, a mi corazón, a mis acciones.

3. Esta visión, este sentimiento de universalidad vivificará ante todo mi constante e ininterrumpida oración cotidiana: breviario, santa misa, rosario completo, visitas fieles a Jesús en el sagrario, formas rituales y múltiples de unión con Jesús, familiar y confidente. Un año de experiencia me da luz y consuelo para poner en orden,

corregir, dar un toque delicado y no impaciente de perfección en todo.

4. Sobre todo estoy agradecido al Señor por el temperamento que me ha concedido y que me preserva de inquietudes y aturdimientos molestos. Me siento en obediencia en todo y veo que el mantenerme así, en lo grande y en lo pequeño, confiere a mi pequeñez tanta fuerza de audaz sencillez que, por ser totalmente evangélica, pide y obtiene respeto general, y es motivo de edificación para muchos. Señor no soy digno. Sé siempre mi fortaleza y la alegría de mi corazón. Dios mío, misericordia mía.

5. La acogida —pronto expresada y luego mantenida— de que ha sido objeto mi pobre persona por parte de todos los que a ella se acercan, me resulta siempre motivo de sorpresa. El nosce teipsum basta para mi calma espiritual y para ponerme en guardia. El secreto de ese éxito debe de estar ahí: en el no buscar lo más alto y en el contentarme con el manso y humilde de corazón. En la mansedumbre y en la humildad del corazón reside la oportunidad para recibir, hablar y tratar; la paciencia para soportar, compadecer, callar y animar. Debe residir, sobre todo, la disposición habitual para las sorpresas del Señor, que trata bien a sus predilectos, pero quiere a menudo probarlos con tribulaciones, las cuales pueden ser enfermedades del cuerpo, amarguras del espíritu, contradicciones tremendas, capaces de transformar y consumir la vida del siervo del Señor y del siervo de los siervos del Señor en un auténtico martirio. Pienso siempre en Pío IX, de santa y gloriosa memoria; e, imritándole en sus sacrificios, querría ser digno de celebrar su canonización.

1960

**Retiro espiritual en el Vaticano Predicador: Mons.
Pirro Scavizzi, misionero (27 de noviembre 3 de
diciembre)**

Le conocí y aprecié en mis años de sacerdocio romano, de 1921 a 1925, como párroco de San Eustaquio. Capaz y bueno. Fundó los temas de las meditaciones y pláticas en diversos pasajes bíblicos del Nuevo Testamento y los desarrolló bien, tocando los puntos fundamentales de la vida eclesiástica en relación con el clero que trabaja en el servicio inmediato de la Santa Sede. Asistían a los actos, en la capilla Matilde, dieciocho cardenales y cincuenta y ocho personas más, entre prelados y unos cuantos empleados en el Vaticano: en total, incluido yo, setenta y siete eclesiásticos. Todos invisibles para mí, pero, según se me dijo, atentos y piadosos.

Al final del retiro, antes de la bendición apostólica, añadí tres palabras: Agradecimiento al predicador, que estuvo edificante, variado, animado con cuadros panorámicos de Palestina y lleno de fervor, a la vez que acertado en las alusiones, respetuosas y muy concretas; a) Especialmente delicado en las referencias al Sínodo Romano, al Nuevo Testamento, a la visión universal de la santa Iglesia en el mundo; b) Muy afectuoso y agradable al hablar del culto y amor al Santísimo Sacramento, Dios con nosotros, y a la Virgen bendita. Un conjunto a la vez sustancioso y edificante.

Algunos pensamientos de fervor sacerdotal. El curso de mi vida en estos dos años —28 de octubre de 1958-1960— registra una intensificación espontánea y ferviente de la unión con Cristo, con la Iglesia y con el paraíso que me aguarda. Considero como indicio de una gran misericordia del Señor Jesús para conmigo este conservarme su paz y las señales, incluso externas, de su gracia, que explican, por lo que oigo decir, la perennidad de mi calma. Esta me permite disfrutar de una sencillez y dulzura de espíritu que me conserva siempre, en todo momento de mi jornada, la disposición a dejar todo y partir aun inmediatamente para la vida eterna.

Mis defectos y miserias, por los que ofrezco a diario la misa, son para mí motivo de interna y continua confusión, la cual no me permite enaltecerme en modo alguno, si bien tampoco debilita mi confianza, mi abandono en Dios, cuya mano cariñosa siento sobre mí sosteniéndome y animándome.

Ni siquiera siento tentaciones de envanecerme o complacerme. Lo poco que sé de mí mismo basta para confundirme, como dice la hermosa frase puesta por Manzoni en labios del cardenal Federico. En ti, Señor, esperé, no quedaré confundido.

A mis ochenta años comenzados, lo que importa es eso: humillarme, confundirme en el Señor y permanecer en actitud de confiada espera en su misericordia, para que me abra la puerta de la vida eterna. Jesús, José y María, en vos descansa en paz el alma mía.

1961

Mi retiro espiritual como preparación al cumplirse el octogésimo año de mi vida Castelgandolfo (10-15 de agosto)

10 de agosto de 1961. He impuesto silencio, interrumpiéndolas, a las ocupaciones ordinarias de mi ministerio. Mi único compañero es Mons. Cavagna, mi confesor ordinario. En el alba de la fiesta de san Lorenzo, a las cinco cuarenta y cinco de la mañana, rezo el oficio divino en la terraza vuelto hacia Roma.

Pienso emocionado en que hoy es el aniversario de mi ordenación sacerdotal —10 de agosto de 1904— en la iglesia de Santa María de Monte Santo, plaza del Pueblo, de manos de Mons. Ceppetelli, vicegerente de Roma, arzobispo y patriarca titular de Constantinopla. A cincuenta y siete años de distancia todo me parece presente. Desde entonces hasta hoy, qué confusión para mí nada: Oh Dios, mi fortaleza (Sal 58,18).

Esta forma de retiro espiritual se sale de las leyes comunes. La memoria se regocija por tanta gracia del Señor a pesar de la mortificación de haber correspondido con tanta pobreza de energías, francamente desproporcionadas a los dones recibidos. Es un misterio que me hace temblar y a la vez me emociona.

Tras mi primera misa en la tumba de san Pedro, las manos del Santo Padre Pío X se posaban sobre mi cabeza en bendición augural para mí y para mi incipiente vida sacerdotal; y más de medio siglo después (exactamente cincuenta y siete años), mis propias manos se abren sobre los católicos —y no sólo sobre los católicos— del mundo entero, en gesto de paternidad universal, como sucesor del mismo Pío X proclamado santo, y que sobrevive en ese sacerdocio suyo y de sus antecesores y sucesores, encargados como san Pedro del gobierno de toda la Iglesia, una, santa, católica y apostólica.

Son estas palabras sagradas que superan cualquier sentimiento mío de inimaginable exaltación personal, y me dejan en la profundidad de mi nada, elevado a la sublimidad de un ministerio que sobrepasa en altura a toda mi dignidad humana.

Cuando el 28 de octubre de 1958 los cardenales de la santa Iglesia romana me designaron para la suprema responsabilidad del gobierno de la grey universal de Cristo Jesús, a los setenta y siete años de edad, fue general la convicción de que sería un Papa provisional, de transición. Pero aquí estoy en vísperas del cuarto año de pontificado, con un vasto programa ante mí que es preciso realizar frente al mundo entero que mira y espera. Por lo que a mí se refiere, me encuentro como san Martín: «Ni temo la muerte, ni rehúso la vida».

Debo estar siempre preparado a morir, incluso pronto, y a vivir lo que el Señor tenga a bien dejarme aquí abajo. Sí, siempre. En las puertas de mi octogésimo año debo estar dispuesto: a morir o a vivir; en cualquiera de los dos casos, a atender a mi santificación. Igual que en todas partes me llaman, y es mi primera denominación, Santo Padre, así debo y quiero ser en realidad.

Mi santificación. Estoy muy lejos aún de poseerla de hecho, pero el deseo y la voluntad de conseguirla son verdaderamente vivos y resueltos. Esta santificación característica mía me la señalan, aquí en Castello, una página y un cuadro. La página inesperada es de un libro de Antonio Rosmini, *La perfezione cristiana*, titulada *En qué*

consiste la santidad: «Tened presente el gran pensamiento de que la santidad consiste en el gusto de ser contradicho y humillado con razón o sin ella; en el gusto de obedecer; en el gusto de esperar con gran paz; en el ser indiferente a lo que determinen los superiores y carecer de voluntad propia; en el reconocer los beneficios recibidos y la indignidad propia; en el sentir una gratitud grande, en el respeto a las otras personas y especialmente a los ministros de Dios; en la caridad sincera; tranquilidad, resignación, dulzura, deseo de hacer bien a todos y laboriosidad. Debo partir y no puedo decir más, pero esto basta» (Stresa, 6 de septiembre 1840).

Con gran edificación mía veo que estas son las aplicaciones ordinarias de mi lema característico tomado de Baronio: obediencia y paz. Jesús, tú estás siempre conmigo. Te doy gracias por esta doctrina que me sigue a todas partes.

El cuadro se encuentra en la capilla más antigua y más íntima de este palacio apostólico. Hoy se lo he enseñado a mi padre espiritual Mons. Alfredo Cavagna. Es la perla escondida y más preciosa de esta residencia veraniega. Es de los tiempos de Urbano VIII (1623-1644) y servía a su devoción, como sirvió a Pío IX que allí decía misa y asistía a la de su secretario después de la suya, en el pequeño oratorio adyacente que todavía existe, todo decorado por el pintor Lagi Simone, pintor y dorador. Sobre el altar un lienzo muy devoto: La piedad, Jesús muerto y María Dolorosa. Nada más indicado, pinturas y decoraciones. Alrededor, escenas de los dolores de Jesús: una escuela permanente para el ejercicio de todo pontificado.

Todo esto —palabra y pinturas— viene a confirmarme en la doctrina del sufrimiento. De todos los misterios de la vida de Jesús este es el más adecuado y más familiar a la devoción permanente del Papa: padeció y fue despreciado con Cristo.

Esta es la primera luz de este estudio que reanudo como ejercicio de perfección en preparación para mi entrada en la vejez, la voluntad de Dios es mi santificación en Cristo. Oh Jesús: Porque

tú eres mi auxilio y a la sombra de tus alas me recreo; me abrazo a ti con toda el alma, y tu diestra me sostiene (Sal 62,89).

11 de agosto de 1961. Ante todo: Confieso a Dios todopoderoso. Durante toda mi vida he sido fiel siempre a la confesión semanal. Varias veces en la vida he renovado la confesión general. En estas circunstancias me contento con una evocación más general, sin precisiones minuciosas, pero ateniéndome a las palabras del ofertorio de la misa diaria por mis innumerables pecados, ofensas y negligencias; todo ya confesado una y otra vez, pero siempre lamentado y detestado de nuevo.

Pecado. Castidad: en las relaciones conmigo mismo, en intimidades no modestas: nada grave, nunca; obediencia: nunca he tenido ni padecido tentaciones contra la obediencia, y doy gracias al Señor que no haya permitido ninguna ni siquiera cuando esta obediencia me costaba bastante, como también ahora me hace sufrir, al verme siervo de los siervos de Dios...; humildad: poseo vivo su culto y su ejercicio exterior. Esto no me quita la sensibilidad interior por alguna falta de consideración que creo se me hace. Pero también gozo por ello delante de Dios como en ejercicio de paciencia y de oculto alivio por mis pecados, y para alcanzar del Señor el perdón de todos los pecados del mundo entero; caridad: este es el ejercicio que menos me cuesta, aunque a veces constituye para mí un sacrificio y me tienta y estimula a alguna impaciencia que quizá, sin yo saberlo, hace sufrir a alguno.

Ofensas. Quién sabe cuántas y cuántas veces contra la ley del Señor y contra las leyes de la santa Iglesia. Pero se trata siempre de algo que cae fuera de las disposiciones eclesiásticas, y nunca en materia de pecado mortal o venial. Siento vivo en el corazón y en el espíritu el amor a las reglas y prescripciones y adherencias a toda esta legislación eclesiástica, y me es motivo ordinario de vigilancia sobre mí mismo, sobre todo para ejemplo y edificación del clero y de los fieles. He confesado también todas estas ofensas, pero todas juntas y con propósito de enmendarme, añadiendo, a medida que envejezco, un esfuerzo diario de delicadeza y perfección.

Negligencias. Estas han de considerarse en referencia al conjunto de funciones de mi vida pastoral, cuyo espíritu debe ser notable en un apóstol y en un sucesor de san Pedro, como hoy todos me consideran.

El recuerdo vivo de las deficiencias de mi larga vida de ochenta años, innumerables pecados, ofensas y negligencias, ha sido materia general de la santa confesión que he repetido esta mañana ante mi director espiritual, Mons. Alfredo Cavagna, en esta habitación dormitorio donde durmieron mis antecesores Pío XI y Pío XII, y donde Pío XII murió el 9 de octubre de 1958, único Papa hasta ahora que ha muerto en Castelgandolfo, en la residencia de verano. Señor Jesús, sigue teniendo piedad de mí, pobre pecador, igual que me aseguras tu grande y eterno perdón.

También 11 de agosto. Tarde del perdón. La santa confesión bien preparada, repetida cada semana, el viernes o el sábado, es siempre una base sólida para avanzar en el camino de la santificación; y a la vez visión pacificadora y que estimula a la costumbre de estar preparado a bien morir en cualquier hora, en cualquier momento de la jornada. Esta tranquilidad mía y este sentirme pronto a partir y presentarme al Señor a la menor señal suya, me parece que es prueba de confianza y de amor que me hacen merecer de Jesús, de quien me llaman Vicario en la tierra, el gesto último de su misericordia. Estemos, pues, siempre en actitud de marchar hacia él, como si me esperara siempre con los brazos abiertos.

Para alentar mi habitual confianza encuentro en Rosmini una alusión a aquel admirable P. Caraffa que fue el séptimo general de la Compañía de Jesús. Decía este que estaba siempre ocupado en meditar tres letras que se le habían hecho familiares: una letra negra, otra roja y otra blanca. La letra negra, sus pecados; la letra roja, la pasión de Jesús Salvador; la letra blanca, la gloria de los bienaventurados. Estas tres imágenes compendian verdaderamente la flor del buen meditar cristiano.

La letra negra hace que me conozca a mí mismo, y me excita a solicitar la purificación de mi alma; la roja me familiariza con la meditación de los sufrimientos de Jesús, mortificado en el cuerpo y en el espíritu; y la blanca me ayuda a resistir el abatimiento, la desolación, la tristeza, mientras todos los santos perseveran en su tarea de animarme a padecer, recordándome insistentemente que los padecimientos del tiempo presente no se pueden comparar con la gloria que ha de manifestarse en nosotros (Rom 8,18). Por otra parte, esta sugerencia corresponde a toda la ascética de los EE. EE. de san Ignacio, cuyo admirable libro decía Rosmini que tenía siempre a mano.

Sábado, 12 de agosto de 1961. Jesús crucificado y la Virgen dolorosa. Este retiro, por tanto, quiere señalar un progreso en la tarea de mi santificación personal: no sólo como cristiano, sacerdote y obispo, sino como Papa, como buen pastor de todos los cristianos, como buen pastor, según el Señor me ha querido, a pesar de mi pequeñez e indignidad. Muchas veces medito en el misterio de la preciosa Sangre de Jesús, cuya devoción sentí de repente que debía inspirar, en cuanto Sumo Pontífice, como complemento de las del Nombre y el Corazón de Jesús, bastante conocidas y difundidas, como dije.

Lo confieso: fue una inspiración repentina en mí. De niño, muy niño todavía, observé la devoción privada a la preciosísima Sangre de Jesús en mi anciano tío Javier, el primogénito de cinco hermanos Roncalli, y en realidad mi primer iniciador en la práctica religiosa de que brotó muy pronto, espontáneamente diría yo, mi vocación sacerdotal. Recuerdo los libros de devoción de su reclinatorio, y entre estos uno, Preziosissimo Sangue, que le servía durante el mes de julio. Oh recuerdos santos y benditos de mi infancia. Qué preciosos me resultáis a la luz de este atardecer de mi vida, para precisar los puntos fundamentales de mi santificación y como visión consoladora de lo que me espera —como humildemente confío— en la eternidad. Cruz y eternidad: pasión de Cristo a la luz de la interminable eternidad. Qué dulzura, qué paz. Así y siempre así debe ser vivificada la vida que todavía me queda por vivir aquí

abajo, a los pies de la cruz de Jesús crucificado, regada con su preciosísima Sangre y con las lágrimas amargas de la Dolorosa, madre de Jesús y madre mía.

Este impulso interior que se ha apoderado de mí en estos días, lo siento en mi corazón como un latido y un espíritu nuevo, una voz que me infunde generosidad y gran fervor, que quiero expresar en tres manifestaciones características: 1) Despego absoluto de todo y perfecta indiferencia tanto a las censuras como a las alabanzas, y por todo lo grave que hay y que podría suceder en el mundo, en cuanto a mí se refiere; 2) Ante el Señor soy pecador y polvo; vivo por la misericordia de Jesús, a la que debo todo y de la que espero todo: a él me someto para dejarme incluso transformar por sus dolores y sufrimientos, en radical abandono de absoluta obediencia y de conformidad a su voluntad. Ahora más que nunca, y mientras viva, y en todo obediencia y paz; 3) Disposición completa a vivir y a morir, como san Pedro y como san Pablo, y a encontrar de todo, incluso cadenas, sufrimientos, anatema y martirio, por la santa Iglesia y por todas las almas que Cristo redimió. Siento la gravedad de mi compromiso y tiemblo por conocerme débil y frágil. Pero confío en Cristo crucificado y en su Madre, y miro a la eternidad.

Domingo, 13 de agosto de 1961. Ejercicio de la prudencia del Papa y de los obispos. Fe, esperanza y caridad son las tres estrellas de la gloria episcopal. El Papa, como cabeza y ejemplo y los obispos, todos los obispos de la Iglesia, con él. La tarea sublime, santa y divina, del Papa en toda la Iglesia y de los obispos en cada diócesis, es predicar el evangelio, llevar los hombres a la salvación eterna, con la cautela de procurar que ninguna otra preocupación terrena impida, entorpezca, o perturbe este primer ministerio. Los entorpecimientos pueden venir, sobre todo, de las opiniones humanas en materia política, que se dividen y oponen en una variedad de sentir y pensar. El evangelio se alza por encima de todas las opiniones y todos los partidos que agitan y zarandean a la sociedad y a la humanidad entera. El Papa lo lee y lo comenta con los obispos; uno y otros no como participantes en cualquier género de intereses mundanos, sino como hombres que viven en esa

ciudad de la paz, imperturbada y feliz, de donde descende la regla divina que puede dirigir bien a la ciudad terrestre y al mundo entero.

De hecho esto es lo que los hombres sensatos esperan de la Iglesia, y no otra cosa. La buena conciencia sobre mi conducta de nuevo Papa durante estos tres años me tranquiliza, y pido al Señor que me ayude siempre a mantenerme fiel en el buen camino emprendido. Es muy importante insistir a los obispos para que todos hagan lo mismo, y que el ejemplo del Papa sea escuela y aliento para todos. Los obispos se encuentran más expuestos a la tentación de entrometerse más de lo conveniente, y por eso necesitan más que el Papa les recuerde que se abstengan de tomar parte en cualquier política y controversia, y de declararse por una u otra fracción o facción. Predicar a todos igualmente y de modo general la justicia, la caridad, la humildad, la mansedumbre, la dulzura y las demás virtudes evangélicas, defendiendo con gallardía los derechos de la Iglesia donde se vieran violados o comprometidos.

Siempre, pero sobre todo en estos tiempos, el obispo es el indicado para derramar el óleo y el bálsamo de la dulzura sobre las llagas de la humanidad. Debe guardarse, por ello, de todo juicio temerario, de toda palabra injuriosa para cualquiera, de toda adulación arrancada por el temor, de toda connivencia con el mal que le fuese sugerida por la esperanza de ayudar a alguien; conservar una actitud grave, reservada y firme; vigilar para que la conversación sea con todos suave y afable, y al mismo tiempo apta para distinguir, con santa doctrina, pero sin vehemencia alguna, el bien del mal. Todo esfuerzo o intriga de habilidad humana vale bien poco en estos asuntos de interés mundano.

En cambio, promover afanosamente con oración más asidua e intensa el culto divino entre los fieles, y los ejercicios de piedad, la frecuencia de sacramentos, bien recomendados y administrados, sobre todo la instrucción religiosa, esto contribuirá a resolver también los problemas de orden temporal bastante mejor que otras estratagemas humanas. Esto atraerá las bendiciones divinas sobre el pueblo, preservándolo de muchos males y reduciendo las mentes

extraviadas a más recto sentir. La ayuda viene de lo alto, y la luz celeste disipa las tinieblas. Así escribía A. Rosmini en Villa Albani, Roma, el 23 de noviembre de 1848. Y este es mi pensamiento y mi preocupación pastoral, que debe ser de hoy y de siempre.

Sigue el domingo 13 de agosto. Sugerencias de buen apostolado. Tratar a todos con respeto, con prudencia y con sencillez evangélica. Comúnmente se cree y se aprueba que el lenguaje, incluso el familiar, del Papa tiene un aire de misterio y de terror circunspecto. Y, en cambio, es más conforme al ejemplo de Jesús la sencillez más atrayente, no separada de la prudencia de los sabios y de los santos, que cuenta con la ayuda de Dios. La sencillez puede suscitar, no digo desprecio, pero sí menor consideración entre los sabihondos. Pero poco importa que los sabihondos, de los que no se debe hacer ningún caso, puedan infligir alguna humillación de juicio y de trato: todo redundará en daño y confusión suya. El sencillo, recto y temeroso de Dios es siempre el más digno y el más fuerte. Naturalmente sostenido siempre por una prudencia sabia y graciosa. Y posee esta sencillez el que no se avergüenza de confesar el evangelio incluso delante de hombres que lo consideran una debilidad y cosa de chiquillos, ni de confesarlo en todas sus partes, y en todas las ocasiones, y en presencia de todos; no se deja engañar o influir por el prójimo, ni pierde la serenidad de ánimo por cualquier actitud que los demás adopten frente a él.

Prudente es quien sabe callar una parte de la verdad cuya manifestación sería inoportuna; y que callada no daña a la verdad que dice falsificándola; el que sabe lograr los buenos fines que se propone, escogiendo los medios más eficaces de querer y de obrar; el que en todos los casos sabe prever y medir las dificultades opuestas y contrarias, y sabe escoger el camino del medio con dificultades y peligros menores; el que habiéndose propuesto un fin bueno e incluso noble y grande no lo pierde nunca de vista, logra superar todos los obstáculos y llega a buen término; el que en todo asunto distingue la sustancia y no se deja importunar por los accidentes; el que une y dirige sus fuerzas para alcanzar la meta; el

que como base de todo esto espera el éxito únicamente de Dios, en quien confía; y aunque no lo logre todo o no logre nada, sabe que ha obrado bien, y en todo ve la voluntad y la mayor gloria de Dios.

La sencillez no tiene nada que contradiga a la prudencia, ni viceversa. La sencillez es amor; la prudencia, pensamiento. El amor ora, la inteligencia vigila. Velad y orad. Conciliación perfecta. El amor es como la paloma que gime; la inteligencia activa es como la serpiente que nunca cae a tierra, ni tropieza, porque va palpando con su cabeza todos los estorbos de su camino.

Mantenerse tranquilo frente a todo acontecimiento. Es el Señor Jesús, fundador de la Iglesia santa, el que regula con sabiduría, poder y bondad inefables todos los acontecimientos según su beneplácito y para mayor bien de sus elegidos que componen su amada y mística esposa. Aunque los acontecimientos parezcan contrarios al bien de la Iglesia, debo gozar de una tranquilidad perfecta, que por otra parte no me dispensa de gemir y suplicar hágase tu voluntad en la tierra como en el cielo.

Debo guardarme de la temeridad de quienes, ciegos de mente o engañados por un secreto orgullo, presumen hacer algún bien sin ser llamados por Dios, en su Iglesia, como si el divino Redentor tuviera alguna necesidad de su miserable cooperación, o de la de cualquier hombre. Lo que importa es cooperar con Dios en la salvación de las almas y del mundo entero. Esta es la tarea segura que corresponde al Papa en su más alta expresión.

En todas las cosas ten presente el fin. No se trata aquí del término de la vida humana, sino del objetivo, de la vocación divina señalada al Papa por misteriosa disposición de la Providencia.

Esta vocación se expresa en un triple resplandor: santidad personal del Papa, que hace gloriosa su vida; el amor de la santa Iglesia universal según la medida de la gracia celeste, única que puede promover y asegurar su gloria; finalmente, la condición de la voluntad de Jesucristo, único que, a través del Papa, dirige y

gobierna a la Iglesia según su beneplácito, con vistas a esa misma gloria que es la máxima en la tierra y en los cielos eternos.

El deber sacrosanto del humilde Papa es purificar a esta luz de gloria todas sus intenciones, y vivir en conformidad de doctrina y de gracia, de modo que merezca el más excelso honor de asemejarse en perfección a Cristo, como Vicario suyo: a Cristo crucificado y redentor del mundo con el precio de su Sangre, único y verdadero maestro de los siglos y de los pueblos.

Lunes, 14 de agosto de 1961. Seis máximas de perfección. En cuanto al fin a que he de llegar en mi vida, debo: 1) Desear sólo ser justo y santo y con esto agradar a Dios; 2) Orientarlo todo, pensamientos y acciones, al incremento, al servicio, a la gloria de la santa Iglesia; 3) Sintiéndome llamado por Dios, y precisamente por ello, mantenerme en perfecta tranquilidad sobre todo lo que sucede, no sólo con respecto a mí, sino también con respecto a la Iglesia, aunque siempre en actitud de trabajar por el bien de ella y de sufrir con Cristo por ella; 4) Estar siempre abandonado a la divina Providencia; 5) Reconocer siempre mi nada; 6) Disponer siempre mi jornada con claridad de visión y con orden perfecto.

Mi vida de sacerdote, más aún —como suele decirse muy bien para honra y confusión mía—, de príncipe de todo el sacerdocio de Cristo, en nombre suyo y por obra suya, está ante los ojos de mi divino Maestro, el gran legislador. Él me mira ensangrentado, destrozado, pendiente de la cruz. Me mira, atravesado el pecho, atravesados sus pies y sus manos, y me invita a que le mire siempre a él. La justicia lo ha llevado directamente a la caridad; y la caridad lo ha inmolado. Esta debe ser mi suerte: El discípulo no está por encima de su maestro (Mt 10,24).

Jesús, aquí estoy delante de ti, desfallecido y moribundo por mí, viejo ya y cercano al fin de mi servicio, de mi vida. Tenme bien sujeto y abrazado a tu corazón, en un solo latir con el mío. Quiero sentirme atado indisolublemente a ti con una cadena de oro, hecha de hermosos y delicados eslabones. El primero: la justicia que me empuja a buscar siempre a mi Dios en todo. El segundo: la

providencia y la bondad que guiará mis pasos. El tercero: la caridad con el prójimo, inagotable y pacientísima. El cuarto: el sacrificio que me debe acompañar, y que quiero y debo gustar en todas las horas. El quinto: la gloria que Jesús me asegura en esta vida y en la eterna. Jesús crucificado, amor mío y misericordia mía ahora y por siempre. Padre, si quieres, aleja de mí este cáliz, pero no se haga mi voluntad, sino la tuya (Lc 22,42).

Pensamientos. I: Utilidad de las tribulaciones. Reflexionando sobre mí y sobre las múltiples vicisitudes de mi humilde vida, debo reconocer que el Señor me ha dispensado, hasta ahora, de esas tribulaciones que a muchas almas hacen difícil e ingrato el servicio de la verdad, de la justicia, de la caridad. Pasé la edad de la infancia y de la juventud sin sentir la pobreza, sin inquietudes de familia, de estudios, de contingencias peligrosas, como fue, por ejemplo, el servicio militar a los veinte años y durante la gran guerra, de 1915 a 1921. Pequeño y modesto como me reconozco, sólo tuve buenas acogidas en el ambiente que me acogió, desde los seminarios de Bérgamo y Romano, a mi vida sacerdotal de diez años junto a mi obispo y en mi ciudad natal; desde 1921 hasta hoy (1961), es decir, desde Roma hasta Roma, hasta el Vaticano. ¿Cómo agradeceré, Dios mío, el buen trato que recibí siempre dondequiera que llegué en nombre tuyo, y siempre en pura obediencia, no por mi voluntad, sino por la tuya? ¿Cómo pagaré al Señor todo el bien que me ha hecho? (Sal 115,12). Veo muy bien que mi respuesta a mí mismo y al Señor es siempre: Alzaré la copa de la victoria e invocaré el nombre del Señor (Sal 115,13). Como ya he insinuado en estas páginas, cuando me asalte la gran tribulación, recibirla bien; y si esta se retrasa todavía un poco, seguir bebiendo la sangre de Jesús con el contorno de pequeñas o grandes tribulaciones con que la bondad del Señor quisiese rodearla. El peso momentáneo y ligero de nuestras penalidades produce, sobre toda medida, un peso eterno de gloria (2Cor 4,17).

Pensamientos. II: Contentarme con el apostolado cotidiano: no perder el tiempo en pronosticar el futuro. Jesucristo es el mismo ayer y hoy, y lo será por siempre (Heb 13,8). No profetizar ni

asegurar el futuro: esa es la regla de conducta que brota del espíritu de tranquilidad y de firmeza, del cual los fieles y colaboradores deben recibir luz y aliento del Papa como primer sacerdote. La experiencia de estos tres años de mi servicio pontifical que, con temor y temblor, acepté en pura obediencia a la voluntad del Señor expresada en la voz del Sacro Colegio de cardenales en cónclave, es testigo y motivo aleccionador y perenne de la fidelidad de mi espíritu a esta máxima: absoluto abandono en Dios en cuanto al presente; y perfecta tranquilidad en cuanto al futuro.

Entre las diversas iniciativas de carácter pastoral que jalonan este primer ensayo de pontificio compromiso apostólico, todo ha venido por absoluta, tranquila, amable, incluso diría silenciosa inspiración del Señor a este pobre siervo suyo, que sin ningún mérito por su parte, excepto el sencillísimo de no discutir, sino simplemente secundar y obedecer, ha podido llegar a ser un instrumento no inútil de honor a Jesús y de edificación para muchas almas.

Los primeros contactos con los grandes y con los humildes, alguna visita caritativa de cuando en cuando, mansedumbre y humildad en el trato, con claridad de ideas y fervor de aliento; las visitas cuaresmales a las nuevas parroquias, la celebración del Sínodo diocesano con inesperado éxito; el acercamiento del Padre a la cristiandad entera en multiplicada creación de cardenales y de obispos de toda nación y de toda raza y color; y ahora el vastísimo movimiento, de proporciones imprevistas e imponentes, del Concilio ecuménico: todo confirma la bondad del principio de esperar y expresar con fe, con modestia, con fervor confiado, las buenas inspiraciones de la gracia de Jesús, que preside el gobierno del mundo, y lo lleva a las más altas finalidades de la creación, de la redención, de la glorificación final y eterna de las almas y de los pueblos.

15 de agosto de 1961. Fiesta de la Asunción. He aquí uno de los momentos más solemnes y entrañables de la piedad religiosa. Mi antecesor inmediato, el papa Pío XII, proclamó el dogma de fe, 1 de

noviembre de 1950. Yo me encontré entre los afortunados que asistieron a aquella ceremonia en la plaza de San Pedro, como nuncio de Francia. Ninguna ansiedad por parte mía que siempre admití esta doctrina; a pesar de que en mis años de Oriente mis ojos sólo contemplaron representaciones de la dormitio b. Mariae tanto en iglesias de rito griego como en las de rito eslavo. La Asunción me trasladada con ternura a Sotto il Monte, donde tanto me gustaba venerarla en sus dos imágenes: la vestida y devotísima de Sansi en Brusico, en la iglesia de mi bautismo, y la otra, también bella y vigorosa, de la nueva iglesia parroquial, obra del escultor Manzoni. Esta era un regalo del párroco don Carlos Marinelli, uno de los sacerdotes más familiares y más beneméritos en mi formación eclesiástica, y del que conservo un entrañable y agradecido recuerdo.

La atmósfera política y mundial de estos días despierta cierta incertidumbre por los problemas de la paz. Por eso he juzgado oportuno celebrar la misa de la Asunción aquí, en la parroquia de Castelgandolfo, haciendo intervenir a todos los feligreses, ordinarios y forasteros. Ha resultado una asamblea imponente y respetable. Estaba también el cardenal Agagianian con Mons. Sigismondi, y una parte notable del Colegio de Propaganda. También el coloquio post missam me ha salido del corazón emocionado y fervoroso. Ayer hice transmitir por los teléfonos del mundo entero la información acerca del significado de mi ceremonia, a saber, la invitación a los católicos de todas las naciones, obispos, sacerdotes y seglares, a unión íntima con el Papa para la invocación colectiva a la Virgen gloriosa, como reina y propiciadora de paz sobre toda la tierra.

Esta ceremonia breve y bien lograda me sirvió de introducción a este último día de mi retiro espiritual. El lema que expresa el pensamiento predominante de la clausura es el común, pero tan precioso: A Jesús por María. Realmente, esta vida mía que desciende hacia el ocaso no podía acabar mejor que en el acto de concentrarme todo en Jesús hijo de María, y ofrecido por sus brazos para suavidad y aliento de mi espíritu. Por eso atenderé con especialísimo cuidado y con alegría íntima y serena a estas tres

principalísimas y espléndidas palabras que deben constituir el resumen de mi esfuerzo de perfección: piedad, mansedumbre, caridad.

Continuaré buscando la perfección en los ejercicios de piedad: santa misa, breviario, rosario entero, y grande y continua intimidad con Jesús, contemplado en imagen: niño, crucificado; adorado en el Sacramento. El breviario mantiene mi espíritu en continua elevación; la santa misa lo sumerge en el nombre, en el corazón, en la sangre de Cristo. Qué llena de ternura y de reconfortante delicia mi misa de la mañana.

El rosario, que a comienzos de 1958 me comprometí a rezar devotamente todo entero, ha venido a ser ejercicio de continua meditación y de contemplación tranquila y cotidiana, que mantiene abierto mi espíritu al vastísimo campo de mi magisterio y ministerio de pastor máximo de la Iglesia, y de padre universal de las almas.

A medida que este retiro espiritual se acerca a su fin, descubro con claridad la sustancia viva de la misión que Jesús, permitiendo o disponiendo, ha encomendado a mi vida.

¿Vicario de Cristo? Ah, no soy digno de tal nombre, pobre hijo de Bautista y Mariana Roncalli, dos buenos cristianos, ciertamente, pero muy modestos y humildes. Vicario de Cristo: por tanto mi misión es esa. Sacerdote y víctima: el sacerdocio me exalta, pero el sacrificio que el sacerdocio supone me hace temblar. Jesús bendito, Dios y hombre. Ratifico mi consagración a ti, en la vida, en la muerte, en la eternidad.

Al considerar cuanto sucede en la vida y cuanto me rodea, me resulta fácil detenerme a menudo en el Calvario y allí conversar con Jesús que muere y con su madre; y desde el Calvario bajar junto al sagrario, la morada de Jesús en el Sacramento. El breviario se me hace más agradable y lo saboreo mejor en mi mesa de trabajo ordinario; pero el rosario y la meditación de los misterios, con las intenciones que desde hace tiempo me gusta unir a cada decena, los saboreo más de rodillas junto al sagrado velo de la eucaristía.

Como recuerdo del fervor y de las felices inspiraciones de estos días quiero fijar los tres puntos más destacados de mis conversaciones diarias con Jesús, a saber: 1) Por la mañana la santa misa después de rezar el breviario (antes de la misa hasta sexta, después de la misa, sexta y nona y la primera parte del rosario); 2) Después de comer: no omitiré nunca la breve visita inmediatamente después de salir del comedor, y breve reposo; 3) Por la tarde, después del breve reposo —nunca en la cama, sino en una poltrona— rezo de vísperas y completas, y la segunda parte del rosario, misterios dolorosos. Esta forma de oración puede servirme bien como visita al Santísimo Sacramento; 4) A las siete y media de la tarde, tercer rosario en común con la familia pontificia: secretario, religiosas y domésticos. Si resulta cómodo, un último saludo al Santísimo Sacramento para encomendarle las horas de la noche. Sobre el ejercicio de la mansedumbre no añado una palabra. Doy gracias al Señor que con su bondad me asiste en la práctica del manso y humilde de corazón, palabra y obra. Idem en cuanto a la caridad. Es el Espíritu Santo que habita, habla y actúa en nosotros, y se derrama en el clero y en el pueblo santo con mucha paciencia y bondad auténtica.

He enriquecido con indulgencia plenaria (11 de marzo de 1960) la Oratio universalis, llamada del papa Clemente XI: «Creo, Señor, pero aumenta mi fe». El recuerdo de este Papa, Juan Francisco Albani (1700-1721), me es también particularmente entrañable por su piedad y por su devoción a san José, en cuya fiesta (19 de marzo de 1721) murió. Adquiriré la costumbre de rezar su oración más a menudo.

La conclusión de mi retiro. Mi buen Mons. Cavagna me la señalaba en el episodio de la pesca milagrosa, que acaba con el diálogo de Jesús y Pedro, cuyo broche de oro es: Apacienta mis ovejas (Jn 21,17). Gran prestigio en estas divinas palabras: es la investidura del Papa en su tarea de pastor universal, a cambio de la triple afirmación de amor por parte suya a Jesús que se digna pedirla con dulce insistencia. El amor, pues, está en medio. Jesús pregunta por ese amor a Pedro: y Pedro lo confiesa.

El sucesor de Pedro sabe que en su persona y en su actividad es la gracia y la ley del amor lo que sostiene, vivifica y adorna todo; y ante el mundo entero, la Iglesia santa se alza sobre el intercambio de amor entre Jesús y él, Simón o Pedro, hijo de Juan, como sobre un cimiento visible e invisible: Jesús invisible a los ojos de la carne, el Papa Vicario de Cristo visible al mundo entero. Meditando en este misterio de íntimo amor entre Jesús y su Vicario, qué honor y qué dulzura para mí, pero a la vez qué motivo de confusión por la pequeñez, por la nada que yo soy.

Mi vida debe ser toda de amor a Jesús y a la vez toda una efusión de bondad y de sacrificio por cada alma y por todo el mundo. El paso del episodio evangélico que proclama el amor del Papa a Jesús, y a través de él a las almas, a la ley del sacrificio es rapidísimo. El mismo Jesús lo anuncia así a Pedro. Te aseguro que cuando eras más joven, tú mismo te sujetabas la túnica con el cinturón e ibas adonde querías; pero cuando seas viejo, extenderás tus manos, otro te la sujetará y te llevará adonde tú no quieras (Jn 21,18).

Por la gracia del Señor todavía no he entrado en el senueris, pero con mis ochenta años cumplidos me encuentro a las puertas. Por tanto, debo estar preparado para este último trayecto de mi vida en que me esperan las limitaciones y los sacrificios, hasta el sacrificio de la vida corporal y el abrirse de la vida eterna. Jesús, dispuesto estoy a extender mis manos, temblorosas ya y débiles, a dejar que otro me ayude a vestirme y me sostenga en el camino.

Señor, a Pedro le añadiste te llevará adonde tú no quieras. Después de tantas gracias, multiplicadas durante mi larga vida, no hay nada que no quiera. Tú me has revelado el camino, Jesús, te seguiré adonde quiera que vayas (Mt 8,19), al sacrificio, a las mortificaciones, a la muerte.

La dicha que todos esperamos, cuando podremos ver al Señor y recibir el premio. El pensamiento de la muerte quizá próxima, ciertamente no lejana, me hace acordarme de mi querido san José, justamente venerado también como protector de los moribundos,

por haber asistido Jesús y María a su tránsito bendito y dichoso, lo mismo que toda su vida se había desarrollado en su compañía.

El himno de la Iglesia continúa con esta evocación: Tú la disfrutas ya cada día, junto a Jesús. Cuánto me agrada sellar las últimas notas de este retiro espiritual con el recuerdo de la última estrofa del himno litúrgico, que la Iglesia dedica a la Santísima Trinidad augusta, de la que desciende, por los méritos de san José esposo de María, toda bendición y toda seguridad de vida esplendorosa y eterna.

Retiro vaticano Predicador: P. Hilarino de Milán, capuchino (26 de noviembre a 2 de diciembre de 1961)

Breves apuntes. 1. Recuerdo cuanto medité y escribí con ocasión de mi octogésimo aniversario, en la soledad de Castelgandolfo con Mons. Alfredo Cavagna, mi confesor (cf manuscrito de mis Soliloquios).

2. El haber entrado —y ya también salido— en mi octogésimo año de edad no turba mi espíritu; es más, lo mantiene tranquilo y confiado. Seguimos lo mismo: no deseo nada más, ni nada menos, de lo que el Señor continúa dándome. Le doy las gracias y lo bendigo cada día: dispuesto a todo.

3. Advierto en mi cuerpo el comienzo de alguna molestia que debe ser natural en un viejo. La llevo con paz, aunque a veces me resulta un poco fastidiosa y me hace temer que se agrave. No es agradable pensar demasiado en ello; pero, una vez más me siento dispuesto a todo.

4. Experimento gran alegría por verme fiel a mis prácticas religiosas: santa misa, oficio divino, triple rezo del rosario meditado, continua unión con Dios y con las cosas espirituales.

5. El ejercicio de la palabra, que debe ser sustanciosa y no vana, me hace desear un acercamiento mayor a lo que escribieron los grandes pontífices de la antigüedad. En estos meses he vuelto a familiarizarme con san León Magno e Inocencio III. Por desgracia pocos eclesiásticos se ocupan de ellos, siendo tan ricos de doctrina teológica y pastoral. No me cansaré de acudir a estas fuentes tan preciosas de ciencia sagrada y de alta y deliciosa poesía.

6. Pero sobre todo quiero insistir en el cuidado de las santas intimidades con el Señor: estar siempre en tranquila y amorosa conversación con él. La palabra del Padre se hizo carne; centro y vida del cuerpo místico; y en continuación de divina fraternidad — divina y humana—, por la que soy hermano suyo de adopción, y, con él, hijo de María, su madre.

7. A este parentesco se añade la misión y la dignidad de sumo pontífice de la santa Iglesia católica y de Vicario de Cristo, como todos me conocen. Cómo siento el significado y la ternura del Señor, no soy digno de cada mañana con la hostia santa en la mano y como sello de humildad y de amor.

8. La espera del concilio ecuménico Vaticano II absorbe gran parte de mis ocupaciones ordinarias. Apunta en mi espíritu el pensamiento y el deseo de atraer en torno a mi oración diaria la oración de todo el clero católico secular y regular, y de las congregaciones religiosas femeninas, en una forma que sea oficial y universal. Esperaré alguna feliz inspiración.

1962

Julio y agosto

Julio y agosto de 1962. El retiro a Castelgandolfo dejando el ordinario —y un poco indisciplinado— trabajo que entraña siempre el sucederse de los acontecimientos cotidianos de la vida de la santa Iglesia, me ha permitido seguir el Concilio en su preparación.

Mucho ayudaron a ello las grandes audiencias de carácter un poco pletórico, si se quiere, por participar en ellas representaciones de todos los países de la tierra; pero llenas de aliento espiritual y religioso, acompañado siempre de sincero y piadoso entusiasmo, que es edificación y aportación de optimismo. Lo que parece claro y providencial es la distinción neta entre las impresiones que todas estas multitudes de italianos, y más aún de extranjeros que acuden a Roma, saben constatar inmediatamente entre lo sagrado y lo profano; es decir, la Roma capital del catolicismo, sede del Pontificado, y la Roma de las ruinas antiguas y del torbellino de la vida civilizada y mundana que hace estragos también a orillas del Tíber. Pero todo esto con una ventaja para el mutuo respeto de los diversos elementos humanos, y sin aspereza de contacto entre italianos y no italianos.

Por su parte el Papa ha podido proseguir en su propósito, bastante bien comprendido, de desvivirse por todo lo que es ministerio de fe, de gracia, de espiritualidad pastoral, manteniéndose al margen de toda mezcolanza de carácter político, de cualquier género o graduación. Las palabras bíblicas del viejo patriarca Jacob dirigidas a su hijo José en presencia de su madre y sus hermanos, mientras que su padre daba vueltas al asunto (Gén 37,11), han sido acertadas. Efectivamente, cada uno debe permanecer en su sitio, con prudencia; hemos conseguido tener, contra los pronósticos que anunciaban el fin del mundo, un presidente de la república, Segni, que comulga diariamente; un alcalde de Roma, La Porta, óptimo alumno del Instituto Massimo de los PP. Jesuitas, y una reorganización de la administración local excelente y bien dispuesta. Tendrán que contar con algunas dificultades de reorganización administrativa; pero conseguirán el acuerdo. Gobierno y ayuntamiento se están ocupando ya de cooperar lo mejor posible al doble intento de que el Concilio resulte digno de Roma, desde el punto de vista de gobierno espiritual del mundo, y que Roma, por lo que se refiere a organización logística, urbana hospitalidad y honor rendido a sus huéspedes venidos de toda la tierra, supere a todos los mejores recuerdos del pasado; mucho mejor de cuanto hacían

temer las indisposiciones de ciertos espíritus que en todas partes, pero principalmente en Roma, están al servicio del príncipe de este mundo (Jn 12,31).

Notas sobre el Concilio. La actitud de la persona del Siervo de los siervos de Dios en orden a la celebración del Concilio ecuménico es totalmente iniciativa e in capite jurisdicción suya. Leves notas informativas: su actividad desde el 25 de enero de 1959 —primera comunicación sobre el Concilio— al 11 de octubre de 1962, comienzo oficial de la gran celebración, está consignada en la crónica de estos tres años de preparación. Son actas y documentos de información ya en curso. Aquí se alude sólo a las últimas formas individuales —ora et labora— del espíritu religioso y personal del comienzo inmediato del Concilio, por parte del Papa, según breves indicaciones y datos de fechas.

Semana de retiro personal del Papa (8-16 de septiembre)

Sábado, 8 de septiembre de 1962. Jornada de íntima invocación a María que nace; lectura atenta del reglamento definitivo para el desarrollo del Concilio; primera sesión: de la fiesta de la maternidad a la fiesta de la Inmaculada Concepción de María (11 de octubre al 8 de diciembre). Examinados con atención los setenta artículos de este reglamento, al que convendrá volver con frecuencia.

Domingo, 9 de septiembre de 1962. Preparación en el Vaticano para mi retiro en la Torre de San Juan adonde quiero ir y permanecer todos estos días. Únicas personas admitidas: el cardenal Secretario de Estado si es necesario; y todos los días a las 11 de la mañana el P. Ciappi, maestro del sacro Palacio Apostólico, a título de ejercitarme con él en hablar correctamente el latín, en cuanto me pueda ser necesario durante las sesiones generales presididas por mí en el Concilio; igualmente todos los días de 4 a 5 de la tarde, el P. Cavagna, mi confesor ordinario.

Lunes, 10 de septiembre de 1962. Muy de mañana y en silencio acompaño a Mons. Loris F. Capovilla en el traslado de las santísimas especies eucarísticas de la capilla del Vaticano a la capilla de la Torre de San Juan, donde doy felizmente principio a mi retiro personal, preconiliar. Este retiro tuvo una inauguración de especial devoción ayer tarde en la visita casi imprevista que acepté hacer en forma privada, pero que resultó muy solemne por la asistencia de público, al templo de Santa María de los Ángeles. La complejidad de las circunstancias imponen a las buenas disposiciones de mi espíritu en orden a este retiro preparatorio para el Concilio variaciones muy naturales por lo que se refiere a las meditaciones ordinarias de estos Ejercicios. Aquí todo es preparación del alma del Papa para el Concilio: todo, incluso la preparación del discurso de apertura que espera todo el mundo congregado en Roma, como ha mostrado una atención muy viva al discurso que esta misma tarde ha oído por radio todo el mundo.

Pero para dar una línea de mis pensamientos de concentración de espíritu me he propuesto fijarla en las tres virtudes teologales: fe, esperanza, caridad, y en las cuatro cardinales: prudencia, justicia, fortaleza y templanza; justamente siete puntos clave, plenamente dignos de meditación concentrada no sólo para todo buen siervo del Señor, sino sobre todo para la perfección de la virtud santa y santificadora de un obispo, y especialmente del obispo de los obispos, que debe brillar como punto luminoso máximo en la gloria de un Concilio.

Este es, pues, el orden de las fechas y de los puntos de meditación concentrada: Domingo, 9 de septiembre, auspicio celeste: la Virgen de los Ángeles; lunes 10: Fe y esperanza; martes 11: Caridad; miércoles 12: Prudencia; jueves 13: Justicia; viernes 14: Fortaleza; sábado 15: Templanza.

Comienzo de mi retiro personal para el Concilio en la Torre de San Juan

Lunes, 10 de septiembre de 1962, san Nicolás de Tolentino. Santa misa en casa, con plegaria a mi Sagrada Familia de la capilla para que Jesús, María, san José y san Juan niño me protejan y me inspiren en esta semana de soledad espiritual. Después de la santa misa, y en perfecto silencio, Mons. Loris Capovilla sacó las Sagradas Especies del sagrario, y lo acompañé camino de la Torre, donde las depositó en la nueva capilla, en el altar de estilo chino que me recordará siempre el misterio misionero de la vida del Papa. A las 11 viene el P. Ciappi, maestro del Sacro Palacio, con quien empiezo a hablar latín; así mismo, a las 4 de la tarde, viene Mons. Cavagna, mi confesor. Veo muy bien que la preocupación de servir al Concilio prevalecerá sobre las formas ordinarias de los llamados EE. EE. Pero ¿qué es esta vida del Papa sino una cotidiana continuación de verdadero ejercicio espiritual por la salvación de su alma, ocupada en salvar las almas de todos los redimidos de Cristo Jesús, salvador del mundo?

Miércoles, 12 de septiembre de 1962, santísimo nombre de María. Qué suave es al corazón / tu nombre, María. / Toda dulzura mía viene de ese nombre tuyo. / Qué bella idea de amor / aprendí de tu nombre, / qué bellos y ardientes deseos / despierta siempre en mi seno.

Estas estrofas son el comienzo de la primera poesía que aprendí de niño, y la aprendí en el libro segundo que entonces se usaba en la escuela municipal. Mi primer año de escuela lo hice en la entonces casa de Camaitino, la primera en la esquina derecha de la llamada plaza, que se encuentra viniendo de la Guardina. En el lado opuesto estaba la tienda de Rosa Bonanomi, y de su hermana Mariana, enferma. Debía ser el año 1886 ó 1887. Al año siguiente, con el nuevo ayuntamiento, se inauguró en Bercio la nueva escuela, y durante dos años fui de los primeros que la utilizaron.

Jueves, 13 de septiembre de 1962, san Maurilio. Gran aplicación tiene la posesión de la virtud de la justicia, leí una vez en una página del cardenal Mercier; y eran unas palabras del Eclesiástico. Qué hermoso todo el capítulo que habla de la justicia de Dios, qué rico

de enseñanzas para la vida íntima, privada y pública. Mientras tanto continúo mis conversaciones espirituales en latín con el buen P. Ciappi, y por la tarde con Mons. Cavagna, mi confesor. Por desgracia las preocupaciones que me siguen también hasta aquí no me permiten profundizar. Pero todo sirve para darme alientos y sentido espiritual in omnibus. Lo que necesita mi ministerio.

Sábado, 15 de septiembre de 1962, san Nicomedes. Mi retiro, sin otro contacto que el del P. Ciappi y de Mons. Cavagna, en preparación directa y personal para el Concilio, acaba hoy, aunque no haya resultado perfecto, como deseaba, entera y únicamente en el fin y el espíritu que me había fijado. Pero ha sido un buen ejemplo; no ha habido distracciones de carácter externo o vagas, de asuntos, de literatura u otra cosa. Ha habido atención más intensa a la unión con el Señor. Me deja en el corazón un aumento de fervor sobre las cosas que atañen a la sustancia de mi ministerio y de mi mandato apostólico. Señor Jesús, suple mis deficiencias. Señor, tú lo sabes todo; tú sabes que te quiero.

Compendio de grandes gracias hechas a quien tiene baja autoestima. Compendio de grandes gracias hechas a quien tiene baja autoestima, pero recibe las buenas inspiraciones y las aplica con humildad y confianza.

Primera. Aceptar con sencillez el honor y el peso del pontificado, con la alegría de poder decir que no hizo nada para provocarlo, absolutamente nada; es más, con un interés cuidadoso y consciente por mi parte de no hacer nada que pudiera atraer la atención sobre mi persona; muy contento, en medio de las variaciones del Cónclave, cuando veía algunas posibilidades disiparse en mi horizonte y centrarse en otras personas, a mi juicio, verdaderamente dignas y venerables.

Segunda. Hacerme aparecer como sencillas y de inmediata ejecución algunas ideas nada complejas, sino sencillísimas, pero de vasto alcance y responsabilidad frente al porvenir, y con éxito inmediato. Qué expresiones estas: acoger las buenas inspiraciones del Señor con sencillez y confianza. Sin haber pensado antes en

ello, sacar a relucir en un primer diálogo con mi Secretario de Estado, el 20 de enero de 1959, las palabras Concilio ecuménico, Sínodo diocesano, revisión del Código de Derecho Canónico, en contra de toda suposición o imaginación mía en este punto. Fui el primer sorprendido de mi propuesta, sin que nadie me hiciera indicación al respecto. Posteriormente todo me pareció tan natural en su inmediato y continuo desarrollo. Después de tres años de preparación, ciertamente laboriosa, pero también feliz y tranquila, ya estoy aquí a los pies de la santa montaña. Que el Señor me sostenga para llevar todo a buen fin.

Últimos apuntes de 1962

1 de octubre de 1962. Buen comienzo del mes del Concilio. Reina del Santísimo Rosario, ruega por nosotros. Tal comienzo queda marcado por un acto diplomático, pues he recibido al nuevo embajador de Nicaragua. Con estos buenos señores diplomáticos nuevos me desenvuelvo mejor, porque ellos tienen incluso mayor inseguridad que yo, que ya estoy acostumbrado a este gesto de cortesía. La más noble e importante reunión de este día ha sido con los cardenales, pues he recibido a cuatro: al Secretario de Estado, cardenal Cicognani; al cardenal Santiago Copello, canciller de la santa Iglesia Romana: asuntos sencillos y ordinarios; al cardenal Antonio María Barbieri, arzobispo de Montevideo, siempre al día en ideas y palabras, pero con una salud en declive; al cardenal Lercaro de Bolonia, que me informa de su Centro de Documentación, en presencia de Don Dossetti y compañeros. Hermosa promesa de un trabajo excelente. Me ofrecen su flor más preciosa: Conciliorum Oecumenicorum Decreta. Los animo y los bendigo de corazón.

2 de octubre de 1962. La fiesta de los Santos Ángeles es toda para mí, a quien la gente llamaba desde la infancia Angelino pretino. A mis 81 años me resulta grato invocar a todo el ejército de las milicias celestiales para que protejan y sirvan a la Iglesia universal, en cuyo vértice ha sido colocado este insignificante hijo de Bautista

y de Marianna Roncalli. Oh santos ángeles, seguid protegiéndome, y conmigo a la santa Iglesia. Hoy he recibido oficialmente a Mesayoshi Ohira, ministro de Asuntos Exteriores de Japón. Oh Japón, qué conquista sería para el reino del Señor.

3 de octubre de 1962. Apenas comienza el día, he aquí a santa Teresa del Niño Jesús a quien el papa Pío XI declaró patrona de las misiones. Ruego y deseo que sea impulsora de pureza y espíritu misionero entre las jóvenes inocentes del mundo entero. Hoy he recibido al nuevo embajador de España, del que espero mucho bien porque es un católico fervoroso. A las 10, audiencia general, la última en San Pedro antes del Concilio. En ella puse todo el fervor de mi palabra y espíritu para este tema inminente, y confío que me hayan entendido bien. Cada vez siento más acuciante el deseo de que las varias representaciones nacionales que acuden a San Pedro comprendan la palabra del Papa pronto y bien, por lo menos en sus rasgos principales. Para prepararlas debidamente tendré que dedicarles todo el tiempo que me sea posible.

4 de octubre de 1962. Esta fecha de mi vida tendría que escribirla con letras de oro: La peregrinación que deseé —y en pocos días conseguí programar y hacer realidad con la ayuda del Señor— al santuario de la Virgen de Loreto y a San Francisco de Asís, para implorar gracias extraordinarias a favor del concilio ecuménico Vaticano II. Lo pensé, como acostumbro, con sencillez, y lo decidí; el cardenal Secretario de Estado se interesó gozosamente. Escribo esta nota al final de la jornada que seguirá siendo siempre una de las más santas y felices de mi humilde pontificado. Mi espíritu permaneció tranquilo, mientras el Vaticano, Roma, Italia y todo el mundo disfrutó de uno de los consuelos más suaves de la vida católica. La visita del Papa a la Virgen de Loreto y san Francisco de Asís fueron tema de un canto delicioso e inolvidable.

5 de octubre de 1962. Dos buenas reuniones: en la primera, con la Sesión plenaria y de estudio de la Pontificia Academia de las Ciencias, leí algunas palabras de complacencia y ánimo para el porvenir. A las 11, visita oficial de S. E. Leopoldo Sédar Senghor,

presidente de la prometedora República de Senegal. Es un cristiano católico muy bueno e instruido, buen conocedor del francés y de su propia lengua. Merece toda mi atención. El resto de la jornada fue de óptimo descanso, siempre animado por las felices impresiones del gran acontecimiento de ayer que ocupa, de forma preeminente, la atención de todo el mundo, en proporciones inesperadas.

8 de octubre de 1962. Audiencias: cardenal Cicognani, Secretario de Estado; cardenal Cagiano, arzobispo de Buenos Aires; Mons. Paro, obispo de Ciocesarea de Isauria y sucesor de mi llorado Mons. Giacomo Testa, Presidente de la Pontificia Academia Eclesiástica con sus allegados; Mons. Egido Vagnozzi, arzobispo de Mira, Delegado apostólico en los EE.UU. Especialmente importante y querida la audiencia del cardenal Esteban Wyszynski, arzobispo de Varsovia; primero él solo y luego con los obispos polacos, noble compañía de distinguidos prelados a los que rodeé de la más cortés cordialidad.

9 de octubre de 1962. Capilla papal para el aniversario de la muerte del Santo Padre Pío XII de feliz memoria. Quise, con mi ejemplo, incrementar el respeto a la memoria, benemérita y santa de este siervo de los siervos de Dios, del que me llegaron tantos buenos ejemplos de vida totalmente consagrada a la Iglesia, de la que fue Pontífice tan digno y edificante. Señalo también la audiencia de Mons. Csanád (Hungría), Sandor Kovács, obispo de Szombathely (Hungría) y Carmelo Zazinovich, obispo auxiliar de Veglia (Yugoslavia): tierras de dolor y de grandes preocupaciones.

11 de octubre de 1962. Este es el día de la solemne apertura del Concilio ecuménico. Todos los diarios dan la noticia y Roma está en el corazón exultante de todos. Doy gracias a Dios por haberme hecho digno del honor de abrir, en su nombre, este principio de grandes gracias para la Iglesia Santa. Él dispuso que la primera centella que preparó, durante tres años, este acontecimiento saliese de mi boca y de mi corazón. Estaba dispuesto a renunciar incluso a la alegría de esta apertura. Con la misma calma repito el hágase tu voluntad respecto al hecho de mantenerme en este primer puesto

de servicio durante todo el tiempo y para todas las circunstancias de mi humilde vida, o bien a verme interrumpido en cualquier momento, porque este compromiso de proceder, continuar y concluir pase a mi sucesor. Hágase tu voluntad, en la tierra como en el cielo.

12 de octubre de 1962. Hoy ha tenido lugar en la Capilla Sixtina, bien adornada para la ocasión, la recepción de las ochenta y cinco Misiones extraordinarias, y del Cuerpo diplomático que intervinieron en la fiesta de ayer para la apertura de Concilio ecuménico. Mi discurso fue bien acogido y hubo gran cordialidad en las brevísimas conversaciones familiares, que renovaron el placer del encuentro con antiguos diplomáticos conocidos y otras distinguidas personalidades. Tuve tiempo y ocasión de recibir en la sala del trono a varios ministros de Cultura de algunos países del Consejo de Europa con sus delegaciones. Pude acoger también a dos visitantes especiales: Mons. Simeón Kokoff, obispo auxiliar de Sofía y Filipópolis, y juntamente a tres obispos checoslovacos: Edouard Necsey, auxiliar de Nitria; Ambroz Lazik, administrador de Tirnova; y Frantosek Tommasek: historia de dolores y tristezas.

13 de octubre de 1962. Audiencias: Mons. Dell'Acqua, siempre llama ardiente y alentadora. Visita preciosa la del cardenal Richard James Cushing, arzobispo de Boston. Se le puede aplicar aquello de la Bolsa de San Carlos porque obtiene dinero de caridad y buenas obras, y las hace a todos. Anda un poco flojo en latín, pero es un ángel de bondad, de celo, de espíritu pastoral. Después recibí a sus auxiliares Mons. Minihan y Mons. Riley. A continuación recibí también a Mons. José Bummal, de Nueva Orleans, con su coadjutor Patrick Cody, arzobispo de Bostra.

14 de octubre de 1962. Ayer sábado y hoy domingo he tenido tres audiencias importantes. Ayer, en la Sixtina, los representantes de la Prensa Internacional con un discurso que contenía en forma cortés llamadas graves y serias a la honradez y la elevación. Por la tarde recibí en la sala del consistorio, pero no desde el trono, a los observadores de varias confesiones no católicas, un encuentro feliz que parece haber dejado excelentes impresiones. Dios lo quiera,

para gloria suya. Suavísima fue para mí esta tarde del domingo la visita a la Virgen del Parto en San Agustín, frente a mi Seminario romano, donde la entrada hacia el lugar en que se encuentra la imagen me era familiar desde 1901. Fiesta y acogida popular, conmovedora y devota.

15 de octubre de 1962. Santa Teresa. Me acompaña hoy el Dr. Fred Pierce Corson, Presidente del Consejo mundial metodista. Lo acogí lo mejor que pude, mostrando vivo interés por él y por las almas de los metodistas que, según me dijo, son más de 50 millones en todo el mundo. Me permití abrirle la doctrina de La imitación de Cristo y la acogió muy bien. Me dejó la impresión de que está en buena fe. Es padre de familia, varias veces abuelo, serio y amable. ¿Por qué no voy a rezar por él en el pensamiento de las muchas almas separadas de los católicos, y sin embargo redimidas por la sangre de Cristo? La reunión más feliz de hoy fue la de los cardenales que forman la Presidencia del Concilio: Tisserant, Tappuni, Spellman, Pla y Daniel, Frings, Ruffini, Caggiano, Alfrink, Lienard, Gilroy. Todo me infunde esperanza.

1963

Palabras de despedida

1 de enero de 1963. Alabado sea el nombre del Señor ahora y por siempre. Me levanto como siempre a las cuatro. Mañana tranquila en oración y buen trabajo. Preparación de la carta a los obispos del Concilio. Por la tarde, el cardenal Testa: felicitación del año nuevo. Llamada a Mons. Cerasola y proyecto para un encuentro de los Bergamascos residentes en Roma. Por la noche, en la Clementina, música navideña con adolescentes de tres institutos de beneficencia: Gnocchi, Orioniti, Nazareth. Al concierto asisten también unos recién casados de Medolago: Ghisleni Virginio hijo del otro Virginio, ya difunto, mi sobrino, hijo de mi hermana Teresa. La recién casada es una Carminati de Medolago. Parecen

prometedores. Advierto con alegría y agradecimiento al Señor que este primer día de 1963 ha comenzado muy bien, incluso por lo que respecta a mi físico.

2 de enero de 1963. Buena mañana. Son las cuatro. Sigue la preparación de mi carta a los obispos del mundo entero sobre la continuación del Concilio. Audiencia general de mediodía en la Clementina. Hablé ampliamente y con fervor del Nombre de Jesús: inspirándome en el breviario, en san Bernardo y san Bernardino. Tuve la impresión de que me seguían bien. Procuraré ser más breve, como doble signo del año nuevo. Ayer comencé el breviario según el ordinario de san Juan de Letrán, mi auténtica sede, y la breve visita al Santísimo Sacramento en la capilla, a la salida del comedor, como en el Seminario de Bérgamo. El Señor me ayuda a continuar, con la intención de que todo aproveche al alma y al cuerpo. El joven alcalde de Estambul.

3 de enero de 1963. Agradabilísima audiencia al alcalde de Roma, profesor Glauco Della Porta, que vino para desearme un feliz año. Diálogo felicísimo que concluyó con la promesa de volver por la Epifanía para una manifestación más solemne de toda la Junta Capitolina, con el estandarte de la ciudad y con las representaciones nobles y numerosas de la administración de la Urbe. Siguió una audiencia alegre y tranquila del cardenal Cento, el penitenciario; y luego pude entretenerme ampliamente con el vicergerente Mons. Héctor Cunial, con el cual fue un placer tratar de los cuidados espirituales para el presente y el futuro del Vicariado. Con cuanto gusto gastaré lo que tenga y me desgastaré yo mismo (2Cor 12,15) por mi grey espiritual, la primera y la más importante para el sucesor de Pedro.

Finales de abril de 1963. Cuando me siento débil, es cuando soy más fuerte (2Cor 12,10). Quiera Dios que estas palabras puedan ser el comienzo entre la unión de algún dolor físico o moral mío y el mayor éxito en frutos espirituales de mi ministerio por la causa de la Iglesia en estos momentos de tanta duda.

Miércoles, 1 de mayo de 1963. Noche del 1 de mayo pasada entre santa Catalina de Siena y sus recuerdos de servicio al Papa y las condiciones presentes. La vigilia me ha suscitado muchos proyectos que confío a María y a los cuales quiero hacer honor. Ante todo búsqueda de mayor intimidad espiritual: entre María y el Concilio, al que me tengo que adaptar. Hoy mismo pasé dos horas en la torre de San Juan (y pienso volver a ella) examinando las Actas en preparación para que sean enviadas a los obispos conciliares cuanto antes. Luego hay toda una consagración que hoy mismo he comenzado a activar, y a la cual haré converger el mérito de los dolores físicos que apenas me dan tregua. Mi presencia y palabra —La Virgen, san José, la Iglesia— en la gran audiencia de esta mañana en San Pedro, confío que sean la nota de anuncio reverente y resonante de mi homenaje a María.

10 de mayo de 1963. Estamos en las dos jornadas de la glorificación del pobre papa Juan por sus méritos de princeps pacis. Esta mañana fue la entrega del premio por la paz de la fundación Stefano Valzan en la Sala Regia del Vaticano. Recibí al Presidente de la República italiana Antonio Segni, y posteriormente a su antecesor, Gronchi. Al Presidente Segni en la Sala Regia, casi en la intimidad, a Gronchi en San Pedro, a ambos en francés. Todo salió bien, con satisfacción general, tanto en el palacio como en el templo. Fue acertada la distinción entre la Sala Regia, para un acto civil que se desarrolla en un estilo seglar y oficial, comedido en las formas, y su triunfo ante la muchedumbre del templo como en holocausto de perfecta caridad bien digna de celebración en la basílica inmensa que todo lo santifica. Como espectáculo religioso y celebrativo de las tres virtudes teologales nada podía ser más significativo y conmovedor.

11 de mayo de 1963. El Señor nos conceda una noche serena y un reposo tranquilo. Estas palabras litúrgicas concluyen muy bien cuanto tuvo lugar estos últimos días en que se proclamó el triunfo de la paz desde aquí, desde el centro del mundo. La doble ceremonia de ayer en la Sala Regia y en el Vaticano, y la de esta tarde. La visita del Papa al Quirinal con los discursos de los dos presidentes

Gronchi y Segni, y del Papa mismo, marcan dos jornadas históricas y benéficas en el devenir de mi vida y mi servicio a la Santa Sede y a Italia. Volviendo sobre ello, también yo —aun siendo un poco frío en estas cosas— no consigo controlar mi emoción y agradecimiento al Señor que miró la humildad de su siervo... e hizo en mí cosas grandes el que es poderoso (cf Lc 1,4849). ¿Quién hubiera podido imaginar el aplicarse —precisamente en mi debilidad— estas misteriosas palabras permeadas de tanta gracia?

16 de mayo de 1963. Hoy, entre litera y en pie, reunión de los representantes de las cuatro obras misioneras: Propagación de la Fe, Santa Infancia, Obra de San Pedro, Alumnos del Seminario de San Pedro. Tuvo lugar en la Sala Clementina. Mi respuesta por escrito, y posterior añadido familiar. Recuerdo emocionado de la primera asamblea de los representantes de dichas obras en 1923. Únicamente quedan dos de la primera asamblea.

20 de mayo de 1963. Querido san Bernardino, predilecto entre mis santos. Con la dulzura de tu recuerdo me has dado varios signos de la continuación de un gran dolor físico que no me da tregua y me hace pensar y sufrir mucho. Esta mañana, por tercera vez tuve que conformarme con recibir la comunión en la cama, en lugar de gozar de la celebración de la Misa. Paciencia, paciencia. Pero no pude renunciar a recibir en visita de despedida al cardenal Wyszynski, primado de Polonia, arzobispo de Gniezno y Warszawa, con cuatro de sus obispos recientemente vueltos a la patria. El resto de la jornada en cama, con varios ataques de intenso dolor físico. Me asisten siempre con gran caridad mis familiares, el cardenal Cicognani, Mons. Capovilla, el Hno. Federico Belotti y domésticos.

Índice

Diario del alma

Introducción

1. Breve biografía
2. Bibliografía
3. Juan XXIII
4. Diario del alma

1 En el seminario de Bérgamo (1895-1900)

Reglas de vida que deben observar los jóvenes que desean hacer progresos en la vida de piedad y de estudio

Propósitos hechos en los EE. EE. de 1896 y confirmados en 1897 y 1898

De la santa pureza

Notas espirituales

Notas espirituales en el retiro mensual tras la muerte del párroco Don Francisco Rebuzzini, el santo signo de mi infancia y de mi vocación

Máximas tomadas de las meditaciones en los EE. EE.

Notas espirituales

Impresiones y reflexiones de los EE. EE. del año de Gracia, seminario de Bérgamo (Febrero 1900)

Solemne promesa al Sagrado Corazón de Jesús bajo los auspicios de san Luis Gonzaga

Jesús, María y José Año santo 1900

2 En el seminario de Roma (1901-1903)

Retiro espiritual

EE. EE. con el P. Francisco Pitocchi (10-20 de diciembre)

Diario espiritual

Notas espirituales

EE. EE. de Pascua, para las órdenes de subdiácono (1-10 de abril de 1903)

Notas espirituales

Retiro de vacaciones Rocantica (29 de agosto de 1903)

Breves Ejercicios de principio de curso Roma (1-3 de noviembre de 1903)

EE. EE. para la ordenación de diácono (9-18 de diciembre de 1903)

3 Ordenación Sacerdotal y Secretario de Mons. Radini Tedeschi (1904-1914)

Año de la ordenación sacerdotal

EE. EE. de preparación al presbiterado, en el retiro de los PP. Pasionistas de los santos Juan y Pablo en el Celio (1-10 de agosto de 1904)

Peregrinación a Tierra Santa (18 de septiembre 22 de octubre)

Ejercicios en la casa de la Sagrada Familia Martinengo (1-7 de septiembre)

EE. EE. con el Sr. Obispo Martinengo (25-31 de octubre)

EE. EE. con el Sr. Obispo Martinengo (19-25 de septiembre)

EE. EE. con el Sr. Obispo Martinengo (2-8 de octubre)

EE. EE. con el Sr. Obispo Martinengo (1-7 de octubre)

EE. EE. con el Sr. Obispo Martinengo (13-19 de octubre)

EE. EE. con el Sr. Obispo Martinengo (19-25 de octubre)

Tras diez años de sacerdocio

EE. EE. con los sacerdotes del Sagrado Corazón, Bérgamo (27 de septiembre 3 de octubre de 1914)

4 La guerra, director espiritual del seminario de bérghamo y traslado a roma, al servicio de la propagación de la fe (1915-1924)

La primera guerra mundial

EE. EE. después de la guerra, con los sacerdotes del Sagrado Corazón (28 de abril 3 de mayo)

Al servicio de la propagación de la fe

5 Consagración Episcopal, representante pontificio en Bulgaria (1925-1934)

Preparándome para la consagración episcopal Villa Carpegna, Roma (13-17 de marzo)

Retiro espiritual, Monasterio de San Pablo Roma (27 de noviembre 2 de diciembre)

Retiro espiritual, Casa de los jesuitas Lubiana, Eslovenia (9-13 de noviembre)

Retiro anual, residencia PP. Lazaristas Babek junto al Bósforo (20-24 de diciembre)

Retiro espiritual, casa PP. Pasionistas Ruschuk (28 de abril 4 de mayo)

Breve retiro espiritual, casa PP. Conventuales Bujukada, junto al Bósforo (18-21 de junio)

Retiro espiritual con los PP. Capuchinos Sofía (4-8 de septiembre)

Retiro espiritual con los PP. Pasionistas Ruschuk (27-31 de agosto)

6 Representante pontificio en Turquía y Grecia (1935-1944)

EE. EE. con mis sacerdotes Estambul (15-22 de diciembre)

Casa de las Hijas del Sagrado Corazón Ranica, Bérghamo (13-16 de octubre)

Retiro espiritual con mi clero secular Estambul (12-18 de diciembre)

EE. EE.: Pensamientos y propósitos Casa de los Jesuitas de Ayas Pasa Estambul (12-18 de noviembre)

EE. EE.: Notas. Terapia junto al Bósforo Casa de las Religiosas de Ntra. Sra. de Sión (25 de noviembre 1 de diciembre)

EE. EE. con mi clero De la fiesta de Cristo Rey a la de todos los Santos Estambul (25-31 de octubre)

7 Representante pontificio en Francia (1945-1952)

Retiro durante la Semana Santa Solesmes (26 de marzo 2 de abril)

EE. EE.: Pensamientos y propósitos Villa Manresa, de los PP. Jesuitas París (8-13 de diciembre)

Retiro anual Monasterio Benedictino del Sagrado Corazón Calcat, Dourgne (23-27 de noviembre)

Notas espirituales de mi breve retiro Jueves, Viernes, Sábado Santo y Pascua Orán, Argelia (6-9 de abril)

Retiro espiritual Jueves, Viernes y Sábado Santo RR. del Carmelo, Montmartre (10-12 de abril)

8 Cardenal patriarca de Venecia (1953-1958)

Retiro espiritual con los obispos de la Provincia Triveneta. Predicador: P. Federico da Baselga, capuchino. Seminario de Venecia (15-21 de mayo)

Ejercicios predicados por Mons. Landucci Torreglia (6-12 de junio)

EE. EE. con el episcopado triveneto Predicador: P. Ricardo Lombardi, SJ Villa Inmaculada de Torreglia, Padua (20-25 de mayo)

Retiro espiritual, Seminario de la Salud Venecia (11-15 de junio)

EE. EE. con los obispos del episcopado Triveneto Predicador: Mons. Van Lierde, sacristán de Su Santidad Torreglia (2-7 de junio)

EE. EE. con los PP. Cavanis. Predicador, señalado por mí: Mons. A. Signora, arzobispo, prelado de Pompeya. Casa del Sagrado Corazón Col Draga di Possagno (22-26 de septiembre)

9 Papa (1958-1963)

EE. EE. en el Vaticano para el Adviento Predicador: P. Messori Roncaglia, SJ (30 de noviembre 6 de diciembre)

Retiro espiritual en el Vaticano. Predicador: Mons. José Angrisani, Obispo de Casale. Invitado por mí, produjo general y edificante impresión (29 de noviembre 5 de diciembre)

Retiro espiritual en el Vaticano Predicador: Mons. Pirro Scavizzi, misionero (27 de noviembre 3 de diciembre)

Mi retiro espiritual como preparación al cumplirse el octogésimo año de mi vida Castelgandolfo (10-15 de agosto)

Retiro vaticano Predicador: P. Hilarino de Milán, capuchino (26 de noviembre a 2 de diciembre de 1961)

Julio y agosto

Semana de retiro personal del Papa (8-16 de septiembre)

Comienzo de mi retiro personal para el Concilio en la Torre de San Juan

Últimos apuntes de 1962

Palabras de despedida

